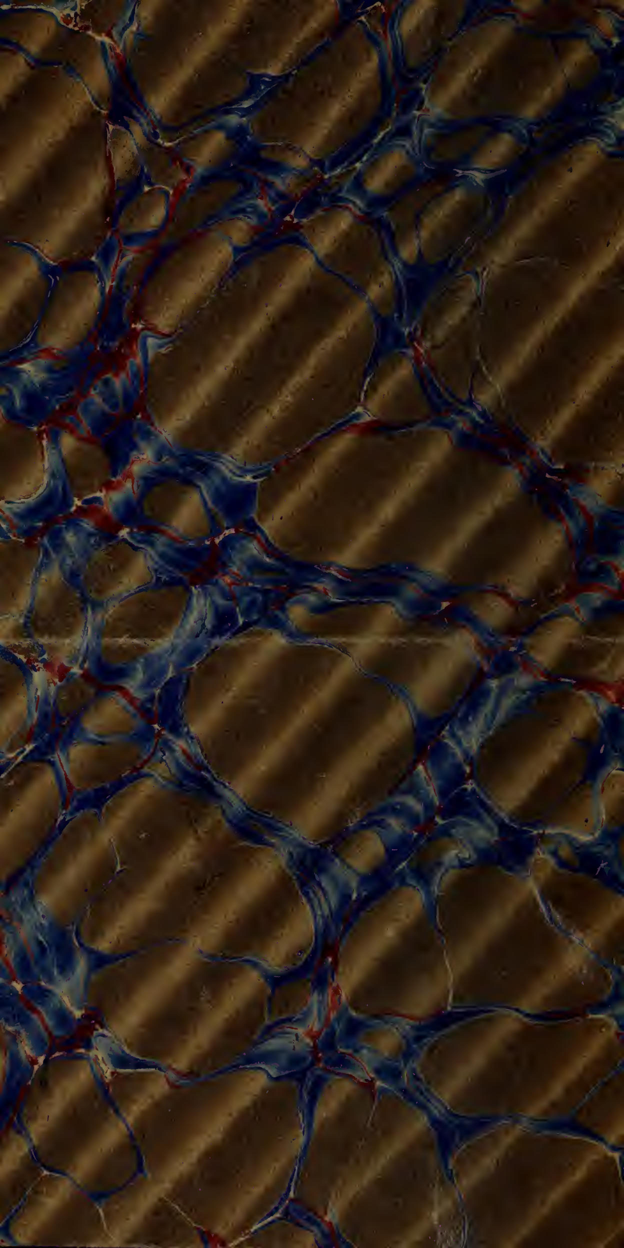
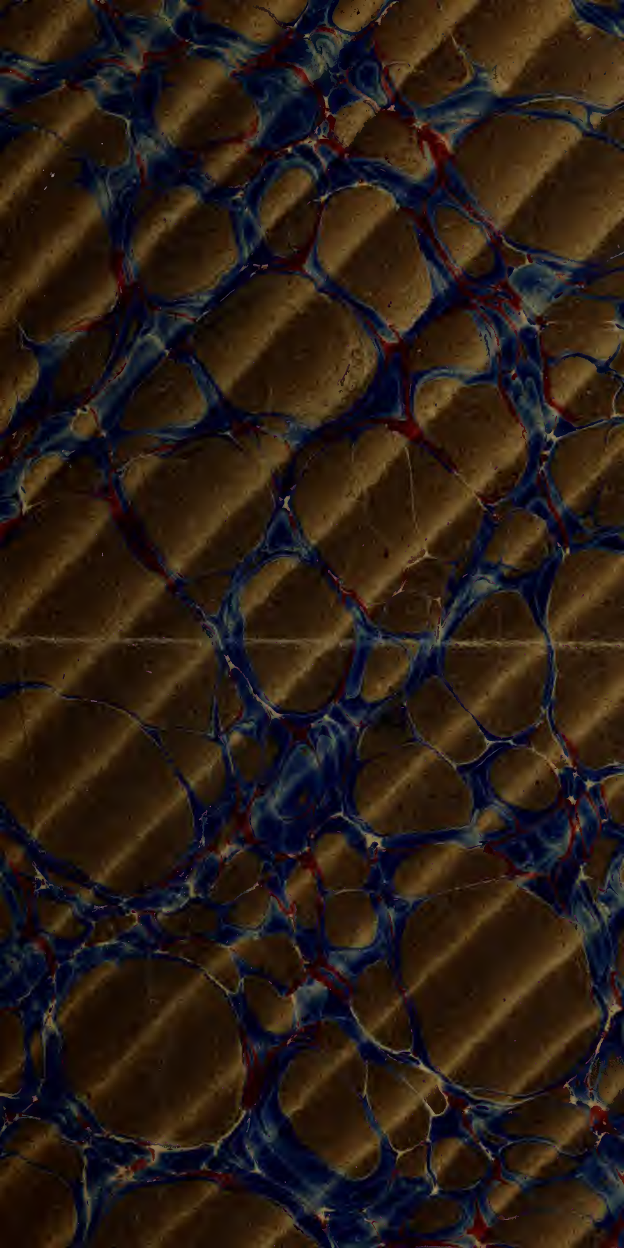


UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY





OBRAS DE SELGAS

IV

ESTUDIOS SOCIALES

I

HOJAS SUELTAS y MÁS HOJAS SUELTAS



4653

HOJAS SUELTAS

Y

MÁS HOJAS SUELTAS

POR

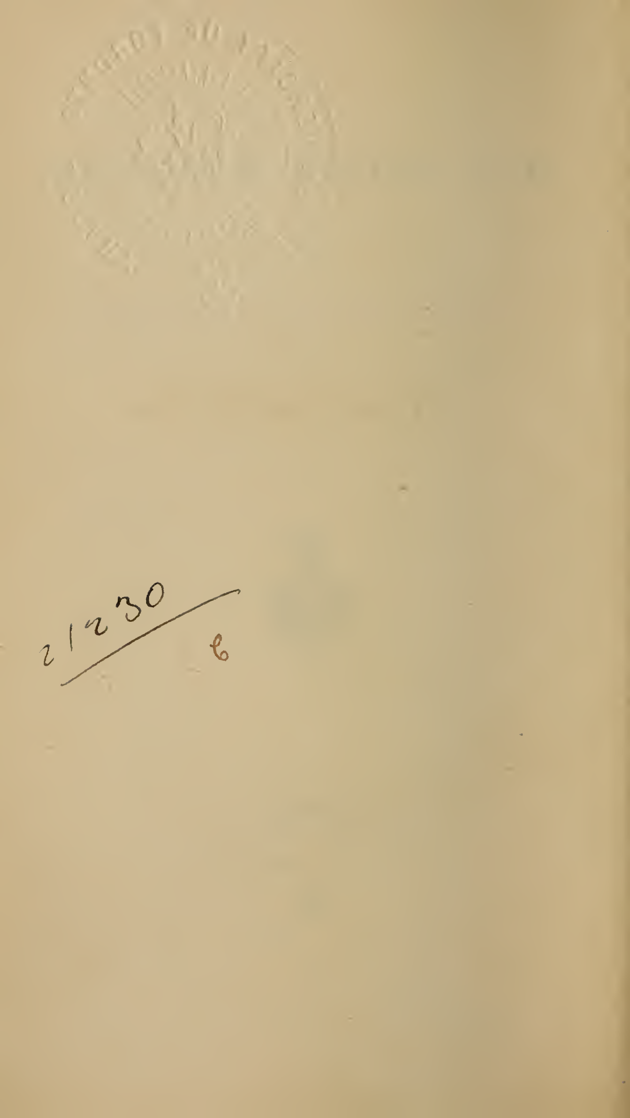
DON JOSÉ SELGAS



MADRID
IMPRENTA DE A. PÉREZ DUBRULL
Flor Baja, núm. 22

1883

427.


21230
6

HOJAS SUELTAS



AMIGO AYALA:

HABRÁS *oido decir muchas veces que el mejor amigo es un libro. Yo lo he oido también en muchas ocasiones, y he llegado á creerlo en algunas; pero al dedicarte éste, veo las cosas de otra manera, y te aconsejo que no des crédito á esas palabras, porque el mejor de tus libros no te quiere tanto como yo.*

Esto te lo digo en un libro, para que no sea sospechoso el medio de que me valgo para decirtelo.

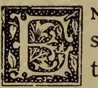
Ahora vuelve la hoja, y verás.

Tuyo siempre,

PEPE.



LAS VISITAS DE CUMPLIMIENTO.

N los pueblos que por su magnitud y por su vecindario no son grandes ni pequeños, término medio entre la ciudad populosa y la humilde aldea, donde las costumbres ni son sencillas ni son refinadas, el trato de las gentes suele ofrecer varias dificultades, porque se sujetan las comunicaciones á una especie de reglamento oficial de *cumplimientos* insoportables.

Entre los diversos inconvenientes que ofrece al hombre de carácter franco y tranquilo y de índole sosegada el trato con los hombres, el más enfadoso, el más insufrible es el de los cumplimientos, y entre las distintas especies de *cumplimientos* que la sociedad tratable tiene en juego, no hay ninguno más intolerable que el de *las visitas de cumplimiento*.

La feliz invención de la tarjeta ha ido poco á poco simplificando esa fórmula fastidiosa del trato de las gentes; así es que en Madrid ha desaparecido la visita personal de cumplimiento, bajo el

poder cómodo y comunicativo de la cartulina, y teniendo por diez y seis reales un ciento de tarjetas, y con un ciento de tarjetas cien visitas recibidas ó devueltas, nadie se toma el trabajo de perder el tiempo haciendo personalmente visitas inútiles.

Es el papel del comercio humano donde el litógrafo estampa sencillamente vuestro humilde nombre, ó graba pomposamente vuestro escudo de armas ó vuestros soberbios títulos; es una ingeniosa abreviatura puesta en la pesada tarea del trato humano, viniendo á ser el telégrafo de las *relaciones*, el camino de hierro de los *conocimientos*. Toma el nombre y cumple por el hombre; es, en fin, la forma más sencilla, más fina y más amable de la *visita de cumplimiento*.

Entendido perfectamente este deber social entre las gentes que quieren tratarse sin aburrirse, es cosa convenida que han de hacerse estas visitas reglamentarias, espiando las ocasiones en que no estén en casa ó no reciban las personas que buscamos, porque la gracia consiste en que no se encuentren los que se visitan. ¡No están! ¡No reciben! ¡Ah, respiremos!

Á la tarjeta se la puede recibir de cualquier modo, en cualquier circunstancia: no interrumpe, ni distrae, ni fastidia; no da conversación ni la pide; no hace preguntas de pie de banco, ni exige respuestas de cajón. Mas el uso corriente y fácil de este método no ha llegado todavía á los pueblos de que hablo.

En ellos la visita personal es imprescindible; más aún: implacable, y esto sería lo de menos; pero no sólo es inevitable, sino que además es muy frecuente, y, lo que es peor, es indispensable estar en casa para recibirla, porque lo contrario constituiría un caso de desatención, el enfriamiento de las relaciones, y por último una guerra á muerte.

Se puede huir de un incendio, de una inundación, de una guerra, de una epidemia; pero no es posible huir de una visita; porque si no se la recibe, se enfada, lo cual es grave, ó vuelve, lo cual es peor mil veces: no hay más remedio que estar en casa.

¿Y qué cosa es esta especie de visita?

Es una persona, ó dos personas, y comúnmente toda una familia, que, vestidas con el mayor esmero posible, y en cualquiera hora, llaman solemnemente á la puerta de vuestra casa: la puerta se abre, y la visita entra, sube la escalera y toma oficialmente posesión de la sala: son personas de confianza, á veces de la más íntima confianza, que en otra ocasión se las recibiría en el rincón más humilde ó más modesto del hogar doméstico; pero esta vez vienen de cumplimiento, y hay que recibirlas en la sala.

Á pesar de la costumbre, la familia no está siempre prevenida, no se encuentra preparada, y la noticia de.... «una visita,» causa en la casa el efecto de una bomba que estalla repentinamente, y entonces empiezan las carreras, los gestos de disgusto y los movimientos de impaciencia, porque la

palabra *visita*, corriendo de boca en boca, suena como una señal de alarma, esparciendo por la casa la confusión más viva; unas puertas se abren y otras puertas se cierran; unos entran y otros salen : la mamá está sin vestir.... ¡qué apuro!.... Las niñas están sin peinar.... ¡qué conflicto!...., y en tanto la visita espera.... ¡Qué diablura!

Coge la madre el primer pañuelo que encuentra á la mano, y se lo echa sobre los hombros, de revés ó del derecho, según caen las pesas, y se lanza á la sala, entrando en ella con paso augusto.

Entre tanto las niñas se componen lo mejor que pueden; esto es, como Dios quiere, y al cabo, uno á uno, van haciéndose presentes ante la visita todos los individuos de la familia ; y la visita y la familia frente á frente, sentadas en semicírculo delante del sofá, pasan media hora fastidiándose mutuamente con toda la finura del mundo.

La familia está deseando que la visita se vaya, y la visita está deseando irse ; pero ambas se mantienen heroicamente en sus puestos de honor, cumpliendo con la ley que las obliga á darse mutuamente este mal rato.

El fenómeno es constante en todos los casos; porque la condición esencial de toda *visita de cumplimiento*, es el fastidio mutuo.

Pero todo tiene su término; y aunque media hora de fastidio es un siglo, la visita se levanta, y todo el mundo se pone de pie. ¡Qué solemnidad! Es una ceremonia que sería muy divertida si no fuese tan larga.

¡Oh qué tierna impertinencia! Cuando entra la visita, las dos familias se encuentran como si no se hubieran visto en muchos años; y cuando la visita se despide, parece que se separan para no volverse á ver; y, sin embargo, debo decirlo, las dos familias se han visto una hora antes en misa, ó han paseado juntas el día anterior, ó, lo que es más frecuente, son familias vecinas que se están viendo y oyendo todo el día.

La visita, en fin, semejante á una procesión más ó menos larga, sale de la sala, y escoltada por la familia, toma la escalera; pero antes, ¡qué apretones de manos!.... ¡qué abrazos! ¡qué besos! La puerta de la calle corta por último el complicado nudo de los expresivos cumplimientos cerrándose de golpe, y entonces la familia que se va murmura, y la familia que se queda respira.

Estas visitas constituyen entre la gente fina un género de deudas que es imposible no pagar; porque se puede eludir el pago de una deuda cualquiera, pero una visita de cumplimiento, ¿quién no la paga en el plazo improrogable de ocho días? Infeliz el que incurriera en semejante falta de esquisita educación: le morderían todas las bocas y le arañarían todas las uñas.

El buen trato de las gentes ha establecido esta comunicación oficial en que las familias que viven en más estrecha intimidad y en más continua confianza, están obligadas á visitarse solemnemente, por puro cumplimiento, una vez á la semana.

¿Estáis enfermo?.... pues os matarán á visitas.

¿Os habéis muerto?.... pues tendréis que recibirlas de cuerpo presente.

Hay mentiras agradables, hay ficciones encantadoras, y el secreto consiste en que la mentira no le descubra, y en que la ficción no se conozca.

Una mujer puede ser fea, indudablemente lo son muchas; pero si ha adquirido el secreto de parecer hermosa, lo será á los ojos de todos los que la vean; y si parece hechicera, ¿qué le importa no serlo?

Eso es una bella mentira, una apariencia deslumbradora, un engaño agradable; hay uno que finge y otro que cree; esto es corriente, es cosa admitida por toda la redondez de la sociedad.

Puede suceder más todavía, y es que dos se engañen mutuamente sin querer engañarse.

Este fenómeno del corazón humano es muy frecuente en el cariño; y por eso se oye tan á menudo decir á los hombres: ¡Qué ingrata!.... Y á las mujeres: ¡Qué falso!.... Es el triste momento del desengaño.

Son un hombre y una mujer que se amaban sin quererse.

Pero en materia de *cumplimientos*, no hay forma de engañarse; porque el *cumplimiento* es la fórmula convenida de un afecto ó de un interés que no se sienten.

En todo *cumplimiento* hay dos que se ríen misteriosamente; el que lo hace y el que lo recibe.

Cumplimiento es la manera fina, sobona, insoportable, pero corriente, que han encontrado las perso-

nas bien educadas para burlarse unas de otras con pleno conocimiento de que se burlan.

Cumplimiento es la mentira solemnemente reconocida; la apariencia en cuyo secreto todos estamos; el engaño convenido; la única ficción en la cual ninguno creemos.

Es la comedia del buen trato en los pueblos donde apenas hay trato alguno.

Pues bien: la *visita* es el más cruel de los *cumplimientos*, porque es un martirio que hay que recibir, y, lo que es más, que agradecer; más aún: que hay que pagar.

Las *visitas de cumplimiento* me aterran.

Me gusta la sociedad, me gusta la compañía, la conversación me encanta; pero, ¡Dios mío!, las *visitas* me angustian, precisamente porque no son sociedad, ni gente, ni compañía, ni conversación: no son más que *cumplimientos;* esto es, el fastidio.





EL PENSAMIENTO LIBRE.

REALMENTE es un conflicto para los entendimientos perezosos la obligación de saberlo todo en que los ponen las celebradas conquistas del derecho moderno. De cualquier modo que sea, para representar dignamente el papel de ciudadano en la sociedad en que vivimos, se hace preciso que hasta los más zotes se conviertan en pozos de ciencia. La libertad nos llama á todos, sin más título académico que el de la cédula de vecindad, á resolver directa ó indirectamente *ex-cathedra* las cuestiones más arduas y los problemas más difíciles en el orden político, moral y religioso.... Ni más, ni menos.

Parece, pues, necesario que hasta los más ignorantes añadan por de pronto, al título de ciudadanos, los títulos de doctores en teología, licenciados por lo menos en política, y siquiera el de bachilleres en moral. Ya sé yo que con el tiempo, porque tal es el progreso, los eclipses de sol, la

virtud especial de la quinina, el orden geológico de las capas de la tierra y las ecuaciones de segundo grado, se decretarán por mayoría de votos en asambleas populares, elegidas por sufragio universal; ¡qué duda tiene!....; pero, entre tanto, nos basta con los conocimientos elementales que se necesitan para gobernar, digámoslo así, el cielo y la tierra, á Dios y á los hombres, este mundo y el otro, lo temporal y lo eterno.

Hasta hace algunos años no había yo caído en la cuenta de la necesidad de esta aptitud para tener, como ahora se dice, mi opinión, mi respetable opinión acerca de los diferentes puntos que diariamente se controvierten y se deciden en la academia popular de la plaza pública, y era yo partidario de todos los desatinos que la ignorancia y la perversidad del corazón y del entendimiento han puesto en moda. Claro está que entre las dirversas libertades que me sonreían, la libertad de imprenta fué la que me pareció más encantadora. Por supuesto, había llegado mi razón á las más atrevidas conclusiones, sin más estudio que la lectura de algún periódico, y sin más razonamientos que los acostumbrados en las disputas de los cafés ó en las conversaciones transcendentales de los corrillos; poseía la fraseología corriente, y era capaz de encajarle un discurso filosófico, político y religioso al lucero del alba.

Ya lo he dicho: la libertad de imprenta me encantaba, y había aprendido como un papagayo á decir que *era la emancipación del pensamiento*, *la pa-*

lanca de la inteligencia, y *el centinela avanzado de la civilización y de la cultura*. ¿Quién me tosía á mí con toda esa serie de conocimientos? En punto á crítica, todo caía bajo el peso de mis terribles fallos. Si no me veía cerca de la presidencia del Consejo de ministros, á lo menos me consideraba con aptitud para alcanzarla.

En este estado, poco más ó menos, se hallaba mi entendimiento, cuando me asaltó la idea de casarme.

Verdaderamente, echar sobre mí la cadena del matrimonio, era hacer traición á todas las libertades que me sonreían ; pero vaya V. á convencer al corazón con teorías de libertad, cuando se le han metido, permítaseme la frase, entre ceja y ceja las dulces miradas de dos ojos resplandecientes, grandes y negros.

No obstante, traté de desechar semejante idea; mas pronto advertí que antes se hacía preciso borrar los vivos contornos de una preciosa imagen, que yo no sé por qué misteriosa fotografía se había ido estampado poco á poco en el fondo de mi alma.

Apelé á todos los disolventes que pude hallar en el laboratorio químico de mis ideas, y no encontré reactivo eficaz que disipara las tenaces líneas de aquella imagen permanente.

Mis principios económicos se combinaron, produciendo en el acto esta quinta esencia:

«Es pobre.»

Por un momento se oscureció la claridad de la

imagen que ocupaba mi pensamiento; mas pronto apareció de nuevo, dejándome admirar el tesoro de sus encantos, que la imaginación, siempre loca, se complacía en realzar con la suposición de todos los atractivos.

La economía no alcanzó á destruir el lujo de su belleza.

Cualquiera que sea el maravilloso conjunto de sus perfecciones, aunque el *facsímile* de su correcto dibujo contenga el fiel retrato de la misma Venus, al fin y al cabo era una mujer, y por lo tanto sujeta á todas las fragilidades y á todas las inconstancias de que adolece la cara mitad del género humano.

Así me hablaba la triste experiencia recogida en mi vida de hombre libre, presentándome uno tras otro toda la serie de desengaños que la juventud recoge en sus vanas disipaciones.

El mundo, desde el fondo oculto de mi pensamiento, hacía esfuerzos inauditos por sustraerme del poderoso influjo que en mí ejercía la bella imagen que llevaba grabada en mi memoria; y ocultando la faz risueña con que seduce á los incautos, me presentaba la faz terrible con que desespera á los que han caído en el abismo de sus locos placeres.

Pero la imagen, semejante á la aurora que aparece en el horizonte de un cielo sereno, disipaba las sombras de mi espíritu con la sonrisa de la esperanza y de la inocencia.

Todo fué inútil : mis cálculos, mis reflexiones, mis razonamientos carecían de fuerza para vencer la

terca resistencia de mi corazón obstinado, y, cerrando los ojos, decidí casarme.

Desde el momento en que formé esta resolución irrevocable, comenzó á parecerme desierta la casa en que vivía; me pareció lóbrega, triste, desmantelada. Los muebles, en los que hasta entonces no había reparado, los encontraba de mal gusto, pobres, viejos é incómodos ; la mayor parte de los cuadros que adornaban las paredes me parecieron de escaso mérito y de malísimo gusto ; porque ¡oh contradicción inexplicable! eran al mismo tiempo demasiado libres en la ejecución y en los asuntos.

Consideré como cosa absolutamente indispensable renovar los muebles, los adornos, y, si me es permitido decirlo así, purificar la atmósfera que hasta entonces había respirado en mi propia casa, sustituyendo el aseo y el orden al abandono y á la libertad que se respira en las casas de los hombres solteros.

Ante todo, elegí la pieza más alegre para que sirviera de tocador á la que, Dios mediante, había de ser más tarde ó más temprano la madre de mis hijos.

Esta habitación, severa por la regularidad de las líneas que la formaban, y risueña por la claridad con que la iluminaba la luz del día, se prestaba admirablemente á brillar con todos los ricos pormenores con que el refinamiento de nuestras costumbres adorna esta clase de habitaciones destinadas á eternizar la belleza de nuestras mujeres.

Yo había admirado muchas veces el gusto ex-

quisito y la esmerada riqueza que ostentan esta especie de templos de la hermosura, y resolví, allá para mis adentros, desplegar allí todo el lujo á que alcanzaran los recursos de mi mediana fortuna.

Gozaba de antemano saboreando la agradable sorpresa que en ella causaría el aspecto esplendoroso de su tocador flamante, cuando me detuvo una reflexión repentina, que me dejó pensativo.

—¡Lujo!.... ¡lujo!.... —exclamé hablando solo. La ciencia lo considera como necesario á la vida de la industria; la industria es el gran elemento de las propiedades públicas ; los pueblos más industriales son los pueblos más ricos; luego si se suprime el lujo, es, pues, suprimir el alma de la economía política. Muy bien: esto es luminoso, y no tiene vuelta de hoja; pero si bien es verdad que hace prosperar á los pueblos, suele darse con frecuencia el fenómeno económico de muchas familias arruinadas por el lujo. Por lo tanto, conviene distinguir: el lujo, como elemento científico, es una gran cosa; mas el lujo, como elemento doméstico, no ofrece en realidad las mayores ventajas.

Además, pensaba yo que el lujo arrojado así á los ojos inexpertos y por lo tanto impresionables de una mujer joven y bella, había de producirle cierto deslumbramiento, y, por regla general, estas alucinaciones causan vértigos que no suelen tener consecuencias muy favorables para los maridos.

Haciendo, pues, la salvedad científica conveniente para dejar en toda su integridad mis principios económicos, determiné amueblar el tocador de la pró-

xima compañera de mi vida con toda la sencillez posible....

Una vez dispuesta la casa y completo todo el menaje indispensable, pensé del mismo modo en renovar mi modesta servidumbre, porque en verdad no tenía yo la mejor idea de las buenas costumbres de las gentes que hasta entonces me habían servido.

¡Ya se ve!: en mi vida de soltero, no les había ofrecido grandes ejemplos que imitar, y alentados por la intemperancia de mis inclinaciones, habían proclamado, tomándoselas una á una, todas las libertades; mas yo iba á pasar del estado de ciudadano independiente á la categoría de jefe de familia, iba á ejercer las graves funciones de un magisterio que á la vez me conceden la naturaleza, la religión y la sociedad, y no era prudente exponer la tranquilidad y hasta el decoro de mi casa á los desórdenes de mis criados: los necesitaba menos libres y más fieles.

Sobre la mesa de mi cuarto había un gran número de tarjetas, y me entretuve en leerlas una á una, recorriendo así la larga serie de mis amigos y de mis conocidos. Maquinalmente mis manos iban rasgando unas y apartando otras. Rasgaba las de aquellas personas cuyo trato podía ser peligroso á mi familia, y apartaba las de los amigos cuyo trato podía conservar sin temor de que corrompieran el corazón de mi mujer ó extraviaran el entendimiento de mis hijos.

¡Extraña contradicción! Yo, partidario en la plaza

pública de todas las libertades absolutas, empezaba á establecer en mi casa el odioso sistema de las más severas restricciones. Ó me había vuelto loco, ó comenzaba á tener juicio.

Eché una ojeada sobre mi escritorio y otra ojeada sobre mi biblioteca, recordando que en el escritorio había papeles y cartas que contenían imágenes demasiado desnudas y conceptos poco escrupulosos, y en la biblioteca libros que removían los cimientos de la sociedad, ya en forma literaria, ya en forma científica, plagados de todas las sensualidades intelectuales de la sabiduría libre.

La inmunidad del pensamiento manuscrito é impreso, invocando los *derechos del hombre*, me pedían la libérrima circulación entre los individuos de mi familia, seres racionales al fin, que tenían derecho á respirar el aire de la inteligencia. Mas es el caso que la imbecilidad de mis opiniones políticas no era tan crasa que no me dejara advertir la grave contingencia de que la lectura de aquellos manuscritos corrompieran el entendimiento de mi mujer y de mis hijos. El peligro me tocaba tan de cerca, que yo, *libre-pensador*, me aterraba ante la idea de que mi mujer y mis hijos llegarán á ser también *libre-pensadores*.

Pero ¿había de condenar á reclusión perpetua aquellas luminosas manifestaciones del pensamiento humano? ¿Por qué no había de poner en manos de mi familia aquellos manuscritos y aquellos libros que el Estado dejaba circular libremente en nombre de la libertad de imprenta?

Después de dar muchas vueltas en mi cabeza á esta contradicción terrible entre mis ideas y mis sentimientos, decidí quitar las llaves del escritorio y de la biblioteca ; pero tropecé con la probabilidad de un descuído, con la curiosidad, tan propia de la inocencia como de la malicia, y tuve por más eficaz el recurso de alejar toda contingencia, echando fuera de mi casa los manuscritos y los libros que por primera vez de mi vida me parecían peligrosos. ¡Magnífica idea!.... podía hacer con ellos un buen regalo.

Con esta idea me acosté y me dormí tranquilamente ; mas me desperté con una nueva preocupación : si yo alejaba de mi casa aquellos libros porque su lectura era perniciosa, ¿no había una verdadera traición en envenenar con ellos la atmósfera de otra familia?

Me vestí pensativo, cejijunto, malhumorado.

Era una mañana fresca, como lo son todas las de Diciembre, y la chimenea de mi cuarto, previamente encendida, llameaba, convidándome á respirar el perezoso calor de su aliento. Una idea incendiaria pasó como un relámpago por mi cabeza, y, sin más reflexiones, saqué del escritorio y de la biblioteca los manuscritos y los libros, y uno á uno los fuí arrojando en la chimenea, apartando con horror los ojos, mientras el fuego convertía en humo y en ceniza todas aquellas libres manifestaciones del pensamiento humano.

Ahora llamo á todos los libre-pensadores que en estos momentos revuelven el mundo, y les pregunto:

¿Qué habríais hecho en mi caso?

¿Habríais, como yo, arrojado al fuego los libros que podían pervertir el corazón y el entendimiento de vuestras mujeres y de vuestros hijos?....

¿Sí?

Entonces sois unos inquisidores.

¿Los habríais conservado en vuestros escritorios y en vuestras bibliotecas, dejándolos circular entre vuestros hijos y entre vuestras mujeres?....

¿Sí?

Entonces sois unos infames.

De esta manera he llegado yo casi sin saberlo á resolver la grave cuestión de la libertad de imprenta.

Si somos honrados y justos, no podemos querer para la sociedad lo que no queremos para nuestros hijos.





LA LUZ.

—

En el principio del mundo dijo Dios: *Fiat lux*, y la luz fué.

Las tinieblas, sorprendidas, se miraron, quisieron verse, y huyeron espantadas de sí mismas.

Desde entonces la oscuridad vuelve la espalda á la luz como una mujer fea á un espejo.

El universo abrió los ojos como un niño que nace; se vió brillante como una esperanza, y se engalanó como una mujer hermosa.

La tierra, palpitando de alegría, se lanzó en el espacio y comenzó á dar vueltas alrededor del sol, como una mariposa alrededor de una lámpara.

De este prodigio hace seis mil años, y, ¡cosa extraña!, todavía no se sabe qué cosa es la luz.

Y debía saberse, porque nada hay en el mundo que el hombre pueda ver con más claridad que la luz que tiene delante de los ojos.

La verdad es que debe ser muy rica.

Por de pronto es inagotable.

Si viene del sol, es un torrente de oro.

Si viene de la luna, es un manantial de plata.

Para salir por las mañanas, se viste de nácar.

Para retirarse por las tardes, toda ella es de púrpura.

Siempre va de prisa; á nadie espera, y en diez segundos corre treinta y cuatro millones de leguas.

La sombra anda siempre buscando un objeto á que ampararse para mirarla.

Si bien se observa, se advertirá que la luz es una niña.

Dadla un pedazo de cristal, y la veréis volverse loca.

Veréis con qué rapidez pasa de un color á otro: esos son sus juegos.

Ella coge al día de la mano, y lo lleva de Oriente á Occidente: esa es su obligación.

En las nubes hace prodigios de habilidad.

Ella las borda, las matiza, las recorta; de una hace un velo de gasa; de otra hace un manto de púrpura; de otra un espléndido cortinaje recamado de oro: esas son sus labores.

El arco iris es suyo.

Un día apareció el cielo enojado; su frente, coronada de nubes, revelaba la profundidad de su pena.

La luz, que es toda alegría, se afanaba en vano por disipar su oscura tristeza.

Al fin el cielo rompió en llorar.

Estaba inconsolable.

Cuarenta días y cuarenta noches sus ojos fuerón un torrente de lágrimas.

La tierra se anegaba en las ondas de aquel llanto inmenso.

La luz se deshacía buscando una salida oportuna; pero el cielo estaba sombrío, y la oscuridad le cerraba el paso por todas partes.

Afiló entonces uno de sus rayos más puros, lo lanzó en medio de la oscuridad, y las nubes se abrieron, y bordó en seguida, sobre el aire húmedo todavia, un arco de triunfo.

Es muy caprichosa : las auroras boreales son unos caprichos que no tienen explicación.

Ella hace azul el aire, transparente el agua, sonrosado el cielo.

Es una cosa clara y oscura al mismo tiempo; se la ve, y no se la entiende.

La ciencia dice que es una sustancia; la poesía, que es la mirada del cielo.

Lo único que se sabe es que los ojos la reciben con alegría y que el alma se asoma á ellos solo por verla.

La luz tiene un punto de vista moral. Se pueden observar en ella una multitud de cualidades que parecen propias del hombre.

En primer lugar, es activa.

Apenas amanece, ya está en la calle : ni el frío la detiene, ni el calor la enerva.

Conviene advertir que su calle es el universo.

De las mujeres ha tomado la curiosidad.

Siempre está mirando por las cerraduras de las puertas y por las junturas de los balcones.

¡Con qué afán se agolpa á una ventana entreabierta!

Yo creo que la mayor parte de los cristales que se rompen lo hacen de cólera, al ver que no pueden contenerla.

De todo quiere enterarse : sea donde quiera que entre, todo lo abarca de una ojeada.

Es soberanamente artista : nadie como ella conoce las leyes de la perspectiva : al momento se penetra de la posición de cada uno, y sólo le deja ver lo rigurosamente lógico, y con un tino verdaderamente inspirado, sólo nos indica los puntos que debemos ver.

Pero también es cruelmente burlona : para la caricatura tiene una chispa envidiable.

De todo se ríe.

En el lienzo de una pared, sobre una alfombra, sobre las piedras de las calles, sobre la tierra desnuda, en cualquier parte, dibuja con pasmosa rapidez cuantos objetos se le ponen delante.

¿Quién no se ha reído alguna vez de su sombra?

La mujer más bella se ve muchas veces obligada á cambiar de postura, porque la luz implacable se empeña en delinear sobre la pared imediata su perfil grotesco.

El amante más ciego puede ver en esa caricatura un retrato, y el amor, que perdona las inconsecuencias, las infidelidades y las ingratitudes, suele ser muy severo con las incorrecciones de un perfil

arrojado sobre la pared por un rayo de luz mal intencionado.

La luz miente como los poetas, como los artistas, como las mujeres. Su procedimiento está reducido á exagerar la verdad.

¡Y cómo sabe vivir!

Siempre toma el color del objeto por donde pasa.

Cuando no puede penetrar, dobla sin esfuerzo sus incansables rayos, y se lanza en todas direcciones.

Se hunde en el agua, y no se apaga, ni siquiera se moja.

Delante de los espejos atrae las miradas de todos. Se apodera de nuestros ojos y se lanza sobre el cristal impenetrable para presentarnos á nosotros mismos.

Entonces se refleja en nuestro pensamiento la más absurda de las verdades.

Cada uno dice para sí: «Aquel soy yo.»

Pero su empeño es hacernos creer que ha penetrado al través de la capa de azogue que le corta el paso.

El sofisma de que se vale es verdaderamente deslumbrador.

Si la luz no ha atravesado el espejo, ¿cómo puede uno ver su imagen al otro lado del cristal?

Se presta con facilidad á una verdadera especulación, que produce en el acto el ciento por ciento.

Para doblar un capital cualquiera, no hay más que colocarlo delante de un espejo.

Pero donde hay que admirar más á la luz es en

la flexibilidad con que se amolda á todas las situaciones.

Ved qué sombría penetra en el fondo de un calabozo, qué fúnebre aparece alrededor de un moribundo, qué risueña se muestra en los ojos de las gentes felices, qué misteriosamente se derrama por las bóvedas solitarias de los templos.

Antes que se inventaran los telégrafos, había ella puesto en comunicación con más rapidez que la chispa eléctrica los dos polos de la humanidad.

Por medio del relámpago de una mirada se entienden desde el principio del mundo el alma del hombre y el corazón de la mujer.

Tantos siglos empleados para dar aplicación á la electricidad, cuando basta abrir los ojos para dar aplicación á la luz.

Los amantes juntan sus almas en un rayo de luz que parte á un mismo tiempo de dos miradas opuestas.

Y es incomprensible que el amor, que siempre busca el misterio y la oscuridad, se confíe á las imprudencias de un rayo de luz.

Es que los amantes se entienden mucho mejor mirándose que hablando.

En las palabras se refleja el talento, y en las miradas el alma.

También la luz es débil : huye de los ciegos, como el oro de los pobres.

En presencia de un brillante no puede contenerse, y se deshace sobre la piedra preciosa, bañándola con los movibles reflejos de todos sus co-

lores. Sobre los vestidos rotos y manchados se detiene sólo para gritar: «He aquí un roto, he aquí una mancha.»

Al mismo tiempo se deja caer con delicada suavidad sobre las faldas de seda, cubriéndolas con aduladora cortesía de caprichosas aguas.

Á ella no se la puede ocultar la primera cana, ni para ella tiene disimulo la primera arruga.

La luz viene á ser en la naturaleza lo que la razón en la inteligencia.

Lo mismo que la razón, la luz puede ser natural y artificial.

Á la luz del gas las mujeres feas se embellecen, como á la luz del sofisma los errores brillan.

Todos los secretos de la mecánica consisten en el punto de apoyo; todos los secretos de la razón consisten en el punto de vista.

Ese magnífico lienzo que se llama el *Pasmo de Sicilia,* será una mezcla confusa de líneas y colores, ó una creación asombrosa, según desde el punto que se le mire.

El hombre ha inventado la luz artificial, la ha sacado de la luz natural; del mismo modo que ha inventado las verdades artificiales, sacándolas de la verdad suprema.

El sol aparece todos los días iluminando el espacio para enseñarnos el cielo.

En Madrid se enciende el gas todas las noches para que veamos la tierra.

El hombre es á Dios lo que una caja de fósforos es al sol.

La soberbia humana puede también escribir su *Génesis*.

Puede empezar de esta manera:

Un día dijo el hombre : *Fiat lux*, y los fósforos fueron.

De aquí parte un golpe de luz que nos ilumina perfectamente.

La luz inventada por los hombres vale más que la luz creada por Dios : vamos á verlo.

Mil rayos de sol no cuestan nada ; una sola caja de fósforos cuesta dos cuartos.

¿Se puede ver más?





EL PÚBLICO

UÉ cosa es público?

Mirándolo bien, es una especie de rey constitucional que reina y no gobierna.

El público es el principio, el medio y el fin de todas las cosas.

No hay nada que no se haga por el público, con el público y para el público.

Él es un objeto constante de especulación.

Se le adula siempre, lo cual quiere decir, se le engaña siempre.

Si se miran los carteles que anuncian las funciones teatrales, el público es respetable.

Si se registran los prospectos, que, como los lazarillos á los ciegos, llevan de la mano la primera entrega de la última novela, el público es ilustrado.

Si habla la gacetilla de un periódico describiendo alguna solemnidad, el público es siempre escogido.

No hay bando que no sea para conocimiento del público.

No hay tienda en la que todo no se encuentre al gusto del público.

¡Qué no se hace en beneficio del público!

Las calles, los paseos, las plazas, los templos y los teatros son sus dominios naturales.

El público es inviolable por su naturaleza.

Si un caballo se desboca en medio de una calle y estropea á un niño, á una mujer ó á un anciano, padecen tres individuos particulares; pero el público queda ileso.

Hay ocasiones en que pierde su generalidad, y se individualiza.

Un bando prohibe que las personas que llevan alguna carga transiten por las aceras, con el fin de que no incomoden al público.

Dos individuos que no tienen mucho que hacer se encuentran en la acera de la calle más concurrida, se paran y entablan su diálogo.

La gente echa entonces por el arroyo, para no incomodar al público.

Entra un coche en una calle al mismo tiempo que de ella sale mucha gente; todo el mundo abre paso, se estrecha, retrocede, se estruja y se aplasta, para que pase el público representado por dos caballos, un coche y un cochero.

El público es además irresponsable.

Es un periódico de todas las horas, donde se puede imprimir la difamación sin miedo á las leyes, donde se puede acusar sin pruebas.

Es un tribunal donde se juzga sin oir y se condena sin apelación.

Los repartidores del periódico son los ociosos; los jueces del tribunal son los envidiosos.

El público está en todas partes, y todo lo repite como un eco.

Sin embargo, él es respetable, ilustrado, escogido, imparcial, justo.

Hay que tributarle ese homenaje de adjetivos para que no se le ocurra jamás dudar de sí mismo.

El público es el privado de los tiempos modernos.

Parece imposible que se llame público una cosa que solo se compone de particulares.

Todo lo que es público pertenece al dominio de todos.

Por eso cada uno tiene su público.

El público que asiste á la primera representación de una obra dramática, es casi siempre un público particular.

Tiene el aire desdeñoso, la cara seria, el aspecto frío.

La obra que va á someterse á su dictamen no está juzgada, y quiere rodearse de toda la severidad de un juez.

Generalmente no se atreve á aplaudir, y rara vez desciende á silbar.

El público de la segunda noche recibe la actitud del público de la primera como una orden, y corona el triunfo de la obra con aplausos, ó la hunde con sus silbidos.

Parece que el primero juzga y el segundo ejecuta.

Lo que se ve es que el público necesita siempre una inspiración para decidirse, venga de donde quiera.

El público político tiene un recinto estrecho, donde no le es permitido ni murmurar siquiera.

En el Senado y en el Congreso se llama el público á las tribunas.

Este público es siempre de oposición.

Se compone generalmente de hombres que toman su malestar por opinión y sus desgracias particulares por las desgracias de la patria.

Acuden á fortificar su descontento con los discursos de las oposiciones, llevando su convicción hecha, ó, mejor dicho, su animadversión.

El público de los cafés es también un público particular.

Digámoslo con franqueza : los cafés son las tabernas de las gentes que llevan levita.

Este público es, como si dijéramos, la gacetilla del periódico, la crónica de la capital.

Un chisme arrojado en medio de un café, se propaga como la luz.

Muchas veces en una taza de te se ahoga la reputación de un hombre, y con el humo de un cigarro se empaña la honra de una mujer.

Este es el público encargado de repartir los cuentos que hacen reir y los cuentos que hacen sangre.

Este es el público que mata el tiempo, que hace tiempo y que pierde tiempo.

El público de los paseos es el más numeroso, porque es la reunión de todos los públicos.

Dudo de que el público sea discreto, porque no he visto jamás que guarde el secreto de nadie.

Es la atmósfera de la sociedad : es la respiración de un pueblo.

No hay humillación en adularlo, ni peligro en deprimirlo.

Va donde lo llevan, toma lo que le dan, y da lo que le piden.

Espejo movible, que sólo refleja los colores que tiene delante.

Él da las reputaciones y él las quita.

Un día habla de la toma de Malakoff, otro día de un vestido ó de un baile.

Como á un niño, se le pone un juguete sobre la mesa, y juega con él sin pensar en otra cosa.

La curiosidad es su pasión, la murmuración su vicio, el entusiasmo su virtud.

El chiste que más le hace reir, es ver á un hombre que se le van los pies y que cae de boca.

Cierto ; pero se le conmueve fácilmente con los grandes sentimientos.

Es un gran novelista : entregadle un argumento, y él publicará en seguida una colección de novelas. Es decir, dadle una noticia, y en su boca se multiplicarán los accidentes del suceso en variedad interminable.

En la expresión, se apropia las frases más enérgicas, más concisas y más claras ; en las ideas,

admite todos los errores; en los sentimientos, distingue siempre los más nobles.

No le gusta pensar; quiere sentir.

Los filósofos le fastidian; los poetas le encantan.

No apetece pensamientos; quiere sucesos.

Nunca admira tanto al que le enseña, como adora al que le conmueve.

Su fuerza es la costumbre; su debilidad es la moda.





CUATRO PASEOS

Hace un día hermoso, y el sol convida á tomar el aire.

Sus rayos se multiplican al cruzar los cristales de mi balcón y caen sobre el pavimento, sobre la mesa y sobre el papel que escribo, como una lluvia de oro.

Son las doce en punto.

Mientras escribo, voy á pensar hacia qué punto dirigiré mi paseo.

El prímero que se me ocurre es el Retiro.

El Retiro no es más que una población de árboles, que tiene sus calles anchas y sus calles estrechas.

Su *Parterre*, que parece un hospital de flores, pues ninguna se atreve á salir de la línea recta á que están asomadas, y todas se ven cabizbajas y descoloridas, no me gusta.

Los árboles que lo adornan son pequeños, la

copa perfectamente redonda, y todos exactamente iguales: parece que se han hecho en una fábrica, como se hacen los naipes.

Si alguno se atreve á ensanchar sus ramas un poco más que su vecino, llega el jardinero y se las corta.

He dicho el jardinero, y no he sido exacto. Es más bien el peluquero de estos pobres árboles, que están condenados á ser iguales como una compañía de quintos.

Por fuerza deben confundirse entre ellos mismos, perdiendo, si puede decirse así, su personalidad, pues algunas veces no sabrán cuál de *ellos es él.*

Esta uniformidad debe darles el derecho de creer que no son más que uno mismo repetido un cierto número de veces.

Así es que cualquiera de ellos puede decir: yo soy aquél, y éste, y el otro, y todos.

Á la naturaleza no le deben parecer árboles; debe desconocerlos bajo la librea que el hombre les ha puesto.

Las mujeres chinas se mutilan los pies, porque así se consideran más bellas; por la misma razón se mutilan los árboles del *Parterre.*

En una palabra : el *Parterre* es un jardín artificial.

Es ver hierbas, árboles y flores, como se pueden ver en los aparadores de la peor florista de Madrid.

Pero en cambio en el Retiro hay un hermoso estanque cuadrado y espacioso, terso como un es-

pejo, en el cual el cielo se está mirando siempre.

El agua descansa tranquila como una conciencia limpia, y sólo arruga la frente cuando los patos nadan en su superficie.

Esto me recuerda una escena cómica, y á la vez dramática, que he visto representada en un hermoso grabado expuesto al público en la Carrera de San Jerónimo.

Es una gallina, á quien le han quitado sus huevos, sustituyéndolos con otros de pato.

La cría acaba de romper el cascarón, y la madre, orgullosa, los lleva en pos de sí, enseñándoles la manera de buscarse la vida.

Da la casualidad que un arroyo tranquilo pasa por delante de esta numerosa familia, y los patos, ansiosos, se lanzan al agua.

Este es el momento dramático del cuadro, en que se pinta la angustia de esta madre desventurada.

Aletea á la orilla del arroyo, desesperada de no poder salvarlos.

Ella no ha conocido jamás en su familia pariente alguno que ande sobre el agua con la misma facilidad que sobre la tierra.

Sus plumas erizadas, su pico abierto, sus alas tendidas, expresan perfectamente el terror que la domina.

Los patos, insensibles á los dolores de su madre, porque ellos no deben estar en el secreto de su origen, siguen impávidos cortando la corriente y hundiendo sus cabezas en el agua.

Es una escena humana representada por una gallina y dos docenas de patos recién nacidos.

Es el terror de una madre que, fija en la playa, mira con espanto la inquietud de la mar, buscando entre las olas el frágil esquife en que navegan sus hijos.

Los gastrónomos es posible que no vean en este cuadro más que una gallina tierna.

Salí del Retiro, y ya es tarde para volver á él. Hay otro paseo cuyo punto de vista es el mejor de Madrid.

El nombre que conserva ha llegado hasta nosotros al través de una respetable antigüedad.

Se llama el Campo del Moro.

Lo corta, formando una elipse, el cauce anchuroso del Manzanares.

Hemos convenido en que Manzanares sea un río, sin más razón que porque debiera serlo.

Quevedo ha dicho que lleva más agua que él

«Cualquier cuartillo de vino.»

Yo creo que humedece sus arenas con las lágrimas que le hace llorar su misma pobreza.

En rigor no es más que el esqueleto de un río.

Pero, á pesar de sus escasos recursos, él es el Jordán de las camisas de doscientos mil habitantes, y es al mismo tiempo el paraíso terrenal de dos mil Evas que lavan y de otros tantos Adanes que les gusta ver lavar.

Por uno de esos contrastes tan frecuentes en to-

das las cosas, los amores menos limpios son los amores de las lavanderas.

Á derecha é izquierda del río, en cuerdas sucesivas é interminables, flota blanca como la nieve la ropa tendida.

¡Si pudiera blanquearse así la conciencia!

Debajo de estas tiendas que se renuevan todos los días, bulle un pueblo anfibio, que pasa su vida á la orilla del río, como los caimanes. El sol y el agua que les blanquean la ropa les ennegrecen los rostros.

El Campo del Moro, con sus árboles, sus jardines, sus riberas y sus horizontes, es un bello paisaje.

Desde la Cuesta de la Vega se domina todo él, y la vista se derrama satisfecha viendo interrumpida por un momento la aridez desconsoladora de los alrededores de Madrid. Parece que la naturaleza huye de las grandes poblaciones.

Desde el fondo del valle que forma el río se ve empinada y coronada por un cuartel la montaña del Príncipe Pío.

No sé qué hacer : todavía me queda la Fuente Castellana, que es otro paseo reducido á dos alamedas que se cortan formando una cruz.

¡Una cruz! ¡Se encuentran tantas sin salir de Madrid!

¿Quién no tiene una cruz?

Iré al *Prao*. Digo *Prao,* porque no es prado.

La *d* que le falta es una supresión hecha por el sentido común de las gentes de Madrid. Nadie dice prado.

Prao es un nombre propio que no quiere significar prado.

Es simplemente la designación de un sitio donde todos los días se reunen las mismas personas y con el mismo objeto.

Es una especie de exposición de mujeres, y una verdadera exposición para los hombres.

Desgraciado el marido cuya mujer vaya al *Prao* todos los días.

El *Prao* hace muchos matrimonios, pero también los deshace.

Voy á decidirme.

El Retiro, el Campo del Moro, la Montaña del Príncipe Pío, la Fuente Castellana, el *Prao*....: no hay más.

Verdaderamente no sé qué partido tomar.

¡Qué difícil es elegir!

Vamos á ver.... No veo.

El sol ha desaparecido. Ya no es hora.

¡Qué lastima!

Podía haber paseado tan agradablemente en el *Prao*, en la Fuente Castellana, en la Montaña del Príncipe Pío, en el Campo del Moro, en el Retiro.

Me hubiera sido indiferente cualquiera.

Este es el corazón humano.





FEBRERO-ABRIL-EL AGUA

LOS AGUADORES

Hay un refrán que dice: «Febrero el corto; un día peor que otro.»

Este refrán parece más bien hecho para la vida que para Febrero.

De cualquier modo, es un refrán incomprensible.

Porque, ¿qué cosa hay en el mundo, ni fuera de él, que siendo mala pueda ser corta?

Y sin embargo, este refrán está lleno de sentido común.

Todos decimos: ¡qué vida tan triste!; y todos repetimos: ¡qué vida tan corta!

Más claro:

Nos quejamos de un dolor porque nos duele, y al mismo tiempo porque dura poco.

Así comprendo yo esa combinación de palabras tan claras y tan oscuras al mismo tiempo.

Se me ha ocurrido muchas veces, y la escribo ahora por primera vez.

Vedla aquí:

Si el hombre fuera siempre feliz, sería muy desgraciado.

Pero volviendo al refrán, puedo decir que no tiene hoy aplicación en ninguna de sus partes.

Febrero ha sido el mes más hermoso del año.

Digo del año, porque Abril no será más agradable.

Sus días han sido uno mejor que otro.

Sin duda por la proximidad del Carnaval, ha tenido el buen gusto de disfrazarse de Abril.

Es una broma feliz, que todo el mundo celebra abriendo los balcones, abandonando los abrigos y poblando las plazas, las calles, y los paseos.

Toda la autoridad del Almanaque es necesaria para convencernos de que Febrero no es Abril.

El aire es tibio, el sol brillante, el cielo risueño, la tierra alegre.

Las flores brotan, los pájaros cantan y el agua se sonríe.

Por todas partes asoma la primavera.

Se ven estos días las niñas más bellas, las mujeres más graciosas, los hombres más tratables.

Estos días hermosos brillan para todos : son los días de los pobres.

El sol no les escatima sus rayos, ni el aire huye de ellos, ni el cielo deja de cubrirlos, ni la tierra les niega el paso.

La naturaleza, más rica que todos los banque-

ros juntos, les reparte sus tesoros como si quisiera enseñar á los hombres á ser generosos.

Ha recibido el sudor del pobre y el agua del cielo, y paga con usura el trabajo del pobre y el beneficio del agua.

¿Será lo más ingrato que hay en la tierra el corazón del hombre?

Febrero es este año el mes verdaderamente más corto.

Hoy acaba, y debemos despedirnos de él con el sentimiento de que nos abandona un buen amigo.

Enterrémosle coronado de flores entreabiertas, y pongamos sobre su sepulcro este epitafio:

«NACIÓ EN LO MÁS CRUDO DEL INVIERNO.
MURIÓ CASI EN LA PRIMAVERA.
¡OH ABRIL!
TU SOL NO SERÁ MÁS BRILLANTE
NI TU CIELO MÁS PURO.
HA VIVIDO VEINTE Y OCHO DÍAS.
¡QUÉ LÁSTIMA!»

¡Agua va!; ó mas bien: ¡agua viene!; ó mejor dicho: ya está aquí el agua.

Lozoya impaciente empieza á levantarse sobre las fuentes de la capital en chorros limpios y gallardos, como si quisiera señalar en el aire la altura de donde lo traen.

Las calles se abren á su paso en profundas zanjas, tendiéndose para recibirlo y esparramarlo en infinitos acueductos que se enlazan como una red de venas.

El agua es la sangre de la tierra.

Donde hay agua, hay flores; donde hay flores, hay alegría.

El agua es transparente como el aire y azul como el cielo.

Es además el sastre de los montes y la modista de las llanuras.

Ella viste los prados y borda las faldas de las montañas.

Salta como los niños, se precipita como los hombres y murmura como las mujeres.

Y para que sea más completa su semejanza con la especie humana, ella es soberbia y amarga en el Océano, como el hombre en la grandeza, como los hombres en las grandes ciudades.

Entre todos los seres que viven en el agua, hay uno que no ha clasificado Buffon, ni ha sido objeto de estudio para ningún naturalista.

Este ser es el aguador de Madrid, que es el tipo de los aguadores.

Así como el hombre se compone de alma y cuerpo, el aguador es una mezcla de cuba y gallego ó asturiano.

La cuba es lo esencial; el gallego ó el asturiano es lo accidental.

Quitadle á un hombre el alma, y acabó el hombre; quitadle á un aguador la cuba, y acabó el aguador.

Un cuerpo no puede vivir sin alma, ni un gallego puede ser aguador sin cuba.

El aguador lleva la cuba donde los hombres llevan la cabeza; esto es, sobre los hombros.

Quitar á un aguador la cuba, es decapitarle.

En las sangrientas escenas de 1854, atravesaba un aguador la calle de Carretas, al mismo tiempo que sonaron varios tiros. Dió algunos pasos inciertos, y cayó al suelo, exclamando: «¡Dios me haya perdonado!»

Una bala le había deshecho la cuba.

El que haga una cuba, hace indispensablemente un aguador.

La ley creadora que ordena la propagación de las especies ofrece aquí un caso bastante particular.

Y, sin embargo, no se puede negar que este ser resulta de una verdadera incubación.

Si hay alguna cosa eternamente igual, es el paso de los aguadores.

El cronómetro más seguro no es más exacto.

Los aguadores no corren jamás. Sin duda profesan este principio : sólo el agua debe correr.

Si llueve, se les ve abrir una especie de paraguas, con el cual cubren la cuba, para librar al agua de la incomodidad del agua.

Esto es más profundo que lo que parece á primera vista.

La leyes, los tribunales, los gobiernos y los ejércitos, ¿para qué sirven más que para poner al hombre á cubierto del hombre?

Eso es lo que hacen los aguadores con los paraguas.

Por lo demás, viven hacinados, como las cubas alrededor de las fuentes.

Son honrados como un acueducto.

Si hay agua, la llevan, y si no la hay, no la falsifican.

Aunque ellos son los que mejor pudieran beber en *buenas fuentes,* prefieren beber en las tabernas.

Un aguador, á cierta hora de la noche y sin cuba, anda cayendo y levantando, como si hubiera perdido la cabeza.

Lo más terrible que uno puede encontrarse al volver una esquina, es un aguador.

Seres graves, andan sobre la tierra con pies de plomo.

Grandes matemáticos, no hay cantidad líquida que ellos no eleven al cubo.

Viven entre los hombres, porque hay fuentes; el único lazo que los ata á la tierra es el agua.





AIRE

—

ACE dos días que circula por Madrid una voz pavorosa, cuyos ecos resuenan en todas partes y á todas horas.

Como si quisiera ser inteligible á todas las capacidades, se expresa en todos los tonos; desde el silbido más sutil hasta el trueno más profundo; desde el quejido de un niño hasta el murmullo de un pueblo.

Madrid parece en estos momentos un órgano que respira á la vez por todos sus huecos.

Los agujeros de las cerraduras, las junturas de las puertas y los claros de las persianas, exhalan las notas agudas.

Las torres, como flautas enormes, dejan escapar sonidos vagos, que hace dulces y sonoros el bronce de las campanas.

En las bóvedas de las iglesias, en las galerías

de los palacios y en los cañones de las chimeneas, retumban sus acentos roncos y pofundos.

Al mismo tiempo golpean las puertas, abriendo y cerrando sus dobles hojas, como dos manos que aplauden; los cristales palpitan dentro de sus cárceles de madera, como si quisieran saltar en pedazos, y las copas de los árboles se doblan y enderezan alternativamente, como si marcaran el compás de esta monstruosa sinfonía.

Las bocas de las calles se lanzan unas á otras bramidos sordos y entrecortados, que se repiten incesantemente al volver de cada esquina.

Estamos bajo el imperio del huracán.

Apenas se presenta en público, todo el mundo echa mano al sombrero.

El que no saluda de esta manera, queda descubierto en el acto.

No se le puede mirar cara á cara. Lleva delante una nube de polvo para cegar al temerario que quiera fijar en él sus ojos.

La gente corre en todas direcciones, empujada por su mano invisible.

Él vuela por las calles sorprendiendo á los transeuntes; aquí desemboza á uno; más allá se lleva el sombrero de otro.

Las veletas de las torres se empeñan inútilmente en señalar el rumbo de este viajero impetuoso : su inquietud no les deja un momento de tranquilidad.

Recorren todos los puntos del cuadrante como si el viento llegara sucesivamente de todos los puntos del horizonte.

He aquí el ruidoso acontecimiento que todo lo agita en estos días.

¿Qué hacen las autoridades ante este enemigo del reposo público? Cerrar los ojos y bajar la cabeza, porque la Constitución no puede nada contra la naturaleza.

Para el agua se han inventado los paraguas, para el fuego las bombas; pero al aire no hay nada que lo contenga.

Estalla un incendio, y allí acuden las autoridades, los bomberos, los aguadores, la policía y los vecinos.

Ocurre una inundación, y allí acuden también las autoridades, los pontoneros; se improvisan barcas y se conjura el peligro.

Pero se desencadena una borrasca, y todo el mundo se deja arrastrar por el viento que sopla.

El viento hincha la mar, empuja las tempestades y esparce los incendios.

Al mismo tiempo barre el cielo y la tierra; lo mismo levanta remolinos de polvo que remolinos de nubes.

Así como los colores son de la luz, los sonidos son del aire.

El aire es propagador de la música, y la música es la luz del alma.

Por eso el aire es el espejo de los sonidos.

Inmenso pentágrama donde la naturaleza escribe sus fantásticas armonías; ó, más bien, es la lengua del universo.

También entra por los ojos.

Cada uno tiene su aire; por el aire se conoce á cualquiera.

Es preciso ver, para sentir el atractivo del cuerpo airoso.

Su ausencia es muchas veces tan terrible como sus ímpetus.

Todavía no sé á quién se debe temer más, si á un hombre airado ó á una mujer desairada.

La parte más bella de la arquitectura se desenvuelve en sus espacios.

Sin ellos no se podrían fabricar los castillos en el aire.

En la política nadie ha llevado más allá la conquista de sus derechos, porque nadie es más libre que el aire; sobre todo el aire de las mujeres libres.

Su amor á las letras sólo permite que cruce sus dominios gente de pluma.

Cuando es débil, murmura ; cuando es más fuerte, silba ; cuando es poderoso, brama.

Parece que tiene algo de la naturaleza de los hombres.

Por Madrid discurre golpeando las puertas, azotando los cristales, levantando nubes de polvo.

¿Qué hay en Madrid? Aire.

Ráfagas que se cruzan en todas direcciones.

Nadie piensa en ir á un punto determinado. Vamos donde el viento nos lleve.

Estamos como los diamantes, montados al aire.

Reina una inquietud imposible de describir.

Por arriba sopla el viento de la adulación ; por abajo el viento de la miseria.

Madrid, por su posición topográfica, está á los cuatro vientos ; de manera que de cualquier parte que sople se puede ir viento en popa.

Como si fuéramos una turba de criminales expuestos á la vergüenza, el viento nos azota sin misericordia.

No hay palabra que hoy no se lleve el viento que corre; no hay luz que no apague el viento que sopla.

Tal es el aire que se respira.

¡Qué dichosos deberán ser en Buenos-Aires!





LA GUERRA



Los valientes tienen hoy á su disposición un asunto de su especial competencia.

Hace dos días que en Madrid no se habla más que de la guerra.

Esta palabra, negra como la pólvora y encarnada como la sangre, es la que se halla de moda.

Es el objeto de todos los temores, de todas las esperanzas , de todas las curiosidades y de todas las conversaciones.

La Europa se presenta á mis ojos en estos momentos como un gran circo , en el cual van á luchar unas cuantas fieras.

Austria ruge , Cerdeña bufa , Francia ronca, Inglaterra olfatea y Rusia escarba la tierra.

Fijémonos bien , porque va á ventilarse una cuestión de derecho internacional.

Los primeros oradores del mundo están con la

boca abierta, dispuestos á tomar parte en esta discusión suprema.

La diplomacia fría y los protocolos transigentes ceden su puesto al ilustrado fuego de los fusiles y á la elocuencia sonora de los cañones.

Las razones que se preparan por una y otra parte serán razones de peso como las balas, y agudas como las bayonetas.

Las réplicas serán rápidas y arrolladoras como una carga de caballería; se votará con bolas de plomo; penetrará el convencimiento en el corazón como una espada; brotará la luz de los incendios, y, escrita con sangre, se levantará el acta de la sesión, como un monumento al triunfo del derecho. Italia será austriaca ó francesa.

La sabiduría de las naciones enriquecerá, en fin, su ciencia con esta máxima sublime: «El más fuerte tenía razón.»

¿Qué es una guerra?

Pensándolo bien, no es más que la sangría que se hacen las naciones cuando han tenido la dignidad de perder el juicio.

Desde este punto de vista se ve claramente que una espada no es más que una lanceta, y un general casi un sangrador.

Los doctores de esta ley suprema son los maestros de esgrima; sus cátedras las salas de armas.

El asunto, pues, que hoy preocupa los ánimos pertenece á la jurisdicción de los que llevan las plumas en el sombrero y la espada en la cintura.

He aquí un trozo de historia que se va á escri-

bir con plumas de acero y con tinta de sangre.

Estamos pendientes del telégrafo, esperando oir el eco del primer cañonazo.

Como en un reñidero de gallos, se hacen apuestas, ya en favor de Austria, ya en favor del Piamonte.

Convengamos en que es una cosa muy natural que al concluir los ayunos y las vigilias de la Cuaresma, se abra esa magnífica carnicería.

Convengamos en que es muy natural que Italia no quiera sufrir la dominación austriaca.

Convengamos en que es muy natural que Austria no quiera dejar que se le escapen sus dominios italianos.

Convengamos en que es muy natural que Luís Napoleón busque en la guerra una seguridad que la paz puede quitarle.

Convengamos en que es muy natural que Inglaterra vea en el fondo de ese abismo una especulación segura.

Convengamos, en fin, en que Rusia quiera encender esa formidable hoguera, á ver si con tanta luz puede descubrir la puerta de su inmensa jaula ; esto es, la Gran Puerta.

Después de todas estas cosas naturales, todavía la ambición no ha encontrado el pretexto legal que justifique el que un millón de hombres se degüellen sin misericordia.

¿Por qué es esta guerra?

Suprimid la ambición, y no encontraréis respuesta para esa pregunta.

Si los litigios de las naciones no se escribieran con la sangre de los pueblos, la historia sería un libro que haría reir.

La diplomacia es la astucia, la guerra es la fuerza.

Esta es la verdad y el derecho que triunfan siempre en el tribunal de las naciones.

La guerra es la última hoja de la ciencia política : la hoja de una espada.

Es una fórmula irracional con que se pretende resolver un problema insoluble.

Los matemáticos han encontrado el infinito en el resultado que arroja cualquier cantidad dividida por cero.

Los políticos han descubierto el derecho en el resultado que producen millares de hombres dividiéndose unos á otros.

Aquellos desafíos bárbaros de la Edad Media, en que se buscaba la inocencia y la razón , calada la visera y lanza en ristre, es el juicio supremo de las naciones.

Si un juez antes de sentenciar un pleito probara la fuerza de los dos litigantes, para fallar en favor del que venciera al otro, sería considerado como un loco.

Pues bien: Europa es ese juez, y Austria y Cerdeña van á probar sus fuerzas para probarnos su razón.

Esto es lo que de pronto se me ocurre de la guerra que en estos momentos amenaza á Europa.

A la Bolsa se le ha ocurrido una idea más humilde, y cada día baja un poco.

¿Qué habrá detrás de la guerra?

Por de pronto, muchas madres sin hijos y muchos hijos sin padres.

La civilización va á obtener además una colección completa de hombres sin piernas y sin brazos.

Detrás de la guerra hay lo que detrás de una jugada de lotería ; esto es, treinta mil que pierden y unos pocos que ganan.

Pero ¿qué hay en la naturaleza humana que la destrucción la enciende y la sangre la embriaga?

Mezcla singular de luz y de tinieblas, de civilización y de barbarie, de razón y de locura.

¡Pobre Italia! Te pareces á las mujeres hermosas en que te adulan para perderte.

Te veo entre Francia y Austria como una paloma entre dos águilas.

Si triunfas , después de la guerra nos contarás si te va mejor con el amo nuevo.





MAÑANA



Sin duda los sucesos no quieren participar del calor de Madrid, y han huído de la capital de la monarquía en busca de mejor clima.

Ó tal vez para llegar lo más frescos posible se están preparando á la sombra.

Sea de ello lo que quiera, la verdad es que en Madrid nada sucede.

También es verdad que Madrid en estos momentos no es la corte. La corte está en la Granja; y la corte es á Madrid lo que el agua al mar, lo que la luz al día, lo que el alma al cuerpo.

De manera que este mar, este día y este cuerpo tienen su agua, su luz y su alma á la respetable distancia de catorce leguas.

Ó más claro, en la Granja.

La Granja debe ser un sitio muy agradable.

En este Versalles de Madrid, todos son aires frescos, árboles que doblan la cabeza, fuentes que saltan y pájaros inquietos.

De forma que se puede trazar el cuadro de esta manera:

El aire silba, los árboles cuchichean, las fuentes murmuran y algunos pájaros por lo menos deben trinar.

Hasta aquí mis últimas noticias políticas, que, condensadas, como ahora se dice, dan por resultado esta quinta esencia.

La corte ha cambiado de sitio.

Es verdad que la Granja es un hermoso jardín cuajado de alamedas erizadas de fuentes, y que Madrid es un vasto arenal cuajado de calles, erizado de escombros; pero no es fácil cambiar de naturaleza, y así es que la política no ha hecho más que cambiar de sitio.

Esto es hoy: mañana.... Reflexionemos.

Hay un día trescientas sesenta veces repetido en cada año, cuyas veinticuatro horas están constantemente llenas de sueños que no se realizan, de esperanzas que no llegan, de deudas que no se pagan, de plazos que no se cumplen.

Este día es el refugio de la pereza, el amparo del que debe, el consuelo del que sufre, el temor de los que son felices.

Día de promesas, de propósitos; plazo constantemente abierto á nuestras necesidades, á nuestras debilidades, á nuestras penas y á nuestras alegrías.

Día inagotable, que es al mismo tiempo el re-

curso de los sastres, el alimento de los pretendientes, la desesperación de las solteras, y la salida de todos los apuros.

Día en que se efectúan los grandes sacrificios, en que se consuman los arrepentimientos, en que se hace todo aquello que cuesta trabajo, todo aquello que el hombre se ha propuesto no hacer.

Es un día cuya víspera puede ser indistintamente el lunes, el martes, el miércoles, el jueves, el viernes, el sábado ó el domingo.

Este día portentoso, interminable, es *mañana*.

Es imposible que exista un hombre que no haya hecho alguna vez uso de este día.

¿Quién no ha dicho alguna vez.... *mañana?*

Este día circula entre los hombres como un pagaré sin fecha.

Es una parte del tiempo futuro que no ha existido jamás, un número de la lotería que no entra en el sorteo.

Así como los hijos de Galileo,—no estoy muy seguro de ello, pero es indiferente,—jugando en el taller de su padre con unos pedazos de cristal, descubrieron el telescopio, ese instrumento que nos acerca los objetos más distantes ; así un tendero de comestibles, jugando con las palabras descubrió la fórmula precisa, el instrumento exacto que aleja de nosotros interminablemente en el tiempo futuro el día más cercano.

Galileo abrió los ojos de la humanidad mostrando el telescopio. El tendero de comestibles cerró la boca de sus parroquianos fijando en la puerta

de su tienda un letrero, que decía : *Mañana se fía aquí.*

Este tendero es el único filósofo que, en mi opinión, ha leído sin equivocarse en los misteriosos secretos de lo que está por venir.

Mañana, por consiguiente, es un día lejano, el día más lejano de todos, el día que está después del último día.

Buscadlo en el Almanaque, y no lo encontraréis.

Es el crédito del tiempo.

Á un banquero, á un capitalista que posea un millón en efectivo, le damos inmediatamente otro millón en crédito.

Al año que posee trescientos sesenta y cinco días efectivos, le damos por la misma razón otros trescientos sesenta y cinco días de crédito en trescientos sesenta y cinco *mañanas*.

¡Ah! el crédito es otro invento maravilloso.

Desde que se conoce, basta tener un duro para disfrutar inmediatamente los beneficios de cuarenta reales.

Volved la cara á Francia, y mirad cómo el crédito de un Napoleón ha producido inmediatamente otro Napoleón.

El comercio y la industria tienen también sus ilusiones.

El crédito es la poesía de la Bolsa, el espiritualismo del dinero, la atmósfera del capital.

Es imposible despoetizar á un banquero, es decir, no se puede desacreditar á un hombre rico.

Mañana, pues, es un crédito permanente, un va-

lor en palabras, que se apoya en un capital efectivo de trescientos sesenta y cinco días.

Mañana es el crédito de los partidos vencidos.

La ilusión de los partidos que mandan.

El refugio de los asesinos del tiempo.

Y, en fin, la salida natural de aquellos á quienes ahoga el día en que viven.

Es un agujero muy cómodo para los que quieren salir de hoy, porque hoy es para ellos una trampa.

Es además un motivo muy justo para levantarse tarde.

Un pretexto para no desconsolar á un pretendiente.

Una palabra para tranquilizar la conciencia.

Tres sílabas para taparle la boca á una mujer.

Un sofisma irresistible para no hacer nada.

Por último : *mañana* es el afán de todos ; una quimera como la felicidad del hombre ; un sueño como la libertad del ciudadano ; una ilusión como la gloria del nombre.

Mañana no existe.

Semejante noticia debe llenar de espanto á los que hayan confiado en *mañana*. Es decir, á todo el género humano.

Hoy es un día que tiene veinticuatro horas, en las cuales cabemos todos, sin que le falte ni un solo minuto.

Entre hoy y mañana se verifica un fenómeno tan palpable como incomprensible.

Llegamos á su último término, á su último ins-

tante; gozosos ó afligidos, devoramos el último momento, adelantamos la vida para entrar en mañana, y al echar el pié sobre ese día que viene á buscarnos, mañana desaparece, y todos nos encontramos en hoy.

Porque esto suceda todos los días, no hemos de negar que es una cosa bien rara.

Mañana es una especie de perspectiva que sólo existe á cierta distancia.

Es una ilusión cuya realidad es *hoy*.

Mañana es un deseo, un temor ó una esperanza.

Mañana no existe, porque siempre estamos en *hoy*.

Por más vueltas que dé el tiempo, no ha podido aún fabricar más que un día: *hoy*; el día presente.

Nosotros únicamente hemos podido hacer ese día eterno, ese *mañana* continuo, ese siempre *mañana*.

Y ¡cosa singular! quien más ha trabajado en la fabricación de ese día fantástico ha sido la pereza.

¡Mañana! á este día hemos recurrido para romper la oscuridad que nos rodea.

El hombre es un ciego que vuelve á tientas las esquinas de todos los días, diciendo siempre: Mañana veremos.





EL NOMBRE



os nombres sirven con harta frecuencia para significar, no lo que son las cosas, sino lo que debieran ser.

La política es una ciencia que nos suministraría abundantes ejemplos en comprobación de esta verdad.

Sin penetrar en los abismos de esa ciencia del bien particular y del mal público, podemos distinguir perfectamente que se llama política el derecho que han adquirido los hombres de tratarse de la peor manera posible.

Un nombre es indispensable: sin él no se puede existir.

La necesidad de esta parte precisa de todas las cosas, nos hace incurrir con frecuencia en graciosos contrasentidos y en terribles sarcasmos.

Observad que se llama *calle* el sitio donde es absolutamente imposible imponer silencio.

Observad que se llama *cara* una cosa que todo el mundo posee de balde y que no se puede adquirir por el dinero.

Fijaos bien en que la gramática declara nombres propios á Juan, á Pedro, á Miguel, á Esteban, cuando no hay un hombre que no pueda disponer libremente del nombre de Esteban, de Miguel, de Juan y de Pedro.

Las esquinas de Madrid se han estado riendo de la humanidad durante algún tiempo con la seriedad admirable de este singular anuncio:

DELEITO, SACAMUELAS.

Lo primero que un hombre necesita al venir al mundo es un nombre.

Parece que un niño recién nacido no es nada hasta que se le eleva á la categoría de Francisco, de Emilio, de Nicolás ó de Antonio.

Suprimidle el nombre por un momento al más íntimo de vuestros amigos, y ya no le conocéis.

Se transforma un hombre, se descompone su semblante, se desordenan sus miembros; pero todavía es Juan, aquel Juan que ha ido con nosotros á la escuela: es el mismo, el mismo Juan: á nadie se le ocurre dudarlo.

Pero suponed que no ha experimentado en su persona transformación ninguna; que su semblante no ha sufrido variación, ni sus miembros han perdido la forma primitiva, ni siquiera se ha quedado calvo; pero ha perdido su nombre, y ha tomado

otro; es decir, ha dejado de ser Juan. Entonces ya no le conocéis.

Vosotros no conocíais más que á Juan, y ese no es Juan.

Todo lo más que os podéis permitir es una exclamación que acaba con la duda que pudiera tener.

«¡Qué diablos! (decís). ¡Cómo se parece á Juan!»

El nombre es el único conocimiento sólido que tenemos de los hombres.'

Si fuera posible que una mañana amanecieran los habitantes de un pueblo con nombres distintos de los que tenían el día anterior, la confusión sería espantosa.

Imaginaos á una mujer honrada, despertando al lado de un hombre que no es Pedro, aquel Pedro con quien se había casado ante Dios y el mundo.

Imaginaos una novia próxima al matrimonio, cuyo novio ha desaparecido.

Imaginaos, en fin, un prestamista, cuyas víctimas se han escapado, dejándole por toda garantía una lista de nombres sin personas. Esto es, una colección de bolsillos vacíos.

Lo que sucedería con los hombres, eso mismo sucede con las cosas.

Cambiad repentinamente los nombres de las calles de una población, y veréis cómo nadie sabe dónde vive.

Todos haríamos la misma pregunta que me dirigió una noche un pellejo de vino que se me apareció bajo la forma de un gallego.

Como él, todos preguntaríamos: «¿Sabe V. dónde está mi casa?»

Esto mismo sucede con las ideas.

Cada día amanecen con nombres distintos.

Cada uno tiene su almanaque, su religión y su libertad para bautizarlas á su gusto.

Hay una porción de cosas que, como á los niños á quienes se les ha bautizado con el nombre de César, de Aníbal ó de Sócrates, llevan como lo más natural del mundo los nombres de Derecho, de Razón, de Justicia y de Moralidad.

El nombre es el secreto de todas las cosas.

Pero si á una silla le basta llamarse silla, y á una estafa negocio y á la licencia libertad, el hombre, superior á las cosas y á las ideas, rey de la creación y dueño del universo, necesita más que un nombre.

Juan sólo puede ser Juan hasta los quince años.

Desde ese momento el nombre de Juan no le basta; es preciso que adquiera un título que añadir á su persona.

Entonces empieza á trabajar asiduamente para alcanzar más tarde ese título indispensable.

Unos encuentran el título de abogados; otros el título de funcionarios públicos; otros alcanzan el título de vagos.

Al que ha nacido marqués, ó conde, ó duque, no por eso el mundo le perdona el título que tiene obligación de adquirirse por sí mismo.

Entonces busca en los salones el título de gran partido, en casa del sastre el título de elegante.

Los que no tienen ni siquiera la aptitud necesaria para alcanzar el título de poeta, de escritor público ó de filósofo, buscan sin descanso los títulos de la deuda.

Todavía el hombre, sobre el nombre y sobre el título, necesita el epígrafe.

No le basta el título de médico; necesita el epígrafe de *médico de cámara*.

No le basta el título de carpintero; necesita el epígrafe de *carpintero de la casa real*.

No le basta el título de comerciante; necesita el epígrafe *Precio Fijo*, ó *La Corona de Oro*, ó *Al Siglo XIX*.

No le basta el título de poeta, escritor público ó filósofo ; necesita el epígrafe de *diputado*, de *senador* ó de *ministro*.

No le basta el título de bolsista; necesita el epígrafe de *banquero*.

No le basta el título de vago; necesita el epígrafe de *usurero*, de *jugador* ó de *petardista*.

El que no alcanza su título y su epígrafe, no será nunca más que Juan, ó Pedro, ó Antonio ; esto es, un hombre desconocido ; tan desconocido, que si no llevara el nombre de Juan, de Antonio ó de Pedro, no existiría.

El nombre es indispensable para existir ; es como si dijéramos, la respiración de las cosas.

El nombre es muchas veces un signo de fortuna ó de desgracia.

La casualidad ha presentado ejemplos que prueban la influencia feliz ó funesta del nombre.

Imagínense Vds. un médico que se llame Mata.

Pasen Vds. la consideración sobre un poeta que se llame Malo; sobre un actor que se llame Silva.

Consideren Vds. un sastre que se llame Caro.

Pero donde se ve un terrible sarcasmo es en un pobre que se llame Rico.

Todavía el nombre lleva más allá el culpable placer de sus crueldades.

He aquí un ejemplo:

Conozco á un honrado artesano que se llama Arañó. El último cólera lo dejó viudo, y queriendo dar un testimonio sencillo y tierno del amor que profesaba á la madre de sus hijos, hizo colocar una lápida modesta sobre la sepultura, con esta inscripción breve y elocuente:

ARAÑÓ

Á SU MUJER.

En las listas de las votaciones del Congreso he visto que un señor diputado se llama Tarabilla.

Semejante apellido es una mordaza. Si es orador, debe callar.

Hasta ahora ha tenido la discreción de no pedir la palabra.

La elocuencia más vigorosa, la situación más grave y la formalidad más seria quedan desconcertadas ante esta frase pronunciada por el presidente: «El Sr. Tarabilla tiene la palabra.»

Algunas veces se entretiene también el nombre en confundir los hombres y las cosas.

Véase otro ejemplo:

En un taller donde se fabrican marcos para cuadros y espejos con toda clase de adornos, hay un letrero, fastuoso por lo grande y por lo dorado, que dice.

MARCOS MOLDURAS.

Yo no sé si es el nombre del dueño del taller, ó es el nombre de los objetos que allí se fabrican.

Me divierte esta duda, y no quiero salir de ella.

De la misma manera hay nombres que llevan consigo la fortuna , como D. Juan Tenorio llevaba el escándalo.

Imagínense Vds. un soldado que tenga la ventura de llamarse Valiente.

Por más que huya , nadie tendrá derecho á negarle el nombre de valiente.

Existe en Madrid una taberna célebre , cuya prosperidad va en aumento.

¿ Saben Vds. de qué depende su fortuna? De que el dueño tiene un nombre que llena todas las medidas.

Encima de la puerta hay una tablilla, en la cual campea esta combinación de sílabas , que se derrama gritando :

COLMADO.

Excuso decir la felicidad del hombre que se llama Franco.

En París, que tantas cosas se dan, se hacen y se dicen por un franco, todo debe ser suyo.

¡El nombre! He ahí cómo, en lo que con tanta facilidad se da, se quita y se cambia, consisten generalmente las relaciones que tenemos con los hombres, con las cosas y con las ideas.

Este mundo viene á ser una perfumería, donde es preciso que cada tarro tenga su rótulo, porque ese rótulo es el que compran los consumidores.

Comerciante ó poeta, albañil ó fondista, el hombre lo que necesita es nombre.

¡Cuántos genios pasarán por la vida desconocidos porque no han tenido la previsión de buscarse un nombre!

¿Qué queda de Sócrates, de Alejandro, de Homero y de Licurgo?

El nombre.

Decía Arquímedes: dadme una palanca y un punto de apoyo, y levantaré el mundo.

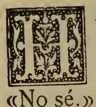
Yo pido menos para hacerme mucho más.

Dadme *nombre*, y me comprometo á vivir hasta el fin del mundo.





CURIOSIDAD

AY días insustanciales, días de universal ignorancia, en que todo el mundo pregunta: «¿Qué hay?», y todo el mundo contesta: «No sé.»

Entre los artículos de primera necesidad, los sucesos son tan importantes como el pan, como el pan de cada día.

El uno es el alimento del cuerpo, los otros el alimento del alma, del alma de estos tiempos.

Por eso es muy natural el interés que nos inspiran la mayor parte de las cosas que no nos importan.

En esta red de calles tendida en medio de España, dentro de la que han caído trescientos mil habitantes más ó menos felices, no ocurre nada de particular, nada digno de contarse.

Ó de otra manera.

En esta colección de casas, que bien puede tomarse por una colección de nudos, dentro de los

que se ahogan más ó menos lujosamente unas cincuenta mil familias, no hay nada de nuevo.

Ó más claro.

En Madrid, donde todo pasa, hemos llegado á unos días en que no pasa nada.

La curiosidad pública, esa necesidad activa de los tiempos modernos, no encuentra nada que devorar, y anda hambrienta.

El corazón menos sensible no podrá mirar con indiferencia semejante infortunio.

Se trata de un estómago inmenso afligido por el hambre.

He aquí un pobre de solemnidad con que no contaban las calculadoras previsiones de la filantropía.

Un hombre parado delante de una esquina y mirando con atención al piso tercero ó cuarto de la casa de enfrente, ejerce sobre cuantos lo ven una atracción irresistible.

El primero que pasa se le acerca, toma su misma actitud, y observa con el mismo afán.

Pasa otro, y son tres.

Á los cinco minutos la calle está llena de gente.

El primer curioso, cansado ó satisfecho, se escurre entre la multitud, y desaparece.

Los últimos que llegan preguntan : «¿Qué es?» Y todos contestan: «No se sabe.»

Esto redobla el interés. ¿Quién se va sin averiguar el suceso?

Á la gente de la calle se añade la gente de los balcones.

La curiosidad es impaciente, y se adelanta ella misma á desenlazar aquel misterio.

Aquí los espectadores se hacen comunicativos, y se da principio á los comentarios.

Se empieza suponiendo, y se acaba afirmando.

Cada cuál se lleva la verdad del suceso, según lo que él mismo ha visto y oído.

Al día siguiente dice un periódico:

«Ayer intentaron robar una casa de la calle de.... Los ladrones tuvieron tiempo de evadirse, y los vecinos vieron á uno escaparse por el tejado.»

Esto se dice.

Otro periódico:

«Parece que la casa número tantos de tal calle amenaza ruína. Nos comunica esta noticia una persona de las que ayer tarde estuvieron observando el desnivel repentino que ha presentado la pared del edificio. Llamamos la atención de quien corresponda, para que se tomen las medidas convenientes á fin de evitar desgracias.»

Esto se oye.

Otro periódico:

«Parece que en cierta casa de cierta calle, que no debemos nombrar, ha sido sorprendida una mujer casada en flagrante delito de infidelidad.»

Esto se cree.

Otro periódico:

«Se nos asegura que ayer fué descubierta una casa de juego en la calle de....»

Un periódico de oposición:

«El espectáculo que ayer ofrecía la calle de tal,

es una prueba del descrédito que va minando á la situación. ¡Qué lección para el gobierno!»

Un periódico ministerial:

«En vano se intentó ayer alterar el orden por los enemigos del reposo público. La autoridad tenía de antemano el hilo de este complot, y había tomado tan acertadas disposiciones, que el plan de los descontentos quedó frustrado.

»El gobierno está alerta, y será inflexible con los culpables.»

Un curioso es el origen de tanta inquietud y de tanta noticia.

Todo es una consecuencia natural del deseo de saber que nos devora.

Yo creo que los hombres viven en sociedad por saber cada uno lo que pasa en la casa del otro.

Los sabios no son más que unos curiosos que no pueden vivir si no averiguan los secretos de las ciencias.

Buffon, descubriendo al mundo todos los pormenores de la vida íntima del caballo salvaje, no hace más que la vecina del cuarto segundo descubriendo á su tertulia todos los pormenores de la vida íntima de la familia que habita en el cuarto inmediato.

Más pronto circulan los descubrimientos de la vecina que las observaciones de Buffon.

Á este deseo insaciable de saber debe seguir naturalmente la sabiduría universal.

Me detengo á reflexionar ante tan halagüeña perspectiva.

. . . .

He reflexionado profundamente, y continúo.

El mundo va á ser una cátedra pública ; los libros de texto serán : *La Crónica de la capital*, *Las Gacetillas de provincias*, *El Boletín del extranjero*.

Las luces van á propagarse de manera que la noche va á quedar reducida á la triste condición de un hecho histórico.

El sueño caerá naturalmente en desuso como una preocupación, como una superstición vergonzosa de los tiempos bárbaros. ¡Quién podrá madrugar entonces!

¡Curiosidad! He aquí el movimiento más activo de la especie humana en general, y de la gente de Madrid en particular.

El pueblo más curioso de España es indudablemente Madrid ; pero ¡ ah ! no es el pueblo más limpio.

La curiosidad tiene el oído fino y la mirada pronta.

Es fácil sorprenderla alguna vez detrás de una puerta ó debajo de unas persianas.

Dicen los escépticos :

«El principio de la sabiduría es la duda.»

Dice la fe :

«El principio de la verdadera sabiduría es el temor de Dios.»

Digo yo :

«El principio de la sabiduría es la curiosidad.»

Si bien se examina, no existe diferencia ninguna entre el más sabio de los hombres y el más frívolo de los mortales.

:

¿Qué hace el sabio? Averiguar.

¿Qué hace el curioso? Saber.

Más trabajo cuesta sorprenderle un secreto á una familia, que sorprendérselo á la naturaleza.

Newton, cuyo nombre resuena por todos los ángulos de la ciencia, consumió su vida averiguando los ocultos resortes del movimiento universal.

Como un niño delante de un reloj, pasó veinte años de su vida delante del universo, buscando el secreto de su marcha uniforme y majestuosa.

Ningún interés tenía el universo en ocultarlo.

Era tan fácil saberlo, que una vez descubierto, la ciencia, pasmada, no puede explicar cómo no se había sabido antes.

Newton, sin embargo, es un grande hombre.

Veamos ahora el reverso de la medalla.

Nos hallamos en presencia de un hombre cuya celebridad no pasa del estrecho recinto de un café, cuya fama no se extiende más allá del círculo murmurador de una tertulia, y cuyo crédito, en fin, se halla estancado en esos remansos que en medio de las corrientes de la vida forman unas cuantas familias desocupadas.

Este hombre, que escudriña los rincones de las casas como los sabios las páginas de los libros, ha penetrado en la misteriosa oscuridad de un gran secreto.

Debemos oirlo con verdadero asombro.

Aquella joven, rubia ó morena, alta ó baja, que llama la atención por sus extravagancias, ó por sus trajes, ó por sus amantes, ó por sus palcos,

¡parece mentira!; esa mujer no es hija de su padre.

Es preciso decirlo: Newton no hubiera descubierto jamás este profundo arcano.

Se necesita más genio, más audacia, más golpe de vista, más datos, más estudio y más penetración para averiguar que una criatura no es hija de su padre, que para descubrir la gravitación universal.

Y sin embargo, Newton es un sabio, y el otro no es más que un curioso.

Esto es injusto.

El imperio chino, arrojado ahí en medio del mundo, no ha sido hasta ahora más que un secreto impenetrable á la curiosidad de Europa.

Era la casa del vecino, cuyas persianas siempre caídas, cuyas puertas siempre cerradas, nos tenían en una humillante ignorancia.

Tributemos aquí á los chinos el homenaje de nuestra imparcialidad.

No podían menos de ser verdaderos hombres de campanillas los que han sabido sustraerse por espacio de tantos siglos á la impertinente curiosidad del mundo.

La curiosidad tiene también sus mártires. ¡Cuántos curiosos no han lavado con su sangre las calles de Madrid en días de revuelta!

La curiosidad, como el hambre, es más viva cuando menos tiene con que satisfacerse.

Por eso un día sin acontecimientos puede considerarse por los economistas como un día sin pan.

Los habitantes de Madrid deben hacerse esta reflexión desconsoladora:

«Un día hermoso, una noche serena, calles anchas, plazas pequeñas y grandes, paseos espaciosos, muchos palacios, infinitos cafés, siete teatros, coches, templos, la Bolsa, el Senado, el Congreso, trescientas mil almas juntas, ¡y no sucede nada!»

«¿Quién no se fastidia?»

Por eso todo el mundo pregunta: «¿Qué hay?» Y todo el mundo contesta: «No sé.»

El deseo de saber y la ignorancia luchan en los sitios públicos y en las casas particulares sin poder vencerse.

Parece imposible que en el centro de Castilla la Nueva no haya nada nuevo.

En el gobierno los mismos hombres, en el Congreso los mismos diputados, en el Senado los mismos senadores, en el paseo la misma gente, en los teatros las mismas funciones: ¡siempre lo mismo!

Curiosidad: he aquí todo un secreto.

Curiosidad es lo que impulsa al botánico á saber lo que pasa en la vida íntima de las plantas.

Curiosidad es la que levanta los ojos del astrónomo y le hace espiar, escondido detrás de un telescopio, los movimientos de los astros.

Curiosidad es la que lleva al naturalista á observar los instintos de los animales.

La curiosidad ha inventado la historia, los viajes, el microscopio, las persianas, la policía, el telégrafo, los lentes y las noticias.

En el amor hay lo menos dos terceras partes de curiosidad.

Detenerse á reflexionar delante de un pensamiento, es una cosa semejante á pararse en una esquina para oir la conversación de los que hablan cerca de ella.

Las miradas no son más que preguntas.

Dos que hablan al oído, no son más que los términos de un problema cuya incógnita tratamos de averiguar.

En vuestras desgracias y en vuestras felicidades, haced esta cuenta de las personas que vayan á visitaros:

Dos van porque os estiman, cinco porque no os aborrecen, diez porque os necesitan, y veinte por curiosidad.

¿Queréis mortificar al género humano? Pues convencedle de que poseéis un secreto que no podéis decir.

La joven más inocente comprende que su presencia repentina ha interrumpido una conversación. Por si esa joven tiene novio, no quiero decir á qué averiguaciones puede conducirla su curiosidad excitada.

Los niños suelen hacer preguntas á las que no ha podido nadie contestar todavía.

Una carta cerrada excita mucho más interés que una mujer hermosa.

¡Pobre amante, si la dulce niña á quien adora ha visto algo detrás de los visillos de la casa de enfrente!

La curiosidad es el principio de la sabiduría.

Las ciencias han nacido de la curiosidad. El

deseo de saber ha hecho á los sabios; el deseo de saber ha hecho á los ociosos.

Eva es la primera muestra de la sabiduría hnmana.

La política no es otra cosa que pura curiosidad. Es preciso saber lo que hace el gobierno, y el gobierno necesita saber lo que hacen sus enemigos.

Una contribución no es más que una incógnita despejada; una mirada oficial que se echa al bolsillo de cada prójimo; una especie de sonda, una simple curiosidad.

Un crimen es á los tribunales lo que la *X* á los matemáticos.

Si no existiera la curiosidad, no se podría vivir; y, sin embargo, yo creo que nos morimos únicamente por averiguar lo que pasa en el otro mundo.





LA SEMANA SANTA

I.

Hay días cuya santa solemnidad viene á despertar en nuestro corazón el sentimiento más alto de nuestra existencia, el recuerdo más misterioso de nuestro origen, la única esperanza de nuestro porvenir.

La Religión llama á nuestra memoria con la voz de diez y nueve siglos.

Empieza hoy el gran aniversario de la redención del hombre.

La raza de Adán ha sembrado la tierra de iniquidades.

Todas las aguas del diluvio no han podido lavar la inmensa mancha de sus delitos.

Sólo puede borrarla la sangre de un Dios.

No hay castigo que iguale al crimen, y es preciso un sacrificio.

La justicia pide la expiación ; la misericordia ofrece la víctima.

El mundo está cubierto de oprobio; la víctima ha de ser pura, y la víctima baja del cielo.

Se acerca el gran día , y entra en Jerusalén el Redentor del mundo.

El pueblo ciego que lo ha de sacrificar, lo recibe con palmas triunfantes y con ramos de oliva. «Tendía sus vestidos por el camino , y echaba ramas de árboles y hojas de flores , y lo seguía clamando : «Bendito sea el que viene en nombre del »Señor.»

Poco después lo crucificó.

Uno de sus discípulos lo vende por treinta monedas de plata , y la señal para entregarlo á sus verdugos es un beso de paz.

San Pedro lo niega tres veces.

Es abofeteado y azotado , escupido y escarnecido.

Ciñen á su cabeza una corona de espinas.

Barrabás es preferido á Jesús.

Lo llevan á casa de Caifás , á casa de Pilatos, en medio de las injurias de un pueblo frenético.

Al fin lo condenan á muerte.

Colocan sobre sus hombros el terrible instrumento de su suplicio.

Tres veces besa la tierra, agobiado bajo ēl peso de la Cruz.

Sube al Calvario, y sus manos y sus pies son desgarrados por los agudos clavos que los traspasan.

Así es suspendido en el aire y colocado entre dos ladrones.

Todavía lo insultan.

Los soldados se juegan su túnica.

Su agonía es lenta.

Se diría que la muerte no se atreve á penetrar en aquel cuerpo sagrado.

Es preciso que aquellos augustos dolores no tengan ejemplo, y hasta el respeto de la muerte es cruel para la víctima.

Tiene sed, y humedecen sus labios moribundos con una esponja empapada en hiel y vinagre.

Parece que la ferocidad humana ha agotado sus terribles recursos en este cruento sacrificio.

¡Qué nuevo suplicio, qué nuevo tormento queda que inventar á la imaginación más cruel y más fecunda!

¿No se cree que la barbarie de los hombres ha llegado á los límites de la perversidad?

Pues, sin embargo, aún hay una gota, la última gota, en el fondo de ese cáliz de amargura.

Falta todavía el último ultraje y la última crueldad.

Longinos clava su lanza en el pecho del hijo de Dios, y el sacrificio queda consumado.

La razón turbada se detiene en el umbral de este drama sublime, cuyos lugares son la tierra y el cielo ; sus personajes Dios y los hombres ; su tiempo la eternidad.

Se detiene atónita ante la inmensidad de una misericordia más grande que el universo.

¿Cómo ha de penetrar el hombre en el recóndito seno de ese amor infinito?

Dios mismo baja á sacrificarse por los hombres. El altar es la tierra, y la víctima está sobre el altar.

Ha tomado carne para que sea despedazada; ha tomado sangre para perderla hasta la última gota; se ha hecho hombre para no desperdiciar ni uno siquiera de sus dolores.

Pero ¿quién se atreve á poner sus manos impías sobre este cordero inmaculado?

El aire se perfuma para que él lo respire; la mar se humilla ante su planta; el fuego se oscurece ante sus ojos; la tierra se estremece de dolor al anuncio de su muerte.

¿Qué fiera hambrienta se atreverá á devorarlo?

¿Dónde está el brazo que ha de herir á la víctima?

De la misma raza que va á ser purificada salen los verdugos.

Este es el misterio que viene á llamar á las puertas de nuestro corazón.

Este es el eco inextinguible que viene de siglo en siglo, de año en año, gritando por todos los ángulos de la tierra: el hombre está redimido.

La Semana Santa es el augusto aniversario de una Pasión tremenda; es el recuerdo de nuestra salvación.

El bullicio de los placeres huye avergonzado; los vicios se ocultan; las pasiones se amansan, y la fe llena los templos.

Parece que se respira una atmósfera más suave,

y que todos los corazones palpitan á la vez, oprimidos por el peso de una santa tristeza.

En Madrid se esparce un silencio que todo lo llena.

El ruído tumultuoso de esa población desaparece.

El estruendo de los coches se suspende; las campanas, mudas, no se atreven á turbar el reposo del aire, y la gente va de templo en templo silenciosa y tranquila.

Todo se suspende en estos días de recogimiento y de tristeza, como una señal de luto.

La Iglesia celebra los funerales del Hijo de Dios.

La contemplación de este santo misterio abisma el espíritu, entristece el corazón y alienta la esperanza.

Todo lo que pide el Dios crucificado es arrepentimiento.

Los misterios de la Religión cristiana son para los ojos mortales lo que la luz intensa de un sol de mediodía para esas aves que sólo pueden ver en la oscuridad de la noche.

Semejantes al sol, todo lo llenan de claridad, sin que sea posible fijar en ellos por mucho tiempo los ojos.

El talento más poderoso puede ser incrédulo; pero ¿llegará á serlo nunca un corazón sublime?

¡Cuántas veces los *espíritus fuertes* descubrirán su cabeza ante el sepulcro de un ciudadano que dió su vida por la salvación de su patria!

¡Cuántas veces doblarán la rodilla ante la esta-

tua de un rey que ha salvado á un pueblo á precio de su sangre!

Y, sin embargo, no creen que un Dios se sacrifique por el género humano; que un padre muera por sus hijos.

¿Se negará la deuda porque no hay con que pagarla?

Puede un padre entregar al verdugo su cabeza por salvar la de su hijo ; puede una madre dejarse despedazar por no perder el fruto de sus entrañas, ¡y no puede Dios derramar su sangre para redimir al mundo !

Pero esta es la continuación del sacrificio.

La Pasión no ha concluído.

Los personajes del drama santo prevalecen.

Caifás está todavía entre los hombres.

Pilatos se ha perpetuado.

Judas sigue vendiendo á su Maestro por treinta monedas de plata.

La turba que pide la libertad de Barrabás queda todavía sobre la tierra.

La Pasión es la historia de la especie humana.

El mundo es el Calvario de la verdad , de la justicia y de la virtud.

Pero así como la sangre del Cordero divino no se borrará jamás de la tierra, la verdad, la justicia y la virtud serán eternas.

¡Jerusalén! Tú te has extendido por el mundo; pero al llevar tu iniquidad, llevas también la antorcha que ilumina la tierra.

La Cruz se levanta delante de nosotros para guiarnos en esta peregrinación dolorosa.

Ya no es posible perderse sin quererse perder.

II.

El tiempo es santo.

Por vigoroso que sea el impulso que nos tiene en continuo movimiento, hemos llegado á ese período del año, á esa semana solemne en que es preciso pararse.

¡Parece mentira!: después de haber adelantado tanto, llegamos á un momento en que no hay más remedio que retroceder.

He aquí un caso que no se había previsto al declarar al hombre en perpetuo progreso.

Se me representa en estos días el espíritu humano bajo la forma de un niño que ha perdido su casa.

Se ha extraviado en el confuso laberinto que forman las encrucijadas de una ciudad populosa.

Las calles le van saliendo al encuentro, como si experimentaran un verdadero placer en apartarlo cada vez más de las inmediaciones de su casa.

Se puede decir que una lo deja y otra lo toma.

Por un refinamiento de crueldad incalculable, parece que cada esquina le hace creer que detrás de ella acaba de ocultarse lo que busca.

Todas las *bocas calles* se le acercan, y pronuncian á su oído, como la revelación de un secreto, estas engañadoras palabras:

«Por aquí.»

Las casas mismas, que llevan en sí la alta misión de poner al hombre á cubierto de las indiscreciones de las calles; ellas, que guardan tantos secretos y ocultan tantas miserias, caen también en la debilidad de engañar al pobre niño que ha tenido la desgracia de extraviarse.

Á lo lejos, todas las casas le parecen la suya.

Pero, ¡bah!; ¿quién no toma parte en la tarea, cuando menos divertida, de extraviar más y más al que una vez ha empezado á perderse?

Si un niño no es un testimonio bastante seguro, pregúnteselo á las mujeres.

Si la palabra de una mujer no basta, pregúntesele á los poderosos.

Desgraciado de aquel que empieza á volverse loco. ¿Quién al pasar junto á él no echará una gota más en el vaso de su locura?

En el camino de la perdición, el primer paso es el difícil, porque todo lo demás nos lo encontramos hecho.

¿Qué hay en el fondo de los abismos, que no podemos mirarlo sin sentir un impulso irresistible de arrojarnos en ellos?

El niño va de calle en calle, de casa en casa, esto es, de desengaño en desengaño; y, sin embargo, cada vez cree hallarse más cerca de lo que busca.

No son solamente las calles las que lo extravían, ni las casas las que lo engañan.

Cuantas mujeres ve, le parecen su madre.

Todos los niños que encuentra le parecen sus hermanos.

Todos los hombres que cruzan delante de él le parecen sus vecinos.

El tiempo, que no es curioso quizá porque todo lo sabe, pasa como siempre, sin detenerse ni un momento siquiera á presenciar los variados incidentes de este incesante espectáculo que se llama mundo.

Si el tiempo fuera curioso, probablemente estaríamos aún en los primeros tiempos.

Pero en vano se llena nuestra época de grandes acontecimientos, de raros sucesos, de admirables descubrimientos.

En vano se tienta la curiosidad de ese ser incomprensible, trazando ante sus ojos misteriosos jeroglíficos, planteando absurdos problemas, anunciando interesantes imposibles.

En vano la naturaleza misma se empeña desde el principio del mundo en detenerlo.

Cuatro esfuerzos hace todos los años.

Agota en la primavera los recursos de su belleza, como si quisiera encadenarlo á su hermosura.

Enciende en el verano todo el fuego de su grandeza para sujetarlo á su deseo, como la luz de una bujía encadena alrededor de la llama el inconstante vuelo de una mariposa.

Derrama en el otoño todos los encantos de la tristeza, de esa tristeza irresistible con que las mujeres bañan sus ojos cuando quieren detener al amante que se les escapa.

El invierno tiende por todas partes el frío de la muerte : el agua se detiene, la vegetación se para. Todo es en vano : ni lo seduce la hermosura, ni lo deslumbra la luz, ni lo enternece la tristeza, ni lo hiela la muerte.

El tiempo es así ; tenaz como la gota de agua que taladra la piedra; inflexible como la línea recta.

Jamás hemos podido detenerlo.

Ni siquiera vuelve los ojos á mirar, aunque sea de lejos, este magnífico espectáculo, esta gran batalla que se están dando nuestra soberbia y nuestra miseria.

Á pesar de nuestra atronadora algarabía, el tiempo pasa indiferente, impasible.

¡Cuánto desdén hay en su impasibilidad!

¡Cuánto desprecio en su indiferencia!

No sabe uno si se debe indignar ó avergonzarse.

El tiempo pasa, y el niño no encuentra su casa.

Las cosas que se buscan no son precisamente las que se encuentran.

¡Cuántas cosas no se habrían encontrado aún si no hubieran tenido ellas la condescendencia de venir á ponerse en nuestra presencia!

Casi siempre que se descubre algo, lo primero que se ve es que ha podido descubrirse antes.

Después que se sabe una cosa, parece mentira que no se haya visto hasta entonces.

La ciencia ha pasado muchas veces por delante de los descubrimientos que más la enorgullecen, sin verlos, hasta que ellos mismos han dicho: «Aquí estamos.»

El corazón humano que busca un objeto de cariño, suele no encontrarlo hasta que él mismo le sale al encuentro y le dice : «Yo soy.»

De esta manera le sale al paso la madre al niño extraviado ; lo coge de la mano y lo hace retroceder hasta su casa, desde cuya puerta se había perdido.

Hé aquí lo que hace la Semana Santa.

Nos sorprende en medio de nuestros extravíos, nos coge de la mano, y nos hace retroceder diez y nueve siglos.

En medio de esta civilización opulenta y sabia, en medio de esta libertad moderna y de esta razón casi acabada de hacer, me parece que tenemos derecho á preguntar.

Nosotros decimos : «¿Quién eres?»

La Semana Santa nos contesta con la voz de nuestra propia conciencia:

«Yo soy una tradición inmortal.»

Este aniversario augusto viene como un rayo de luz á mostrarnos el abismo que, valido de la oscuridad, nos atrae hacia sus profundidades.

Por más que gritemos *¡adelante!*, la Semana Santa nos hace volver atrás.

Esto se verifica de una manera misteriosa y triste.

El ruído de la vida, el tumulto de las pasiones y de los intereses, y la agitación de los placeres, se apagan como una voz que se extingue.

Parece que la humanidad se oculta en el silencio y en la tristeza, como si no quisiera ser reconocida.

Va á prosternarse ante un sepulcro que ella misma ha abierto ; va á besar los pies de la víctima que ella misma ha crucificado.

No es Madrid el pueblo de España donde esta solemnidad se celebra con la pompa majestuosa con que tan augusto misterio debe retratarse á los ojos del pueblo.

¿Y por qué?

En Madrid hay de todo : magníficos palacios, un gran teatro , acaso un gran pueblo , muchos grandes hombres , casi toda la grandeza de España ; de aquí salen siempre las grandes cosas ; tal vez en estos instantes se fraguan grandes acontecimientos.

Esto es natural: los que gozan, los que medran, los que intrigan , los que saben vivir , no debían quedar desatendidos.

Los que creen.... eso es otra cosa. Quizá quieren demasiado para estos tiempos de economía y de política.

Quieren un gran templo.





EL CRÉDITO

IENE la riqueza su perfume como las flores, su espuma como el agua, su atmósfera como la tierra, su espacio como el universo, su poesía como el corazón, su espiritualismo como las ideas.

El crédito es al dinero lo que el resplandor á la luz, lo que la sombra al cuerpo, lo que el eco á los sonidos.

Se puede decir que la riqueza es una especie de aritmética en que los guarismos inflexibles no suman nunca más que la cantidad exacta, esto es, la cantidad que hay; al mismo tiempo que el crédito es una especie de álgebra que nos representa por medio de letras fantásticas las cantidades que se sueñan.

Aunque parezca raro, es indudable que la rique-

za tiene su metafísica, su parte abstracta, su fantasía.

El dinero es la realidad, y el crédito la ilusión.

Crédito, digan lo que quieran los economistas, no es más que la pompa del capital, el brillo del oro, el ruído del dinero.

Por medio de ingeniosas combinaciones de cristales, se ha conseguido dar á los objetos más imperceptibles, dimensiones fabulosas.

Así es que al través del microscopio, una gota de agua nos parece el mar, un grano de arena una montaña.

Mucho antes que la ciencia descubriera este medio sencillo de engrandecer todo lo pequeño, la razón, las pasiones y los deseos habían hecho mares de gotas de agua, y mundos de granos de arena.

La razón tomó por su cuenta á ese grano de arena que se llama hombre, y nos lo hace ver, por un esfuerzo de óptica, bajo las formas gigantescas de un Dios.

El amor no quiso ser menos que la razón, y apoderándose de nuestros ojos, cogió esa gota de agua que se llama mujer, y la hizo aparecer sobre la tierra tan grande como un océano de felicidad.

Los deseos, ese vidrio de aumento al través del cual miramos todo lo que apetecemos, nos presentan continuamente mundos ignorados y cielos desconocidos, que á la simple vista no son más que granos de arena y gotas de agua, que el viento de una noche se lleva ó el sol de una mañana disipa.

El nombre, esa contraseña con que viajamos

por la vida, tampoco quiso contentarse con los límites propios de su naturaleza, é inventó el eco prodigioso de la fama y el cristal fantástico de la gloria.

Por medio del ingenioso mecanismo de la posteridad, adquirió el privilegio exclusivo de irse engrandeciendo en la misma proporción que se va alejando.

Este sistema inexplicable, que consiste en aumentar una cantidad sin añadirle nada, se interpuso misteriosamente entre las íntimas relaciones de los números y se encuentra medio escondido en las primeras nociones de la aritmética.

Cero: he aquí la demostración matemática de ese sistema.

Aplíquese el cero á la derecha de cualquier guarismo, y la suma crece indefectiblemente, sin que pueda decirse que se le ha añadido una nueva cantidad.

La riqueza, cuya propensión natural es á aumentarse, debió pensar seriamente sobre todo esto, y debió buscar para sí la aplicación eficaz de un sistema tan maravilloso.

Á fuerza de discurrir, tropezó con un rayo de luz.

Brilló á sus ojos el oro como un pensamiento luminoso, ó, mejor dicho, como la forma de su pensamiento.

El problema le debió parecer resuelto á primera vista. La cuestión era llenar un espacio vacío, y adquirir al mismo tiempo la facilidad de moverse en todas direcciones.

El oro, por una condescendencia sin ejemplo, se prestó á la prueba, sin duda por la codicia de aumentar su valor.

Entregóse á las terminantes exigencias del cuño, y la moneda apareció como una expresión feliz, como la fórmula ignorada de una idea que todavía no había tenido su perfecta representación.

La riqueza adquirió, por decirlo así, su palabra, su frase corriente, su traducción natural, y el dinero se hizo el intérprete de todo valor, abarcando hasta el valor inmenso que un hombre necesita para venderse.

Así empezó el dinero su brillante carrera.

Su misión era llenar el vacío, y se hizo de oro para deslumbrar, se hizo sonoro para meter ruído, y redondeándose poco á poco, consiguió la figura más á propósito para circular rápidamente por la superficie de la tierra.

Pero todo esto no era en realidad más que un paso; la ilusión fué desvaneciéndose, y resultó al fin:

Primero, que el resplandor era mayor que la luz.

Segundo, que era más el ruído que las nueces.

Tercero, que la rapidez no consigue jamás que un cuerpo pueda estar á un mismo tiempo en todas partes.

Suma total: que el dinero no llenaba el vacío del bolsillo público ni el de los bolsillos particulares.

En vano corría de un punto á otro, saltando de una á otra mano, escapándose sucesivamente de todas partes para no hacer falta en ninguna.

El bolsillo es intransigente como el estómago; y cuando se siente vacío, no hay manera de convencerle.

Había necesidad de descubrir un medio más seguro, un procedimiento más completo, porque el dinero no era bastante, y la riqueza no crecía con la rapidez necesaria.

Era preciso crear el microscopio, el espejo de aumento, el cero maravilloso.

Un día la riqueza, fatigada de verse tan pobre de recursos, debió quedarse dormida.

Si los sueños son algunas veces las representaciones engañosas de nuestros más vivos deseos, la riqueza debió soñar que se multiplicaba como las arenas del mar y como las estrellas del cielo.

Si lo soñó, debió creerlo; porque una de las cosas más admirables del sueño, es que, después de habernos engañado mil veces, no hay una vez siquiera que soñando no nos parezca verdad todo lo que soñamos.

La mentira no ha encontrado otra manera de vivir, y así es que muere en el momento que deja de parecer verdad.

Despertar es simplemente salir de un error.

Pero la riqueza se encontraba en el caso de aprovechar hasta el último recurso, y la verdad es que durante el sueño había creído en su prodigiosa multiplicación.

No se daba cuenta de cómo había podido dejarse engañar.

Sin saberlo estaba al borde del descubrimiento.

El fenómeno que no comprendía, no era ni más ni menos que lo que buscaba.

¡Creer en una riqueza imaginaria! Esto no cabía dentro de la cabeza del dinero.

No obstante, el dinero es calculador, y al fin penetró en el secreto.

En él estaba el microscopio, el espejo de aumento, el cero inagotable; allí estaba el CRÉDITO.

Á esta palabra mágica, el bolsillo se dilata como un pecho que respira, y se transforma en Bolsa. Necesita un nombre proporcionado á su nueva magnitud,

Exsistía el germen de una raza oscurecida, ignorada, que aún no había encontrado la aplicación de sus facultades ; un nuevo ser que necesitaba otra atmósfera para vivir, y detrás del crédito brotó el banquero, como brotaron nuevas generaciones de plantas después de las aguas del diluvio.

Le llegó su vez, y apareció : antes no había tenido nada que hacer sobre la tierra.

Hasta entonces no se habían conocido más que en el mar los bancos de arena, en los jardines los bancos de piedra, los banquetes en ciertas solemnidades, y el banquillo de los acusados en todos los tribunales.

De repente apareció el *Banco*.

Banco es la facultad de disponer de mil, no teniendo más que quinientos.

Es doblar un capital con la misma prontitud y con la misma facilidad que se dobla una esquina.

Es omitir dinero y emitir papel.

Es el modo sencillo y breve de pedir dinero prestado á todo el mundo por medio de billetes.

No es solamente el modo sencillo de pedirlo, sino también el modo de obtenerlo sin rédito ninguno.

Crédito, que, según los economistas, quiere decir confianza, es una palabra que se aplica indistintamente al bolsillo de cualquiera.

Más que confianza debía llamarse franqueza.

Es una promesa que va de un punto á otro con incansable movilidad, y que nunca se cumple por completo.

Crédito es el déficit que no se liquida jamás definitivamente.

Colóquese un duro en el centro de un círculo de espejos, y la multiplicación saltará á la vista ; en cada espejo aparecerá un nuevo duro. Tratándose de espejos, esta es una verdadera especulación.

El que tiene un duro, tiene muchísimo más de veinte reales. Tiene tantos duros como personas saben que lo tiene.

Por otra parte, el crédito no es la medida de lo que hay, sino la suma total de lo que debía haber. Por eso es tan grande.

En todo grano de trigo hay una espiga. No falta más que sembrarla , cuidarla por espacio de muchos meses, y que al fin la espiga cuaje y se sazone.

Esto, como se ve, es minucioso, largo é inseguro. El crédito es la rápida abreviatura de todo esto.

No se necesita sembrar el grano de trigo ni cui-

darlo, para traducir en pan la espiga que no ha nacido todavía.

El crédito ha venido en cierto modo á sustituir á la caridad. Antes, el que no tenía un cuarto, vivía de limosna; ahora, el que no tiene dinero, vive de crédito.

No debe extrañarse, por lo tanto, que el crédito haga tanto papel.

Lo natural, lo lógico, es que el hombre se coma lo que se le pone delante, y delante tiene siempre todo lo que está por venir.

El crédito ha suprimido el tiempo y ha borrado el espacio.

Lo que puede ser alguna vez, es ya, ha dicho, y es.

La fuerza de todo sofisma consiste en hacer que las cosas sean lo contrario de lo que son.

Así es que se ha hecho del crédito una inmensa riqueza, siendo, por el contrario, una inmensa necesidad.

Nos parece que es lo que sobra, cuando no es más que lo que falta.





EL DINERO.

NDUDABLEMENTE hay muchas cosas que contar: pero yo no las sé ó no debo saberlas. Los sucesos tienen también su vida privada, en la que no es lícito meterse.

Sería verdaderamente una transgresión abominable del sentido moral hacer que el público penetrara en el hogar doméstico de los acontecimientos.

¿Qué efecto tendría la representación de una comedia, si el auditorio pudiera estar al mismo tiempo en las butacas y entre bastidores?

Hay ocasiones demasiado frecuentes en que es preciso que el hombre ignore lo que sabe.

Los acontecimientos tienen también su pudor, y salen á la calle como las mujeres honestas; esto es, perfectamente vestidos.

Nadie tiene derecho á levantar el velo con que se cubren antes de realizarse.

Así es que circulan en todas direcciones una

porción de secretos que el público guarda con religioso silencio.

Hay muchas cosas que no se pueden contar en voz alta.

En cambio se puede contar el dinero públicamente.

Y eso es lo que se cuenta.

¡Qué ameno debe ser un cuento de duros!

Dejo á mis lectores que calculen el interés que pueden llevar consigo veinte millones de reales.

Ignoro cómo no se ha ocurrido á alguno de nuestros escritores dramáticos la idea de una comedia cuyo título fuese: «¡Un millón de reales!»

Este sería un argumento digno de contarse.

Dice la medicina: el hombre no puede vivir sin aire, sin agua, sin pan.

Me parece mucho más sencillo que hubiera dicho: el hombre no puede vivir sin dinero.

Es verdad que la medicina está muy atrasada: todavía cree que un hombre no puede vivir sin corazón.

El que tenga una onza de oro, que la consulte, y ella le dirá: lo que el hombre no puede es vivir sin bolsillo.

Cuando yo considero que Matusalén vivió novecientos años, me convenzo de que la invención del dinero es posterior á los patriarcas.

Desde que el dinero es la vida, nadie se atreve á vivir novecientos años.

¿Quién podría reunir el capital que se necesita para vivir tanto tiempo?

Y esto es evidente.

Cuando se trata de un hombre muy pobre, todo el mundo exclama lleno de admiración: «¡No se sabe cómo vive!»

La avaricia es casi siempre una pasión de la vejez, y se concibe perfectamente: los que más desean vivir son los viejos.

Son muy pocos los avaros que se mueren jóvenes, porque aplazan la muerte indefinidamente, como una deuda que tienen que pagar y no quieren pagarla.

Yo creo también que el avaro, ese pellejo de onzas, sólo se muere de sentimiento: lo ahoga una idea tierna.

La idea de que no pueda llevarse sus tesoros, lo mata.

De esta triste necesidad no se convence hasta el último momento, por cuya razón no se muere antes.

¡Dinero! Esa es la vida. Un pobre es un cadáver; por eso se le sepulta en el Hospicio.

Entre los hombres y las mujeres, los hombres pueden ser más pobres, porque ¿qué mujer no tiene á lo menos un cuarto de hora?

Una de las cosas que en Madrid cuesta más dinero son los cuartos. Los caseros los cambian por oro.

Mi casero, elevando su pensamiento á la altura de su casa, ha escrito en la puerta del último piso esta doble idea:

CUARTO CUARTO.

Con este argumento quiere convencer á los inquilinos de que deben pagarle dos alquileres cada uno.

Oyó una vez un casero de Madrid contar que al regicida Damiens lo habían hecho cuartos.

—¡Ah! (dijo con cierta envidia) ; en París los alquilaría al momento.

Dudo que haya en Madrid algún casero á quien no se le ocurra á menudo la idea de alquilar los cuartos de la luna.

¡Cuarto! palabra de doble sentido, que es al mismo tiempo la expresión más oscura del dinero y la manifestación más ínfima del hombre.

Lo último que la moneda puede ser en una capital cualquiera, es cuarto ; lo menos que un hombre puede ser en cualquiera capital, es inquilino.

Así empiezan el dinero y el hombre.

Se unen necesariamente en cuanto se ven, en cuanto se tocan, como el aire y los pulmones, como la luz y los ojos.

En el sistema monetario se procede por síntesis. Así se ve que una peseta no es más que la condensación de treinta y cuatro cuartos, y una onza la quinta esencia de diez y seis duros. Por lo cual podemos decir:

La gran síntesis es el oro.

¡Es singular!: Dios hizo al hombre de un poco de barro, y encerró dentro de él un soplo de su inteligencia.

El hombre ha cogido un poco de oro, y ha encerrado dentro de él su pensamiento.

El dinero engrandece ; por eso el hombre no tiene inconveniente en ser ruín para llegar á ser rico.

El oro todo lo puede.

Esto lo ha dicho el hombre para dejarse vencer sin esfuerzo.

Todo el que cuente mucho dinero acabará casi siempre con las manos manchadas.

Se me figura que las felicidades humanas son indignas del hombre desde que se compran con oro.

¡Y qué virtudes son las que se premian con el dinero!

Todavía no he podido averiguar el mérito que tienen los números que tan á menudo premia la lotería.

Se han elegido para las monedas los metales; esto es, lo más frío, lo más duro, lo más insensible que hay en la naturaleza.

¡Un duro! ¿Se le puede dar á una moneda un nombre más elocuente?

¿Hay algo en el universo más cruel que los veinte reales que un padre necesita para dar de comer á sus hijos en un día de hambre?

El dinero desaparece lo mismo que la vida, llevándoselo todo.

Con el último duro, suele irse el último amigo.

Los sastres son unos grandes filósofos que conocen al hombre perfectamente.

Ellos llenan la ropa de bolsillos.

Yo he llegado á sospechar que algunos pobres no se mueren porque no tienen con qué morirse.

¡Dinero! esto es lo que circula.

En este Océano, todo el mundo navega por llegar á puerto rico.

Hay hombres que se enamoran de las mujeres rubias sólo porque tienen cabellos de oro.

Desde que se ha descubierto que se puede *hablar en plata*, andan los hombres unos detrás de otros cogiéndose las palabras.

He aquí á Madrid : pies de barro, cabeza de aire, corazón de oro.

Estoy seguro de que no faltará quien guarde cuidadosamente estos renglones, porque al fin y al cabo están llenos de dinero.

Se cae un hombre en medio de la calle, y la mayor parte de la gente que transita por ella sigue su camino como si tal cosa ; pero deje V. caer una peseta, y que suene sobre las baldosas, y todas las gentes detendrán el paso.

El ladrón, que es el hombre que más profundas observaciones hace sobre sus semejantes, lleva siempre en la boca de su pistola este incontestable dilema: la bolsa ó la vida.

Él sabe que sólo la vida puede valer tanto como la bolsa.

Desde luego el dinero vale más que la felicidad.

He oído algunas veces á los ricos soltar estas palabras:

—¡Ah! los pobres son mucho más felices que nosotros.

De lo cual deduzco yo que al hombre le cuesta

menos dar á otro más felicidad de la que él tiene, que darle dos cuartos.

En fin: la soberbia humana tiene que reconocer la humillante verdad que se encierra en estos dos últimos renglones.

No hay más que arrojar un duro al suelo para que todos bajemos la cabeza.





UN VIAJE BARATO

ADRID está muerto.

El verano, que da vida á los campos, mata á las ciudades.

Cuando los pájaros hacen sus nidos, y los árboles se cubren de frutos, y las llanuras de mieses, y los montes de verduras, las ciudades, esa segunda naturaleza de piedra, de ladrillos y de cal que ha hecho el hombre civilizado, detienen su existencia, suspenden su agitación, esperando, para recobrar todo el calor de su vida afanosa y brillante, los fríos y las oscuridades del invierno.

Parece que los grandes centros de la vida humana se despojan de sus encantos en el momento en que la naturaleza se adorna con los suyos.

Así como en Madrid no hay gente medianamente ilustrada que no haga de la noche día, así estas

ciudades populosas, estas colmenas de la humanidad, hacen del invierno de la naturaleza el verano de su vida.

Mirad á Madrid.

Está sentado sobre una llanura árida y extensa, como un viajero fatigado en medio de un camino.

Abre sus calles espaciosas para respirar, y traga polvo. Se ha reclinado sobre la orilla de un río, que apenas anda oprimido por la sed, y en vano pretende ocultarse á las miradas del cielo bajo unos cuantos árboles que no le dan sombra.

Se ve triste, desmayado como la luz de una bujía sorprendida por la claridad de la mañana.

Visto desde la cumbre de la montaña del Príncipe Pío, durante la noche parece un cementerio: sobre todo, á los pálidos reflejos de la luna.

Desde este sitio, ayudada la vista por la fantástica red de luces que se agitan en su recinto como esos fuegos misteriosos que brotan de las sepulturas, se pueden leer singulares epitafios.

Ved aquí unos cuantos.

Pero no; respetemos los misteriosos secretos de la corrupción. Tengamos á lo menos el pudor de nuestras miserias.

Suspendamos esta excursión fúnebre, porque no tenemos derecho á penetrar en la vida privada de los muertos.

Dejemos á Madrid.

Para dejarle no tengo más camino que el que me abra mi pluma sobre el papel ; pero es bastante.

Voy á echar un vuelo por el risueño campo de mis deseos.

Es un viaje para el cual no necesito ni asiento en la diligencia, ni equipaje, ni pasaporte.

Viaje barato, que pueden hacer conmigo todos los pobres.

Es una excursión de verano, que para hacerla no se necesita dinero.

No hay un avaro que, al leer estos renglones, no abra los oídos tanto como abre las manos cuando recoge la usura, que es la cosecha de la avaricia.

Yo mismo estoy asombrado al tropezar con la idea de que pueda dar un paso entre los hombres sin que me cueste dinero.

Antes de ponerse en marcha, hay que resolver una cuestión importante : es preciso saber adónde vamos.

Casualmente, y por una extravagancia sin duda, la tierra está poblada de lugares desiertos, y el mar nos rodea como si nos quisiera prender.

Esta especie de contrasentido trae otro : podemos hacer una elección libre.

Es decir, que podemos más que el gobierno.

No hay más que pedir : la naturaleza paga.

Pido, pues, la falda de una montaña, cubierta de césped, sombreada de manzanos y de arbustos silvestres.

Quiero que esté airosamente cortada por un valle cuajado de castaños, por entre los cuales ha de saltar un arroyo, fresco como la cara de un niño, y limpio como la pluma de un cisne.

No creo que mi mujer se ofenda porque yo me recueste sobre esa falda graciosa.

Necesito una colina que se levante á mi espalda, más accidentada que una soltera de treinta años y más caprichosa que una señorita de quince.

Me es indispensable un precipicio por donde baje cubierto de espuma, semejante á un caballo desbocado, un torrente impetuoso, sobre el cual es preciso que se adelante una roca pelada, calva como la cabeza de un anciano que lee en aquel libro la impetuosidad de las pasiones y la rapidez de la vida.

Este paisaje es necesario que descienda en suaves ondulaciones hasta esconderse debajo de las ondas del mar.

¡El mar! Magnífico lienzo, que tiene por marco el horizonte.

Soberbio elemento, que azota sin descanso las rocas de la costa y lame eternamente las arenas de la playa.

Ya estamos en las orillas del mar; las olas se empinan, y se levantan, y se amontonan, y van sucesivamente doblándose hasta besar nuestros pies.

Al verse uno sorprendido con este saludo súbito, no puede menos de retroceder algunos pasos exclamando: «¡Hola!»

He aquí el sitio que elegimos para pasar el verano.

No he pedido flores ni pájaros, porque donde hay agua y aire, las flores no faltan ni los pájaros huyen.

No he pedido cielo, porque el cielo está en todas partes.

Pero necesito sobre todo tener aquí mi media naranja, porque solo sentiría á medias la risueña perspectiva de este paisaje solitario sin esa mitad de mí mismo.

Los que vengáis, traeos vuestros hijos, y todo lo veréis con muchos ojos, y todo lo sentiréis múltiple, como si tuvierais muchas almas y muchos corazones.

Es imposible dejar á Madrid con menos incomodidades y menos gastos.

La imaginación es un recurso que siempre está dispuesto á satisfacer nuestros deseos.

El hombre tiene dentro de sí un amigo complaciente que todo se lo facilita.

La ilusión es la realidad de los que no tienen un real.

Es el fausto de los pobres y el ferrocarril de los deseos.

Yo no he encontrado otra puerta para salir de Madrid, y se la dejo abierta á los que quieran imitar mi ejemplo.

¡Cuántos estarán viajando como yo!





LA FORTUNA

Hay dos fortunas.

La primera consiste en una combinación feliz de circunstancias que nos proporciona un bien inesperado. Misteriosa reunión de elementos que vienen á realizar repentinamente el más ardiente de nuestros deseos.

Esta es la fortuna con que contaba César, casi la misma con que cuentan los jugadores de lotería.

Al volver Napoleón de Egipto, no hizo más que poner todo su dinero á un billete de la lotería moderna: contaba, como César, con la fortuna, y le cayó: el premio era un imperio.

La fortuna, de suyo caprichosa, no se satisface siempre con vencer todas las probabilidades, con reirse de todas las previsiones humanas; tiene además crueles extravagancias.

Newton había interrogado mil veces al universo entero, había repasado hoja á hoja todas las páginas de la creación, buscando la existencia de una ley universal.

La tierra rodaba bajo sus pies, y las estrellas giraban sobre su cabeza ; aquella vasta inteligencia no alcanzaba á descifrar el enigma.

Mil veces su profunda observación se fijaría en las tempestades del Océano. En él vería las olas levantarse, sacudir sus soberbias crestas como una montaña movible, y hundirse una tras otra en los abismos de la mar.

De la misma manera las vería empinarse sobre las arenas de la orilla, cayendo tumultuosas como una pared que se desploma, y cubriendo de espuma el sonoro recinto de la playa.

Alguna vez Newton vería llover ; alguna vez observaría esa cómoda propensión que tiene el agua á caminar siempre cuesta abajo.

El gran Newton, ¿no vió nunca rodar una piedra desde la cima de una montaña hasta el fondo de un valle?

Absorto en sus contemplaciones, ¿no sintió alguna vez que el bastón se le escapaba de entre las manos? ¿No experimentaba su propia gravitación sobre la superficie de la tierra?

Sin embargo, la ley universal permanecía oculta á su penetrante mirada.

En vano fatigaba su poderosa inteligencia lanzando su escudriñador pensamiento por los brillantes espacios de la sabiduría.

El secreto se ocultaba con impertinente tenacidad entre las hojas de un arbusto.

Un día fijó Newton en él sus ojos indiferentes, al mismo tiempo que una manzana se desprendió del tallo que la sostenía.

La naturaleza debió sonreirse al ver en aquel momento el asombro del sabio: la manzana, cayendo perpendicularmente desde la copa del arbusto á los pies del grande hombre y rozándole la punta de la nariz, le hizo la luminosa confidencia de la gravitación universal.

¿Y no es esto un cruel capricho de la fortuna?

¿No es coronar de gloria al genio, al mismo tiempo que lo silba arrojándole al rostro una manzana?

¿Se puede reunir á la vez más favor y más desprecio?

Newton, en aquel momento que nosotros no podemos comprender, debió bendecir su fortuna y maldecir su suerte.

Lo mismo que Adán al saborear las amargas dulzuras de aquella otra manzana, debió sentir á un mismo tiempo la soberbia y la vergüenza.

Pero la fortuna no tiene solamente crueles extravagancias; tiene además terribles complacencias.

Á menudo se coloca sobre grandes desgracias, sólo con el fin de quitar á las víctimas el derecho de ser compadecidas.

Veamos un caso.

Por desgracia, el caso que voy á exponer es harto frecuente en Madrid.

No necesito más que apuntarlo ligeramente, porque ¿quién no lo ha visto alguna vez?

La calle ó la plaza que ha de servir de escena á este drama es indiferente, porque de la misma manera es terrible, sea el que quiera el sitio donde ocurra.

Se trata de un hombre elevado por su profesión sobre un andamio á la altura del cuarto piso de una casa cuya escalera no se ha hecho todavía.

Al verlo en tan alto puesto, las gentes sencillas pasan exclamando con curiosa admiración :

—¡Cómo habrá podido subir ese hombre!

Los que así exclaman ignoran que los albañiles no necesitan para elevarse esas escaleras sólidas y firmes por donde suben las gentes sencillas.

Si hojearan la *Guia de forasteros*, allí sí que exclamarían á menudo:

—¡Cómo ha podido subir tanto este hombre!

El albañil, de pie sobre la frágil tabla del andamio, se mueve delante del peligro con ese abandono que da la costumbre : tiene el valor de su oficio.

La obra está terminada, y empieza á desatar las ligaduras del andamio. El extremo de una cuerda cogido en la juntura de dos tablas se resiste , y el albañil, impaciente, tira con un esfuerzo mayor del necesario; la cuerda cede, y el hombre, arrastrado por su propio esfuerzo, aparece en el aire.

Resuena en la calle un grito de horror, lanzado á la vez por las bocas de todos los espectadores.

Ese grito es una palabra profunda, que sólo se puede encontrar en el diccionario de la naturaleza. Todas las academias reunidas no inventarán jamás la expresión propia de las grandes emociones. Los diccionarios de las academias no sirven más que para expresar los términos medios de los afectos humanos.

El pobre albañil, arrastrado por su peso, iba á estrellarse sobre las baldosas de la calle; pero, ¡oh fortuna!, la misma cuerda que, si se puede decir así, le había empujado, se le ofrece al caer pendiente del andamio, se ase á ella, y queda suspendido, meciéndose en el aire sobre las cabezas apiñadas de una multitud muda y curiosa, á una altura de sesenta pies.

El aspecto de la fortuna en esta ocasión no puede ser más terrible. Aquella cuerda, que es una esperanza de salvación, tiene la horrible crueldad de crujir sordamente á cada balanceo que el peso del cuerpo imprime en ella.

En un momento se disponen los medios de sacarlo de tan angustiosa y afortunada situación; pero el filo de la tabla sobre que se apoya la cuerda la roza sin descanso, y al fin la rompe.

Un nuevo grito, que se confunde con el ruído del cuerpo al estrellarse sobre las baldosas, pone término á una escena, que, transportada á un teatro, se convertiría en una mina de oro.

La gente, pálida, aterrada, rodea á la víctima.

De repente el espanto se apacigua; un mur-

mullo de satisfacción circula, y el albañil se ofrece á la vista de todos, sentado sobre la acera, con el rostro sereno y la cabeza sana. La multitud prorumpe en esta exclamación de alegría:

—¡Qué fortuna! ¡Se ha roto una pierna!

¿No es esto una terrible complacencia de la suerte? ¿No es romperle á un hombre una pierna para que todo el mundo vaya á decirle: «¡Qué fortuna?»

¿Quién puede incurrir en la ridiculez de compadecer á un hombre que ha tenido la fortuna de romperse una pierna?

Si ese hombre hubiera tenido la desgracia de no caerse, ¿tendría ahora la fortuna de quedarse cojo?

Hay otra fortuna, que es moderna, fortuna que se hereda, que se hace, que se improvisa y que se malgasta.

Fortuna cuyo templo es la Bolsa, su vida la especulación, su misterio el negocio. Fortuna irresistible que al fin ha vencido á la otra fortuna.

La fortuna de César, de Napoleón, de Newton, la fortuna antigua ha tenido que refugiarse, como sus únicos dominios, al fondo de los sacos de donde salen los números premiados de las loterías.

Si fuera posible destapar los misteriosos aparatos sobre que se sostienen las más flamantes fortunas, no veríamos una casual combinación de circunstancias; veríamos un mecanismo calculado, previsto y dispuesto minuciosamente como la máquina de un reloj.

César sembró su inteligencia, Newton su sabiduría, Napoleón su genio ; lo demás lo hizo la fortuna.

La fortuna moderna no pide ni inteligencia, ni sabiduría, ni genio. Le pide al hombre su dignidad, su corazón, sus virtudes y su conciencia, y le llena la casa de oro. Reclamo el testimonio de los jugadores. ¿Hay alguna combinación de naipes, de dados, hay algún juego de suerte en que sea la fortuna la que reparte las pérdidas y las ganancias?

El que no sepa jugar es necesariamente un jugador sin fortuna : la habilidad ha vencido al azar.

Los dados caen según como se echan; los naipes salen según como se sacan.

Madrid es una mesa de juego : el que no salga arrastrando su conciencia, no alcanzará los favores de la fortuna.

El que quiere buscar á la fortuna que no impone ninguna humillación, no le queda más recurso que jugar á la lotería.

Tú, lector, que debes ser un hombre de bien, no te fíes de esas últimas palabras.

La fortuna que puedes buscar por medio de la lotería no te exige que vendas ninguna de tus virtudes, pero llevas una probabilidad contra treinta mil de que llegue un día en que te haga vender la camisa.

Piensa bien en esto : si la camisa no es una de las virtudes, hay una virtud que no se puede tener sin camisa.

Tú eres honesto, y me habrás comprendido.

Si fueses tan desgraciado que no pudieses salir en busca de la fortuna ni siquiera por el camino de la lotería, voy á consolarte con una verdad desastrosa:

Pierde la vergüenza, y tendrás fortuna.





DOS DE NOVIEMBRE

OMO la pluma lleno de una extraña curiosidad : quisiera saber qué hay en el fondo de mi tintero.

Lo tengo delante , y me asomo á él como pudiera hacerlo á la boca de un pozo. Todo lo que distingo es oscuro.

Apenas tiene mi tintero dos pulgadas de profundidad, y me parece que estoy asomado á la boca de un abismo.

¡Es singular! ¡ Qué cosas se ven donde no hay nada que ver!

¿De dónde sale esa multitud de figuras , de colores, de dibujos que se ven siempre que cerramos los ojos?

¿Cómo vemos todas esas cosas invisibles?

¿Qué especie de mundo es ese que sólo se revela á nuestros ojos cuando los cerramos?

La oscuridad tiene su luz y sus colores, como el silencio tiene sus ruídos y sus armonías.

¡Qué cosas se oyen durante el silencio de una noche muda! ¡Qué cosas se ven en la inmensidad de una noche oscura!

El hombre explica todos los fenómenos de la naturaleza; se da razón de las nubes, de las montañas, del cielo y de la tierra.

Ha sorprendido el camino de las estrellas, y sabe con prodigiosa exactitud adónde van, de dónde vienen, cuándo se acercan y cuándo se alejan.

El mundo exterior se abre á sus ojos como un libro que se sabe de memoria; pero cierra los ojos y se tapa los oídòs, y todo le es desconocido.

Dentro de sí mismo no sabe lo que hay.

No puede explicar lo que ve cuando cierra los ojos, y le ha llamado oscuridad; no puede repetir lo que oye cuando se tapa los oídos, y le ha llamado silencio.

La razón humana resuelve muchas veces las cuestiones más arduas con una palabra: con un nombre suele salir de sus más terribles apuros.

La nada, la oscuridad, el silencio, el tiempo, la eternidad y lo infinito, son otros tantos centinelas que les están gritando siempre: «¡Atrás!»

La inteligencia es una luz que se apaga al llegar á estos límites, como una antorcha que se sumerge en el agua.

¡Extraña prisión!: la nada nos cierra el paso, la oscuridad nos oprime, el silencio nos aturde, el

tiempo nos empuja, la eternidad nos sostiene, y lo infinito nos abruma.

Todo esto encuentro yo en el fondo de mi tintero: la tinta cae sobre el papel como un velo de luto; las letras se combinan misteriosamente, y me gritan con una voz que sólo entra por los ojos:

«Hoy es el día consagrado á los difuntos.»

Hoy, como debiera decirse entre las gentes de buen tono, es el día que los muertos no reciben.

La Iglesia viste de negro, las campanas doblan y los cementerios se abren.

Hoy es el día de las ofrendas fúnebres.

¡Extraño contraste!: hay una flor que nunca muere, y ella es la que se coloca en el último asilo del hombre.

Un ramo de *siemprevivas* adornando la losa de un sepulcro, parece que quiere decir: la muerte es inmortal.

Delante de una sepultura, necesita el cadáver despojarse de todos los atavíos de la vida.

Así como al entrar en una casa fastuosa dejamos á la puerta el coche, la capa, el paraguas y los chanclos, de la misma manera dejamos á la puerta del sepulcro el nombre, los títulos y los honores con que hemos hecho el viaje de la vida

Es todo lo que puede hacer la vanidad humana.

Las puertas de la eternidad son demasiado estrechas para que pueda pasar el orgullo de los hombres, y la vida, al escaparse, cuelga delante del sepulcro los aparatos de nuestra soberbia.

Apenas hay un nicho que no publique en letras

de oro esculpidas en un pedazo de mármol: «Aquí yace el Excmo. Sr. D. N., Marqués, Conde ó Duque, condecorado con varias cruces, orador elocuente, general invencible, ó ilustre publicista.» La muerte no quiere más que lo suyo; lo que es del mundo se lo deja al mundo.

En los cementerios de Madrid, rara es la losa que no representa un catálogo de títulos, honores y distinciones: parece que sólo mueren los grandes hombres, las grandes dignidades y las grandes virtudes.

Los cementerios son aquí una especie de libros en los que cada hombre tiene una página donde estampar el oropel de sus vanidades.

También en los cementerios hay para la podredumbre mantos de púrpura, honores y grandeza.

La muerte, que hace iguales á todos los hombres, no ha podido echar su nivel sobre las sepulturas.

La ciudad de los muertos no se diferencia mucho de la ciudad de los vivos.

Dentro del recinto de un cementerio, los despojos mortales se disputan como los hombres de la ciudad el terreno, los mármoles y el oro.

Nadie se atreverá á decir que un muerto vive, y, sin embargo, paga un muerto el alquiler de su sepulcro como un vivo el de su casa.

Cada vecino, lo mismo en la ciudad que en el cementerio, *vive* con arreglo á su fortuna.

Es inútil morirse para huir de ese enemigo del hogar doméstico que se llama casero, porque un

cadáver es también un inquilino , y morirse no es más que cambiar de casa.

Registrando bien , lo mismo se encuentran corazones podridos en los cementerios que en las ciudades.

No hay necesidad de ir á recorrer las solitarias calles de los cementerios para encontrar sepulcros.

Todo hombre es la sepultura de un niño ; todo anciano la sepultura de un joven.

En la frente de cada uno de ellos pueden leerse estos epitafios: «Aquí descansa la inocencia.» «Aquí yace la juventud.»

Mirad esas mujeres que han sido hermosas, que todavía se presentan coronadas de flores como las sepulturas en el día de los difuntos: ellas no son más que sepulcros blanqueados; en ellas está enterrada la hermosura.

Un pretendiente es el cadáver de un empleado. Las antesalas de las secretarías son cementerios donde los cesantes esperan la resurrección de la carne.

Un cambio de ministerio es casi siempre un día de difuntos.

Ese ancho cauce que pasa por Madrid escondiéndose de la población, ¿qué es más que la sepultura donde están enterradas las aguas del Manzanares?

Por cualquier parte que se mire, se ve escrito sobre la arena: «Aquí yace el río.»

¿Qué mesa de café no habrá servido de losa funeraria á la honra de alguna mujer?

Los recuerdos, esas misteriosas palpitaciones de la memoria, no son más que epitafios que vienen á decirnos: «Aquí tienes enterrada una alegría; aquí yacen los despojos de una esperanza; aquí hay sepultado un desengaño; aquí esperan la resurrección los restos de una venganza; aquí descansa un deseo malogrado; aquí duerme para siempre el cadáver de una ocasión perdida.»

El cuerpo, este edificio en que nos vemos prisioneros, no es otra cosa que un miserable nicho, en el cual está el alma sepultada.

¿Qué es el Diccionario de la lengua más que un cementerio de palabras, cuerpos sin alma, que están allí colocados en orden con sus respectivos epitafios, esperando resucitar al soplo animador de un pensamiento?

El que sabe griego, ¿qué es más que el sepulcro de una lengua muerta?

Toda la tierra es un vasto cementerio.

Al cabo de seis mil años sería imposible poner el pie sobre un lugar que no hubiera sido ya una sepultura.

Los cementerios que hoy nos llaman no son otra cosa que colecciones modernas de los últimos muertos.

El último asilo del hombre no vive más que el hombre mismo.

El tiempo: ese es el gran sepulcro que todo se lo traga.

Su epitafio es invariable, pero el cadáver que encierra es siempre el mismo: la humanidad.

En vano esas lápidas labradas y esos epitafios pomposos quieren perpetuar la memoria de una vida que ha concluído. En vano es escribir un nombre, que ha de borrarse con la misma facilidad que borra la muerte la mirada en los ojos de un moribundo.

El linaje humano viene á oleadas, y al estrellarse contra los mármoles de los sepulcros, deja sobre las losas por todo recuerdo un poco de espuma que hierve un instante y se disipa.

Dios le dijo al Océano: «De aquí no pasarás,» y en vano se empina tumultuoso sobre las playas, y en vano azota los peñascos que le cierran el paso.

De la misma manera Dios le ha dicho á la soberbia humana: «De aquí no pasarás,» y en vano confía á la piedra la memoria de su nombre.

El olvido, el negro olvido, ese velo profundo que viene detrás de todas las glorias y de todas las grandezas humanas, cae también sobre las sepulturas.

Sólo hay una voz que lo rasga, y es el sonido triste de las campanas que doblan en el día de difuntos.

Es la voz de todas las generaciones juntas, que vienen á pedirnos un santo recuerdo y una benéfica oración.

Este es el día en que la religión nos acerca á las puertas de la eternidad para que llevemos nuestras ofrendas.

Los cementerios están cerca de las ciudades, y, sin embargo, no hay un vivo que no se crea muy lejos del cementerio.

Hoy hemos ido. ¿Cuándo nos llevarán?



UN ARTÍCULO

¡QUÉ cosa tan caprichosa es el papel!

Delante de mis ojos tengo un pliego blanco como la nieve y terso como un espejo, empeñado en retratar lo que siento, lo que pienso y lo que veo.

Paseo mis miradas por su superficie, tendida á mis pensamientos como un lazo, y siento que todos los secretos de mi alma quieren salirse á un tiempo.

Nada hay más curioso que una cuartilla de papel blanco.

Es imposible tenerla delante sin estampar en ella algo de lo que pasa en nuestro interior.

¡Con qué malicia se coloca junto al tintero y próxima á la pluma! ¡Con qué tenacidad provoca nuestras confidencias!

¡Es singular! : al papel, que todo lo dice, es á quien todo se le confía.

El enemigo eterno de todo secreto, es el amigo íntimo del hombre.

Lo que acaso no depositaríamos en el corazón de una madre ni en la discreción de un amigo, lo depositamos muy tranquilamente en un pedazo de papel.

El banquero le confía sus capitales.

El poeta su alma.

El filósofo todos sus pensamientos.

Las mujeres su corazón.

Guttenberg, descubriendo la imprenta, no hubiera hecho gran cosa, si otro no se hubiese tomado el trabajo de descubrir el papel.

Desde el principio de las sociedades humanas se ve en el hombre el instinto de hacer papel.

Hoy el instinto se ha convertido en pasión.

Es preciso inclinarse en presencia de una observación que arroja la historia de todos los países: los grandes hombres son los que han hecho siempre más grandes papeles.

Parece que el mundo, desde sus primeros pasos, concibió la idea de ser una comedia permanente. Desde entonces cada hombre hace su papel, el papel que le toca.

Pero el punto de vista que atrae mis miradas en este momento es el papel blanco. Ese juez inexorable que se nos pone delante, queriendo penetrar hasta el último rincón de nuestro pensamiento.

Así como la palabra se ha hecho para disfrazar los pensamientos, el papel sirve para descubrir á los hombres.

Un día se encontró Dante en presencia de unos cuantos pliegos de papel blanco. Miróse en aquel espejo, y se vió como era : aquella superficie blanca fué atrayendo poco á poco los vigorosos rasgos de su inteligencia. El papel, semejante al caos en los momentos de la creación, iba llenándose sucesivamente de rayos de luz, de vapores brillantes, de formas y de colores.

Poco después llenaba el mundo la *Divina Comedia*.

¿Cuántas cabezas vacías no han descubierto los papeles públicos?

¡Extraña superficie! Todo lo refleja, hasta el vacío.

¡Cuántos poetas se han ignorado á sí mismos hasta que se han visto incitados por la presencia de un pedazo de papel blanco!

¡Cuántos sueños de talento y de sabiduría no ha desvanecido una cuartilla de papel!

¡Cuántas mujeres no firman su perdición al pie de una carta!

El papel desaparece debajo de la pluma como un camino que se anda : lo estoy observando en este momento.

Es además un espejo inflexible, que jamás nos adula.

Yo tiemblo cuando se me pone delante.

Sus amistades íntimas son la pluma y el tintero.

Casi siempre se hallan juntos.

Aquí están los tres pidiéndome á voces los secretos de mi alma.

Yo he revuelto todos los cajones de mi memoria, y no tengo nada que contarles.

Sé positivamente que existe un artículo, pero no doy con él. Yo lo tengo; pero ¿dónde?

¿Hay alguien que se atreva á decirme dónde está una idea que no se haya ocurrido aún?

Me parezco en este momento á una madre que anduviera buscando al hijo que tendrá el año que viene.

Suplico á mis lectores que borren la comparación que acabo de hacer, porque una madre no se puede comparar á nada.

Sin embargo, no hay necesidad de borrarla, porque la madre que yo he elegido para mi comparación no es madre todavía.

Todos comprenderán perfectamente que desea serlo.

¡La madre! He aquí un rincón oscuro donde ha de haber escondido algo el corazón humano.

Acerquémonos un momento al arcano, pero no debemos pasar del umbral del misterio.

Todo el mundo sabe lo que es una amiga, lo que es una hermana, lo que es una esposa ; pero ¿quién sabe lo que es una madre?

Dice un niño : «Yo no tengo abrigo, yo no tengo casa, yo no tengo pan, yo no tengo caricias.» ¿Sabéis lo que quiere decir? Que no tiene madre.

¿Queréis comprender la profunda soledad de un

huérfano? Pues eso no se puede conseguir más que siendo huérfano.

Veis dos niños jugar alegres á la puerta de una casa ; los dos tropiezan á un tiempo, y ambos ruedan por el suelo. Uno de ellos siente al instante alrededor de su cuerpo unos brazos cariñosos que lo levantan, una mano suave que le limpia el vestido, una boca impaciente que besa sus mejillas.

Ese tiene madre.

El otro espera en vano : se levanta poco á poco, él mismo sacude con tristeza el polvo de su vestido, y va á confiar á la pared más cercana sus ahogados sollozos.

Este no tiene madre.

El que no sienta humedecerse sus ojos ante ese cuadro, es aún más infeliz que el niño desamparado, porque es señal de que no tiene lágrimas.

Yo no sé cómo las madres que tienen hijos pequeños se pueden morir ; y si se mueren, no sé cómo no se los llevan en su compañía. ¡Ah! ¡por qué los abandonan!

¡Las madres! Pensadlo bien ; ellas son las que cubren de ángeles la tierra.

No sería difícil conocer á los hombres que se han criado sin madre, como se conocen las plantas que no reciben los rayos del sol.

Así como Dios ha puesto en el alma del hombre una chispa de su inteligencia, de la misma manera ha puesto en el corazón de la madre un relámpago de su amor.

El niño se va alejando del cielo en la mis-

ma proporción que se va alejando de su madre.

No le pidáis á ninguna madre el bárbaro sacrificio de Guzmán el Bueno. Para ellas no hay más patria que sus hijos.

Las mujeres de Esparta serán eternamente el horror del universo.

Que un hijo sacrifique á su madre, dejándose matar por su patria, es un heroismo que está dentro de la naturaleza ; pero que una madre arrastre á su hijo á la muerte, es la barbaridad del heroismo.

¿Queréis saber la diferencia que hay entre el amor del padre y el amor de la madre? Pues fijad vuestra atención en la vida íntima de una familia.

El padre prefiere en su cariño al hijo más hermoso, ó al más atrevido, ó al más robusto, ó al más inteligente, ó al más inquieto. La madre al más débil, al más afectuoso, al más enfermo, al menos querido de los demás.

Esa es la madre.

Semejante sentimiento no puede ser humano.

Hay un abismo que el hombre no medirá jamás, y es el amor de la madre.

Hace con él lo que con el cielo: cuenta las estrellas, sorprende el camino de los astros, y fija el rumbo de los cometas; pero el cielo donde todo eso brilla y se mueve es para él insondable; no sabe dónde empieza ni dónde concluye.

El amor de la madre es una inmensidad donde el mismo corazón de la mujer se pierde.

Viene en este momento á mezclarse entre mis

reflexiones un extraño contraste, que se dibuja ante mis ojos de esta manera:

El hombre todo lo averigua, todo lo penetra, todo lo descifra. Sabe que dos líneas oblicuas que se juntan en un punto forman un ángulo; sabe que el carbón cristalizado se hace diamante; sabe que el sol tiene manchas y que hay otro planeta que posee un anillo; mide las distancias y sondea los abismos; sabe lo que pesa la tierra; anuncia las revoluciones de los astros, y hace las de los pueblos; conoce todos los idiomas, y explica todos los misterios.

No podemos negar nuestro asombro á este cúmulo de inteligencia.

Pues bien: entre ese sabio á quien nada se le oculta y la madre que todo lo ignora, colocad un niño que no haya aprendido aún más lenguaje que el de sus gritos, el de sus lágrimas y el de sus sonrisas.

Humillante situación para el sabio; ninguna ciencia le ha dicho cómo se puede comprender á un niño que no habla todavía.

Sólo la madre sabe leer en ese corazón lleno de misterios que se ha formado en sus entrañas.

Sólo la madre tiene esa ciencia infusa, que ve de una sola mirada lo más oculto del alma, y que se llama ternura.

Si el hombre no estuviera tan orgulloso de su ciencia, doblaría la cabeza ante tan incomprensible sabiduría.

Pero ahora recuerdo que yo empecé buscando un artículo.

Todavía no ha parecido.

¡Singular apuro! ¿Quién me presta un artículo?

He registrado hasta el último bolsillo de mi entendimiento, y no parece.

Empiezo á sospechar que mis lectores se quedarán sin él.

Esto no sería justo, y vuelvo á empezar.

¿Qué es una madre?

Una cosa que el niño ama y que el hombre olvida.

Un amor hecho á prueba de toda clase de dolores y de todo género de ingratitudes.

Un corazón que no se cansa nunca de sufrir.

Un alma que no deja ni un momento de querer.

Todavía debe ser algo más preciso, más científico, por decirlo así.

La razón fría nos lo explicará.

No se puede nacer sin madre: esto es evidente.

Luego la madre es una cosa de todo punto necesaria.

¡Qué rayo de luz me ilumina en este momento!

Con la razón todo se encuentra.

La madre es un artículo de primera necesidad.

Perdónenme todas las mujeres que tienen hijos; pero yo no puedo menos de exclamar con el orgullo de mi razón satisfecha: ¡La madre! He aquí el artículo.





PENSAMIENTOS DE VERANO

DICIEMBRE es el mes más delicioso del año; sólo que hay que mirarlo á cierta distancia.

Mírese á la luz de Julio, y se comprenderá la exactitud de esa observación.

Hay una manera muy sencilla de resfrescar la memoria.

Basta con pensar en Enero.

¡Qué absurda es algunas veces la verdad!

Oigan Vds. esto.

¿Por qué las mujeres más frescas han de ser las que más nos quemen la sangre?

Ó de otra manera más amplia.

No hay cosa que acalore tanto como una frescura.

Aconsejo á todos los hombres amigos de su comodidad, que durante el calor no frecuenten más amistades que aquellas que se hayan enfriado.

—

Yo comprendo un verano delicioso.

Por ejemplo: un verano en invierno.

—

Lo negro recoge el calor y lo blanco lo rechaza.

Por medio de la razón se hace lo negro blanco y lo blanco negro.

Ahora bien: ¿quieren Vds. ponerse á cubierto del rigor de las estaciones?

Es una cosa muy fácil.

No hay más que hacerse negros en invierno y blancos en verano.

—

Y sin embargo, yo en el verano quisiera ser negro, por reirme del sol.

Me asestaría inútilmente sus rayos encendidos.

Yo podría decirle: no das en el blanco.

—

De seguro yo no tendría tanto calor, si no hubiera adquirido la invencible costumbre de ir siempre conmigo.

—

Es ciertamente bochornoso que en los países más libres el hombre vaya siempre encadenado á sí mismo.

Irrita la idea de que *yo* no pueda nunca separarme de *mí*.

¡Ah! yo soy mi cadena perpetua.

—

Un hombre desairado por una mujer, dice:

«Me ha dejado frío.»

Cualquiera puede añadir:

«Otra te hará sudar.»

—

¡No llueve en el verano!

He aquí la manía de los que no miran las cosas más que por la superficie.

Elévese la cuestión, y verá que llueve.

Lo que ocurre es que el agua se seca antes de que llegue á la superficie de la tierra.

—

Siempre que en los días de mucho calor me mira una mujer hermosa, se me ocurre la misma idea.

Yo digo: «¡Señora, si pudiera V. guardarme esa mirada para Diciembre!»

—

El verano, rigurosamente considerado, no es más que una operación comercial.

Es el calor que pone al género humano en liquidación.

—

El verano y las pasiones nos empujan á un mismo sitio.

El primero nos lleva á la orilla del mar: las segundas nos arrastran al borde del abismo.

—

¡Cuántos se han empobrecido sólo por hacerse la ilusión de que eran ricos!

Yo comprendo perfectamente esa barbaridad, y me la explico de este modo:

Madrid, Julio, etc.—Hace un calor insoportable. Si tuviera chimenea, la encendería, sólo para hacerme la ilusión de que estaba en invierno.

—

El hombre procede siempre de la misma manera.

Huye del calor, porque ahoga, y corre en busca del agua, que ahoga también.

—

¡Cuántas veces me han hecho feliz los aires de Rossini!

¡Cuántas veces me ha conmovido el aire de una mujer graciosa!

Hoy, lo confieso con ingenuidad, prefiero el aire de un abanico.

—

He aquí un desatino de primer orden.

La razón, que es tan fría, es la que tiene tan acalorado al mundo.

Esto es : la nieve hace hervir el agua.

—

Continuación del pensamiento anterior.

¡Cuánta frialdad necesita un hombre para incendiar un pueblo!

—

La reflexión es inútil en el verano, porque el ca-

lor es una cosa que no se puede considerar fríamente.

—

Voy á colocar sobre mi corazón un rótulo que diga:

ASEGURADO DE INCENDIOS.

El motivo que tengo es el siguiente:

He visto dos ojos que ocultan la negra intención de pegarme fuego.

—

En medio de la Puerta del Sol, en Julio, y á las doce del día, es cuando se conoce lo que abriga la capa del cielo.

—

El verano tiene algo de barbero.

¡Es tan aficionado á calentar el agua!

—

La medicina puede dar un gran paso en el terreno de los constipados.

Véase si esta idea no es verdaderamente luminosa.

—

El dinero es lo que más hace sudar á los hombres.

Parecerá caro este medicamento, pero léase lo que sigue.

El dinero que más hace sudar, es precisamente el dinero que no se tiene.

—

Y no sé por qué las Cortes se cierran en el verano.

¿Hay alguna época en que los gobiernos puedan ser defendidos con más calor?

—

¿Querrán Vds. creer que el calor me tiene con el agua al cuello?

—

Bajo una temperatura de 34 grados se comprende muy bien el talento de los hombres que saben vivir entre dos aguas.

—

Un hombre oscuro debe pasarlo muy bien en el verano.

Viene á ser un pedazo de tierra sin sol.

Más claro; una sombra.

—

Entre un hombre ardientemente enamorado y una mujer vanidosa, siempre sucede lo mismo.

Él se abrasa, y ella se baña en agua rosada.

—

No es eso lo peor, sino lo que sigue:

Todos le decimos á él: «Está V. fresco.»

—

Si yo atravieso alguna vez los desiertos de África, escribiré en mi libro de memorias este recuerdo:

«El sol cae á plomo sobre mi cabeza; mis pies se hunden en una arena que hierve; el aire encendido me rodea como una llama.»

«Inés, ¡quién pudiera encontrarse ahora dentro de tu corazón! ¡Es tan frío!»

—

El invierno debe ser el verano de la otra vida.

—

¡Qué ingrato es el hombre!

La capa es durante el invierno la mitad de su vida; pero llega el verano, y se la deja colgada.

—

La mía está suspensa. No tiene un año todavía. ¿Qué haré yo para que no se pique?

—

En este tiempo, para que la verdad no muera sofocada, es preciso dejarla salir desnuda.





LOS NIÑOS

—

QUÉ hermoso es siempre un niño!

Yo los veo todas las noches jugar en el Prado formando distintos y variados grupos, y me parecen ramilletes de rosas cortadas.

—

Dos cosas serían capaces de entretenerme toda mi vida; ver correr el agua, y ver jugar á un niño.

—

Un niño tiene siempre todo el encanto de una esperanza.

—

La música y los niños me producen el mismo efecto ; si estoy triste, aumentan mi tristeza ; si estoy alegre, doblan mi alegría.

—

Si hubiera un ser á quien no le gustaran los niños, ese ser de fijo no sabría querer á su propia madre.

—

Lo más bello de la hermosura de una mujer, son sus hijos.

—

Una casa sin niños me parece un tiesto sin flores.

—

Me disgusta D. Nicolás de Moratín, porque los maltrata; y me encanta Fernán-Caballero, porque los pinta con singular ternura.

—

La única pena que produce en el alma la presencia de un niño, es el sentimiento de que dejará de serlo.

—

Tan puro es un niño, que sólo el egoismo humano se atreve á llorarlos cuando se mueren.

—

Los niños son el lazo que existe entre el cielo y la tierra, y el único acaso que los hombres no pueden romper.

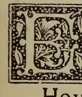
—

¡Ah! ¡Qué desgraciados serán los que no tengan hijos, y qué perversos los que no quieran tenerlos!





DE TODO UN POCO

so de que estamos en la primavera es una ilusión que abrigamos, temerosos de que se hiele.

Hoy 30 de Mayo de 1859 puede ser muy bien el 30 de Diciembre de cualquier año.

Parece que en Madrid ha envejecido el tiempo y todo es invierno; ó más bien que se detiene espantado, oprimido bajo el peso de los acontecimientos que está encargado de traernos.

Su aspecto es triste, su semblante oscuro, su aliento frío.

El sol deja escapar de vez en cuando una mirada misteriosa al través de las nubes, como si estuviera espiando al mundo sin querer ser visto.

Está como un observador atento detrás de unas persianas.

El agua que cae tiene también su importante significación en estos momentos.

Es el tiempo que se lava las manos, que se encoge de hombros, que se cruza de brazos, como si quisiera decir á la posteridad : yo nada tengo que ver con las cosas de los hombres.

Voy á dar á Vds. una idea del tiempo, tan clara y tan precisa como una verdad matemática:

Tiempo es un círculo trazado por una línea recta.

Pero dejemos al tiempo, á ese mozo de cordel de los acontecimientos, que falte á las prescripciones del Almanaque, sin respeto á las costumbres, sin miramiento á la tradición, con infracción manifiesta de sus antiguos compromisos.

De cualquier modo que venga, tempestuoso ó sereno, frío ó caluroso, el tiempo es siempre un recurso para los que esperan y para los que deben.

Sería un absurdo decir que el tiempo puede venir jamás fuera de tiempo.

Hoy es un día de primavera, hace frío, frío de invierno, esto es innegable ; pero ¿se puede llamar extemporáneo al tiempo?

No hay más remedio que coger la capa, embozarse, y esperar que el tiempo traiga otro tiempo.

Elevémonos á más altas consideraciones.

Supongamos que el papel sube.

Esto es, que la Bolsa, haciendo un esfuerzo, se pone sobre las puntas de los pies, como si quisiera alcanzar el pan que está mucho más alto.

Y he aquí que sucede con el pan una cosa bien singular, que entrego á la observación de los eco-

nomistas, y consiste en que cuando más sube, con más dificultad llega á las buhardillas.

Con la Bolsa acontece una cosa enteramente igual, aunque á primera vista parece todo lo contrario.

Consiste en que cuanto más baja, más se aleja de los pobres.

Pero hay otro fenómeno digno también de estudio.

Oigo decir: «el pan está muy alto,»

Muy bien; pero paso por una calle de Madrid, y me encuentro seis docenas de hombres sepultados en una zanja de veinte pies de profundidad, cavando sin descanso, como si fueran á descubrir un tesoro.

¿Qué hacen esos hombres? pregunto yo.

¿Qué dirán Vds. que hacen?

Están buscando un pedazo de pan en las entrañas de la tierra.

Otro fenómeno.

Oigo decir: la Bolsa ha bajado.

Cruzo la Puerta del Sol, y veo á muchas gentes subir en brillantes carretelas.

¿Quién eleva á esos hombres? pregunto yo.

Todo el mundo me contesta: «La Bolsa.»

El pan (egoista) sube huyendo de la miseria; la Bolsa (generosa) baja para levantar á los miserables.

He encerrado entre paréntesis los adjetivos *egoista* y *generosa* para que no se escapen.

—

Lo que sigue hay que leerlo á escape.

Apenas debe haber tiempo para seguir con los ojos el rápido movimiento de las letras.

Se trata de una carrera de caballos.

Se trata del caballo, sin el cual no existirían los caballeros.

Raza heroica que dió un senador al imperio romano.

Nadie les puede negar que son *gente* de carrera.

Ellos se disputan el premio como los griegos, corren como el tiempo, y arrastran el lujo, y lo llevan á la espalda como una cosa depreciable.

¡Ellos sí que arrastran carrozas!

Son los primeros soldados y los primeros amigos.

Á un caballo se le confía la vida; entre los árabes es la alegría de la casa y el regocijo de la familia.

Siete millones de votos hicieron á Napoleón emperador. ¡Bah! El solo relincho de un caballo hizo rey á Alejandro.

Todo esto pasa ante mis ojos como un torbellino.

Juventud, hermosura, placeres, vosotros debéis ir á caballo, porque también pasáis á escape.

La vida es un caballo que se desboca en la cuna y nos derriba en el sepulcro.

Ya hemos corrido : ahora volemos.

Los horizontes se alejan para abrirnos espacio, y las golondrinas pasan como saetas, gritando á nuestros oídos : «Ya hemos vuelto.»

Viajeras incansables, vienen todos los años á fabricar sus nidos bajo las mismas tejas en que anidaron sus padres.

Semejantes al hombre en su incesante inquietud, parece que buscan algo que no encuentran.

¡Ah! ¡si ellas escribieran sus continuos viajes!

¡Tienen plumas, y no escriben! ¡Qué lástima! Si al menos supieran hablar, pasaríamos las horas muertas oyendo sus interesantes narraciones.

Pero ellas cantan : yo las he oído gritar dando vueltas alrededor mío, sin poderlas entender. Quizá vienen todos los años á enseñarnos algo, y se van desesperadas al ver que no sabemos comprenderlas.

Ellas, sin barcos, sin brújulas, cruzan á millares las soledades tempestuosas del Océano.

¿Quién las ha enseñado á medir las latitudes?

¿En qué mapa misterioso han aprendido á fijar el rumbo de sus viajes? ¿Quién las ha revelado desde un principio lo que el hombre ha necesitado tanto tiempo para conseguir anotarlo en el libro de su sabiduría?

Viajeras misteriosas, á fuerza de veros hemos olvidado que no os conocemos.

Para saber yo que la golondrina que anida este año en el techo de mi casa será la misma que anidará el año que viene, necesito atar á su cuello un lazo de cinta que me la dé á conocer : ¿pero qué señal pongo para que ella sepa volver al mismo sitio, al mismo nido en que yo la cogí?

Hijas de la primavera, vosotras, humildes y sen-

cillas como Ruth, no abandonáis jamás á vuestra madre.

Mientras las flores se mueren de pena al verla desaparecer, vosotras, llenas de fe, llenas de valor, tendéis el vuelo y la seguís en su larga peregrinación sobre la tierra.

Adonde va la primavera vais vosotras.

¿En qué leyes habéis aprendido á elegir de entre vosotras mismas aquellas más experimentadas, para que dirijan el rumbo de vuestros viajes, que jamás os extravían?

Sin duda esto no lo habéis aprendido de los hombres.

Apenas fijáis alguna vez la planta sobre la tierra, porque sabéis que desde ella es muy difícil levantar el vuelo.

Adonde quiera que vais, sois recibidas como un presagio feliz. Lleváis en pos, como una familia virtuosa, las bendiciones del cielo, la alegría, la luz y las flores.

Vosotras no le disputáis al hombre ni las semillas de la tierra, ni el fruto de los árboles ; no podéis servir ni á su fausto, ni á sus placeres, y quizá por eso sois el único ser á quien no persigue.

¡Qué sabemos de vosotras! ¡Y qué sabemos de nada!

¿A qué punto puede dirigirse la sabiduría humana que no la detenga la oscuridad, que no le cierre el paso algún misterio?

Tampoco vosotras conocéis al hombre ; si tuvierais de él alguna noticia, no vendríais tan con-

fiadas y tan alegres á colgar vuestros nidos bajo la sombra de su mismo techo.

Mi pluma, más débil que las vuestras, se cansa, y la dejo que se refugie en la oscuridad de su nido.

El nido de mi pluma es el tintero.





LAS MUJERES Y LAS NOCHES

ADA sucede.

El calor que da vida á los reptiles y anima á los insectos, parece que ha helado los acontecimientos.

Este frío del verano es insoportable.

Las gentes se encuentran, se miran, se saludan, y siguen su camino con triste indiferencia. No tienen nada que decirse.

Exceptuando al dinero, nada hay en la capital de la monarquía que inspire interés.

Pero hay en cambio dos cosas agradables : las mujeres y las noches.

Las mujeres de Madrid y las noches de verano se parecen en lo ligeras.

Se favorecen recíprocamente, como si hubieran hecho un convenio mutuo.

De noche todas las mujeres son más hermosas. Entre mujeres, todas las noches son más bellas.

La noche le dice al hombre: «Duerme;» la mujer le dice: «Sueña.»

La noche está llena de misterios, y la mujer de secretos.

La noche desaparece ante la luz del día; las mujeres ante la realidad.

Las unas lisonjean nuestra fantasía; las otras adulan nuestros sentidos.

Al través de este vidrio mágico que la noche pone delante de nuestros ojos, todo lo vemos distinto de como es. Al que mire por los ojos de una mujer le sucederá lo mismo.

La noche nos quita la luz, y las mujeres nos ciegan.

Nada más terrible que una noche de insomnio; nada más cruel que una mujer que no nos deje soñar.

Las estrellas centellean en el cielo, como las miradas en los ojos de una mujer hermosa.

Así como vulgarmente se dice: «De noche todos los gatos son pardos,» se puede decir: «Delante de las mujeres todos los hombres son lo mismo.»

La belleza de la noche consiste en el velo misterioso que la cubre; lo más hermoso de una mujer es el pudor en que se oculta.

Todavía se pueden encontrar semejanzas más bellas.

La noche derrama sobre nosotros el bálsamo que reanima nuestras fuerzas; la mujer vierte en nuestro espíritu el sentimiento que vivifica nuestro corazón.

La una nos dice: «Vive;» la otra nos dice: «Ama.»

La noche empuja al hombre hacia su casa; la mujer lo atrae al seno de la familia.

Noches apacibles y mujeres encantadoras, vosotras sois las más bellas oscuridades de la vida; sois como la sombra adonde nos cita nuestro pensamiento.

Pero sigamos el hilo de estas observaciones.

Las noches se dividen en claras y oscuras, lo mismo que las mujeres se dividen en blancas y morenas.

La noche se ve en todas partes, lo mismo que á la mujer á quien se quiere.

Nos envuelve la noche poco á poco, lo mismo que la mujer que nos ama.

La noche es la sombra del cielo; la mujer es la sombra de nuestra alma.

¿Queréis un retrato fiel de la noche? Pues cerrad los balcones, las puertas y las ventanas, y la noche se levantará en medio de vuestro aposento.

¿Queréis un retrato fiel de la mujer que amáis? Cerrad los ojos, y la veréis dibujarse perfectamente en el fondo de vuestro corazón.

La noche nos rodea de sombras para que sólo podamos verla á ella; la mujer nos rodea de ilusiones para que no podamos ver á otra.

Los ojos se abisman en las tinieblas de la noche, como el corazón en la ternura de la mujer querida.

Las noches cubren de rocío la tierra por donde pasan, y las mujeres llenan de lágrimas el camino de su vida.

La noche es mitad del día, como la mujer es la mitad del hombre.

Si no hubiera noches, el hombre viviría sin estrellas; y si no hubiera mujeres, ¿cuál sería la estrella del hombre?

El encanto de la noche consiste en su misterio; el de la mujer en su recato.

Tal es la mujer vista á la luz de la noche.

De día ya es otra cosa.

Así como de noche es toda poesía, de día es toda prosa.

Semejante á la magnolia, recoge pudorosamente sus hojas y su perfume á los primeros rayos del sol. Se puede decir que pierde su esencia.

Vedla descender del cielo á la tierra.

Aquel ser tan ideal se convierte en un ser positivo.

Disputará un real hasta el último momento. Todo lo que ve es caro; pero lo que le gusta es mucho más caro todavía.

Una mujer se perdona á menudo el ser engañada por un hombre; pero jamás se perdona el haber sido engañada por un comerciante.

La mayor tontería que hace un hombre para una mujer, es comprar una cosa cara, ó, mejor dicho, no comprarla muy barata.

Una conversación entre mujeres, es siempre de mujeres. Se cuentan los vestidos con exactitud maravillosa.

Detrás de la moda se las puede llevar hasta el fin del mundo.

El rival más terrible que llega á tener un hombre es un aderezo de brillantes , una falda de encaje ó un chal de cachemira.

Rara es la mujer que se pierde que no se la pueda encontrar bajo los pliegues fastuosos de un traje de última moda.

Por regla general, les gusta más ser admiradas que queridas.

He observado que las mujeres que más miran son las que tienen los ojos más hermosos.

Una mujer para reirse mucho, no es necesario que esté alegre ; basta que tenga una boca graciosa y unos dientes perfectos.

Su constitución es la belleza, sus principios el matrimonio, su política es profundamente práctica : casi siempre aceptan los mejores partidos.

Á todas las mujeres les gusta un hombre generoso y desprendido hasta que se casan con él.

La mujer es el ministro de hacienda de una casa, y el hombre no es más que el contribuyente.

Observad bien que á todo lo que los hombres llaman grandes hechos, las mujeres llaman simplemente locuras.

Para ellas el juego tiene dos puntos de vista. Si el hombre jugador pierde, el juego es un vicio ; si gana, no es más que una falta.

Las mujeres tienen diferentes habilidades.

Unas hacen flores.

Otras hacen dulces.

Algunas hacen lo que deben.

Muchas hacen lo que quieren.

Todas hacen señas.

Y ¡oh dolor! hay también mujeres que hacen versos.

En punto á estas últimas, tengo una opinión, que sería mía si antes no hubiera sido de otro.

Mad. Staël preguntó un día á Napoleón:

—¿Quién os parece que es la mujer más ilustre de Francia?

Napoleón contestó:

—La que haya dado más hijos á su patria.

La mujer que pueda presentar catorce hijos ha hecho un magnífico soneto.

Fuera de las santas y de las reinas, pocos irían á buscar la mujer propia en el resto de las mujeres célebres.

¡Alto!

Ó mejor dicho, basta.

O para mayor claridad, punto.

Dios sólo sabe adónde podríamos llegar por este camino.

Echemos un velo. Ese velo suave de las noches de verano que hemos dejado suspendido sobre las hermosas cabezas de las mujeres.

Cubramos la estatua, y nos parecerá más bella.





VAMOS ANDANDO

A vida es un espacio que recorremos por medio de caminos de hierro, y así vamos, como es natural, de estación en estación.

La rapidez de este viaje se conoce en que apenas hemos salido de una, cuando nos encontramos en otra.

Esta vez la infatigable locomotora nos ha puesto casi de repente en la fastuosa estación del verano.

Los que no han salido nunca de su casa ; los que no han llevado sus pasos más allá de las tapias de su pueblo, ni han extendido sus miradas al otro lado de las montañas que los han visto nacer ; esos seres que parecen plantados en la tierra como los árboles, creerán que no han viajado nunca.

No saben que ellos corren el mundo como los renglones de una carta, sin abandonar ni un momento el sitio donde fueron escritos.

Ignoran que las cosas están dispuestas de modo que se atraviesan largas distancias sin moverse de un sitio.

Difícil sería hacerles entender que en el transcurso de este largo viaje han ido sucesivamente alejándose de todo lo que también sucesivamente los ha ido rodeando.

En vano llegan al otoño, y atraviesan el invierno, y cruzan la primavera, y entran en el verano.

En vano se cambian la temperatura, el aire, las nubes, las plantas, la luz y el cielo.

Se han empeñado en que no se mueven, porque los ríos, las montañas, los valles ó las llanuras en que han nacido los siguen por todas partes.

Viajeros inocentes, que hacen viajar á la naturaleza entera para persuadirse de que ellos no se mueven.

Se creen siempre en el mismo lugar, porque no han cambiado de coche.

Hacemos con las estaciones que atravesamos lo que nuestros sentidos hacen con los objetos que vemos, siempre que nos arrastra un movimiento rápido.

Parece que son ellos los que vienen, cuando somos nosotros los que vamos.

Se nos figura que son ellos los que huyen, cuando somos nosotros los que nos alejamos.

El tiempo es una cosa verdaderamente admirable. Nos lleva sin sentir á la primavera, al verano, al otoño y al invierno. Viaje continuo, en el que no gastamos más que la vida.

Esa expedición empieza en la cuna.

Entramos en la infancia con los ojos vendados, como un ciego que no sabe dónde lo llevan.

La infancia, país encantado, lleno de flores, de luces, de perfumes y de armonías.

Penetramos en él como en un sueño.

Al despertar, nos encontramos á una inmensa distancia del punto de donde partimos.

Como si fuéramos personajes desconocidos, el amigo que ha jugado con nosotros en nuestra misma cuna, nos mira con desconfianza.

La niña que nos rodeaba con sus brazos y dormía junto á nosotros, baja los ojos al vernos.

Las mujeres no nos sientan ya sobre sus rodillas, ni nos duermen al calor de su seno.

Los hombres recatan sus palabras de nuestros oídos.

El padre se ha transformado en juez, el hermano en espía, y hasta la madre disimula los dulces movimientos de su cariño.

El álamo que levanta sus ramas á la puerta de la casa ó en un extremo de la huerta, no es ya el terrible gigante que se lleva de noche á los niños que lloran.

El viento que golpea impaciente las maderas de las ventanas, no es ya el espíritu enemigo de los niños que no se duermen.

El rocío no es ya el llanto que los ángeles derraman porque los niños son malos.

Ya no salta el agua, precipitándose por entre las piedras, enfadada de los niños que no quieren lavarse.

Ya hemos salido de aquel país encantado en que se crían los misteriosos pájaros que todo lo cuentan.

Hemos pasado á otra parte del mundo, en que los árboles no son más que un conjunto de troncos, ramas y hojas, el viento viento, el agua agua y el niño hombre.

¿Queréis saber la inmensa extensión de la distancia que hemos atravesado? Pues sabed que no hay nada tan lejos como aquello que no tenemos esperanza de volver á ver.

Salimos de un país en que todo nos engañaba, los árboles, el viento, el rocío, el agua y los pájaros.

Ahora ya vamos con los ojos abiertos.

Prosigamos nuestro viaje.

La inocencia pone una venda en los ojos de la infancia ; pero hemos llegado á la juventud, y la venda ha caído de nuestros ojos.

Esto es verdad ; mas llegan las pasiones y ponen á su vez otra venda en los ojos de la juventud; hemos abierto los ojos un instante para volver á cerrarlos.

Entramos á tientas en ese país magnífico en que todas las mujeres son hermosas.

Aquí el mundo está en una mirada, el cielo en un suspiro, la felicidad en una palabra, la fe en una sonrisa.

Una mujer no es una mujer, como antes el árbol no era un árbol, ni el agua era el agua.

Aquí una mujer es verdaderamente un tesoro.

Cualquiera de ellas reune todas las riquezas del universo.

Tienen los dientes de perlas, los labios de rosa, las mejillas de nácar, el cabello de ébano ó de oro, las pestañas de seda y el aliento de ámbar.

¡Los placeres son tan hermosos! ¡Las pasiones son tan profundas!

Nos hemos soltado de los brazos de una madre, para arrojarnos en los brazos de una mujer. Esa es la distancia que hemos corrido.

Pero es imposible detenerse ; el tiempo urge ; la infatigable locomotora sigue, y la vida nos grita: «Anda.»

Nuevo país se presenta á nuestros ojos.

Ya no son hermosas todas las mujeres : los dientes de perlas son muy raros ; los cabellos no son más que negros ó rubios.

Sólo las mujeres ricas son un tesoro y las mujeres buenas una felicidad.

En esta parte del mundo, el mundo ya es otro mundo.

Cada uno se coloca lo mejor que puede para continuar el viaje; restregándose los ojos como el que despierta de un sueño, y volviendo la cabeza para despedirse de la juventud, exclama : «¡Pobre loca!»

Ya todo lo que resta de camino es cuesta abajo, á pesar de que todo se nos hace muy cuesta arriba.

Cuanto nos rodea se va transformando insensiblemente á nuestros ojos : los hombres son distintos de los que hemos conocido hasta entonces ; las cosas suceden de diversa manera que antes ; encon-

tramos otras costumbres, otro lenguaje, otras leyes, otra naturaleza.

En el país que dejamos á nuestra espalda, una pasión era una felicidad; aquí una pasión empieza á ser una desgracia.

Los horizontes que nos rodean son otros; el clima es tan frío, que se hiela el alma.

Es preciso morirse muy joven para no llegar á esta parte del mundo.

Si uno pudiera detenerse un momento; si pudiera apearse de la vida y colocarse á un lado del camino, entonces vería la rapidez con que cruza esta inagotable caravana.

Los viajes ilustran, y por eso el hombre, al llegar al término de su carrera, ha recogido toda esa profunda sabiduría que se llama experiencia.

Ciencia cruel, que nos abre sus secretos cuando ya no los necesitamos.

Libro siempre antiguo y siempre nuevo, que sólo leemos pocos años antes de morir.

Todos viajamos: así se ve que morir no es más que desnudarse el traje estropeado del camino para entrar en nuestra casa.

Las poblaciones también andan.

Esos montones de piedra ordenados que se llaman ciudades, hacen también su camino sobre la superficie de la tierra.

Unas se resbalan poco á poco por la falda de la montaña en cuya cima tuvieron su cuna, abandonando con desdén los ruinosos muros de algún castillo que les sirvió de amparo.

Otras, hinchadas de gente, serpentean por las sinuosidades de un valle, buscando una llanura donde derramarse.

Algunas vuelven la espalda al río que las abrazó al nacer, y se abren paso rompiendo su corona de árboles.

Las hay que se las ve retirarse del mar, como un viejo marino, saltando por encima de las murallas, como una tripulación que desembarca.

Y las hay también que se van acercando caprichosamente á las playas, con esos movimientos graciosos y sueltos con que la mayor parte de las mujeres jóvenes se acercan á un espejo.

No hay ninguna ciudad antigua que no haya mudado de domicilio.

No hay ninguna población moderna que no indique el camino que se propone seguir.

Madrid, agrupado al pie de su alcázar y medio recostado sobre la orilla del Manzanares, ha permanecido mucho tiempo sin saber qué hacer.

Su primera intención parece que fué dirigirse á Toledo.

Casa á casa, como si dijéramos, paso á paso, y en línea recta, emprendió su viaje.

De repente se detuvo.

El río le salió al encuentro.

Madrid empezó á reflexionar : estaba cortado.

La calle de Toledo hizo alto.

Después de una larga meditación, resolvió no pasar adelante.

Buscando después una salida, tropezó con la

Puerta del Sol; la deshizo, y se derramó en todas direcciones.

Esta vez parecía decidido á no parar hasta Alcalá.

El Retiro se tendió en medio de su camino, y le cerró el paso.

La Carrera de San Jerónimo, la calle de Alcalá y la calle de Atocha se cruzaron de brazos.

Desde la altura de la Red de San Luís tendió Madrid dos calles rectas y paralelas como unos gemelos.

Miró, vió, y triunfó.

La puerta de Bilbao y la puerta de Santa Bárbara fueron dos rayos de luz.

Por toda la extensión de Recoletos se sembraron cimientos, y han empezado á nacer palacios.

La calle Ancha de San Bernardo se alarga como una culebra; la de Fuencarral ha saltado por encima de la puerta; la de Hortaleza ha puesto sus avanzadas á gran distancia.

Toda esta parte de campo se ha cruzado de caminos para que Madrid pase.

Estos caminos son presentimientos de calles futuras.

La Fuente Castellana parece el punto que se trata de envolver.

Chamberí no tiene remedio. La capital de la monarquía ha puesto en él sus ojos, y está como un pájaro en la boca de una serpiente.

¿Adónde va Madrid?

Las casas salen apiñadas de la población como la gente de un teatro.

Esto es de noche : de día parece que salen á tomar el sol.

Entre tanto, en el seno de la población las casas se empinan piso sobre piso, como si quisieran ver lo que pasa por fuera.

Las calles, arrastrando por el movimiento de los edificios, saltan de las plazas, se retuercen, se estrechan, se ensanchan, se doblan, suben y bajan, se enlazan y se anudan, hasta que, conducidas unas por otras, salen al campo con las bocas abiertas como unos fugitivos cansados de correr.

Madrid está en marcha; le ha vuelto la espalda al Manzanares, y parece que huye del Palacio real.

¿Adónde vamos?

Cuando se dirigió hacia Toledo, iba indudablemente en busca de una catedral.

Cuando, variando de dirección, dirigió sus pasos hacia Alcalá, no puede creerse que fuera á buscar á las orillas del Henares otra cosa que aquella Universidad memorable.

Hoy se arroja impaciente sobre un campo árido, fabricado sobre arena.

Ya veréis: dentro de poco Chamberí será nuestro, y poco después Fuencarral habrá caído prisionero.

Madrid no podía desentenderse del movimiento de la época.

El primer pueblo de la monarquía no podía

dispensarse de poner sus conquistas á la altura de las conquistas de los tiempos modernos.

¡Chamberí! ¡Fuencarral!

Y además, ¿qué camino había de seguir?

Manzanares no deja que Madrid se ensanche por el campo del Moro, porque el Manzanares es á Madrid lo que el Estrecho de Gibraltar á España.

Toledo es una triste antigüedad, una especie de arcaismo.

Alcalá ya no tiene aquel claustro famoso, ni hace falta.

¿Adónde habíamos de ir?

No hay más camino que los alrededores del campo de Guardias. Allí acaban los reos condenados á muerte; allí nació una rebelión condenada á triunfar.

Los pueblos, semejantes al agua, se van por la primera salida que encuentran fácil.

El viaje está emprendido.

Madrid ha hecho decididamente su maleta, y se ha puesto en camino.

Esta expedición le ha de costar muy cara.

La razón es muy sencilla.

Los terrenos por donde ha empezado á dar los primeros pasos van subiendo poco á poco.

Lo diremos aquí en confianza; es una jugada de la tierra.

El campo sabe que sus producciones no pueden entrar en Madrid sin pagar en las puertas algo por arroba, y ha dicho:

—Cada pie mío que entre en la población ha de costar un ojo de la cara.

No se deja pisar por la planta de los edificios sino á peso de oro.

¡Hasta el campo al llegar á las tapias de Madrid se vende!

Madrid se parece á un campamento en que todas son tiendas.

Pero ¿adónde vamos?

Preciso es restregarse las manos de júbilo, sacudir con orgullo la cabeza y seguir adelante.

Por el camino hablaremos.

Vamos.... pero antes volvamos un momento la cabeza atrás.

Todos los pueblos han hecho viajes más ó menos felices.

En la ignorancia de los pueblos antiguos, esas peregrinaciones no podían menos de ser mezquinas.

El punto luminoso que ha puesto en movimiento á los pueblos modernos, llamándolos hacia sí, no estaba descubierto todavía.

El primer viaje que se presenta á nuestra memoria es una navegación.

Noé y su familia son los primeros viajeros.

Á bordo de un arca sin timón, sin brújula y sin marinos, flotan sobre las revueltas ondas del diluvio días y días, para desembarcar al cabo en las montañas de la Armenia.

El pueblo hebreo sale de las orillas del Nilo, atraviesa el mar Rojo, y consume cuarenta años

perdido en las soledades del desierto, para venir al fin á parar á la tierra prometida.

Los romanos emprenden una serie continua de peregrinaciones, sólo con el objeto de que Roma eche plantas sobre todas las partes del mundo conocidas entonces.

Europa se junta como una familia é invade la Palestina, sin más idea que la conquista del Santo Sepulcro.

España se encierra en tres frágiles bajeles, y se lanza al Océano, sólo por el gusto de decirle á Europa : he aquí América.

Napoleón paseó á Francia por Italia y por Egipto, para hacerla encontrar el trono de un emperador.

Nosotros vamos más allá.

Las últimas iluminaciones de la sabiduría humana nos han indicado el punto supremo de todas las aspiraciones, alumbrando nuestro camino.

No vamos, como Noé y su familia, á las montañas de la Armenia.

No salimos, como el pueblo de Israel, á buscar la tierra prometida.

No emprendemos nuestro viaje, como Roma, hacia todas las partes del mundo.

No nos dirigimos, como Europa, á la Tierra Santa.

No es á América adonde podemos dirigirnos.

No corremos, como la Francia de Napoleón, detrás de un imperio.

Vamos.... preciso es restregarse las manos de júbilo y sacudir la cabeza con orgullo.

¡Oh felicidad! Vamos.... á la ventura.



PINTURA, ESCULTURA

Y ARQUITECTURA



s un arte la pintura del cual todos tenemos un poco.

¿Quién, por ejemplo, no sabe alguna vez siquiera pintarse las cosas á su gusto?

Desde los espejos que pintan con admirable exactitud cuanto se les pone delante, hasta Rafael, Velázquez y Murillo, todos somos pintores.

¿Quién no se retrata en sus obras y en sus acciones?

En asuntos de perspectiva, ¿quién no se ha dibujado alguna vez el día de mañana con toda la verdad necesaria para engañarse á sí mismo?

¿Quién no tiene en su vida un rasgo que pinte su corazón ó su pensamiento?

¿Quién no sabe dar color á los cuadros más negros?

¿Qué niña de quince años no tiene el dulce car-

mín de la pureza, para pintar en sus mejillas la honestidad de su corazón?

¿Cuántas mujeres vencidas por las intrigas de los años, no saben restaurar con cuatro pinceladas el arrinconado cuadro de su antigua belleza?

¿No se pinta la muerte en el semblante de los moribundos?

¿Quién no se ha pintado en su propio corazón la imagen de la mujer que ama?

Todos somos pintores.

La escultua ya es otra cosa.

Es indudable que en todo pedazo de mármol, de madera ó de bronce hay una estatua ; pero se conoce que la dificultad está en encontrarla.

Las obras de escultura se resisten mucho á salir de sus misteriosos escondrijos, y el arte se fatiga en vano por sacarlas de la oscuridad de la vida privada.

Hay que creer que se encuentran mejor encerradas dentro de las formas irregulares de la materia.

Parece mentira que en una época tan material se niege más que nunca la materia á recibir las impresiones del arte.

Pero la verdad es que ella está en su derecho.

El arte no ha sabido engañarla, y ella, que conoce su importancia, ha caído en el buen humor de reirse del arte.

Ella es de suyo rebelde, y los escultores no tienen á su disposición bastante fuerza armada para hacerla entrar en razón.

Se lucha en vano.

Fidias no quiso dejarnos su secreto, tal vez porque no se perdiera su nombre; y por lo que vemos, se murió decidido resueltamente á no volver á nacer.

Yo no sé qué tiene el mundo, que el que una vez lo visita, aunque no sea más que por un momento, no intenta de nuevo aparecer en él. Esto debería ser una cosa muy rara, si no sucediera todos los días.

No es extraño que los escultores de nuestros tiempos no puedan vencer la rebeldía de la materia, porque sin que yo me proponga alarmar á los espíritus débiles, puedo decir que la materia triunfa por todas partes.

Al grito de los intereses materiales, todo cede y se ablanda.

Las ideas y los sentimientos se doblan y ajustan con perfecta exactitud á las exigencias del interés material.

El tiempo no pasa inútilmente.

La materia ha necesitado una larga serie de siglos para empezar á tener razón.

Le ha llegado á su vez el momento de pensar, y se ha considerado con el derecho necesario para poder dar leyes á los hombres.

Cansada de sufrir el yugo del espíritu, se levanta á imponerle la ley de su naturaleza.

La que ha sido esclava tanto tiempo, bien puede gritar ahora con toda la fuerza de su derecho: «Mueran los tiranos.»

Siguiendo el movimiento progresivo de esta gran revolución que presenciamos, la materia entra en el período de su poder.

Á ella le toca ahora hacer de los hombres estatuas.

Fría como el egoismo, lo primero que hace es apagar ese horno inmenso en que se han fundido siempre las acciones heróicas, los grandes hombres y los grandes pueblos.

La conveniencia es la turquesa en que vacía sus obras; la utilidad es el cincel con que las perfecciona.

¿Queréis que un hombre salte, como excitado por una grande idea ó movido por un gran sentimiento? Pues no hay más que tocarle ese resorte irresistible que se llama bolsillo.

Creo que Napoleón no tendría á la Francia sujeta bajo el yugo de su dominio imperial, si no llevara el nombre de una moneda.

Materialicemos un poco.

Los nervios, la sangre, los músculos y los huesos: he aquí el hombre.

Esta combinación da por resultado la inteligencia, la voluntad, el alma.

El pensamiento existe por una casualidad.

Los nervios, la sangre, los músculos y los huesos se encontraron en un día en que no tenían que hacer.

La materia es naturalmente ociosa; pero esta vez hizo un esfuerzo sobre sí misma, y los nervios, los músculos, la sangre y los huesos se juntaron.

Los huesos, más torpes, fueron inmediatamente envueltos por la agilidad de los músculos; los músculos fueron á su vez sujetos por la sutileza de los nervios, y la sangre, no sabiendo cómo matar el tiempo, comenzó á correr de un punto á otro, como si quisiera averiguar todo lo que pasa en los estrechos recintos de las venas.

De esta asociación, formada por una casualidad semejante á la que produce la reunión de los números que salen premiados en la lotería primitiva, resultó el hombre.

Una vez hecho, la sangre, que se ahogaba dentro de las venas, le pidió aire, y el hombre abrió la boca y respiró; el estómago no quiso ser menos, y le pidió pan, y el hombre comió; los músculos le pidieron movimiento, y el hombre saltó.

Los nervios debían querer algo, y el hombre se rascó la oreja, se mordió las uñas, se dió una palmada en la frente, y empezó á pensar.

He aquí á la inteligencia saliendo de la materia como la espuma sale del agua agitada.

¿Por qué la materia de que se compone el hombre ha de ser menos que la materia de que se compone un racimo de uvas?

¿No tiene el vino un espíritu que nace del mismo vino? ¿Por qué los músculos y la sangre, los huesos y los nervios no han de producir el espíritu humano?

¿Por qué no nos ha de embriagar el espíritu que nace de nuestra propia materia, como nos embriaga ese otro espíritu que nace de la materia encerrada en un racimo de uvas sazonadas?

Y en verdad, ¿qué diferencia hay algunas veces entre el espíritu de vino y el espíritu humano?

¡Cuántos desatinos se deben al primero! ¡Cuántos desaciertos al segundo!

Un loco, un borracho, ¿que más da?

¡El alma! ¿Qué puede ser eso para la materia?

El alma del mundo en que hemos nacido es el afán de los intereses materiales.

Parece que los pueblos modernos no apetecen ya ni justicia, ni derecho, ni moral : se contentan simplemente con prosperidades.

Ha llegado el caso de que en el mundo no se haga más que lo que trae cuenta.

Lo que es injusto, inmoral y ridículo, es no tener sobre qué caerse muerto.

El individuo no puede sustraerse al influjo de esta ley universal.

Las tres fuentes de la riqueza de las naciones son la agricultura, la industria y el comercio.

Vamos á cuentas.

La agricultura es el elemento de riqueza más antiguo que se conoce : es anterior á la raza humana.

Su origen se pierde en el misterio de la primera raíz y en el arcano de la primera semilla.

Pero esa profunda reserva en que se envuelve desde el primer día de la creación, no ha podido ser un obstáculo al desarrollo progresivo que le ha impreso la mano del hombre en el decurso de los siglos.

No hay más que echar una ojeada sobre los úl-

timos adelantos en este importantísimo ramo, para adquirir el convencimiento de que nos encontramos á la altura de seis mil años sobre la creación del mundo.

Aquí hay una verdadera pasión por la agricultura.

Á todas horas se ve gente haciendo su agosto.

Las mujeres, impacientes por contribuir á la prosperidad pública, no pueden contenerse, y se plantan en los treinta años.

No hay un empleado que no haga esfuerzos supremos por echar raíces.

Para que los hombres echen flores, basta el aire ligero de una mujer hermosa.

Aquí hay bosques de viejos verdes.

Todos los días se explota el terreno de las ideas.

La política es una viña.

Se cultivan sin descanso las amistades de los poderosos.

El hombre, por fin, es un pedazo de tierra dispuesta á recibir todas las semillas. Apenas puede mantenerse en pie, y ya echa plantas.

Podemos sostener ventajosamente una comparación con el paraíso terrenal.

Entre los inmensos productos de nuestra agricultura, no se encontraba el árbol famoso de la ciencia del bien y del mal.

La vegetación humana estaba humillada.

El hombre hizo un esfuerzo supremo para sacar á la agricultura de esta vergonzosa postración, y arrojó á la cara de la naturaleza, engreída con sus

secretos, la pomposa creación de los árboles genealógicos.

Desde entonces data la prodigiosa multiplicación de los alcornoques.

Los camuesos, desconocidos en el paraíso, empezaron á florecer por toda la superficie de la tierra.

Pero esto era poco, faltando todavía el árbol de la libertad.

Tal es la historia de la agricultura y sus últimos adelantos.

La industria no podía permanecer ociosa.

Fijó primeramente su mirada penetrante sobre los árboles genealógicos, y quiso ennoblecerse para seguir paso á paso el progreso de la agricultura.

Por un sentimiento de emulación fácil de comprender, no quiso vegetar oscurecida, y se tendió como una red, formando la nobilísima orden de los caballeros de industria.

Todo comenzó á enriquecerse. Hasta el diccionario adquirió la palabra especulación.

Esta industria prospera como aquella agricultura.

Aquí se fabrican al vapor noticias importantes de todos los puntos de globo.

De una mujer fea se hace una mujer hermosa, á gusto de los consumidores.

Hay talleres de virtudes, almacenes de vicios, depósitos de ambición y tiendas de golpes de pecho.

La amistad es una mina.

El amor una prendería.

Se imita el pudor de tal manera, que se confunde con el original.

Se empeñan las palabras, se vuelven del revés las opiniones, y se charolan las conciencias.

Á la industria no se le puede pedir más.

¿Qué más puede hacer un hombre que hacerse á sí mismo instrumento de su industria?

¡Industria! ¡Cuántos peces nadan en esa fuente de la riqueza nacional!

Pero ¿qué sería de todo esto sin el comercio? ¿sin esa activa prestidigitación que todo lo transforma, lo transporta y lo trastorna?

El comercio es á la industria lo que las calles á una población : esto es, materialmente; pero moralmente no es más que tomar una cosa por otra.

Desde que Esaú vendió su primogenitura por un plato de lentejas, el comercio ha marchado sobre la tierra á pasos de gigante.

Poco tiempo después, los hijos de Jacob vendieron á su hermano Josef.

Judas vendió á su Maestro.

El conde D. Julián vendió á su patria.

Hoy se vende hasta el dinero.

El comercio ha extendido sus operaciones á todos los actos de la vida.

Se cambian las miradas, las palabras y las tarjetas.

Hasta ahora el cambiar de opiniones ha sido de sabios; pero ya es de comerciantes, porque los comerciantes son ahora los sabios.

Para que se vea adónde llega el espíritu comer-

cial, conviene no perder de vista que un gesto, un palabra, un movimiento pueden vender á cualquiera.

Una imprudencia es casi siempre la que vende á una mujer.

La inocencia está siempre vendida.

En el comercio se experimentan extrañas contradicciones.

Nada hay más abundante que la adulación, y sin embargo siempre se paga á peso de oro.

La verdad es rarísima, y apenas hay quien la quiera.

El comercio se encuentra á la misma elevación que la agricultura y que la industria.

El negocio salta impetuoso por todas partes.

Negocio ha dicho un escritor francés que es el dinero de los demás.

Debemos estar orgullosos de la prosperidad de nuestros intereses materiales.

La agricultura, la industria y el comercio son los tres caminos que nos conducen á la perfección.

La materia, pues, es el gran escultor de estos tiempos: ella ha vaciado al hombre moderno y le está dando la última mano.

Veamos ahora la arquitectura.

Víctor Hugo escribió una vez con mucha formalidad estas palabras: «El libro matará al edificio.»

Esta profecía debió producir la alarma y el desasosiego en todos los propietarios de casas.

La finca urbana, tan seriamente amenazada por Víctor Hugo, pidió amparo á la autoridad, y los le-

gisladores, que debieron ver en la destrucción de la casa la muerte de la familia, hicieron la ley de inquilinatos que rige en la capital de la monarquía.

El casero se hinchó como un bolsillo que se llena, y las casas comenzaron á subir, elevando el edificio hasta las nubes.

La primera dificultad para todo casero es el terreno; pero levantando sus miradas por encima de los estrechos términos de los solares, vió que podía tomar de aire todo lo que de tierra se le negaba.

Aquí empieza para la arquitectura una especie de renacimiento.

La naturaleza y la civilización se han puesto de acuerdo para que la arquitectura pueda salir del yugo á que la tenía sujeta el peso enorme de los antiguos edificios.

La naturaleza obliga al hombre á ser inquilino, y la ley pone al inquilino bajo el dominio absoluto del casero.

Si Víctor Hugo hubiera pensado esto, no hubiera dicho que el libro mataría al edificio.

La casa de Madrid se levanta triunfante y pone las buhardillas en el cielo, contra el terrible augurio del poeta francés.

El casero es á la arquitectura lo que el editor al libro.

Mientras pueda la arquitectura servir á la industria, no hay libro que pueda matarla.

¿Qué importa que no haya arquitectos si hay caseros?

La ley fundamental de la arquitectura moderna es que el edificio se alquile.

El arte y la belleza, que vienen á ser una misma cosa, son dos preocupaciones de la antigüedad.

Hoy lo bello agrada, pero lo útil triunfa.

Pintura, escultura, arquitectura: habéis sido demasiado grandes, demasiado poderosas, para que no nos ofenda vuestra presencia.

Preciso es que se humille ante nosotros vuestra soberbia aristocracia.

Ya no hay príncipes que os adulen; ya no hay héroes que fundir en bronce ni tallar en mármol; ya no hay aquella fe viva que levantaba esas inmensas catedrales, donde os habéis refugiado, como los muertos, á esperar el día solemne de la resurrección.

¡Pintura!: ya no hay más que colores políticos; no se tiran más líneas que las del cálculo, y no se dibuja más perspectiva que la de la conveniencia.

¡Escultura!: ya no se funden más que cañones rayados; no se acuñan más que monedas; no se graban más que billetes de Banco.

¡Arquitectura!: ya no se edifican más que casas, casillas y casinos.

Para cuadro, ninguno mejor que el que nosotros mismos formamos.

Para estatua, ninguna mejor que una mujer desnuda.

Para edificios, nos sobran con la Bolsa y con el templo de las leyes.



EL DÍA DE LOS REYES

HABLEMOS del día de los Reyes muy por encima.

Hace ya cerca de diez y nueve siglos que un día tres Reyes del Asia, movidos por un secreto impulso, dejando cada uno su reino y cargados de dones, salieron en busca de un Rey más poderoso á quien rendir el homenaje de su adoración y los tributos de Oriente.

El Rey á quien buscaban no estaba inscrito en el catálogo de los Reyes de la tierra: su reino no aparecía señalado en las cartas geográficas del mundo conocido.

No obstante, Gaspar proseguía su camino con tenaz empeño; Baltasar dejaba en pos de sí las montañas como obstáculos vencidos, y Melchor subía ansioso por las pendientes de los valles, creyendo encontrar sobre la llanura más fértil del mundo la ciudad más grande de la tierra.

Estos tres Reyes, saliendo de distintas regiones, vinieron al fin á reunirse en un punto.

En aquellos tiempos de oscuridad y en aquellos

países de ignorancia, debía experimentarse una verdadera escasez de pensamientos.

Así es que los tres monarcas, sorprendiéndose mutuamente en su peregrinación, no se asombrarían al ver que un mismo pensamiento los reunía á largas distancias de sus respectivos reinos.

Tampoco el comercio de las ideas había extendido por aquellas tierras apartadas el tráfico de la inteligencia.

Ninguna idea había podido elevarse aún al rango de mercancía, ni los pensamientos habían adquirido la suprema calidad de valer dinero.

En su consecuencia, ni Baltasar, ni Gaspar, ni Melchor tuvieron un verdadero interés en creerse plagiados.

La historia, por lo menos, esa vieja curiosa que todo lo averigua y todo lo cuenta, nada nos dice de que disputaran acerca de cuál era el autor original de aquel pensamiento.

Una vez juntos, debieron pensar seriamente en el término de su viaje.

Afortunadamente no los seguía una tripulación incrédula como la que pedía la cabeza de Cristóbal Colón en los momentos en que tocaba los límites de su atrevida empresa.

Allí hubiera muerto colgado de una entena, si el Nuevo Mundo, oculto hasta entonces en las brumas del horizonte, no hubiera salido en su socorro.

Tampoco llevaban en pos de sí un pueblo ingrato, como el que murmuraba de Moisés en las soledades del desierto.

Mil veces se hubiera vuelto al dominio de los Faraones, dando la espalda á la tierra prometida, que lo esperaba al otro lado del Jordán, si no lo hubiera arrastrado la mano de los prodigios.

Baltasar, Gaspar y Melchor iban solos.

Caminaban sin vacilar por tierras desconocidas.

De pronto una luz misteriosa se les pone delante.

Hay que creer que los tres Reyes discutirían largamente antes de encontrarse con aquella aparición luminosa, porque sin la discusión no hubiera salido la luz.

Hay que suponer esta parte indispensablemente, porque ni Baltasar, ni Gaspar, ni Melchor tuvieron la idea de escribir sus impresiones de viaje.

¡Ah! las letras se encontraban entonces en un lamentable abandono. Basta decir que no se conocían ni siquiera las letras de cambio.

En aquellos tiempos oscuros un rayo de luz debía tener mucha más importancia que tiene el sol en el siglo de las luces.

Y se comprende perfectamente. Por eso hasta hace muy poco no se ha descubierto que el sol era opaco.

La verdad es que nos vamos á ver en la necesidad de apagarlo por innecesario, si él no se anticipa á suprimirse, en vista de que no hace falta.

Pero yo creo que él conserva demasiado apego á sus viejas costumbres, y tendremos al fin que darle un soplo.

¡Pobre viejo! Ya le han averiguado que tiene manchas.

Si los últimos adelantos no lo hicieran inútil, habría que lavarlo. Sería indudablemente una cosa curiosa lavar el sol.

Pero retrocedamos.

Los tres Reyes se encontraron heridos por un rayo de luz, y, lo que es natural, vieron el camino.

La luz marchaba delante como un guía, y los tres la siguieron sin vacilar.

No debe extrañar á nadie esta conformidad de pareceres, porque la luz era una sola. Hoy hubiera cada uno de ellos elegido su luz.

Y es indudable : los tiempos presentes están mucho más alumbrados.

Por eso nos parece pálida la luna, débiles las estrellas y el sol opaco.

La luz caminaba, y los tres Reyes la seguían por unanimidad.

De repente se detuvo suspendida en el aíre sobre un pueblecillo miserable, llamado Belén, como si claramente les dijera : «Aquí.»

Los tres Reyes debieron mirarse con asombro. Por ninguna parte encontraban ni la más ligera señal del poder de un Rey.

La luz inmóvil continuaba diciendo : «Aquí.» Los tres Reyes tenían delante de sí un portal arruinado.

La lógica no les había enseñado todavía cómo se hacen argumentos contra la luz, y no tuvieron más remedio que doblar la cabeza y entrar.

Á los pocos pasos cayeron de rodillas.

El palacio era un establo, la cuna un pesebre, el Rey un recién nacido.

De esto hace diez y nueve siglos.

Este suceso ha puesto en el principio de cada año un día que se llama el día de los Reyes.

En ese día vienen todos los años ; en ese día se esperan en todas partes.

Gaspar, Baltasar y Melchor son unos viajeros infatigables.

En la mayor parte de los pueblos de España, al amanecer de ese día ya están tomadas las avenidas del camino. Todo el mundo sale á esperar á los Reyes.

Esta vez no son defraudadas las esperanzas de la multitud : los Reyes no se hacen esperar. A la hora convenida aparecen á lo lejos, y entran triunfantes en medio de la gente apiñada.

El Ayuntamiento, desde el balcón de las Casas Consistoriales, es en esta ocasión la luz que les indica el camino que deben seguir.

Inmediatamente después estos Reyes son destronados.

Á las veinte y cuatro horas, Melchor se ve reducido á la condición de barbero, Gaspar disimula su desgracia guardando las viñas que se extienden á la salida del pueblo, y debajo del ancho sombrero de un mozo de mulas se esconde á las miradas curiosas la testa coronada de Baltasar.

En Madrid las cosas cambian naturalmente de aspecto. Á los Reyes se les espera de noche.

Como no se sabe la hora fija, es indispensable una escalera para verlos venir.

En esto hay algunas excepciones ; muchos, para

verlos venir, no necesitan más que una baraja.

Sin embargo, lo característico y lo tradicional es la escalera.

La multitud corre en grupos, alumbrada por algunos hachones, por varios cafés y muchas tabernas.

Para esta gente que corre en tumulto por las calles y que pasa rápida como una chispa, es indispensable un gallego auténtico ó un asturiano original.

Éste es el que ha de llevar la escalera sobre sus hombros.

Él la lleva, y los demás suben.

Conviene advertir que asturiano y gallego está aquí tomado en sentido de víctima.

Los engañan en nombre de los Reyes.

La venida de los Reyes en Madrid es una ilusión, porque los Reyes no vienen.

Y sin embargo, el día de los Reyes debe ser una terrible realidad para todos aquellos que no tengan ni dos reales.

Los tiempos deben ser muy estrechos cuando los Reyes sólo tienen un día al año; y si se consulta el Almanaque, que es el código fundamental del tiempo, se verá que ese día es de los más cortos.

Aunque se le cuenten veinte y cuatro horas, la mayor parte de ellas son oscuras.

Así es que en lugar de decir el día, el Almanaque hace tiempo que debía anunciarnos la noche de los Reyes.



NO HAY TONTOS

No me opongo á que el alma resida en la cabeza como en su propio y natural asiento.

Era preciso que el alma tuviera muy pocos recursos para haber elegido otra habitación. Sólo un alma muy pobre se resignaría á vivir en otra parte del cuerpo.

Reside, pues, en la cabeza, como el cochero en el pescante, como la mirada en los ojos, como la palabra en la lengua.

Además, es indudable que el alma reside dentro de la cabeza, porque se la ve detrás de la cara como la luz detrás de un papel transparente.

Pero esto es la regla general.

En una población de doscientas mil almas, pronto se echan de ver las excepciones de esa regla.

En Madrid llaman la atención al momento las gentes que se han echado el alma á la espalda.

La vida es una peregrinación, y esas gentes han

comprendido que con el alma á la espalda se anda más camino. Sobre todo se suben las cuestas con más facilidad.

Estas son las gentes felices.

Y, en efecto, se anda hoy demasiado de prisa para que se pueda hacer cómodamente el camino con todo el peso en la cabeza.

El alma á la espalda es un medio que facilita todos los movimientos. La agilidad de un hombre que lleva el alma á la espalda es inmensa, porque el alma pesa más de lo que parece.

Para él todos los caminos son practicables, todas las alturas son accesibles.

Es el jugador que siempre gana, el político que nunca pierde, el deudor que nunca paga.

Lleva siempre la cabeza erguida y la risa en los labios.

Hay otros á quienes se les ha caído el alma á los pies.

Estos desgraciados no pueden dar un paso sin pisarse el alma.

Por eso se les ve inmóviles, siempre en el mismo sitio, sin aliento para moverse.

Llevan constantemente la cabeza inclinada, los brazos caídos y los ojos tristes.

Se les conoce por un movimiento de desdén, que consiste en encogerse de hombros, y esa es la expresión con que dan á entender sus opiniones acerca de todas las cosas.

Los primeros son hombres sin conciencia; los segundos sin fe y sin esperanza.

Hay otros á quienes la naturaleza ha concedido el raro privilegio de tener el alma en el corazón.

Estos son los jugadores que siempre pierden, los políticos que nunca ganan, los acreedores que nunca cobran.

Su casa, su bolsillo y sus manos están siempre abiertos.

Estos son los únicos hombres á quienes quitan el sueño las desgracias ajenas.

Cada uno tiene el alma en su almario.

La sabiduría de las naciones ha querido decir con esto que cada uno la lleva donde puede ó donde quiere.

En Madrid las mujeres la llevan generalmente en los ojos, como una mariposa que revolotea dentro de un fanal.

Por eso, para fijar un momento la mirada de una mujer, no hay más que echarla flores.

Que el alma de una mujer es una mariposa, no tiene duda : siempre acaba por quemarse.

No hay más que ver cómo quiere atraerse todo lo que brilla.

Además, su inconstancia no puede explicarse de otra manera.

Es natural que con el talento suceda lo mismo que con el alma.

Así se ve que ocupa distintas partes del cuerpo, desde las que se da á conocer y se hace admirar.

Una mujer hermosa tiene el talento en la cara.

¿Cuántas cosas no dicen una frente tersa, una boca pequeña y una barba redonda?

Una mujer graciosa tiene el talento en el aire: en cada uno de sus movimientos hay un mundo de ideas.

¿A quién no le ha hecho pensar muchos días y muchas noches una mejilla sonrosada ó un talle flexible?

Un pianista tiene el talento en la punta de los dedos. Acaso sea la única parte de su cuerpo con que no desatine.

Oidle tocar y oidle hablar, y veréis que es muy posible desafine; puede tener la boca del tonto y las manos del genio.

Los oradores tienen, por lo común, el talento en la punta de la lengua.

El cocinero es el que ha elegido el sitio más extravagante para colocar su talento.

Sin duda le estorbaba para dedicarse á su oficio con éxito, y lo ha puesto en el estómago de los demás.

No hay tontos. Hasta ahora ha parecido que los había porque no se buscaba el talento más que en la cabeza.

Hoy es distinto. Como el talento se puede tener en cualquier parte, es imposible encontrar un hombre que no lo tenga.

Aquí tienen talento los charlatanes y los boleros, por el simple hecho de ser una cosa ú otra.

Estos dos seres tan distintos y tan semejantes, prueban que hoy es imposible no tener alguna clase de talento.

Para ser bolero no se necesita más que no ser

cojo ; pero los cojos de entendimiento pueden ser charlatanes : precisamente ellos son los que más necesitan las *muletillas*.

Hay talentos de tal naturaleza, que excluyen á los demás, ó, mejor dicho, rara vez se encuentran dos talentos dentro de una misma persona.

Por eso el comerciante nunca es poeta, ni los astrónomos actores, ni los militares filósofos.

El que reune todas la cualidades necesarias para una cosa, las tiene naturalmente incompletas para las demás.

Bailar con talento es, poco más ó menos, hacer con los pies lo que los charlatanes hacen con las palabras.

Sucede con estas dos clases de talento una cosa singular : todo el mundo los admira, y nadie los imita.

El bailarín más consumado no ha conseguido todavía introducir la más ligera variación en el modo de andar ni de moverse, y el hablador más consumado no ha conseguido aún que se introduzcan en el lenguaje lo que podemos llamar las piruetas de las palabras para darse á entender.

Madrid está lleno de talentos.

Desde el cuerpo de baile del último teatro hasta los salones de las Academias, todo es talento.

Aquí se fuma con talento, se viste con talento, se pasea con talento, se come con talento.

Es muy fácil no tener dinero, ni créditos, ni amigos, ni casa, ni vergüenza ; pero es imposible no tener alguna clase de talento.

Y se comprende perfectamente que esto suceda en Madrid, donde es preciso tener talento hasta para hacerse los tontos.

Así es cómo se puede explicar la existencia de tantas celebridades, de tantos genios y de tantas fortunas. ¿Quién no sabe ya buscarse la vida? ¡Ah, si á muchos se la buscara la policía!

Hay, sin embargo, un tonto.

Tonto como las flores, que llenan el aire de perfumes para que otros los respiren.

Tonto como la luz, que se derrama por todas partes para que vean hasta los ciegos.

Tonto como la música, que se esparce en el viento para recrear los oídos de la multitud.

Tonto como el cristal, que deja ver todo lo que tiene detrás de sí.

Tonto como el agua, que riega los campos para que otros recojan el fruto.

Este tonto es el poeta.

Yo no conozco otro.

Este desgraciado tiene el alma en todas partes, porque su oficio es sentir las penas de los demás.

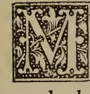
Y, francamente, cuando el ser tonto es tan difícil, bien se puede asegurar que se necesita muchísimo talento para ser tan tonto.

En conclusión: tienen talento hasta los poetas.





LA FELICIDAD



MADRID, entre otras cosas, es un conjunto de trescientas mil personas que se agitan en continuo y encontrado movimiento buscando la felicidad, buscándola á toda costa.

Ser felices es el resorte oculto que nos mueve, la mano poderosa que nos empuja en todas direcciones, el pensamiento, el deseo y la esperanza que consumen nuestra vida.

Es indudable que todos estamos de acuerdo, á lo menos en una cosa: no se puede negar que todos hemos hecho el propósito irrevocable de ser dichosos.

Al llegar aquí, se me ocurre una reflexión capaz de infundir desaliento en el corazón más vigoroso.

Yo digo: seis mil años hace que el hombre empezó á buscar la felicidad, y todavía no la ha encontrado.

Hasta ahora no hemos hecho más que lo que

hubiera podido hacer la aguja de un reloj fatigándose en recorrer la circunferencia de la esfera, empeñada en encontrar el número 13.

La felicidad es una especie de lotería, á la cual todos ponemos y á ninguno nos cae.

Si la razón sirviera para algo, ya nos hubiera hecho comprender que no hay nada que atormente tanto como la felicidad que se busca.

Así es que los menos desgraciados son aquellos que tienen bastante valor para no buscarla.

He aquí un profundo desatino: los que no son felices es porque se han empeñado en serlo.

Ó de otra manera: para ser feliz es preciso no contar con la felicidad que apetecemos.

Ó más claro: el que se persuada de que no hay felicidad sobre la tierra, ese será el más dichoso de los hombres.

Yo no sé lo que quiere decir felicidad completa, porque la felicidad, ó es completa, ó no es felicidad.

Equivaldría á decir que noventa y nueve era un ciento incompleto, y yo tengo la íntima convicción de que mientras sea noventa y nueve no puede ser ciento de ninguna manera.

No hay necesidad de recorrer la interminable serie de las desdichas humanas para convencerse de que la felicidad no existe ; basta detenerse un momento en esta observación:

Pocos serán los hombres que, una hora al día por lo menos, no se persuadan de que todos los demás hombres son más felices que ellos.

Ahora échese la cuenta.

Puede sacarse en limpio una verdad imposible, y que, sin embargo, no deja de ser cierta, y es como sigue:

Cada hombre es más desgraciado que todos los demás. La universalidad de la envidia da testimonio de ello, desde Caín hasta nuestros días.

En Madrid especialmente se ha hecho de la felicidad una cosa tan indispensable, que no pensamos más que en ser felices; y para que haya suficiente felicidad para todos, se ha puesto la felicidad en todas partes.

Apenas hay quien no sea feliz por alguna razón más ó menos plausible.

La mayor desgracia que puede sucederle aquí á un hombre es la pobreza, y para eso tiene la felicidad de San Bernardino.

La mayor desventura que puede ocurrirle aqui á una mujer es ser hermosa y pura, y para eso tiene en su mano la felicidad de la prostitución.

Aquí se va á la felicidad por todos los caminos, de lo cual resulta que Madrid es el pueblo más alegre del mundo.

Aquí podemos ser todos dichosos con tanta felicidad, que no hay manera de no serlo.

Para que se me entienda bien, debo repetir que no hay nada que cueste más dolores que la manía de ser dichosos.

Es curioso el espectáculo de trescientas mil personas atormentándose para ser felices.

Por muy extendido que se halle el estudio de la

aritmética, hay una cuenta en la cual todo el mundo se equivoca.

Súmense los pesares que nos cuesta el placer más fugitivo, y nos encontraremos siempre con un exceso de desgracia diez veces mayor que la felicidad que hemos alcanzado.

No hay quien dé por un diamante el doble siquiera de lo que vale, y damos por un placer tanta felicidad, que hubiéramos sido por lo menos diez veces felices sólo con no adquirirlo.

Esto es tan cierto, que el corazón más rico no puede soportar dos años de placeres sin arruinarse.

Pregúnteseles á los testigos que voy á citar, y que es imposible que hayan podido ponerse de acuerdo.

Estos testigos son los hospitales y los palacios.

¡Qué absurda es la verdad algunas veces! Damos la felicidad de todos los momentos por un momento de felicidad: así andamos por el mundo.

Si hubiera un hombre que diera toda su fortuna por una pequeña parte de ella, sería inmediatamente declarado loco por los médicos, por los parientes, por el juez de primera instancia y por todos los vecinos; pero podemos dar la dicha de toda la vida por la dicha de un instante sin que la ciencia, ni las leyes, ni la familia, ni el público intenten despojarnos del uso de la razón.

Los placeres no son caros por el dinero que cuestan, sino por la felicidad que roban, y los placeres son la felicidad que buscamos.

¿Á quién no le ha sucedido alguna vez buscar el sombrero que lleva puesto?

¿Cuántas veces no nos volvemos locos buscando por todas partes un objeto que tenemos en la mano?

Yo he visto buscar su bastón á un hombre que lo llevaba debajo del brazo.

Yo mismo he revuelto muchas veces mis papeles buscando uno que tenía en el bolsillo.

Esto mismo nos pasa con la felicidad.

Cada uno la lleva dentro de sí, y todos nos empeñamos en encontrarla fuera de nosotros mismos.

Yo no sé cómo conciliar estas dos cosas que observo en el hombre.

Para depositar en otro un poco de dinero nos rodeamos de todas las precauciones.

La felicidad la confiamos al primero que nos sale al encuentro.

Antes de comprar un aderezo, la mujer más espléndida averigua su valor, examina su mérito y disputa duro á duro el precio que tiene señalado en la tarifa del joyista.

Puede ser que por cien reales de diferencia renuncie á la dicha de poseerlo.

Pero cámbiese el joyero en libertino; que el comerciante en joyas se transforme en hombre de mundo; que el precio del aderezo no sean quinientos duros, sino una cita, una conferencia misteriosa, un billete indiscreto; que sea, en fin, la felicidad de toda una familia, y no faltará una mujer, por económica que sea, que no la entregue generosamente, deslumbrada por el brillo de las piedras preciosas.

Por todas partes se encuentran en Madrid testimonios vivos de esta verdad.

Hay dos cosas que nos espantarían si tuviéramos tiempo para hacer que nuestras miradas penetrasen al través de la superficie de ese mundo que da vueltas alrededor de nosotros.

Estas dos cosas son:

La miseria del lujo y las angustias de la felicidad.

Los placeres, esos avaros que nos cobran con tan espantosa usura los fugitivos goces que nos prestan, huyen de nosotros el día en que han conseguido arrebatarnos la última esperanza y la última virtud.

Los placeres, por la fuerza misteriosa de una justicia superior á los hombres, llevan en sí mismos el germen de todas las desgracias.

¿Hay alguna cosa más ingrata que los placeres?

¿Por qué se permite que se dé el nombre de placeres á las cosas que más nos mortifican?

Hay telas que es preciso mirarlas por el revés, para enterarse bien de la habilidad con que están tejidas.

En virtud de este procedimiento, que no puede ser rechazado por el libre examen, yo exclamo:

¡Qué dichosos deben ser los desgraciados!

¡Qué desgraciados deben ser los dichosos!

Esos desgraciados que pueden tranquilamente entrar dentro de sí mismos, mirarse, por decirlo así, frente á frente, y estrecharse las manos con la noble efusión de dos amigos leales, deben ser muy felices.

Esos dichosos que se ven en todas partes, por-

que quizá no se atreven á entrar dentro de sí mismos, que buscan á los demás por huir de sí propios, que viven sin asilo porque la conciencia les ha cerrado la puerta, deben ser muy desgraciados.

Yo siempre que paro mi atención en este tumulto de seres humanos que se busca por todas partes, que se estrecha entre sí precipitándose unos detrás de otros, siempre en agitación y en movimiento, siempre juntos, llego á creer que cada uno de ellos tiene miedo de quedarse sólo.

En las calles, en los teatros, en los paseos, en os cafés y en los salones, y Madrid todo es calles, teatros, paseos, cafés y salones, la multitud se aprieta, se oprime, se agita, como si cada uno llegara allí huyendo de un implacable enemigo.

Al que por primera vez se le ofreciera este incesante espectáculo, abriría los ojos lleno de asombro y de compasión.

Pero pronto se pondría en el secreto; pronto caería en la cuenta de que todos acudimos á esa cita perpetua, alegres y dichosos, buscando en los demás una felicidad que no sabemos encontrar en nosotros mismos.





LA ESPERANZA



HAY una cosa que alegra tanto como el dinero, y que está al alcance de todas las fortunas.

Es azul, y brilla más que el oro.

Se mezcla en todos los actos de la vida, y nos trae y nos lleva como un soplo de aire trae y lleva á un puñado de polvo.

Lo mismo se la encuentra en la política, que en la religión, lo mismo en la multitud que en el individuo.

Está en un billete de la lotería.

En el saludo de un hombre poderoso.

En la mirada de una mujer hermosa.

Es lo último que se pierde, y se llama esperanza.

Es indudablemente el único dinero con que puede comprarse la felicidad que apetecemos.

Desde que el hombre se presenta en el umbral de la vida, parece que una voz misteriosa graba en su corazón esta palabra : *Espera.*

Desde entonces todo es esperar.

El niño espera la juventud, el joven espera la vejez.

El anciano espera la muerte.

La vida no es más que una inmensa antesala.

El jugador espera su carta, el asesino espera á su víctima, el hombre político espera su vez, el amante espera una cita, el que aborrece espera vengarse, el pobre espera ser rico, el rico espera ser más. Todos esperamos algo.

Hay que convenir en que vivir es una operación universal, por medio de la que se está siempre haciendo tiempo.

La esperanza es una cosa bien singular : va desapareciendo conforme se va realizando.

Se puede decir de ella lo que del sueño.

El sueño es la cosa más agradable del mundo, solamente que al cogerlo nos quedamos profundamente dormidos.

Detrás de la esperanza está el desengaño, como detrás de una cara de ángel está una mujer.

Siempre se coloca delante de todo lo que apetecemos, y nunca falta allí donde terminan las probabilidades, donde el cálculo agota sus pronósticos, donde la razón dice su última palabra.

La esperanza está sobre todos los inconvenientes, y algunas veces sobre muchos imposibles.

Es la fe de los deseos.

Dice un enamorado: «Esa mujer no me quiere; su familia me detesta; sus criados son insensibles; mi espejo no vacila ni un segundo en presentarme

feo siempre que lo miro; mi bolsillo me llama pobre siempre que lo toco.»

Aquí traga una bocanada de humo si está fumando, se pasea si está de pie, ó se muerde los labios si está sentado.

Esta reflexión tan negra, se va azulando poco á poco por medio de un procedimiento químico que no tiene explicación.

De repente tira el cigarro, ó se sienta, ó se levanta.

La acción puede ser una ó varias á la vez; las palabras pueden ser estas ú otras; pero la idea es siempre la misma.

Dice: «Todavía tengo esperanza.»

Si se pudiera leer en el alma de esos enfermos que la muerte ha marcado irrevocablemente, encontraríamos en una página:

«Ya no tengo remedio.»

Y en la siguiente:

«¡Quién sabe!»

Penetrad en el seno de una familia que ha agotado su último recurso, que ha llamado á la última puerta, que ha perdido el último amigo.

Conviene fijar bien el día de esta visita domiciliaria.

Por los datos del Almanaque, no sería fácil sacar nada en limpio, porque hay días que no se encuentran en ese registro del tiempo.

Días inmensamente largos, sea cualquiera la estación en que se presenten.

Se conocen con el nombre de días sin pan.

Aprovechad el momento en que el padre de aquella familia levanta el picaporte de la puerta y entra en su casa.

Viene de dar la última vuelta al tornillo de su necesidad.

Salió por la mañana, y vuelve á la noche.

Trae.... una cosa menos.

No solamente no ha encontrado quien le dé, sino que todos se han empeñado en quitarle.

Salió con su última esperanza, y vuelve sin ella.

La única puerta que se abre delante de él es la de su casa; los únicos brazos que se le extienden, son los de sus hijos; los únicos labios que le sonríen, son los de la madre de sus hijos.

«*Nada*,» es todo lo que se atreve á contestar á la pregunta muda de aquella familia que lo rodea.

En ninguna ocasión la palabra *nada* ha significado más.

Aquí es preciso que la esperanza haga un esfuerzo supremo.

Es indispensable que pronuncie su última frase, que lance su último rayo de luz.

Para este milagro necesita la esperanza un intérprete digno de su esfuerzo.

Necesita un semblante apacible, unos ojos cariñosos y una voz dulce.

Es preciso que el misterio se realice con todas las circunstancias de la maravilla.

La luz ha de salir de la oscuridad, la fuerza del más débil, la constancia del ser más frágil.

El corazón que resume todos los dolores de la fa-

milia es el que va á hablar por la boca de la madre.

Oigámosla, porque sus palabras serán breves como la verdad, sencillas como el sentimiento, precisas como la fe.

«Dios (dice) nos está probando; pero no nos abandonará.»

Y ese hombre vuelve á tener esperanza, y esa familia vuelve á esperar.

La esperanza es el castigo de la razón.

Es esa creencia inagotable que se ríe de las probabilidades, y se mofa de los cálculos, y desprecia las razones.

Se puede vivir sin dinero, sin crédito y sin estimación; pero no se puede vivir sin esperanza.

El incrédulo le pide la esperanza á la casualidad.

El jugador á la suerte.

Las mujeres la buscan en los espejos.

Los que creen, la reciben de la Providencia.

La esperanza es á la vida moral lo que el aire á los pulmones.

Las esperanzas no son las cosas, sino el color de las cosas.

Es un resultado maravilloso que se produce contra todas las leyes de la lógica.

Y ¡cosa singular! ó es bella, ó no es esperanza.

Siempre estamos dispuestos á recibirla.

Semejante á las lisonjas, siempre llega á tiempo. Nunca es tarde para una esperanza.

El hombre es un conjunto de esperanzas que se van disipando una á una. Cuando se apaga la última, cierra los ojos.

Por medio de las esperanzas se abre camino hasta nosotros el tiempo que está por venir.

El tiempo conoce al hombre, y lo adula.

¡Cuántas felicidades nos guarda siempre el día de mañana!

Si la esperanza es el camino de la felicidad, vivir no es más que estar en camino.

Sólo nos es lícito ser felices esperando serlo.

El que no espera nada, ¿qué es lo que espera en el mundo?

Dios le ha dicho al cuerpo : *Vive.*

Y al alma : *Espera.*

Casi todo lo que nos rodea son esperanzas.

Un abogado no es más que una esperanza puesta al alcance de todo aquel que desea ardientemente tener razón.

Un tribunal no es más que una esperanza de la justicia.

La medicina es una esperanza de la salud.

Todas las esperanzas humanas me parecen reflejos más ó menos confusos, más ó menos lejanos de una esperanza suprema.

Así como el sol se reproduce en la superficie de los lagos, y se repite en las olas del mar, y se finge en las nubes, y se refleja en las montañas, así la verdadera esperanza, la única, se refleja en las sombras de nuestros deseos.

Lo que en la luz son reflejos, en la esperanza son presentimientos.

Vamos sucesivamente tomando las imágenes que se nos presentan por el original que buscamos,

y á cada esperanza que consumimos, nos damos una palmada en la frente, exclamando: «No era esto lo que buscaba.»

Suponed á un hombre enamorado profundamente de una mujer que ha visto en sueños.

(No hay necesidad de suponerlo, porque los hombres no se enamoran de lo que ven, sino de lo que sueñan.)

Este hombre corre el mundo en busca de la realidad de su sueño : cada mujer que encuentra es un retrato de su original, es decir, una esperanza de su deseo.

La primera que distingue, se le presenta de espaldas. Aquel es su aire, aquellos son los movimientos suaves de su cabeza, aquella es.

Se acerca á ella, coge su mano, y cuando va á estrecharla contra su corazón, alza los ojos, y.... adiós esperanza ; no es ella.

Entre la multitud se dibuja un perfil correcto, media sonrisa llena de gracia, una ceja perfecta y un ojo brillante.

Aquella es.

Corre, se acerca, la mira frente á frente, y.... adiós otra esperanza : tampoco es.

La tercera, la cuarta, la quinta vez sucede lo mismo ; otra esperanza desvanecida, y otra, y otra.

Así le da una vuelta al mundo, que el mundo es redondo para que el hombre no pueda hacer en él más que dar vueltas, y vuelve al terminar su viaje, como si dijéramos, al terminar su vida, segu-

ro de que no está sobre la tierra la realidad de aquella imagen soñada y querida.

Esto sucede con las ideas, con los sistemas, con las pasiones y con los placeres.

La esperanza es la prueba evidente de que existe una cosa que todos buscamos y que nadie encuentra.

Las esperanzas humanas son los ecos de una felicidad misteriosa que nos llama desde muy lejos.

Por eso la esperanza es siempre risueña como el cielo, brillante como el cielo, azul como el cielo.

Por eso está, como el cielo, suspendida en el aire.

Una esperanza fundada no es verdaderamente una esperanza, sino una probabilidad.

Para ver bien una esperanza hay que cerrar los ojos á todo.

Entonces se dirige la mirada hacia otro mundo: allí debe estar.

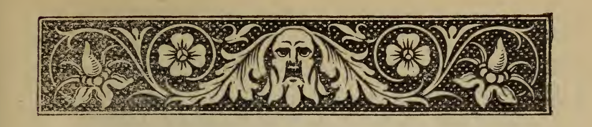
La inocencia se disipa, el amor nos desecha, la ambición nos deja, los placeres se cansan de nosotros, la hermosura nos olvida, hasta los vicios suelen volvernos la espalda. Ella jamás nos abandona.

¡Qué solos nos encontraría la muerte si la esperanza no se quedara á recoger el último aliento de nuestra vida!

FIN DE LAS HOJAS SUELTAS.



MÁS HOJAS SUELTAS



LA NOCHE

UIÉN no ha experimentado alguna vez la inesperada impresión de un dolor repentino?

¿Quién no se ha cogido un dedo al cerrar una puerta?

¿Quién al volver una esquina no se ha estrellado con la grave individualidad de un mozo de cordel, ó con la impasible unidad de un aguador?

Comiendo ó hablando, ¿no os habéis mordido nunca la lengua?

La noche entra perfectamente en este orden de ideas.

Cualquiera de esas impresiones puede confundirse con la noche bajo un punto de vista común.

¿Qué es la noche?

Medítese bien, y se comprenderá que es una cosa que hace ver las estrellas.

El fenómeno se verifica de esta manera:

El sol, cansado de mirar á la tierra, levanta sus rayos al cielo, como la mirada de un afligido.

Esa mirada, cuya significación no aparece en

ningún diccionario, y que sin embargo en todos los idiomas quiere decir «¡Cielo!»

Después de este relámpago de sus últimos rayos, cuyas ráfagas brillan en todas direcciones como los reflejos de un incendio, desaparece detrás de una montaña, se esconde en la oscuridad del bosque lejano ó se sumerge en la mar.

Algunas nubecillas caprichosas se asoman al horizonte llenas de impaciente curiosidad, y al verse iluminadas por aquella última mirada, se quedan suspensas, vacilan en el aire y se ruborizan.

El viento corre de un punto á otro con silenciosa movilidad, dejando escapar por todas partes ese silbido tenue que no hay letras con que poder escribirlo, y que quiere decir: «Silencio....»

Si el viento tuviera manos como tiene alas, estoy seguro que en esta ocasión expresaría su pensamiento poniéndose el dedo en la boca.

De paso mece á los árboles como si quisiera dormirlos.

Las hojas cuchichean y el agua corre á tientas, tropezando con todo lo que se la pone delante, y murmurando como un ciego que va hablando solo.

La sombra se deja caer lentamente, extendiéndose poco á poco como una gota de tinta en un vaso de agua, y la noche se da á luz.

Desde este momento empezamos á ver las estrellas.

El cielo se hace más azul para recibirlas.

El día será más resplandeciente, pero la noche es más hermosa.

De día se ve demasiado; es una luz muy fuerte, que todo nos lo mete por los ojos.

No deja nada ni á nuestro deseo ni á nuestra imaginación.

Es una especie de escalpelo que todo lo diseca.

Una habladora que todo lo dice; una indiscreta que todo lo enseña.

El secreto de la vida consiste en no ver más que un poco de las cosas, y suponer lo demás.

Para todo enamorado la cara de la mujer que quiere es un conjunto de perfecciones.

Ninguna le parece mejor.

Hay, sin embargo, un caso en que esta regla general se ve seriamente comprometida.

Este caso es otra cara cubierta con un velo.

Estoy seguro de que los amantes se quieren más de noche que de día, porque se ven menos y se imaginan más.

Ese color de rosa de que todos tenemos un poco para embellecer la palidez de lo que llamamos realidad, es un cosmético que necesita la sombra para brillar.

Un niño está siempre mucho más alegre que un hombre, porque ve menos ; y un anciano está siempre más triste que un joven, porque ya lo ha visto todo.

Una de las cosas más bellas que hay en el mundo es el pudor ; pues bien: analícese, y veremos que el pudor no es más que un velo.

La noche brilla en medio de la oscuridad, como una mirada de mujer en unos ojos grandes y negros.

:

El que quiera sondear el corazón de un amigo ó de una mujer, que elija la armoniosa soledad de una noche tranquila.

Parece que entonces el corazón humano se halla en presencia de la eternidad y se descubre entero.

En esos instantes en que todo es misterioso y fantástico, el alma se escapa como el perfume contenido en un vaso.

La noche es el momento de las íntimas confidencias.

El corazón humano, semejante á la magnolia, sólo se abre en el silencio y en la oscuridad de la noche.

Como no nos vemos, nos parece que no somos nosotros mismos.

¿Qué nos importa de día el ruído de la gente que pasa por la calle, ó el estrépito de un coche que al pasar hace temblar el pavimento?

Á la una de la noche ya es otra cosa.

Los pasos solitarios de un transeunte que resuenan en las baldosas á compás como los latidos de un reloj, el murmullo de una conversación que se pierde, el ruído de un balcón que se abre, una voz, un suspiro, un silbido, todo excita nuestra curiosidad y despierta nuestro interés.

De noche parece que acabamos de nacer, pues todo se presenta á nuestros ojos con una irresistible novedad.

El día es un escándalo; la noche es un secreto.

De día se ve lo que hay; de noche lo que se sueña.

De día se ven los palacios, las ciudades, la pompa, el lujo y la soberbia de los hombres.

La noche borra con su mano invisible el espectáculo de nuestra grandeza, para que podamos levantarnos un poco sobre nuestra miseria.

El día, presentándonos por todas partes la opulencia, el lujo, las sonrisas equívocas, las miradas atrevidas, los vestidos brillantes, en una palabra, la corteza de nuestro ser, nos va diciendo á cada paso : «He aquí el hombre.»

La noche, desatando el hilo misterioso de nuestros sentimientos y de nuestras ideas, nos dice : «He aquí el alma.»

De día se ve la tierra; de noche el cielo.

De día se trabaja; de noche se vive.

De día el negocio, la oficina, el taller ; de noche el amigo, el amante, la familia.

Todo adquiere durante la noche una inmensa solemnidad ; todo se engrandece al contacto de esa sombra que cae sobre la tierra como un bálsamo.

Ese silencio sonoro, esa oscuridad brillante, esa soledad llena de seres misteriosos que aparecen y desaparecen, y cambian de forma y lugar á cada instante, parecen la revelación de una vida incomprensible, de una naturaleza distinta, de un mundo desconocido.

El día se ha hecho para la materia; la noche para el espíritu.

Hay una gran parte del alma que indudablemente despierta por la noche, y que pasa el día su-

mergida en un profundo letargo. Acaso se dirá que esta parte del alma hace mala vida.

De noche es cuando el hombre se encuentra frente á frente de sí mismo.

Entonces es cuando se sondea á sí propio y registra minuciosamente los rincones de su memoria, los más ocultos aposentos de sus deseos y el fondo impenetrable de su conciencia, como de día registra los secretos de su gaveta y examina las ocultas interioridades de sus bolsillos.

De noche es cuando hace sus terribles visitas el remordimiento; de noche es cuando los recuerdos se levantan de la sepultura del olvido como sombras evocadas por un conjuro; de noche es cuando el hombre se adivina, se siente, se habla y se reconoce.

No sé qué relaciones existen entre el mundo físico y el mundo moral; pero me acomete la sospecha de que si no hubiera noche, no habría conciencia.

De día el hombre se oculta á sus ojos entre los demás; de noche se descubre á sí propio, como una confidencia que se hace á sí mismo y que debe olvidar al amanecer.

La noche es un espejo en el cual se miran tranquilamente los corazones puros y del que huyen espantados los corazones perversos.

El estrépito de la vida se apaga, la luz se desvanece, y el silencio y la oscuridad nos llevan poco á poco al borde de ese abismo que todos llevamos en el corazón.

Considerándolo atentamente, la noche es una

especie de pantalla que nos rodea de sombra para que podamos vernos con toda claridad.

¡Cuánta justicia se encierra en ese terrible absurdo!

Nuestro pensamiento se nos pone delante como una luz que penetra al través de los párpados y nos guía por el incomprensible laberinto de nuestro ser.

De día el hombre es una máquina, ó, mejor dicho, el diente de una de esas ruedas que forman el mecanismo de un pueblo, y que, engranándose unas con otras, componen ese gran reloj que se llama humanidad, que ha fabricado ya seis mil años de tiempo.

De día el hombre es la herramienta más ó menos grosera de un taller en el cual labra minuto á minuto la parte que le corresponde de esa primera materia que se llama vida.

De día el hombre no es más que la parte imperceptible de un todo, que va donde la llevan, que se dobla cuando la oprimen, que cede cuando la empujan.

De noche sacude, por decirlo así, el polvo del trabajo, y en medio de la oscuridad y del silencio se busca, se encuentra y se reconoce.

Entonces, ó se estima ó se desprecia.

De noche construímos esas magníficas obras conocidas en la historia de la bella arquitectura con el nombre de castillos en el aire.

De noche fabrica cada uno las doce horas del día siguiente, pintándolas á su gusto y cortándolas á su medida.

De noche es cuando se asoma á los ojos del joven que siente en su alma los primeros latidos de un amor verdadero, la hermosa mujer á quien busca y que no ha visto todavía, y le dice: «Yo soy.»

De noche viene á pedirnos una caricia, con sus ojos alegres, sus mejillas redondas y sus labios sonrosados, el hijo que aún no hemos tenido.

De noche viene á buscarnos esa hada fastuosa que nos guarda un tesoro escondido detrás de cada día.

De noche juegan con nuestro espíritu esa multitud de ideas incomprensibles que vagan por el mundo misterioso de la inteligencia sin haber encontrado su forma todavía.

De noche, en fin, es cuando el alma se levanta sobre la tierra, como el perfume sobre las hojas.

De día se vejeta; de noche se medita.

¿Qué son las realidades del día ante los misterios de la noche?

Lo que es la estrechez de una palabra á la inmensidad de un pensamiento.

Esto sería interminable, y es preciso acabar.

El hombre se disfraza al amanecer de vecino, de ciudadano, de autoridad, de escritor, de artesano, de amigo, de amante, de vago, de calavera ó de banquero.

Por eso de día todo se convierte en bromas, riñas, engaños, algazara, tumulto, confusión, brillo y movimiento.

De noche suelta el disfraz, y se queda de hombre.

Por eso de noche todo es serio, silencioso y solemne.



EL FUEGO

La naturaleza, como las mujeres elegantes, tiene un vestido para cada estación.

En cada una muestra flores distintas, pájaros diversos, colores diferentes, otro sol, otros perfumes, otros aires, otras nubes ; casi pudiéramos decir que otra naturaleza.

Para cada estación tiene su cielo, como tiene el hombre para cada época de su vida una fisonomía distinta y un pensamiento nuevo.

El corazón humano es también un termómetro que señala los cambios de la temperatura por medio de un amor que muda de objeto, según está el sol en Aries, en Leo, en Libra ó Capricornio.

En la primavera, es el amor á la sombra ; en la canícula, el amor á los baños; en el otoño, el amor al sol ; en el invierno, el amor á la lumbre.

De esta pasión se puede decir que tiene hoy esclavizado el sentimiento público.

El frío, semejante á un crítico imparcial, profundo é irrecusable, hace sentir en todas partes los poderosos encantos, el irresistible atractivo de una chimenea encendida.

El amor á las mujeres, el amor á los hijos y el amor á la patria no han tenido jamás tantos prosélitos.

Dicen que mirando correr el agua suele curarse esa misteriosa enfermedad del alma que se llama tristeza; pero yo he observado que no hay nada más triste que el invierno, que el agua cuando se hiela no corre, y he observado también que el agua se hiela todos los inviernos.

Así es que los tristes se morirían de tristeza, si la llama ágil y revoltosa no fuera en el invierno el consuelo de los tristes.

Ahora comprendo por qué el agua y el fuego son dos enemigos irreconciliables. Ambos se disputan el consuelo de los tristes, como los médicos la salud de los enfermos, como los partidos la felicidad de los pueblos.

Permítanme Vds. que no me aparte de la chimenea: estoy triste, y el cielo se ha vestido el traje con que suele aparecer los días que nieva.

Aquí, al amor de la lumbre, dejaré caer sobre el papel mis pensamientos, que saldrán á luz vestidos de negro. La tinta es el traje de luto de los pensamientos.

Parece que salen á luz como los niños, llorando.

El alma se aflige al verse encerrada dentro del

sombrío calabozo de la carne, y el pensamiento se resiste á sufrir las ligaduras de la palabra.

Estraño misterio : yo me pierdo en las profundidades de un absurdo que se me aparece bajo la forma de esta pregunta:

¿Por qué todo lo que es inmortal se muestra afligido al sentir sobre sus hombros el peso de la vida?

En vano se han inventado tintas de varios colores ; siempre se escribirá con tinta negra.

La llama que se agita impaciente en el fondo de la chimenea interrumpe mis reflexiones.

Se mueve con la vivacidad de una niña que quisiera absorber toda mi atención.

Parece un espíritu compuesto de estos tres colores : azul, blanco y rojo.

Hay momentos en que se queda inmóvil, como si se sintiera detenida por un pensamiento repentino ; pero pronto vuelve á su impaciente movilidad.

Ahora se empina derecha y brillante como la hoja de una espada; ya se deja caer lamiendo ansiosa la corteza de los troncos, chupando de ellos la sustancia que la anima ; ya los rodea, los envuelve, los ciñe, los oprime, mientras ellos gimen, yo no sé si de placer ó de dolor.

El humo se escapa blanco y ligero por el cañón de la chimenea, jugando con el aire, como un alma que se escapa del cuerpo ; la leña abrasada salta en chispas encendidas como si quisiera deshacerse del fuego que la consume, y entre tanto la llama triunfa como una pasión desordenada.

Me parece la chimenea un pequeño teatro donde se representa un drama terrible.

La acción, el argumento, los personajes y el desenlace son siempre los mismos ; pero el espectáculo es siempre nuevo.

Ved aquí una mujer de vida brillante, de naturaleza ardiente, que abrasa cuanto toca, que devora uno tras otro los objetos de su pasión, y que al fin, débil, extenuada, consumida, espira sobre las cenizas de su última víctima.

Los hombres cerca de esta mujer no son más que troncos que viven el tiempo que duran, y brillan sólo por el fuego que los consume.

Aquí al amor de la lumbre, al dulce calor de la llama que devora los troncos, se siente hervir en la cabeza una multitud de pensamientos brillantes y fugitivos como la llama, vagos como el humo.

¡Con qué placer me acerco ahora á este elemento misterioso, que al mismo tiempo me llena de calor y de pereza!

¡Con qué dulzura se duerme un hombre en los brazos de una chimenea!

El fuego es el rey de la naturaleza.

Calienta y alumbra.

Sus colores son los del oro, los de la púrpura, los del acero.

Decidme si hay algún sentimiento que pueda existir sin él.

El alma no es más que la chispa de una llama que no se apaga jamás.

El amor, la poesía, la elocuencia, cada una de

estas cosas tiene su fuego ; por eso se dice : el fuego del amor, el fuego de la poesía, el fuego de la palabra.

¿Quién es capaz de explicar la emoción ardiente que sacude las fibras del corazón del soldado al escuchar la voz de «¡Fuego!»

La patria es el horno donde se funden los héroes.

La fe es la llama que enciende el alma de los mártires.

La virtud es la luz que ilumina á los santos.

Aún brilla el fuego que devoró las naves de Hernán-Cortés.

¿Qué corazón, por duro que sea, no se deshace al calor profundo y reconcentrado de una mirada de fuego?

Decidme si hay alguna cosa más hermosa que el sol, más bella que un relámpago, más majestuosa que la inflamación de un volcán, más imponente que un incendio, más agradable que una chimenea encendida.

El trueno es la voz del fuego.

¿Qué han dicho nunca unos ojos apagados?

El hombre no es más que un pedazo de leña á quien devora la llama de la vida ; por eso cuando caemos consumidos no somos más que un montón de cenizas.

Conozco mucha gente que no se ha ahogado nunca, pero no conozco á nadie que no haya sido abrasado alguna vez por el fuego de las pasiones.

Yo hago un silogismo que no tiene réplica.

El amor no es más que un poco de fuego.

Suprimid el fuego, y habréis suprimido la posteridad.

En el fuego hay algo de supremo, de divino, de inviolable; es tal vez la única cosa sobre la que no puede el hombre poner sus manos.

Como si quisiera conservar la pureza de su esencia, se rodea de aire encendido para detener los pasos del curioso que se le acerca.

¿Queréis alborotar á una familia, consternar á un barrio y conmover á una ciudad? Pues no tenéis más que echar al aire estas dos palabras aterradoras: «¡Fuego, fuego!»

Gritad: «agua,» y todo el mundo lo oirá como quien oye llover.

Una gota de agua, ni limpia, ni mancha, ni apaga la sed, ni moja, ni pesa.

Una chispa de fuego lleva dentro de sí el terrible poder de abrasar al mundo.

Se ve la nube negra é hinchada que va á derramar sobre la tierra torrentes de agua; pero ¿quién ha visto el rayo antes de que brille?

No hay en la naturaleza una sustancia que pese tanto como el fuego.

La mano más vigorosa no puede sostener dos minutos seguidos una brasa como una avellana.

No hay al mismo tiempo nada más leve que una llama: un soplo se la lleva.

Ante el fuego, el hierro se dobla, el acero se rompe, el oro se ablanda.

Y ¡raro contraste! por él es duro el hierro, flexible el acero, puro el oro.

Delante de mí lo tengo llameante, ligero, insaciable; siempre el mismo, y siempre otro.

Lo veo entretenido en devorar unos cuantos pedazos de encina que no se atreven á resistirlo.

¿Adónde irá así que consuma la última astilla? Él está en todas partes.

Llamad con lo más frío, que es el acero, sobre lo más insensible, que es la piedra, y al primer golpe os saltará á los ojos en una nube de chispas.

¿Por qué una cosa tan limpia, tan brillante, tan ligera, deja tan negro el camino por donde pasa?

La infancia es una luz, la juventud una llama, la vejez un poco de ceniza.





MADRID

MANECE por las mañanas, se visita por las noches, se anda por las calles, se espera en las antesalas, se engaña donde se puede, se toma en los cafés, se deja en las tiendas, se gana en el juego, se pierde en el trabajo, se juega en la Bolsa, se habla en el Ateneo, se engorda con la política, se escribe sobre el papel, se miente en las conversaciones, se come del presupuesto, se bebe en buenas fuentes, se sabe de buena tinta, se sube por los amigos, se vive sobre el país y se murmura en todas partes.

Al mismo tiempo, la actividad de la población se despliega en un movimiento incesante.

Se hace y se deshace, se va y se viene, se sube y se baja, se entra y se sale.

Unos corren, otros vuelan, algunos nadan, bastantes culebrean, muchos saltan y todos se mueven.

Entre tanto:

Visten los sastres, y los montes de piedad desnudan.

Curan los desengaños, y los médicos inventan enfermedades.

Los hombres guardan la piel, y las mujeres se despellejan.

Al aire no se le deja un momento de reposo.

Todos respiran.

Los que parecen más prosaicos inspiran.

Los que parecen más pacíficos conspiran.

Los que parecen más humildes son los que más aspiran.

Unos suspiran y otros espiran.

Los sentimientos, cansados de su esterilidad, se han dedicado á obras útiles, tomando cada uno á su cargo diferentes ocupaciones.

Así es que el amor hace esquinas.

La caridad abre rifas.

La amistad vende.

La ambición dora.

La envidia corta sayos.

El dolor mismo es una mina de lágrimas.

La alegría pinta cielos sin nubes.

La esperanza fabrica castillos en el aire.

La tristeza es un inmenso almacén de tintas negras.

El cariño forja lazos.

El odio pasa su vida desatando nudos.

La desconfianza abre los ojos.

Pero la actividad humana no queda contenida en esos límites.

Una vez impreso el movimiento, la materia entra en acción, estimulada por el ejemplo del hombre.

Es preciso ser ciegos para no ver que las casas son las que hacen las calles.

Que el agua hace ondas.

Que el cristal retrata.

Que el fuego es el fabricante más activo de toda clase de cenizas.

Una piedra colocada en medio de una calle, que parece inmóvil, está reflexionando profundamente y reuniendo todas sus fuerzas para derribar al primero que pase, si tiene la impremeditación de no reparar en ella.

Una puerta cerrada es incansable; está siempre diciendo: «Atrás.»

Todo es aquí vida, animación y movimiento.

Los acontecimientos son los que permanecen inmóviles, y sin embargo, ellos hacen algo.

Están detrás de la puerta, empujándose unos á otros, porque ninguno quiere ser el primero en salir á la calle. Respetemos su pudor.

Todo lo más que se permiten es correr en forma de rumores, esparciéndose al anochecer, y desapareciendo antes de que asome la luz del día siguiente.

Rumor es una cosa que no se sabe de dónde sale, y que no ha podido averiguarse todavía dónde se mete.

Se puede decir que es el eco de los pasos de los sucesos que se acercan.

El mar se oye antes que se ve.

Las tempestades se sienten antes que lleguen.

Cuanto más confusos son los rumores que se escuchan, más hondo es el abismo que se acerca.

Los acontecimientos más graves tienen la costumbre de venir siempre sobre las puntas de los pies.

Cuando no se ve bien lo que viene, es señal de que es alguna cosa negra.

Transportando el pensamiento de los oídos á los ojos, podemos explicar los rumores de una manera más clara.

Rumores son las primeras oscuridades de la tempestad que se adelanta.

Y es extraño lo que sucede con la oscuridad.

Para verla bien, es necesario cerrar los ojos.

¿Quién se le habrá muerto, que anda eternamente de luto?

Ni los celos, ni el amor, ni la ira ciegan tanto como la oscuridad.

Afortunadamente estamos en la plenitud del siglo de las luces.

Dentro de una caja de cartón lleva el hombre el rayo de luz que rasga el velo de las tinieblas.

No puedo menos de llamar la atención sobre un fenómeno digno de estudio.

En el siglo de las luces es precisamente cuando más los hombres chocan entre sí.

Ahora que todo se encuentra en perfecta iluminación, es cuando es imposible dirigirse á ninguna parte sin tropezar con alguien.

Los gobiernos andan á tientas.

Los pueblos no saben por dónde van.

Las leyes se pisan.

Los ministerios caen unos encima de otros.

Los intereses chocan por todas partes.

La opinión pública siempre extraviada.

Parece imposible que en medio de tanta luz los hombres no puedan ver.

Es increíble que en el foco de tanta claridad, apenas se distinga el talento de la audacia, la virtud de la desvergüenza, la verdad de la mentira.

Con tanta luz, las mujeres se pierden, y no se encuentra un hombre. Las ideas se esconden, las palabras se vuelven atrás, y los hechos se oscurecen.

En medio de tanta luz, no hay un ciudadano, por abiertos que tenga los ojos, que no necesite el lazarillo de algún periódico.

No hay un elector á quien no sea preciso llevar á votar de la mano.

¿Cuándo logra un pretendiente ver á un ministro?

¿Á la autoridad se la ve en alguna parte?

Las situaciones no ven nunca su fin.

Tanta luz, y todos suben sin que se pueda ver por dónde han subido.

Sin embargo, es preciso ser justos.

Se ve con claridad el dinero.

Se ve la luz de la oscuridad que nos rodea.

Por medio de esta confusión de luz y de sombras, todo se ve bajo sus distintos puntos de vista.

Lo que ayer era negro, hoy es blanco; lo que antes fue bueno, hoy es malo; lo que ayer repugnaba, hoy se ensalza.

Se ve venir.

Se ve medrar.

Se suelen ver las estrellas.

Se está viendo el hilo.

Se le han visto las orejas al lobo.

Se ve si cuela.

Se ve entre cortinas.

Se ven las caras.

Se ven las cartas.

Se ven muchas cosas que no habían podido verse antes.

Por eso nos vemos tan frecuentemente obligados á exclamar: «¡Qué cosas se ven!»

Vemos bastante para no sospechar que dentro de poco no nos quedará ya nada que ver.

Mucho movimiento, mucha luz, mucha vida: eso es Madrid.

Movimiento que marea, luz que ciega, vida que mata.

Madrid: inmensa caldera donde hierven trescientos mil seres humanos.

Aquí aparecen todas las mujeres que se han extraviado; aquí se encuentran todos los hombres que se han perdido.

Madrid es bello como el vino y rico como el lujo.

En Madrid se vive muy bien.

Magníficos palacios, calles hermosas, paseos deliciosos, tiendas abundantes, fondas exquisitas, muchos teatros, innumerables cafés y mujeres hermosas.

Es imposible vivir mal donde hay todo esto.

La abundancia, la prosperidad, el lujo, la belleza y la elegancia se ofrecen por todas partes á la admiración y al deseo, convidando á los hombres á gozar y á ser felices.

Un palacio lo tiene cualquiera, las calles son para todos, las tiendas pertenecen al dominio público, en las fondas hay siempre una mesa esperándonos, los paseos no se niegan jamás á recibirnos, los teatros nos llaman todos los días, los cafés son nuestros, las mujeres se disputan el privilegio de agradarnos.

Ser vecino de Madrid es poseer un título, un derecho legítimo á la felicidad.

Así es que en Madrid no hay penas.

Están proscritas como un elemento contrario á la dicha universal.

La desgracia no asoma aquí por ninguna parte.

Los desgraciados desaparecen desde el momento en que empiezan á serlo y antes que empiecen á parecer que lo son.

Hay que ocultar los pesares como los remiendos en el vestido, como los rotos en la camisa, como los suspiros de las botas.

Para salir á la calle, cruzar los paseos, penetrar en los palacios y bullir en los cafés, es tan indispensable una sonrisa de satisfacción y de contento, como un sombrero de última moda.

La pobreza, que es la mayor de las desgracias, se ha extirpado por medio de una ley sabia y profunda, que ha declarado al pobre criminal y al acto de pedir lismosna delito de reclusión.

Los cojos disimulan su dolor, moviéndose por las calles con todas las contorsiones de la más viva alegría.

Á los tuertos se les ve guiñándose á sí mismos el ojo, como una seña que hacen á los demás de sus secretas satisfacciones.

Los ciegos no se atreverían á presentarse en público, si no tuvieran el recurso de sus alegres cantares.

¿Qué desgracia puede entristecer á un jorobado cuando los sucesos más tristes lo encuentran siempre encogido de hombros?

Mirad á esa caterva de mujeres perdidas que culebrean por las calles, desmintiendo la desdicha de su vida con la sonrisa de sus labios.

Aquí no hay penas.

Un entierro es una fiesta.

Caerse en medio de una calle, es una gracia que á todo el mundo hace reir.

Un marido engañado no es más que un personaje cómico.

Una familia arruinada es una cosa á la que se le echa tierra como á un cadáver.

Para entrar en Madrid es preciso dejarse á la puerta los pesares, como al entrar en el infierno de Dante había que dejarse toda esperanza.

Una camisa limpia, un vestido elegante, una cara alegre y un par de guantes ; he aquí el pasaporte.

Se entra por diversas puertas.

Si tienes palabras que ofrecer, entras por las puertas del Parlamento.

Allí tienes butacas, salones, recado de escribir, platos apetitosos, porteros, criados y un palacio.

Tienes el derecho de pedir desde la palabra hasta la presidencia del Consejo de ministros.

Tú no tienes que dar más que tu opinión; esto es, quedarte sin ella.

Si no posees el don de hacer leyes, puedes tener muy bien el don de hacer cortesías.

Entonces entras por la puerta de la buena sociedad.

Tendrás palcos en la ópera, plateas en la zarzuela, lugares de preferencia en todas las diversiones públicas, mesas abundantes, coches suntuosos, cigarros superiores y soberbias relaciones.

Me vas á decir que no tienes dinero, y voy á contestarte:

¿Acaso los demás no son ricos?

Tú no tienes talento; eso es verdad; lo sé yo de buena tinta; pero esa es tu fortuna.

No tienes dignidad, y esa es tu suerte.

No sirves para nada; precisamente tú eres el que más sirves para todo.

Los lacayos son generalmente torpes, y la buena sociedad no estaría bien servida si hombres como tú no vinieran á ser sus pies y sus manos.

Oyeme:

Cuando la Condesa de Tal necesite saber algo de lo que pasa en la casa de la Marquesa de Cual, es preciso que se combine la circunstancia de que en aquel momento ibas tú á ir á su casa.

Es indispensable que tú sepas siempre lo que hace la Generala, para que no lo ignore la Vizcondesa.

Hombre de juicio, tu misión es llevar la verdad de una parte á otra, por dura que sea, y darles á todos la razón que tú no necesitas.

Es preciso que sepas acercar un taburete, levantar una cortina y poner un abrigo.

Conviene que sepas jugar al volante con los niños que no tienen la necesaria discreción para detenerse en el dintel de las puertas que están entornadas.

Colócate siempre entre dos amantes de manera que puedas acercarte á cualquiera de los dos con una cita ó con una advertencia.

Debe dolerte la cabeza siempre que te quedes solo con dos que pueden quererse.

Llama la atención de la madre sobre cualquier objeto, con tal que la obligues á volver la cabeza en dirección opuesta á aquel palco, del cual sale todas las noches una seña misteriosa ó una mirada equívoca.

Los pliegues de los vestidos, las vueltas de encaje y el valor de las joyas te deben ser conocidos. Tú los has de explicar mejor que una modista.

Tu corazón sensible no puede negarse á que tiendas tus brazos al diminuto perrillo que se niega á cruzar á pie las calles del Retiro.

En estas cualidades tienes la llave de tu prosperidad.

Tú no sabes el interés que inspira el hombre que nos trae una noticia, un regalo ó un billete.

¿Adónde irá el mundo galante sin tu indispensable persona?

Tú eres necesario como un periódico, útil como un cartero, preciso como un lacayo.

¿No vale todo eso un lugar en la mesa, un asiento en el palco y un rincón en el coche?

Si quieres ser más independiente y tener los palacios en tu casa, la mesa en tu comedor y los coches en tus caballerizas, entonces puedes entrar por las suntuosas puertas del deber.

Deber se ha creído que era el reverso del derecho. Definición abstracta, sujeta á diferentes opiniones.

Deber es no pagar.

La definición ha de ser así, breve, clara y precisa. Pero ¿tienes por casualidad la desgracia de tener vergüenza?

Entonces dobla la cabeza, inclina el cuerpo como si fueras á besar la tierra, y entra en Madrid por la puerta del trabajo.

Trabajar es ser útil, pero no es siempre ser feliz.

Si vienes á gastar tu dinero, ven.

Si vienes á disfrutar la fortuna de otros, ya debías estar aquí.

Si vienes á trabajar, no vengas.

Sobre todo, ven alegre, porque las penas son las únicas cosas que aquí no pasan.

En Madrid se vive muy bien, porque los desgraciados están reducidos á no poder vivir.

Madrid es para los muy ricos que en todo se meten, y para los muy pobres que los meten en el Hospicio.

Los demás están aquí de paso, ó para la miseria, ó para la opulencia.

Esto es: para Madrid ó para San Bernardino.





LA CARA

—

He aquí una cosa en la que todos tenemos puestos los ojos.

Y sin embargo, no hay quien pueda verse la cara si no acude al recurso de mirarse en un espejo.

Nadie se hace cargo del sentimiento de curiosidad que nos impulsa á buscarnos al otro lado de esos pedazos de cristal, sin cuya previa consulta apenas nos atrevemos á salir á la calle.

Parece que tomamos ese apunte para poder distinguirnos entre los demás.

Todo el que se acerca á un espejo, dice interiormente : «Voy á ver quién soy yo.»

Conócete á ti mismo, ha dicho la antigüedad con la voz *filosofía*.

Y esto nos ha parecido profundo.

Nada hay más superficial que un espejo, y sin

embargo, antes que la antigüedad y que la filosofía, había dicho al hombre : «Mírate.»

La cara y el espejo son dos cosas estrechamente unidas por ese vínculo misterioso que une el tacto á la mano.

El tacto es el que continuamente nos está diciendo : esta es tu mano, este es tu brazo, este es tu cuerpo.

Ó en términos más breves:

«Aquí estás.»

Los espejos son los que todos los días se nos ponen delante para repetirnos : esa es tu frente, esos son tus ojos, esa es tu boca.

O de otro modo más completo:

«Ese eres tú.»

Todo espejo es un lienzo dispuesto á reproducir instantáneamente nuestro retrato.

Semejantes al corazón de muchas mujeres, sólo reproducen la imagen que tienen delante.

Suprímanse los espejos, y cada hombre tendrá de su cara esa idea confusa que nos queda de las cosas que hemos perdido.

La cara es una especie de contraseña, que es preciso comprobar todos los días á la luz de los espejos para no confundirnos con los demás.

Un hombre sin cara vendría á ser un anónimo, una carta sin firma, una especie de ser clandestino.

La cara es un agente de policía que nos va denunciando por todas partes.

El mundo es una aduana, el hombre un fardo, y la cara es la marca.

Un hombre sin cara sería una cosa imposible; por ejemplo, sería una moneda sin acuñar, una *i* sin punto.

Ese espacio comprendido entre la frente y la barba nos sirve como de título, por medio del que acreditamos la propiedad del resto de nuestro individuo.

La cara es una cosa inevitable.

Para nada se necesita tanto como para ser descarado.

Este palmo de tierra no se verá nunca libre del dominio de las facciones.

Dicen que la cara es el espejo del alma.

Esta es una idea que sólo le ha podido ocurrir á las mujeres hermosas.

Equivaldría á decir : ningun tarro primorosamente labrado puede contener veneno.

El verdadero espejo del alma son los pensamientos.

¿En qué consiste la belleza de una cara?

Es posible que nos lo diga un pintor trazando sobre el papel unas cuantas líneas puras y correctas.

Pero esa es la belleza que los pintores ven por la punta de sus pinceles.

Cada uno de ellos tiene otro modelo, otra cara, llena tal vez de incorrecciones, que por medio de una maravillosa fotografía ha ido á grabarse en el corazón.

Para una madre no hay nada más bello que la cara de su hijo.

La cara de la mujer más hermosa, no vale tanto como la cara de la mujer más querida.

Repase cada uno su memoria, y es posible que todos encontremos algún recuerdo perdido en el fondo de nuestro corazón que pueda servir de testigo en este momento.

Hay mujeres que no serían tan bellas si no tuvieran algunos defectos.

Por eso un lunar en una obra de arte es una imperfección, al mismo tiempo que en la cara de una mujer es una belleza.

Verdaderamente caras no hay más que las de las mujeres.

Nosotros sólo sabemos lo que cuestan.

Supongámonos que el alma es un pensamiento. Pues bien: la cara es la palabra de ese pensamiento, y la naturaleza no acierta siempre á expresarlo.

Por eso Sócrates no tuvo cara de Sócrates, ni Nerón cara de tigre.

Pero al fin la cara es un libro en el que cada uno lee á su manera.

Se nos obliga á llevar pegado en la frente esta especie de anuncio que nos va pregonando por todos los sitios que atravesamos; mas á cada uno se nos permite el uso especial de una colección de caras, según los casos y las circunstancias.

He aquí una cara cuyas líneas puede trazar cualquiera según su capricho.

Es indiferente que tenga la boca grande ó pequeña, la frente ancha ó estrecha, la nariz larga ó corta, los ojos oscuros ó claros.

Lo que importa es que esta cara pertenezca á un hombre que no sepa qué hacerse; que se encuen-

tre en ese momento en que todos los libros son insípidos, todas las mujeres insustanciales, todos los amigos impertinentes.

Mírese bien, y se verá una cara de fastidio.

Llaman á la puerta, se abre, y entra una carta.

La carta contiene un sólo renglon, que dice: «Amigo mío, nos ha caído la lotería.»

Estas palabras entran por sus ojos como un rayo de luz por el cañón de una chimenea; y la cara de fastidio se convierte, por la acción química de su rayo de luz, en una cara de pascuas.

Otra vez llaman á la puerta, y otra carta penetra en la habitación.

Es una carta escrita por las cuatro carillas.

Su vista empieza á devorar renglones, y la cara de pascua, por un movimiento casi imperceptible, se va transformando en cara de perro.

La carta está escrita por otro amigo que necesita dinero para salir de un apuro.

También podemos hacer uso de las caras de piedra.

Sirven, como las murallas, para cerrar el paso á todo.

Pero las más útiles son las caras de baqueta, porque son el reverso de toda clase de pudor.

Colocad á una niña de quince años entre su padre y su novio: observadla bien, y veréis que tiene una cara para mirar á su padre y otra distinta para mirar á su novio.

La cara que la doncella encuentra todas las mañanas en el lecho perfumado de su opulenta señora,

¿es la misma cara que á la noche vemos todos en el teatro?

La cara no es más que un efecto de perspectiva.

Una superficie sobre la que refleja más ó menos bellamente la luz del sol ó la luz del gas.

Solamente es una gran cosa cuando aparece interiormente iluminada por la luz de los sentimientos puros, por los rayos de un alma bella, por los reflejos de un corazón hermoso.

Entonces la cara es el cielo.





EL BAILE

El que fije su atención en estos días y considere la marcha majestuosa de la humanidad, por enemigo que sea de los tiempos presentes, no podrá negar el activo movimiento de la época en que vivimos.

Hay una palabra estampada por la severa Academia de la Lengua en las frías columnas del Diccionario, que, semejante á un resorte, tiene en sí la facultad de poner en movimiento á todo un pueblo, con sólo repetirla solemnemente en grandes caracteres colocados sobre la impasible seriedad de las esquinas.

Esta palabra arrebatadora salta hoy de todos los labios y tiene en continua movilidad y agitación hasta á los más pacíficos habitantes de la monarquía.

Singular combinación de sílabas, que arrastra en pos de sí á cuantos encuentra al paso y conmueve á los corazones más fríos.

El amante más satisfecho y más tranquilo, siente, á pesar suyo, una inquietud que no lo deja reposar un momento.

El padre que ha formado poco á poco el corazón de sus hijos, si los años no le dejan moverse, tiembla involuntariamente al pronunciar entre dientes esa palabra conmovedora.

El marido que descansa en la fe de una virtud, nunca desmentida, se pasea por los anchos ó estrechos límites de su aposento, dando vueltas en su imaginación á una idea revoltosa, que lo inquieta desde que ha resonado en sus oídos la palabra agitadora.

Todo se pone en movimiento.

¿Qué sucede?

La voz de cuatro empresas más ó menos alegres ha gritado á la vez por los cuatro ángulos de la capital esta palabra: *Baile.*

El Carnaval es una página que el hombre pensador no debe doblar con indiferencia, porque en ninguna parte como en el baile puede estudiar el filósofo con más provecho las caprichosas actitudes de la humanidad.

Sería inútil ir á sorprender el baile en el misterioso origen de su primer movimiento ; pero es seguro que Adán y Eva llevaban dentro de sí el germen inquieto de todas las futuras contradanzas.

Hay que creerlo así al ver cómo la humanidad se nos presenta en el umbral del mundo bajo la forma coreográfica de una pareja.

Y es indudable que de allí parte esta danza in-

terminable en que todos bailamos, y cuya cadena no se ha interrumpido todavía ni siquiera un instante.

Claro es, por más que la historia guarde sobre el particular un discreto silencio, que á los danzantes no se les puede negar el mérito de una respetable antigüedad.

Hoy están en el legítimo ejercicio de sus funciones, con arreglo á la constitución particular de cada uno.

El espíritu público palpita en estos momentos bajo los precipitados compases de un vals, ó salta irresistiblemente al impulso de una polka.

Se puede decir que la multitud hierve al calor de la música.

Baile en el Teatro Real, baile en la Zarzuela, baile en el Circo, baile en Capellanes.

Y para que las nobles y severas líneas con que Dios ha trazado la cara del hombre no vayan á ser una censura impertinente, y para que el pudor con que Dios ha adornado la cara de la mujer no vaya á contener la alegría y la franqueza, todos estos bailes se anuncian con una circunstancia que nos pone á cubierto de los más legítimos escrúpulos.

Todos son bailes de máscaras.

Cualquiera diría que la mayor parte de las gentes que asisten á este movimiento de la humanidad tienen vergüenza y se tapan la cara.

La diversión consiste en agitarse en medio de una multitud de seres anónimos, como si la mayor alegría del hombre consistiera en no conocer á sus semejantes.

Pero todo ello no es más que un conjunto de bromas.

Mirándolo con reflexión, todo ello no es más que un delicioso contrasentido.

Un alegre disparate, que puede expresarse de esta manera:

La humanidad se disfraza para darse á conocer.

Es decir, que se tapa la cara para que se la conozca perfectamente.

Sin duda el baile es el distintivo más inequívoco del ser racional.

Hablan los papagayos, cantan los ruiseñores, el perro es fiel, el elefante casto, el mono ingenioso, la hormiga avara, la abeja industriosa, el caballo dócil.

Sólo el hombre baila.

Me parece que he dicho esto otra vez, y si es así, entiéndase que ahora no hago más que repetirlo.

Yo he pensado muchas veces por qué los negros tienen esa pasión invencible por el baile, que no han podido vencer los rigores de la esclavitud.

Forma un verdadero contraste el baile, que es la expresión viva de la alegría, con el negro, que es un ser eternamente cubierto de luto.

¿Cuál es la ley de esa extraña confusión del bullicio y de la tristeza?

Los negros, que parecen los encargados de representar el duelo continuo de la humanidad; los negros, que vienen á ser como la sombra de los demás hombres, tienen la sustancia del baile infiltrada en la médula de los huesos.

El negro tiene siempre una cantidad poderosa de energía, una suma considerable de fuerza y un tesoro inmenso de contento para bailar.

Para el negro, bailar es vivir.

Esto parece una terrible ironía de la naturaleza.

Meditando profundamente sobre tan oscuro contraste, se me ha ocurrido esta reflexión:

Los negros han debido saber, á pesar de su ignorancia, que se les ha intentado negar el derecho de llamarse hombres.

Ellos no disponen de prensas, ni de Parlamentos, ni siquiera de un ejército para hacer lo negro blanco, y han echado mano del baile como argumento invencible para probar que ellos son también hombres.

«Yo pienso, luego existo:» ha dicho un filósofo.

El negro, desatándose en elocuentes contorsiones, dice : «Yo bailo, luego soy hombre.»

El baile, considerado individualmente, es el derecho que tiene todo ciudadano de publicar sus movimientos con arreglo á la música.

Baile en general es una serie de movimientos personales, que empiezan en el rigodón, que es una necedad, y acaban en el vals, que es una locura.

Bailar es hacer en presencia de mucha gente lo que no hacemos nunca cuando estamos solos por no reirnos de nosotros mismos.

El baile se extiende por todas partes y bajo todas las formas.

Desde las danzas fúnebres que se bailaban en la antigüedad alrededor de los muertos , hasta la me-

dicina que cura las mordeduras de cierta araña venenosa haciendo bailar á los enfermos.

No es solamente un placer, un honor fúnebre, una medicina; hay también una enfermedad terrible que hace á los enfermos ir á buscar la muerte bailando.

Ese conjunto de saltos, de movimientos y de contorsiones que forman la expresión más viva del regocijo y de la alegría, suele ser una cosa muy seria.

El baile, que distingue al hombre de los brutos, distingue á los hombres entre sí.

Hay bailes nacionales.

Esta es la manera tradicional con que cada pueblo expresa su pasión á moverse.

Especies de dialectos llenos de gracia, de naturalidad, de expresión y de poesía.

Hay el baile culto, que es á los bailes nacionales lo que el insoportable frac á los airosos trajes de nuestras provincias; sus extremos son:

Ese circunstancial rigodón, que parece una reflexión bailada ó un cálculo en movimiento, y ese vals que no es más que un torbellino siempre igual, sucesión interminable de vueltas, sin más accidentes visibles que el vértigo de los que bailan y el mareo de los que ven bailar.

Viaje rapidísimo alrededor de infinitos peligros para la inocencia, para el pudor y para la honestidad.

Es casi imposible que no caiga mareada una mujer que valse mucho, y yo he observado que á las mujeres les es muy difícil valsar poco.

El baile es más todavía.

Para presentarlo con todas las garantías de decencia y de formalidad posible, necesito una madre.

Afortunadamente el mundo no se acaba, y tengo donde escoger.

Esta madre es preciso que sea madre de una hija: le pido lo menos que se necesita para ser madre.

En honor de la verdad, es una señora digna de respeto.

Ha sabido hacer de su hija, que es bella, una joven honesta.

En honor también de la verdad, esto es algo más difícil que ser madre.

Estamos en un salón donde no se baila, pero contiguo á otro donde se baila.

Me es de todo punto indiferente que estos salones formen parte de un edificio público ó estén encerrados dentro del santuario de una casa particular.

Ello es un baile, y para mayor tranquilidad de todos, advertiré que no necesito que sea baile de máscaras.

La madre descansa sosegadamente en un ángulo del salón donde no se baila, mientras la niña pasea con sus compañeras en el salón donde se baila.

Yo me acerco á la madre, si no hay otro que quiera hacerlo, y la digo:

—Esa tranquilidad, señora, me prueba que no sabe V. lo que pasa.

La madre abre á un mismo tiempo los ojos para expresar su admiración, y la boca para decir:

—¡No sé nada!

—Mejor sería que V. no lo supiera, si no fuera peor el que deje de saberlo.

Claro es que con estas misteriosas palabras despierto en ella tres cosas, que en mi opinión no han dormido jamás: el temor, el interés y la curiosidad.

Advierto que, aunque el baile no es de máscaras, yo me he propuesto dar una broma.

La madre me dirige casi á un tiempo estas dos misteriosas palabras:

—¿Que hay? ¿Qué hay?

Yo me acerco á su oído, y le digo:

—He visto á Emilia.

—¡Y qué!

—Me ha causado pena.

—¡Cómo!

—El brazo de un joven rodeaba su cintura.

—Es imposible.

—Sus rostros se hallaban casi juntos, sus manos unidas, sus miradas inquietas.

—¡Qué está V. diciendo!

—Se oprimían, se estrechaban, se confundían uno en otro....

El rostro de la madre se enciende, y corta mis palabras.

—Eso no puede ser,—dice levantándose.

—Señora, yo lo he visto.

—Pues yo también quiero verlo.

Apoya en mí su brazo, que siento temblar; la llevo al salón donde se baila, y Emilia se presenta

á los ojos de su madre como yo se la había bosquejado, esto es, valsando....

La madre me mira, se sonríe, me reconviene, y me abandona tranquila y satisfecha.

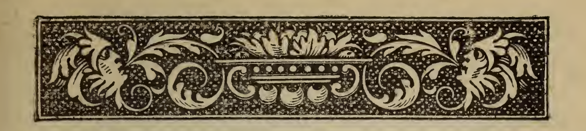
¡Un *vals!* He aquí una palabra que todo lo excusa.

Como si en un vals la cintura no fuera cintura; ni el brazo, brazo; ni la mano, mano.

Un novelista francés dijo al entregar á su hija al que se la había pedido por esposa: «Os lleváis un verdadero tesoro; es joven, es bella, es rica, y no ha leído ninguna de mis novelas.»

Dichoso mortal, si la hija del novelista hubiera podido añadir: «Ni he valsado jamás.»





LA LISONJA

ABEN Vds. lo que es un poco de jabón extendido disimuladamente sobre la superficie de una baldosa?

Pues viene á ser un pretexto que nuestros pies aprovechan para irse siempre que se les pone delante.

Una especie de argumento repentino cuya luz nos hiere como un relámpago y en cuya virtud nos convencemos prácticamente de que para medir la tierra no es necesario saber geometría.

El hombre más vigoroso y más ágil, no tiene defensa contra esa pequeña cantidad de jabón que suavemente se ha interpuesto entre el pavimento que pisa y las suelas de sus zapatos.

Una vez puesta la planta sobre la suavidad de esta sustancia, no hay más remedio que caer; porque siempre que los pies se van, el hombre se queda.... tendido.

La lisonja es un poco de jabón.

Jabón suave y perfumado que se diluye en una cantidad de palabras corrientes que se deslizan á nuestro alrededor como las ondas del aire que respiramos, como los reflejos de la luz que nos alumbra.

El ruído de la lisonja es á nuestros oídos lo que el brillo del oro á los ojos del avaro.

Así como el oro es el espejo donde se mira la codicia, así la lisonja es la tersa superficie donde se refleja la vanidad.

Todos los venenos no son amargos, y hay algunos que son demasiado dulces.

La lisonja y la injuria se parecen como la víbora y el escorpión: ambos son venenosos.

La diferencia que hay entre uno y otro consiste en que la víbora muerde y el escorpión lame.

No hay puerta que se nos cierre si llamamos á ella con la voz de la lisonja.

Todos los vicios deben su poder á la adulación.

El juego presenta á los ojos del que quiere seducir, la continua perspectiva de la ganancia.

Constantemente hace sonar en sus oídos el ruído del dinero que debe ganar.

La lisonja es la gota de agua que taladra la piedra.

Es también ese vacío que abren á nuestros ojos todos los abismos.

Esos vacíos que nos arrastran con la fuerza misteriosa del vértigo.

Los hombres más soberbios se doblan con la ma-

yor facilidad para recoger la lisonja que se deja caer á sus pies.

Si los pretendientes, en vez de llenar el papel de las solicitudes con los méritos que han contraído y los servicios que han prestado, lo llenaran con las altas cualidades del ministro á quien suplican, serían más atendidos.

Y habría en esto una verdadera justicia ó una gran equidad.

Á Newton se le hizo grande hombre porque descubrió la gravitación universal.

Colón es un genio porque, andando por el mundo, tropezó con América.

Dante es inmortal porque, paseando su ardiente pensamiento por los vastos dominios de su inmensa inteligencia, vió con perfecta claridad su *Divina Comedia*.

¿Y qué hay de particular en todo esto?

Newton encontró lo que estaba en la naturaleza.

Colón lo que estaba sobre la tierra.

Dante lo que tenía dentro de sí mismo.

Pero ¿qué mérito tiene encontrar lo que hay?

La más pequeña lisonja tiene por lo general más mérito que cualquiera de esos tres grandes descubrimientos.

La maravilla está en descubrir lo que no existe.

Encontrar el talento en la necedad.

La virtud en los vicios.

La grandeza en la miseria.

La fuerza en la debilidad.

La sabiduría en la ignorancia.

¿Con qué podemos pagarle al hombre que nos descubre una bella cualidad que nosotros mismos ignorábamos?

La lisonja tiene la lengua de azúcar y la palabra de miel.

Es, por decirlo así, la golosina de la humanidad.

Golosina que empuerca la inteligencia y estraga el corazón.

La lógica de la lisonja es irresistible.

Hay en todo hombre una propensión particular á creerse distinto de como es.

Por eso hay tantos poetas, tantos oradores, tantos ministros.

Esta propensión es una especie de plano inclinado que hace más resbaladizo el jabón de la lisonja.

No le haréis creer á un hombre corrompido en la virtud de las mujeres.

Os será imposible convencer á un avaro de que el oro es un metal despreciable.

Pero si ese hombre corrompido ó ese avaro tiene sesenta años, podréis convencerle de que todavía es joven.

La lisonja es una bella mentira que siempre estamos dispuestos á creer.

Las mujeres hermosas prefieren un espejo á un amante; pero las mujeres feas prefieren siempre los amantes á los espejos.

Muchas mujeres se cansan de ser queridas; pero ¿tiene alguien noticia de que alguna mujer se haya cansado de ser hermosa?

El amor es un infeliz que carga casi siempre con las culpas de la lisonja.

Yo os doy á elegir entre esa colección de madres que circulan por las calles, que aparecen por los teatros, y sombrean, si puede decirse así, la brillantez de los salones.

Para mujer, para amante, para amiga elegiríais cualquiera; pero estoy seguro que para madre elegiríais la mejor.

Esta madre es preciso que tenga una hija.

Pensad bien que es una madre digna de serlo.

Una madre que quisiera hacer de su hija el tabernáculo de todas las virtudes.

La rodea con la tierna solicitud de su vigilante cuidado, como el árbol envuelve con sus hojas más finas la delicada flor en cuyo seno ha de cuajar el fruto.

Se puede decir que la madre es el fanal de la hija.

Se la ve al través de la atmósfera suave que alrededor de ella ha formado el cariño de su madre, como se ve un rayo de sol sumergido en el agua.

Esta niña lleva consigo la más feliz de las desgracias: es rica.

La fortuna, esa loca que pasa su vida llenando unos bolsillos y vaciando otros, le ha arrojado al pasar por junto á ella la lisonja del oro.

Es dificil que una mujer rica no parezca hermosa.

El oro es el cosmético que más embellece.

El número de los hombres que dan vueltas alrededor de esta criatura, puede expresarse de este modo.

Uno que la ama, y ciento que la adulan.

Uno que sólo ha reparado en lo tierno de su corazón, y ciento que no han visto en ella más que lo pingüe de sus rentas.

Todos han tenido ocasión de decirle que es hermosa.

Sus adornos son los de más gusto.

Sus vestidos los más bellos.

Todos han podido echar su gota de dulce veneno en el fondo de aquel corazón inocente.

La envenenan en presencia de la madre.

Es más : su madre misma prefiere entre todos aquel que ha encontrado el pliegue más airoso de su vestido, el color del adorno que da más limpieza á su semblante, el rizo que con más gracia cae sobre su frente.

El momento más feliz de esa madre tan buena, es aquel en que más vivo es el cáustico de la lisonja que ha de levantar en el alma de su hija la inflamación de la vanidad.

En cambio el amante no ha encontrado todavía un soplo de aire bastante discreto que lleve en silencio á los oídos de la hermosa niña una palabra de cariño.

El que se atreva á amarla, tendrá que sufrir el enojo de la madre.

El amor es un peligro, un lazo tendido á su virtud.

La lisonja es una cosa permitida, delicada, hasta honesta.

Así se ven siempre las cosas en el mundo.

La lisonja, esa mentira descarada, que nadie cree más que aquel á quien va dirigida, es la felicidad de la madre y la perdición de la hija.

Así se forma esa multitud de mujeres que, colocadas entre un amante y un espejo, miran más al espejo que al amante.

Todas esas que prefieren al cariño de uno la adulación de muchos.

Si la lisonja pudiera alguna vez decir la verdad, sabríamos entonces las mujeres que ha perdido y los hombres que ha inutilizado; los corazones que ha llenado de aire y las cabezas que ha llenado de humo.





LA CONVERSACIÓN

Hay un placer superior á todos los placeres, que se halla al alcance de todas las fortunas, propio de todas edades, y que forma en Madrid la ocupación constante de trescientas mil personas.

He dicho que es un placer, y debo añadir que es un vicio, y que es al mismo tiempo una necesidad.

Por severo que sea un hombre consigo mismo, por grande que sea el dominio que ejerza sobre sus inclinaciones, sacrifica á menudo sus deberes, sus intereses y hasta sus más tiernos afectos, á ese placer, á ese vicio y á esa necesidad que continuamente nos incita.

En medio de una calle, al volver de una esquina, en paseo, en los cafés, en las oficinas, en los talleres, en las casas particulares, con enfermos, con sanos, con niños y con viejos, lo mismo con las mujeres que con los hombres, en todas partes nos sale al encuentro, y bajo todas las formas nos persigue.

No hay manera de resistir á su seducción, ni medio de evitarla, ni fuerza para vencerla.

Este placer, este vicio, esta necesidad es una cosa que se llama conversación.

Es la espuma ligera y movible que aparece y desaparece incesantemente, producida por el oleaje de la sociedad.

Es un hilo interminable formado de cabos sueltos que se atan y se cortan por cualquier parte, y que á un mismo tiempo marchan en todas direcciones como los hilos de una red.

La conversación es una especie de abismo insaciable que con nada se llena.

El tiempo, la política, las ciencias, las artes, la literatura, la filosofía, el amor, los defectos ajenos, todo entra y todo se pierde en las inmensidades de una conversación.

Es una luz fosfórica que se contrae y se dilata alternativamente, que se apaga y vuelve á encenderse, y que en todo encuentra materia para alimentarse.

Especie de ratón que todo lo mina, que por todas partes se mete y que por cualquier parte sale. No hay manjar que no muerda ni cuerpo que no roa.

Una conversación generalmente no se sabe ni dónde empieza ni dónde acaba.

Fatiga una conferencia, cansa una discusión, marea un discurso, y un libro llega á caerse de las manos ; pero una conversación atrae como el mar. Semejante á la cola del lagarto, se reproduce tantas veces como se corta.

Es una especie de serpiente, cuyos complicados anillos nos envuelven y nos estrechan por todas partes.

La humanidad se agrupa obligada por el vínculo de la conversación.

El hombre se defiende alguna vez de las seducciones de una mujer, suele triunfar de la ambición y tiene fuerza para huir de sus propios vicios ; pero es imposible pasar por el borde de una conversación sin precipitarse en ella.

Á las doce de la noche, con un frío de Diciembre, dos hombres salen de un café, de un teatro ó de una tertulia : al fin de la calle deben separarse, porque sus respectivas casas no están en una misma dirección.

Al llegar á la esquina se detienen , las palabras de uno y otro se enredan de manera que no hay forma de desatarlas.

El asunto les ofrece una variedad inagotable.

Se despiden una vez, dos veces, tres veces, inútilmente, porque detrás de cada despedida brota una nueva faz del asunto, una nueva corriente de palabras, un nuevo hilo que los sujeta.

De repente el reloj más cercano toma la palabra, y da la una: hacen un esfuerzo supremo. y huyen el uno del otro ; todavía tienen que decirse algo, y cruzan sus últimas frases de acera á acera, y no dejan de hablar hasta que dejan de oirse. Si fuera posible estar dentro de ellos, se vería que cada uno continúa consigo mismo la conversación que parece cortada.

No hay frío que pueda luchar con el calor de una conversación, porque no hay nada que anime tanto como ese roce continuo de las palabras que se empujan unas á otras, se reproducen, se cortan y se revuelven en interminable laberinto.

Sin el recurso de la conversación, ignoro yo qué pretexto tendrían para vivir muchas gentes que conozco.

Hay quien pasa su vida buscando siempre conversación.

Entre los peligros de Madrid está indudablemente el de encontrarse con uno de esos que hacen de la conversación un oficio y de la palabra una profesión.

No hay forma de llegar á tiempo adonde se va, si nos sale al encuentro ese obstáculo invencible.

Hay momentos en que la conversación se arrastra desfallecida como una culebra medio muerta.

Cualquiera puede haberse visto en uno de estos momentos difíciles en que se comprende la utilidad de los habladores.

Nada hay más extraño que una corta reunión de personas empeñadas en tejer unas cuantas frases que se niegan á aparecer en la punta de la lengua.

En este instante mudo en que cada uno busca una palabra cualquiera que echar en el platillo vacío de la conversación, se entreabre una boca y pregunta:

—¿En qué piensa V.?

En esta pregunta habría indudablemente la semilla de una conversación si el hombre á quien va

dirigida hubiera tenido la precaución de estar pensando en algo.

La respuesta, por consiguiente, es de cajón, pero de cajón vacío.

Respuesta que empieza por dos ó tres arrugas en la frente, pintadas por la mano maestra de las cejas que se levantan; á lo cual sigue un movimiento de la boca, que parece un movimiento político, porque el labio inferior se dilata majestuosamente hasta colocarse encima del superior.

Los hombros á su vez se encogen como si fuera enorme el peso de la pregunta, y la respuesta concluye con estas tres sílabas:

—En nada.

Digan lo que quieran los gramáticos, los gestos son la verdadera ortografía de la lengua.

La cara es la verdadera gramática; la boca no es más que el diccionario.

La expresión más elocuente es siempre la expresión de la fisonomía.

Hay palabras que, semejantes á unas tijeras, cortan la conversación en cualquier punto que la encuentren.

Después de esa pregunta y de esa respuesta, hay que buscar por otra parte el hilo de la conversación.

Cada uno se devana los sesos interiormente, sin encontrar el cabo perdido.

Momento de silencio, en que se puede asegurar que todos están allí, y en que se puede creer que cada uno está en otra parte.

No hay nada más estúpido que esa mirada que dirigimos, por ejemplo, á una silla, cuando estamos pensando, v. gr., en dar un paseo.

Por eso el hombre que está pensando en no pagar, mira á sus acreedores sin conocerlos.

Este es un fenómeno que habrán experimentado la mayor parte de los hombres que prestan dinero.

En la visita en que nos encontramos se verifica esa cosa tan rara y tan frecuente.

Hay un hombre que tiene clavados sus ojos en la mujer que se le ha puesto delante, al mismo tiempo que está profundamente ocupado en pensar en otra.

Mirar tenazmente á una mujer será una impertinencia para los que lo vean con los ojos de marido, de padre ó de amante ; pero ella, que lo ve con sus ojos de mujer, es de una opinión enteramente contraria.

Pensar en una mujer no es lo mismo que pensar en otra, porque no hay nada más opuesto entre sí que dos mujeres.

Así que la ofensa más grande que se le puede hacer á una mujer es pensar en otra mujer.

Sobre todo si ella, por una fatal equivocación de las medidas, tiene la boca grande, los ojos pequeños, los dientes largos, el pelo corto, la frente estrecha, la barba escasa y la nariz abundante.

Y si la otra, por uno de esos fenómenos tan frecuentes, es á los ojos de todo el mundo el reverso de la medalla.

Regla general : la mujer que se ve muy mirada,

se pone inmediatamente en movimiento, como un reloj á quien se le da cuerda.

Si tiene la boca grande, encoge los labios.

Si tiene los ojos pequeños, los cubre con el velo de los párpados.

Si es baja, se empina.

Si es pálida, puede hasta ponerse encarnada.

Todo esto sucede durante los minutos de silencio en que ha caído la conversación.

La mujer ha hecho en ese tiempo todo ese conjunto de muecas que las bellezas dudosas tienen á su disposición para decir claramente:

«No somos tan feas.»

La mirada del hombre permanece fija como un clavo en una pared, al cual lo mismo le daría estar clavado en una puerta.

Y entre una puerta y una pared hay tan profunda diferencia, que la primera sirve para abrir camino y la segunda para cerrarle.

Y no tenemos noticia de que ningún clavo haya mostrado jamás empeño especial en verse clavado en una pared ó en una puerta.

Los clavos, salva la opinión de los carpinteros, son lo mismo que las miradas indiferentes ; se clavan en cualquier parte.

La mujer ha consumido el tesoro de sus gestos inútilmente.

Esta situación necesita una salida, y entreabre la boca del modo más pequeño posible, para dar suelta á una sonrisa perfectamente artificial y á estas tres palabras tan naturales:

—¿Qué mira V.?

La pregunta hace aquí el efecto de una luz, pues el hombre ve entonces lo que estaba mirando.

Los circunstantes hacen un movimiento, y se siente como que respiran, pues ven en esa pregunta el hilo perdido de la conversación.

De la respuesta va á salir una madeja, y cada uno se dispone á coger un cabo.

El hombre vacila; se muerde primero los labios como si quisiera sujetarlos, se sonríe después, y deja caer como una losa sobre la conversación recién nacida, esta palabra fría y mortal:

—Nada.

La conversación es como la atmósfera, que se forma de las emanaciones de la tierra, y que anuncia los movimientos de la temperatura.

Es como un espejo que reflejara objetos que no se sabe dónde están.

En las conversaciones, como en el semblante, se marcan los indicios de la enfermedad.

Las conversaciones son los latidos del pulso que determina los grados de calentura.

Cuando se habla de todo, es evidente que no hay nada de que hablar ; pero cuando no se habla más que de una cosa, entonces la conversación parece una profecía, repetida á un mismo tiempo por millares de bocas.

No es, por lo tanto, la conversación una cosa tan frívola, tan ligera y tan insustancial como parece á primera vista.

Ese eco continuo que nos persigue por todas

partes, que se mete en nuestra casa, y hace sus instrumentos de nuestros criados, de nuestra mujer y de nuestros hijos, es irresistible.

Es la gota de agua que rompe la piedra.

El hombre, tan formal, tan serio, tan grave y justo cuando es juez, ó ministro, ó banquero, médico ó diputado, cómico ó padre de familia, es cruel, injusto y frívolo cuando se entrega al vicio, al placer y á la necesidad de la conversación.

En el seno de la confianza, en el recinto privado de una conversación, se hacen horribles sacrificios.

¡Pobre amigo, pobre vecino, pobre familia que sirve de pasto á la conversación!

La conversación es una diosa implacable que no se sacia de víctimas.

La mujer, tan tímida, tan pudorosa, tan sensible, desuella con la risa en los labios á la que fué su compañera de colegio; desnuda sin avergonzarse á la que tiene la desgracia de no saberse vestir, y hiere con mano segura á todas las que se atreven á disputarle los cabellos negros, la mirada dulce ó el aire distinguido.

Es una cosa muy seria, que hemos convenido en llamar pasatiempo.

Seguidla con atención, y la veréis que por todas partes va dejando un rastro de sangre.

Es un crimen que no está penado en el Código, porque todos lo cometemos.

Elíjanse seis persosas; pónganse alrededor de la mesa de un café, ó en el pasillo de un teatro, ó en

el tocador de una mujer elegante, ó en la antesala de un ministro , ó alrededor de la chimenea de una casa particular.

Colóquese cerca de ellas un taquígrafo, oculto como un mal pensamiento, y que copie íntegra la conversación en que se enreden esas seis personas.

Tradúzcase, y ¿á que no hay uno de los seis que se atreva á poner su firma al pie de esa conversación escrita?

He aquí lo que es la conversación.

Ved lo que se escribe, y por ahí sacaréis lo que se *charla*.





LAS MUJERES

He aquí un artículo de primera necesidad, que es á la vez un artículo de lujo, como si dijéramos el pan y el coche ; aquello sin lo que no se puede vivir ; aquello sin lo que no se puede brillar.

¿Qué son las mujeres? Todo el mundo lo sabe, porque es imposible ignorarlo. Las mujeres son la *cara mitad* del género humano.

¡Qué bien dicho está esto!

Cara : he aquí el artículo de lujo. Mitad : esa es la parte indispensable del artículo de primera necesidad.

Todo esto puede encerrarse muy bien en la exactitud incontestable del siguiente absurdo:

La mujer es un bello adorno que es absolutamente indispensable para la vida de la humanidad.

Por grande que sea nuestro orgullo, por indo-

mable que sea nuestra soberbia, no saldremos nunca de esta humillante definición:

Cada hombre no es más que la mitad de una mujer.

Ellas á lo menos pueden decir con cierta satisfacción : cada una de nosotras somos la mitad de un hombre.

Llevando los términos de este problema á una solución matemática, venimos á parar á un resultado incontestable.

No hay manera de eludir la ingenua exactitud de la aritmética.

Si cada hombre es la mitad de una mujer, diez hombres reunidos no pueden arrojar más que la suma total de cinco mujeres : si cada mujer es la mitad de un hombre, diez mujeres juntas equivalen á cinco hombres.

Ó la ciencia de los números es una vergonzosa supercheria, ó lo que he dicho no tiene vuelta de hoja.

Consideradas bajo el punto de vista del lugar que ocupan en el orden social, también es de ellas la ventaja.

Las mujeres marchan delante en todos los movimientos de la humanidad; pues sólo así puede verificarse el continuo fenómeno de que los hombres anden siempre detrás de las mujeres.

He presentado una demostración matemática, y acabo de exponer un argumento arrancado de la historia de todos los tiempos: ahora voy á valerme de una observación cuya fuerza comprenderán per-

fectamente todos los que estén iniciados en los secretos del comercio.

Yo pregunto : ¿Hay algo que valga más que una mujer?

Ó de otra manera : ¿Hay algo que cueste más?

Para amar á un hombre, ellas no necesitan más que contar con su corazón; para amar á una mujer, el hombre necesita contar, ante todo, con su bolsillo.

Para los que no miden por el dinero el valor de las cosas tengo otra pregunta.

Si las mujeres no valen nada, ¿por qué se las guarda tanto?

Se pierde un hombre, y como los agentes de algún tribunal no se tomen el trabajo de buscarlo, no hay quien se dedique á averiguar su paradero.

Parece que no se ha perdido gran cosa.

Pero se pierde una mujer, y todos los hombres se dedican á buscarla.

Parece que se ha perdido el mundo.

«Fragilidad, tú tienes nombre de mujer.»

Esto ha dicho un grande hombre, sin caer en la cuenta de que la mujer no puede ser frágil por sí sola.

El gran poeta inglés nos ha sorprendido con un pensamiento que se halla formulado en todas las lenguas desde que hay vasos de cristal, platos de porcelana y tazas de china.

Todas las cocineras del mundo se habían anticipado al grande hombre.

Será difícil encontrar una que antes no hubiera dicho alguna vez por lo menos :

«Señora, se han roto seis vasos, cinco platos y dos tazas,» en lugar de decir : «Señora, los he roto.»

El hombre fuerte, inteligente y sabio puede caer diez veces al día; pero la mujer débil, ignorante y tímida, no puede tropezar ni una vez en su vida.

Es decir : la piedra no es dura, porque hay una gota de agua tenaz y continua que al cabo la rompe.

El hombre no puede resistir á una mirada cariñosa, ni á una sonrisa afable, ni á una palabra tierna; pero la mujer es preciso que resista á las miradas, á las sonrisas, á las palabras, á las súplicas y á las amenazas. ¿Se quiere saber lo que sería un hombre convertido en mujer? Pues véase lo que son aquellos á quienes el poder, el talento ó la riqueza ha rodeado de continuas adulaciones.

Las hemos de envolver en el humo de nuestras lisonjas, y no han de tener vanidad.

Hemos de abrirles los ojos, y no han de ver.

No las queremos más que hermosas, y han de querer ellas ser honestas.

Las empujamos, y no han de caer.

¡Pobres mujeres! Las hemos prohibido todos nuestros defectos y además los suyos.

Otro grande hombre ha dicho que la mujer es el bello defecto de la naturaleza.

Su belleza consistirá sin duda en ser mujeres, y su defecto en no ser hombres.

Más bien debe entenderse de esta manera:

Su belleza consiste en no ser hombres, y su defecto en ser mujeres.

Acaso entre el hombre y los ángeles había demasiada distancia, y Dios puso á la mujer.

Observen de qué mujeres es de quien el hombre se queja. Véase cuáles son para él las inconstantes, las frágiles, las ingratas, las crueles.

El amante se queja de su querida; el marido de su esposa; el libertino de las que pierde; el indiferente de todas aquellas en que puede fijar sus ojos y comprometer su corazón.

Es decir, que el hombre se queja de la mujer que ha elegido, ó de aquellas entre las que se halla la que él puede elegir.

Parece que en ese número entra toda la bella mitad del género humano.

Pero medítese bien.

Ningún hombre ha elegido á su madre: todas las madres son buenas; yo no conozco á ninguna madre que no sea mujer, y apenas hay alguna mujer que no llegue á ser madre.

¿Qué finge el hombre para conquistar el cariño de una mujer?

Amor.

¿Qué finge la mujer para esclavizar al hombre?

Belleza.

El hombre tiene que valerse de un sentimiento; á la mujer le basta un poco de arte.

La mujer dice siempre: «Me ama.»

El hombre no dice más que: «Me gusta.»

:

Es noble, dicen ellas, es generoso, es valiente: ¡qué talento! ¡qué buen corazón!

Nosotros decimos : «Es blanca, es airosa ; ¡qué pie! ¡qué ojos! ¡qué garganta!»

Para atraer á las mujeres hacia nosotros, para obtener su confianza, fingimos virtudes ; ellas, por el contrario, se valen de las apariencias de algunos vicios.

Por regla general, el hombre esclaviza á la mujer convenciéndola de la profundidad de su cariño, de la inmensidad de su ternura ; en una palabra, haciéndola creer que la ama.

Por regla general, la mujer ejerce sobre el hombre el imperio de su caprichosa voluntad, haciéndole creer que puede amar á otro.

Si fuera posible penetrar en lo más recóndito del corazón de un hombre enamorado, encontraríamos á menudo á la vanidad oculta detrás de la pasión.

Si fuera posible descubrir el fondo del corazón de la mujer más frívola, veríamos el amor oculto detrás de sus aparentes ligerezas.

El hombre disimula sus defectos morales, y la mujer sus imperfecciones físicas.

Ellos seducen por la pasión ; ellas por la coquetería.

Imaginemos dos amantes que tratan de dominarse mutuamente ; que pretenden, por decirlo así, echar el resto de sus recíprocas seducciones.

Él fatiga su imaginación buscando el medio más eficaz, y hace el inventario de los recursos posibles.

Riquezas.—Con esto puede despertar su avaricia, pero no su cariño.

Poder.—Con esto se inflamará en su corazón el fuego del orgullo, y se apagará la luz de su ternura.

Gloria.—Esto le servirá para admirar, pero no para querer.

Ni riquezas, ni poder, ni gloria : hay que buscar otro camino.

La imaginación se desespera, batalla con las sombras del entendimiento, hierve entre las dificultades que se oponen á su deseo, hasta que al fin salta un rayo de luz.

No es una idea, es un sentimiento lo que lo ilumina.

Necesita una desgracia que consolar, un sacrificio que hacer, un infortunio que combatir.

Por ejemplo : hay una casa donde se alberga una familia pobre ; esa familia se compone de tres niños, que uno no ha salido todavía de la cuna, otro aún no puede andar sin el auxilio de las manos, y el tercero no se atreve á correr sin peligro de caerse: completa este cuadro lo único que puede completarlo: una madre.

De repente la casa es presa de un incendio; entre el humo que sale por las junturas de las puertas se escapan los gritos de la madre desesperada y de los niños afligidos.

Nadie se atreve á penetrar en aquel edificio, que respira humo por todas partes y que cruje devorado por el incendio.

Un hombre se presenta; aparta á la multitud

que le estorba el paso; empuja vigorosamente con entrambas manos la puerta, que cede, y desaparece detrás de un torbellino de llamas.

Poco después se abre un balcón, y el hombre aparece en él con un niño en los brazos, y aquel niño se salva; luego aparece con otro, y se salva también; luego aparece con el tercero, y luego con la madre.

Á este recurso no hay corazón de mujer que se resista; él ha triunfado.

Ella busca á su vez el medio más seguro de encadenarlo á su cariño, y echa sus cuentas de este modo.

Inocencia: se fastidiará.

Recato: no le agradaré.

Amor: si él averigua lo que le quiero, ¿no me olvidará?

Ni inocencia, ni recato, ni amor: hay que buscar otro camino.

Esta vez el rayo de luz viene de fuera, y hiere sus ojos después de haberse reflejado en la superficie de un espejo; levanta la cabeza, se mira, y se sonríe.

Trenza sus cabellos con gracia, ajusta su talle, descubre de su garganta lo necesario para que el deseo adivine lo demás; la mano busca un fondo oscuro para que se destaquen bien sus bellos contornos y su limpia blancura; el pie se adelanta sobre la alfombra pequeño y atrevido.

Ante estos recursos, no hay hombre que se resista; ella también triunfa.

Llega el momento en que se ven; él aparece con el cabello chamuscado; sus manos están marcadas por el incendio, y su rostro señalado por el humo; lo siguen las bendiciones de la multitud enternecida y la gratitud inmensa y eterna de una madre.

Ella resplandece con todos sus encantos.

Se miran, se contemplan y se adivinan.

Ella dice: «¡Qué bueno es!» y él exclama: «¡Qué hermosa está!»

¿Cuál de los dos es mejor?

¡Mujeres! Sólo llegáis á ser malas después de haber tratado mucho á los hombres.

Para que lleguéis á ser despreciables, es preciso que empecéis por ser la admiración, el encanto y la felicidad de los mismos que os desprecian.

¿Cuántas veces la mano del hombre salva á la mujer de la perdición y de la ignominia?

Y ¡cuántas veces no nos devuelven ellas la virtud, la esperanza y la felicidad!

Lo digo con franqueza : yo desearía ser mujer, si no perdiera, al serlo, el dulce privilegio de admirarlas y quererlas.





EL TIEMPO

L tiempo es el gran matemático que resuelve todos los problemas, el gran curioso que todo lo averigua, el gran hablador que todo lo dice.

El tiempo es el que da á luz los más ocultos secretos, los más profundos misterios.

Semejante al mar, revuelve en sus profundidades cuanto cae bajo su dominio, lo oculta, lo extravía, y al fin lo arroja sobre la playa.

Cuando todos los acontecimientos que hoy dan vueltas á nuestro alrededor, ocultándose á nuestras miradas, sean, por decirlo así, sucesos muertos, el tiempo expondrá á nuestros ojos sus cadáveres desnudos.

Hay un día, más ó menos lejano, que llegará indudablemente, para descubrir todos los secretos que se esconden en las sinuosidades de la luz artificial á cuyos reflejos pasan como sombras los sucesos de hoy.

Preciso es doblar la cabeza y encogerse de hombros ante la incomprensible manera con que están dispuestas algunas cosas.

Pensemos seriamente en este disparate tan profundo y tan verdadero:

Hoy es un día que no podemos ver claro hasta mañana.

Por eso, á la luz que arrojan sobre nuestro espíritu los últimos instantes de la existencia, se ven con tanta claridad, con tan cruel exactitud, todas las oscuridades de la vida.

Es decir, que el hombre no ve bien nada de lo que ha hecho durante los años que ha vivido, hasta que la muerte empieza á nublarle los ojos.

Véase cómo vamos adquiriendo poco á poco el conocimiento de nosotros mismos.

Hasta que llega el hombre á los quince años, no sabe que ha sido niño.

Hasta que cumple cuarenta, casi ignora que ha sido joven.

Hasta que el peso de la edad lo encorva, como si lo obligara á tener fija la mirada en la sepultura abierta á sus pies para recogerlo, no sabe que hace ya veinte años que es viejo.

El tiempo todo lo descubre.

Ese vago, indiferente á todo, cuya única ocupación es pasar, es el que todo lo sabe.

El tiempo es el que descubre el tejido de las telas más artificiosamente trabajadas.

Yo no sé dónde va, que no quiere irse cargado con el peso de ningún secreto.

¡Cuántas historias, ignoradas hoy, sabremos mañana!

Hay en esto un respetable sentimiento de humanidad.

Las disecciones no se hacen más que sobre los cadáveres.

No hay cirujano que se atreva á llevar la punta fría de su escalpelo á las entrañas de un hombre vivo, para ver en ellas la causa de la enfermedad que quiere combatir.

La vida inspira tan profundo respeto, que no se la puede abrir para que nos revele los misterios de la enfermedad.

¿Había de ser el tiempo más cruel que un cirujano?

¿Había de entretenerse en descarnar los sucesos antes de que fueran cadáveres?

Sería verdaderamente un asesinato.

No tenemos derecho á exigirle que cometa un crimen por satisfacer nuestra curiosidad.

¡Qué bien hechas están todas las cosas para llenar el fin á que se hallan destinadas!

Ved si no cómo se refugian en el recinto inviolable de la vida las más terribles enfermedades.

Ved cómo se apoderan de un hombre, cómo se encierran en sus entrañas, y desde allí, arrogantes por la inviolabilidad del asilo en que se han refugiado, desafian al médico y se burlan de la medicina.

No hay específico que llegue adonde ellas están; no hay instrumento que se acerque á herirlas, por-

que han puesto delante de ellas, como una muralla, la vida del enfermo.

Así que han devorado las entrañas; así que han chupado toda la sangre y han paralizado los músculos y han helado el corazón, entonces se escapan, llevándose hasta el último suspiro de la víctima, dejando á las averiguaciones de la ciencia el mudo espectáculo de un cadáver.

Aquí entra perfectamente el escalpelo, penetra en los misteriosos lugares por donde ha pasado la muerte, la ciencia toma nota de los estragos que á sus ojos se presentan, y escribe muy satisfecha la historia de la enfermedad.

Pero el muerto no resucita.

Al cadáver se le echa tierra.

Los sucesos vivos no se pueden disecar.

No se puede llegar á sus entrañas.

No es posible abrirlos para que la luz entre á señalarnos las causas que los ponen en agitación y en movimiento.

Mañana, cuando el cadáver de todo lo que hoy pasa esté sobre la pila de las disecciones, entonces veremos con perfecta claridad las oscuridades que nos rodean.

Entonces, en las entrañas ya frías del cadáver, encontraremos la explicación clara de este confuso cuadro de síntomas que tenemos hoy delante de los ojos.

Entonces comprenderemos la acción misteriosa y deletérea de los humores que se han infiltrado en la sangre.

Veremos el corazón corrompido, podrida la cabeza, envenenadas las entrañas.

Sólo el tiempo puede hacer este terrible descubrimiento.

El tiempo; esa cosa impalpable, que se nos escapa por todas partes, que es tan alegre en la primavera, tan tempestuoso en el verano, tan triste en el otoño, tan frío en el invierno.

El tiempo, que es á la vez nuestra vida y nuestro castigo, nuestro cómplice y nuestro juez.

El tiempo, que pasa como si tal cosa por la superficie de la tierra, conteniendo á las semillas que esperan su voz para romper las ligaduras que las contienen y levantar, sobre millares de caprichosos vástagos, nuevas generaciones de flores.

Ese que con sólo pasar, minuto á minuto, cuaja los frutos que se esconden entre las hojas apiñadas de los árboles, como esconde el niño avergonzado la cara fresca y sonrosada en el regazo de su madre.

El tiempo, que una á una deshoja todas las flores, y uno á uno desnuda todos los árboles, que convierte el agua en una piedra, que quebranta las rocas, que destruye los pueblos, que acaba con las generaciones.

Ese que es la desesperación de todas las mujeres que van á cumplir cuarenta años; la esperanza de las que no han llegado á quince; el fastidio de los holgazanes; el verdugo de los que trabajan.

El tiempo, que descubre las canas, que señala el sitio donde han de aparecer las arrugas; ese se

encargará mañana de enseñarnos lo que es el día de hoy.

Dejémosle que pase, seguros de que no se llevará ningún secreto.

Este es el tiempo en general; el tiempo presente, en particular, debe ser un tiempo muy estrecho.

Véase ese incesante afán con que las dos terceras partes de la humanidad trabajan para salir del día.

Los que viven con más desahogo es porque han encontrado el secreto de vivir en la inmensidad del tiempo pasado ó en los espacios sin límites del tiempo futuro.

Estos dos secretos tienen sus nombres, que son el crédito y los cosméticos.

El crédito, que es el recurso encontrado para que muchos hombres puedan vivir hoy con la fortuna que podrán tener mañana.

Ese bolsillo imaginario del cual se saca tanto dinero real y efectivo.

Los cosméticos son la media vuelta á la izquierda de esa media vuelta á la derecha.

Es vivir precisamente con la juventud que se ha derrochado.

El hombre busca el dinero en la fortuna que todavía no ha podido conseguir, y la mujer toma su belleza de una juventud que ya ha consumido.

En el momento en que una mujer ha llegado á los treinta años, se detiene como fatigada, refle-

xiona seriamente, y elige entre los dos términos fatales que se le presentan : ó seguir adelante, ó retroceder.

La que no ve en la vejez un remordimiento, y en la juventud que ha consumido un crimen; la que tiene en su corazón y en sus virtudes un recurso permanente para agradar á un mismo tiempo á los niños, á los jóvenes y á los ancianos; la que no encuentra en el espacio de su vida ningún período que merezca suprimirse; la que no hace de sus años faltas que necesite disimular; en fin, la que no se avergüenza de haber nacido antes que sus hijos, sigue adelante.

Es decir, deja que las primeras canas campeen orgullosas entre sus cabellos negros ó rubios ; deja que las primeras arrugas asomen á su frente como la señal de pensamientos graves; deja que el respeto se una al cariño y la veneración al afecto.

No le teme á la vejez, porque, como las flores olorosas, conserva después de marchita el perfume de su bondad.

No teme desnudarse de los encantos de su cuerpo, porque tiene para seducir los encantos de su virtud.

La que ha hecho de su hermosura el único refugio de su alma; la que no ejerce más imperio sobre el corazón del hombre que el atractivo pasajero de una tez fresca, de unos labios encarnados, de unas formas correctas; la que á fuerza de oirse llamar hermosa ha creído que no puede dejar de serlo; la que comprende que la primera cana será en

ella la señal del primer desprecio, y la vejez una irrisión; la que, en fin, todo lo ve al través de la luna de su espejo, esa se planta, como si una semilla carcomida pudiera echar raíces.

Se planta, es decir, rasga su partida de bautismo como un padrón de ignominia, y, como Dios á las aguas del Océano, se dice á sí misma: «De aquí no pasarás.»

El tiempo la empuja; pero ella, asida á los restos de su belleza, como el náufrago á una tabla, lucha sin tregua, flotando sobre los años que caen sobre ella sin conseguir hundirla.

Combate feroz, sólo comparable al que el pobre sostiene con su miseria y el avaro con el dinero de los demás.

Esa mujer recose, zurce y remienda todos los harapos de su hermosura para encubrir la desnudez de su alma.

Como los criminales, busca la sombra; su pudor se ofendería de esa claridad desvergonzada con que el sol enseña todas las cosas.

No puede sufrir sin conmoverse una mirada persistente, y baja los ojos temerosa de que el cosmético infiel haya descubierto, no los secretos de su corazón, sino los pliegues de su cara.

Esta hermosura resplandeciente, que sin ofender á su padre, ni introducir perturbación ninguna en la familia, puede asegurarse que es hija de un perfumista, de un peluquero y hasta de una doncella, huye honestamente de los hombres que se le acercan demasiado.

Es el movimiento instintivo que nace de la fragilidad de sus encantos.

Esas mujeres, como toda obra de arte, tienen sus admiradores.

Llevan en pos de sí esa corte de necios que se apresuran á recibir su patente de hombres á la puerta del tocador en donde el veneno de los cosméticos rejuvenece por algunos instantes la belleza de la mujer y envejece para siempre el corazón de muchos jóvenes.

Estas mujeres, que parece que alquilan la juventud y que tienen á sueldo á la hermosura, que cada día, ó, mejor dicho, cada noche se presentan á nuestros ojos asombrados más jóvenes que el día anterior; estas mujeres, que morirían niñas si fuera posible engañar á la muerte, viven en el tiempo pasado.

¿Y quién hay que no consuma una parte del tiempo que está por venir?

¿Quién no disfruta de antemano el placer de la dicha que espera?

¿Quién no siente el dolor de la desgracia con que ha de encontrarse mañana?

¿Qué es el tiempo futuro más que un crédito constantemente abierto á nuestras esperanzas, á nuestros temores y á nuestros deseos?

Si se echa bien la cuenta, veremos que apenas hay quien viva en el día en que vive.

Veremos que el tiempo presente es el tiempo en que menos vivimos.

La vida del hombre se divide en dos partes casi iguales.

La primera se compone de esperanzas ; la segunda de recuerdos.

Vivimos la primera parte de nuestra vida en el tiempo futuro ; la segunda en el tiempo pasado ; esto es, al revés de como parece que vivimos : hoy en mañana , mañana en ayer.

La juventud es una cosa que va ; la vejez una cosa que viene.

Examínese cada hombre, y verá que se encuentra en una de estas dos situaciones. Ó todo lo ve en el risueño espejo del tiempo futuro, ó en el triste espejo del tiempo pasado.

Para él, todo va á ser ó todo ha sido ya.

Hoy es siempre una especie de cero interminable colocado entre dos series de guarismos; un paréntesis abierto entre ayer y mañana ; el espacio que se deja entre dos renglones para que no se confundan.

Lo presente no será nada hasta que haya pasado ; lo futuro será algo mientras no llegue.

El tiempo es el único ser que jamás nos abandona. Nos saca de la cuna, para llevarnos al sepulcro.

El que todo lo tapa es al mismo tiempo el que todo lo descubre.





M. HERMANN Y EL HOMBRE-CAÑÓN

STAMOS en presencia de dos hombres extraordinarios, que á un mismo tiempo se disputan nuestra atención.

¿Quién es Hermann?

Hermann es una especie de símbolo.

Es la representación viva de una cosa que tiene muchos nombres.

Se llama razón moderna, filosofía moderna, derecho moderno, justicia moderna.

Se llama también prestidigitación.

Á primera vista Hermann no es más que un jugador de manos.

Esto es: un saco lleno de incidentes inesperados, de sorpresas imprevistas, de efectos maravillosos.

¿Qué hace Hermann?

La verdadera contestación de esta pregunta se encuentra admirablemente encerrada entre dos interrogaciones.

¿Qué no puede hacer Hermann?

El espíritu revolucionario, por una transmigración misteriosa, ha venido á tomar la forma de dos manos, en las cuales todo se transforma, aparece y desaparece, según la voluntad del que las dirige.

Es el sofisma práctico.

No creer lo que se le ve hacer, sería casi negar la evidencia.

La razón, avergonzada, se oculta sin saber explicarse lo que admira, y el prestidigitador, si no convence, subyuga.

Y parece mentira que la razón se resista á creer en sí misma al verse de bulto.

Lo que Hermann ejecuta todas las noches, es lo que la razón hace todos los días.

La razón prueba con palabras; Hermann con hechos.

La ha traducido con irresistible exactitud.

La prestidigitación es á la razón humana lo que el mono al hombre: su caricatura.

De la misma manera que Hermann prueba que en el fondo de un huevo se oculta una moneda de oro, nos ha probado la razón que en la discusión está la luz.

Hay, sin embargo, una diferencia que debe consignarse, á pesar de que salta á los ojos.

Con la moneda de oro que sale del huevo no hemos podido todavía comprar nada; pero con la luz que sale de la discusión hemos visto muchas veces las estrellas.

El asombro que Hermann produce, es el mismo que el error causa.

Es el entusiasmo con que nos inflaman las ideas en que no creemos.

La prestidigitación está en el fondo de todos los grandes sucesos.

La más admirable de todas las prestidigitaciones, es la que poseen algunas mujeres, con la cual impiden que los años pasen por ellas.

El interés es el primer prestidigitador del mundo.

Nadie como él transforma los hombres, los sucesos y las opiniones.

Mucho más hábil que la virtud y que la verdad, hace de un perverso un santo, de un corazón frío un corazón tierno, de un pobre un rico.

El interés, que está en todas partes, menos en la literatura dramática de estos días, ha puesto la prestidigitación á una altura á que Hermann no alcanza.

Ha hecho de la prestidigitación una verdadera ciencia, de la cual arrancan luminosos axiomas que pasan á enriquecer la abundante mina de los conocimientos humanos.

El estético más escrupuloso se ve precisado á bajar la cabeza ante esta profunda verdad :

La mujer más fea deja de serlo al lado de un dote de cincuenta mil duros.

El dolor no tiene más remedio que encogerse de hombros y reconocer que los duelos con pan son menos.

No hay un hombre á quien le caiga el premio

gordo de la lotería que no sea otro hombre al día siguiente.

¿El papel no es continuamente objeto de las prestidigitaciones del interés?

¿No es el interés el que pasa á los hombres políticos de un partido á otro?

La belleza más intratable tiene siempre una sonrisa para el más rico.

Será capaz de sonreirse aunque tenga los dientes feos.

Hermann no puede llegar nunca á tanto, porque un hombre no conseguirá jamás reunir la habilidad y el talento de que ha sido dotado el interés.

Sin embargo, es un objeto de admiración.

Tiene la maravillosa facultad de acertar el pensamiento.

Yo quiero despojarle de la gloria que pueda adquirir con semejante privilegio.

En esta época que cada uno tiene su modo de hablar, no hay más que un solo pensamiento.

Es un pensamiento personal, reducido á estas dos letras : *Yo*.

Nadie piensa más que en sí mismo.

Obsérvese bien el movimiento de la sociedad, y se verá claramente que cada uno sigue el camino que va á parar á él.

Como cada uno no tiene costumbre de verse más que á sí solo, cuando aparece retratado con la multitud, se mira y no se conoce.

Por eso no ve en los juegos de Hermann un sarcasmo á su razón ni una caricatura de su egoismo.

Está delante del prestidigitador como un ciego que recobrara repentinamente la vista delante de un espejo.

¡Qué asombro se causaría á sí propio!

Preguntaría lleno de admiración y curiosidad la explicación de aquel fenómeno que producía él mismo.

¿Qué cosa más extraordinaria, más nueva y más incomprensible que Hermann?

Hermann es la sociedad.

El último juego que Hermann hace sin saberlo, es llevarla corriendo detrás de sí mismo.

Nunca caerá ella en la verdad de este absurdo.

Volvamos la hoja, y tropezaremos con el reverso de la medalla.

El hombre-cañón es la espalda de Hermann.

Es un ser excesivo, una especie de elefante humano, á cuyo conjunto sería un verdadero abuso llamarle economía animal.

Geográficamente considerado, es una montaña, y mecánicamente examinado, es una fuerza viva de algunos caballos.

Investiguen los filósofos modernos con arreglo á la doctrina de Kant ó de Hegel la razón histórica de este Goliath contemporáneo.

Examinen si es el resultado de una condensación inevitable y autonómica de los elementos constitutivos de Hércules, ó si procede más bien de un principio constitucional de Sansón incubado al través de los siglos y encarnado en la edad presente.

La verdad es que, descubierta la fuerza del va-

por, la fuerza del derecho y la fuerza de la palabra, la fuerza del *hombre-cañón* debe ser á los ojos de la filosofía una especie de arcaismo.

La naturaleza al producirle ha incurrido sin duda alguna en un error de fecha, confundiendo sin saberlo dos épocas que el tiempo ha separado de manera que no pueden juntarse.

Así es que al ver al *hombre-cañón*, se ve clara y perfectamente que la naturaleza ha hecho una barbaridad.

No se necesita un grande esfuerzo filosófico para convencerse de que no tiene razón de ser, puesto que la naturaleza misma lo presenta como un abuso de la fuerza.

Sin embargo, el *hombre-cañón* debe tener á los ojos de los hombres prácticos más importancia de la que á primera vista parece.

Las bromas pesadas, las cuestiones graves, el empuje de los acontecimientos, la presión de las circunstancias, la inflexibilidad de la lógica y la resistencia de la ley, son para él obstáculos insignificantes.

Véasele en el Circo de Price ó en medio de la Plaza de Toros levantar sobre sus hombros un cañón de á ocho con la misma soltura que pudiera hacerlo una cureña, y resistir una explosión de la pieza con la misma impasibilidad que una muralla.

Véasele entretejer su cuerpo en los tirantes de dos briosos caballos, asirse con las manos á un objeto que le sirva de apoyo, y en vano el látigo cayendo sobre los caballos y los caballos levantán-

dose sobre el pavimento, querrán doblar la tensión formidable de aquellos músculos que se señalan en la piel como las montañas sobre la tierra.

Si el arranque irreflexivo de los caballos, más dispuestos á correr que á tirar, no es una prueba completa, mírese vencer el esfuerzo lento, tenaz y constante de un par de bueyes, que doblan avergonzados sus cabezas y hunden inútilmente sus anchas pezuñas en la tierra sin poder adelantar un paso.

Dígase ahora si para este hombre puede haber bromas pesadas, ni cuestiones graves, ni empujes, ni presión, ni inflexibilidad, ni resistencia.

Pero la gran medida de su fuerza no debe medirse por el sacudimiento del cañón, ni por el arranque impetuoso de los caballos, ni por la testaruda violencia de los bueyes.

La gran prueba no se encuentra anunciada en los carteles, ni se halla prevista en el programa del espectáculo.

No es una cosa dispuesta de antemano y preparada convenientemente; es una prueba espontánea, que resulta como el sonido al choque de dos cuerpos sonoros.

Calcúlese la rapidez del movimiento que nos arrastra en la época presente, teniendo en cuenta el poderoso impulso con que debe precipitarse un cuerpo tan grave como la humanidad, al descender ansiosa por la pendiente del abismo en cuyo fondo deben estar los pensamientos más profundos en cuya busca vamos.

Calculada esta fuerza que nos empuja como un

torbellino, calcúlese la que sería necesaria para contenerla.

Pues bien: yo he visto á esa humanidad, bajo la forma de ocho mil espectadores, quedarse parada ante la monstruosa fuerza del *hombre-cañón* como los caballos y como los bueyes.

He visto más: la he visto suspensa, pendiente de sus rudos miembros, oprimida por la fatiga de la fuerza que hacía el mismo que la sujetaba.

Yo no sé la fuerza que se necesita para tener á un tiempo á ocho mil espectadores con la boca abierta; pero me parece que es el *maximum* de fuerza á que se puede llegar.

El público acude á la fuerza del *hombre-cañón*, y los espectáculos del Circo de Price, para ser en todo invariables, reunen en cada función un número igual de espectadores, esto es, un lleno diario.

Del Circo de Recoletos al Circo de la plaza del Rey, hay la distancia á que naturalmente se hallan colocados un ejército y un Congreso, una guerra y una discusión, el fuego de la palabra y el fuego de la artillería; la distancia que media entre una nota diplomática y una carga á la bayoneta; la que hay, en fin, entre la habilidad y la fuerza.

Así es que del Circo de caballos al teatro del Circo no hay más que un paseo.

M. Hermann está detrás del *hombre-cañón,* como la idea detrás de la palabra, como el alma detrás de la cara.

Cuando la fuerza, como un grito de los tiempos

bárbaros, viene á encadenar nuestra atención y á imponernos el tributo del asombro y la contribución que todas las noches se paga en el Circo de Price, la habilidad no podía permanecer ociosa, dejándose arrancar por la fuerza las conquistas alcanzadas con la virtud maravillosa de tantos cubiletes y de tantos juegos de manos.

M. Hermann se había despedido del público sobre sus doscientas veces, anunciando todos los días la última función.

Si había agotado el repertorio de sus juegos desde la quinta función, dentro de su habilidad estaba el recurso de un nuevo juego que llamara al público al teatro por espacio de muchas noches.

Por poco que buscara en el laberinto de sus escamoteos, debió parecerle pronto la idea que buscaba, y los carteles, que debían estar en el secreto, empezaron á gritar de esquina en esquina:

Última función de M. Hermann.

El público que aún no había penetrado en los secretos de la prestidigitación, tomó el anuncio al pie de la letra, sin caer en la malicia de que se trataba de un juego.

Aquí empieza el prodigio de la habilidad.

M. Hermann empieza á sacar últimas funciones en tanta abundancia, que no ha concluído todavía. Todo el mundo ha pagado repetidas veces la última función de M. Hermann, y, sin embargo, M. Hermann no ha dado todavía su última función.

Y á un mismo tiempo, la gente, arrastrada por

la fuerza del *hombre-cañón*, llena el Circo de Price, y atraída por la última función de M. Hermann, llena el teatro del Circo.

La habilidad, mucho más exigente que la fuerza, una vez puesta en el camino de las últimas funciones, había de buscar un nuevo recurso que oponer á los indomables músculos del *hombre-cañón*.

M. Hermann sólo podía acometer semejante empresa, y comprendiendo en toda su profundidad la fuerza de un bolsillo no satisfecho en combinación con el principio de enseñar divirtiendo, hace del teatro una escuela, de la prestidigitación una materia más de la instrucción pública, del público una colección de alumnos, y anuncia que cada noche va á enseñar uno de los misteriosos secretos de sus raros prodigios.

Verdaderamente M. Hermann no tiene derecho para disponer de unos conocimientos cuyo secreto forma el patrimonio de todos los prestidigitadores.

Es indudable que esa especie de desamortización hecha en su exclusivo beneficio, es un despojo.

Pero se trata de enseñar.

¿Quién no quiere aprender, aunque no sea más que lo preciso para engañar á sus semejantes?

¿Quién no se deja engañar una vez siquiera por saber cómo podrá él engañar á otro?

Estamos, pues, asistiendo á la lucha de los tiempos bárbaros con los tiempos modernos, la lucha de la fuerza y de la habilidad.

Estos dos hombres extraordinarios vienen á ser la síntesis de la época, á saber :

La punta de la lengua y la punta de la espada; juegos de palabras y juegos de armas ; la supercherìa y la fuerza.





EL CORAZÓN

SEGÚN la medicina, el corazón no es más que la regadera del cuerpo humano.

Una especie de bomba que, comprimiéndose y dilatándose alternativamente, lanza raudales de sangre por las misteriosas vertientes de las venas.

Mecánicamente considerado, es el muelle real de este reloj eternamente descompuesto que se llama hombre.

Un aparato admirablemente construído, pero nada más que un aparato.

La medicina y la mecánica se sientan al pie de ese descubrimiento con la satisfecha tranquilidad del viajero que ha terminado su camino.

He ahí el corazón según la ciencia.

Nosotros ponemos la mano sobre él, y lo sentimos golpear incesantemente, como si quisiera que no olvidáramos que va siempre con nosotros.

En sus latidos hay algo de impaciencia, algo

de esa precipitación que en sus movimientos llevan las cosas que acaban pronto.

Parece que la rapidez incesante con que se agita es una voz sin palabras que nos está gritando siempre: «Esto va á escape.»

Yo creo algunas veces que es un ser escondido dentro de mi ser, encargado de contar los instantes de mi vida.

Terrible cronómetro, que no pierde ni un átomo de tiempo.

Sus latidos son como los golpes sordos de una piqueta inexorable que va minando lentamente los cimientos de un edificio.

El día que el ruído cesa, el edificio se desploma.

Para los médicos sólo arroja la sangre que nos da la vida.

Observadlo bien, y veréis que cuando se siente oprimido, empuja hacia los ojos torrentes de lágrimas.

El corazón se puede decir que es el cerebro de los sentimientos.

La cabeza nos dice : «Piensa.» El corazón nos dice : «Siente.»

La inteligencia discurre; el corazón adivina.

Lo que en la inteligencia es un cálculo, en el corazón es una esperanza.

La razón hubiera ya convertido en virtudes todos los vicios, si hubiera podido seducir al corazón.

La inteligencia más grande no vale tanto como un corazón hermoso.

La inteligencia propone; el corazón manda.

Para medir bien la diferencia que hay entre la filantropía y la caridad, debe tenerse presente que la primera es una idea y la segunda un sentimiento.

La lógica del corazón dispone de argumentos irresistibles.

Nada más fácil que tener veinticinco años.

Á poco de nacer los tiene cualquiera.

Un hombre de veinticinco años tropieza un día con una hermosa cabeza plantada gallardamente sobre un cuerpo ligero y gracioso.

Esta cabeza tiene una cara; esta cara tiene una boca fresca como una rosa que acaba de abrirse y dos ojos que no debieran cerrarse nunca.

Este tropiezo es una mujer, y Madrid está lleno de estos tropiezos.

Dos corazones jóvenes se entienden al instante, porque el corazón es mucho más perspicaz que la inteligencia.

Se ven : este es el exordio.

Se miran : esta es la exposición.

Se hablan : esta es la conclusión.

La fuerza lógica de este discurso produce á la vez en ambos un mismo convencimiento. Los dos se separan seguros de que han nacido el uno para el otro.

Hágase del amor una idea, y esos pobres amantes no se convencerán jamás.

La serpiente del paraíso, con todo su talento, hubiera luchado mucho tiempo sin convencer á Adán para que probara el fruto prohibido.

Así debió comprenderlo, cuando, desechando todos los persuasivos recursos de su diabólica imaginación, adoptó por toda figura retórica la hermosa figura de Eva.

Todo hombre enamorado es un ser á quien, por un procedimiento incomprensible, se le ha subido el corazón á la cabeza.

Por eso discurre de una manera que nos parece loco.

Aquí hay un padre severo.

Ha vaciado su voluntad en el molde frío de la razón.

Discurre con una lógica incontestable.

Todo el mundo es de su parecer, excepto su hija.

La cuestión es muy sencilla : se trata de elegir un marido.

El padre ha puesto los ojos de su razón en uno: la hija ha puesto los ojos de su corazón en otro.

El padre hilvana una serie de reflexiones profundas, y sostiene su idea con argumentos incontestables.

La hija oye y calla : realmente no tiene nada que contestar, y el padre se restrega mentalmente las manos, celebrando el triunfo de su razón y la eficacia de su lógica.

Entre tanto el corazón de la hija late apresuradamente, como si quisiera aturdirla con su continuo martilleo.

Al otro día, el padre observa que su hija ha comido poco.

Al otro día, nota que está demasiado pálida.

Y al día siguiente, la sorprende llorando.

Estos tres argumentos, formulados sucesivamente, destruyen toda la fuerza de su convencimiento.

Una sombra de tristeza, un poco de palidez y unas cuantas lágrimas, acaban de mofarse de un cúmulo de razones que parecían indestructibles.

No quiera Dios que una mujer ó un niño os pidan una iniquidad por medio de una lágrima ó de una caricia, porque de seguro os convencerán.

Examinad bien vuestra gaveta.

Los números inflexibles os señalarán, con la sangre fría que los distingue, la cantidad precisa de dinero que forma toda vuestra fortuna.

El último duro os dice resueltamente que no hay más.

Pero hay en la joyería que está enfrente de vuestra casa un brazalete que se ha empeñado el joyero en que vale lo menos el doble de vuestra fortuna.

Tenéis una hija, una amante ó una esposa que ha hecho de ese brazalete el objeto constante de su pensamiento.

Vuestro corazón tiene también su aritmética, y echa sus cuentas.

El brazalete cuesta el doble de vuestro dinero, pero la alegría de una hija, la sonrisa de una amante ó la tierna satisfacción de una esposa, valen mucho más que el brazalete.

Esto es casi una especulación, y el corazón es un bolsillo inagotable.

Vuestro dinero se dobla.

Para el corazón, no existen imposibles.

La elocuencia sería bien poca cosa si sólo tratara de convencer.

Si no conmoviera, no haría nada.

El estilo es el hombre, ha dicho uno y todos lo hemos repetido, y esto para mí quiere decir que el hombre es su corazón.

No todos los cadáveres están en el cementerio: muchos circulan insepultos, fingiendo una vida que han perdido.

El hedor de sus pensamientos, la frialdad moral de sus palabras, os dirán cuáles son los que pasean en el mundo un corazón muerto.

Un tonto, inspira desdén.

Un hombre de talento, admiración.

Un corazón corrompido, odio.

Un corazón generoso, cariño.

La sensibilidad es la inteligencia del corazón.

Un hombre sin corazón es una estatua que parece que piensa.

Una mujer sin corazón es menos todavía : es una estatua que se mueve.





EL HILO DE LOS SUCESOS

En todo hilo hay una propensión natural y manifiesta á enredarse.

La costurera menos atenta á los fenómenos que producen los elementos de su oficio, sabe esto perfectamente.

Así es que no hay una sola de esas criaturas, cuya vida es una sucesión interminable de puntos, que al recibir la madeja de seda con que ha de dar vida al futuro vestido, no la devane cuidadosamente para evitar el peligro de que se enrede.

Esto es elemental en el arte de coser.

Porque el hilo y el tiempo son dos cosas que las mujeres que saben su oficio deben consumir en una misma proporción.

Desconfiad de toda mujer que al hacer la cuenta del día no salga á lo menos á punto por minuto.

Una madeja enredada es siempre una costura

sin hacer, un tiempo malgastado y un hilo perdido.

El hilo de los acontecimientos es un hilo que tiene la misma propensión que todos los hilos.

Siempre que no se le devana cuidadosamente, se enreda : es el vicio constitucional de todo hilo.

Por eso en el gabinete de un hombre de Estado suele encontrarse lo mismo que en el fondo del costurero de una mujer descuidada.

Esto es, una *maraña*.

Y fijando atentamente la consideración sobre el objeto representado por la palabra *maraña*, admira la actividad, el talento, el ingenio que desplega el hilo para enredarse.

¡Qué infatigable obstinación opone siempre á la paciencia de la mujer que quiere desenredarlo!

Los ojos se pierden en un laberinto de hilos que se cruzan, se enroscan y se confunden, y los dedos se extravían en una confusión de nudos que se suceden, se estrechan y se defienden, como si la vida de cada uno de ellos dependiera de la vida de los demás.

El cabo que se busca es precisamente el que no parece; todos los accidentes del enredo parecen empeñados en ocultarlo.

El hilo entre tanto serpentea maliciosamente, se adelanta y retrocede, se une y se separa, aparece y desaparece, formando un conjunto que marea, que produce vértigos, donde las manos se fatigan y los ojos se cansan, donde se pierde la vista y el tacto, y cuyo tejido es cada vez un misterio más pro-

fundo, un secreto más religiosamente guardado.

Hay en muchas cosas una terrible desproporción.

Por ejemplo: ¡con qué facilidad se baja una pendiente, y, en cambio, cuánto trabajo cuesta subirla!

Veinte años de vida, que quieren decir veinte años de pesares, de disgustos, de inquietudes, le cuesta al hombre llegar al dominio de su razón.

Y ese tesoro tan lenta, tan trabajosamente adquirido, lo pierde en un solo momento de locura.

Una de las grandes intrigas del dinero es haber conseguido que sea mucho mayor el número de hombres que lo gastan, que el número de hombres que lo ganan.

El mismo duro ofrece una cruel resistencia á todo el que quiere ganarlo, y una pasmosa facilidad á todo el que quiere gastarlo.

Una mujer no necesita más que recibir en sus ojos el despacho telegráfico que envíe á su corazón la electricidad de una mirada, para sentir en el fondo de su alma el fuego activo de una pasión profunda.

El relámpago no es más rápido, ni el rayo más pronto.

Pero ¡qué raudal de lágrimas no necesita para apagar después el incendio de su corazón!

Los vicios se adquieren con tanta facilidad, que muchas veces no sabe uno darse cuenta de cómo los ha adquirido.

¡Y cuánto tiempo, cuánta reflexión y cuánta virtud no son necesarias para destruirlos!

Todo hombre necesita, para nacer, nueve meses de preparación.

Seguidle, y veréis cómo no necesita más que un instante para morir.

Poned en manos de un niño de tres años una madeja de hilo.

Al momento la madeja se habrá convertido en un enredo maravillosamente combinado.

Si tenéis costumbre de reflexionar sobre las cosas frívolas, convendréis en la absurda exactitud que va encerrada en esta exclamación:

¡Qué ingeniosa habilidad hay en las manos de la inocencia!

De las manos del niño, pasad la madeja á las manos de la mujer.

Por grande que sea su destreza, apelará ante ese intrincado enigma á la eficacia de sus tijeras, como Alejandro apeló á su espada.

Después de agotar todos los recursos diplomáticos que la naturaleza ha puesto en los dedos finos y delicados de una mujer, echará mano á su espada y cortará el enredo.

Hecha esta observación, que no puede ser desmentida, es preciso convenir en que un niño tiene más talento que una mujer.

Ó digamos que la casualidad es más ingeniosa que la inteligencia.

¿Por qué no ha de ser lo mismo bajar que subir, ser tonto que tener talento, nacer que morir, enredar que desenredar?

¿Por qué la ignorancia, la locura ó la casuali-

dad han de producir esos complicados enredos, contra los que el talento, la previsión y la habilidad luchan y se gastan, como un cuchillo que se empeñara en cortar una piedra?

Las circunstancias, esa multitud de accidentes que se combinan de infinitas maneras para producir la variedad inagotable de sucesos que hace tan amena la vida de estos tiempos, son lo que los números á la cantidad.

Á cualquiera que se tome el trabajo de examinar con atención un vaso que se derrama, debe ocurrírsele que en él se verifica el fenómeno de las circunstancias.

Allí no hay más que un conjunto de gotas de agua dispuestas de modo que la primera es tan absolutamente indispensable como la última para que el vaso se derrame.

El hecho más sencillo es siempre el resultado de una elaboración minuciosa de circunstancias que suelen escaparse á nuestra penetración.

Las desgracias son las cosas que ocurren con más facilidad.

Nada más fácil que romperse una pierna, que perder una fortuna, que recibir un desengaño ó una ingratitud.

Y sin embargo, cada una de estas desdichas necesita un conjunto de pormenores perfectamente tejidos y enlazados que han de producirla; como la complicada y oculta máquina de un reloj produce el movimiento de las agujas que señalan la hora.

Un hombre despierta por la mañana, después

de haber dormido toda ó una parte de la noche, circunstancia precisa sin la que le hubiera sido imposible despertarse.

Este hombre tiene la felicidad de no saber qué hacer de esa hermosa mañana que le entra por los ojos, después de haber entrado por los balcones de su habitación, entreabiertos maliciosamente como la boca de una mujer á quien la naturaleza le ha concedido unos dientes perfectos.

Realmente este hombre no tiene ningún motivo serio que le obligue á salir á la calle, y hasta experimenta esa dulce pereza que nos cierra con tanta amabilidad la puerta de nuestra misma casa.

Pasar la mañana tendido en una butaca contando las flores de los tapices, es una bella perspectiva.

Una vez averiguado el número de veces que un dibujo está repetido en la alfombra, en la pared ó en el techo, queda todavía el recurso de entretenerse con los caprichos á que el humo de un cigarro se entrega desde el momento en que se le deja la libertad suficiente para esparcirse en el aire.

Todavía hay un libro muy formalmente colocado sobre una mesa inmediata, que puede proporcionar la amena ocupación de ser hojeado con los dedos unos cuantos minutos.

También hay un piano que no se niega nunca á golpear sus sonoras cuerdas, si hay alguien que tenga el capricho de pasarle las manos por las teclas.

Detrás de las persianas discretamente entorna-

das como los ojos de una mujer cuando mira lo que no quiere ver, puede muy bien pasarse media hora observando lo que pasa al otro lado de los cristales de la casa de enfrente.

Queda aún una vecina más ó menos joven, ó más ó menos bella, que es capaz de hacer de su balcón el entretenimiento de todos los vecinos que no sepan qué hacerse.

Con tantos recursos para pasar agradablemente una hermosa mañana, es preciso ser un loco para salir de casa.

Decididamente este hombre, que no tiene nada que hacer, se entrega con la mayor actividad, y sin perder ni un solo minuto, á la ocupación de no salir á la calle.

Una resolución, por insignificante que parezca, es una cosa que nos cuesta siempre mucho trabajo, y que, después de adoptada, nos deja tiempo para que podamos ocuparnos en otros asuntos.

Así es que este hombre no podrá menos de restregarse las manos con la satisfacción del que ha concluído una obra que le quitaba tiempo para entregarse á otra.

La organización más activa se pasmaría de lo que trabajan los hombres que no saben qué hacerse, si fuera posible reunir en una sola cantidad la suma total de lo que hacen.

Perder á una mujer ó á una familia, perder una gran fortuna y perder la salud, son cosas que parecen muy fáciles, porque las llevan á cabo esos hombres activos que pasan su vida sin tener que hacer.

Nuestro hombre no sale de su casa ; es cosa resuelta. Dejémosle un momento entregado á sus numerosas ocupaciones en su magnífica casa, construída, *verbi gratia*, en el centro de Madrid.

Á lo último de la calle de Fuencarral, por ejemplo, vive una mujer, que tiene que hacer en esta hermosa mañana una compra, una visita ó un encargo.

Como el pudor es una cosa tan natural en las mujeres, ésta se viste perfectamente para salir á la calle. La cosa es bien natural.

Al ajustarse una falda de color de tórtola, uno de sus adornos ha tenido el capricho de engancharse en una de las molduras de su elegante tocador; y como una mujer, cuando la llama el espejo, no reflexiona, da dos pasos precipitados, y la falda, por seguirla, deja la mitad del adorno desgarrado en los dibujos salientes de la moldura.

Esto es lógico.

Todo vestido que se rompe es entre las mujeres una voz irresistible que pide otro vestido, y esta mujer se lo pide por de pronto á su doncella, reservándose el derecho de pedírselo después á su marido.

Esto es incontestable.

La doncella trae otra falda verde, sembrada de flores menudas. No es esa la que quería, pero es tarde, y no puede perder tiempo después de haber perdido la falda de color de tórtola, y un momento después está en la calle.

Cruza una, y luego otra, y luego todas las que

se le van poniendo delante, hasta que llega á una en que dos coches y un carro han formado el nudo más gracioso del mundo.

Esto en Madrid es muy frecuente.

Ó es preciso esperar á que el nudo se deshaga, ó hay que dar un largo rodeo y echar por otra calle.

Esto es un dilema.

Ciertas mujeres prefieren andar una hora á esperar un minuto, y por eso se las ve andar todos los días por todas partes buscando amantes y maridos, que pudieran muy bien esperar en sus casas.

La calle que atraviesa en este momento es precisamente la misma en que se levanta la casa del hombre que hemos dejado metido en la asidua tarea de no salir á la calle.

La acera por donde se desliza esta mujer que ha roto su falda de color de tórtola, es la que se tiende enfrente de los balcones del hombre ocupado.

El momento en que pasa, es el instante mismo en que nuestro hombre, para disimular sus averiguaciones acerca de lo que ocurre en la casa de enfrente, ha bajado honestamente sus ojos hasta las baldosas de la acera.

Su mirada se siente herida por un relámpago verde oscuro con flores menudas.

Las mujeres mismas no saben muchas veces lo que es un vestido.

Dos mujeres que tengan dos vestidos iguales pueden volver loco á un hombre, si el hombre no tuviera bastante con una para perder el juicio.

El vestido verde con flores menudas desaparece

detrás de la esquina, y el hombre ocupado se siente de pronto oprimido por ese calambre moral que se llama duda.

La onda graciosa de aquel vestido desapareciendo detrás de la esquina es para este hombre un verdadero relámpago, á cuya luz ve en su imaginación la figura de una mujer.

Aquel aire y aquel vestido son suyos; luego debe ser ella.

Ella es el nombre con que bautizamos á la mujer que el amor nos mete en el alma.

Con esa palabra profunda parece que queremos decir que no hay otra en el mundo.

Para salir de la duda, no hay más remedio que salir de casa: una levita y un sombrero son cosas que los hombres tienen siempre á la mano; las escaleras se bajan mucho más fácilmene que se suben, y las calles están siempre abiertas para todos.

Á la última palabra de este raciocinio ya está en la calle, y se lanza como un rayo detrás de aquel relámpago verde con flores menudas.

Al volver la primera esquina el vestido relampaguea un instante, y desaparece al volver la esquina siguiente.

Cuando se anda muy de prisa no se les deja tiempo á los pies para que vean el terreno que pisan, y las baldosas más graves suelen levantarse á veces con cierto disimulo para dejar caer á los que no llevan los ojos en la suela de las botas.

En esta calle había una baldosa entretenida en ver lo que pasaba por encima de su compañera.

Los hombres no ven las baldosas que se levantan cuando es una mujer la que llevan delante de los ojos, porque llevar una mujer delante de los ojos equivale á llevar una venda.

En este caso el pie llega, se engancha en el borde de la piedra, y no tiene más tiempo que el preciso para tirar bruscamente del individuo, dejándolo caer sobre las baldosas, que por muy duras que sean, no se han negado nunca á recibir á nadie.

Nuestro hombre se levanta con esa cara que todos tenemos para el momento de una caída, y al ponerse de pie averigua que se ha roto una pierna.

¡Cuánta circunstancia, cuánto pormenor, cuánto detalle ha sido preciso para que una pierna se rompa!

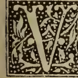
¡Qué bien ha tejido la casualidad todos los hilos para venir á parar á romperle la pierna en medio de la calle á un hombre que había decidido no salir de su casa!

La cirugía podrá decir lo que quiera de esa pierna rota, pero ella no es más que la cantidad que arroja una suma de circunstancias, un enredo maravillosamente fabricado por el hilo de los sucesos.





LA MEDIDA DEL TIEMPO

UELVO á tomar la pluma para anudar el hilo roto de estas series de renglones que hemos convenido en llamar artículos.

Esta amiga íntima de mis pensamientos ha permanecido sepultada en los negros abismos del tintero, esperándome con esa paciencia con que las cosas esperan á los hombres en el camino de la vida.

Como la herramienta colgada en el taller del artesano enfermo, mi pluma ha permanecido clavada en el tintero, aguardando el día de trabajo.

Al cabo de dos meses nos encontramos como dos amigos que hace mucho tiempo que no se han visto.

Sale á recibirme del fondo del tintero húmeda, como si ella también llorara ; negra, como si ella también estuviera de luto.

La medida del tiempo no son las horas ni los días, ni las semanas, ni los meses, ni los años, ni los siglos.

Un reloj y un almanaque no determinan bien la lentitud ó la rapidez del tiempo.

Ellos marcan períodos que parecen iguales, pero que representan para cada uno cantidades distintas.

Un año de alegría es un soplo; un día de pena es un siglo.

Dos meses pueden no ser más que un instante, y pueden ser también una eternidad.

Llegad á la puerta solitaria de esas casas mudas en las que se alberga la miseria.

En Madrid es preciso buscarlas con atenta mirada, pues se ocultan como las canas debajo del tinte, como las arrugas debajo del cosmético.

Aquí es preciso teñirse las penas y pintarse la alegría.

En la tierna poesía de estos tiempos, es cosa averiguada que una sola perla vale más que un torrente de lágrimas.

¡Si fuera posible averiguar la inmensa cantidad de lágrimas que cuesta un solo diamante!

Mas para la prosperidad de la industria y del comercio de las piedras preciosas, conviene que esto sea una incógnita eterna.

Llegad, digo, á la puerta solitaria de una de esas casas mudas en que se esconde la miseria.

Hay muchas, aunque á primera vista no se vean.

La luz del lujo es una luz muy particular; no ilumina más que lo que brilla, y Madrid lleva su lujo y su grandeza como una linterna, detrás de la que se oculta.

Semejante á las luciérnagas, deja ver el brillo y esconde el gusano; alumbra para que no se le vea.

Antes de empujar la puerta de esa casa, fijémonos en dos puntos importantes.

Veamos primero qué hora es, según el reloj más acreditado.

La única virtud del reloj más honrado es no mentir.

Bajo la palabra de uno de estos seres que pasan su vida latiendo como los corazones humanos, podemos asegurar que son las nueve de la noche.

Si esto lo hubiera dicho un hombre, podría dudarse; si lo hubiera dicho una mujer, debería no creerse; pero lo ha dicho un reloj, y es preciso que sea verdad.

Nosotros somos verdaderamente felices.

Nuestra vida no tiene más inquietudes que esas impaciencias con que el hastío de un placer nos empuja á otro placer.

No se crea, sin embargo, que alguna vez no se llenan de lágrimas nuestros ojos.

Nosotros también lloramos.

Por ejemplo, cuando una chispa del jabón perfumado con que suavizamos la piel delicada de nuestras manos tiene la indiscreción de saltarnos á los ojos.

:

Lloramos también si nos hiere el rostro el viento helado de una mañana de Diciembre.

Hay también una especie de constipados que nos hacen llorar abundantes lágrimas.

Si los pañuelos del bolsillo tuvieran la facultad de hablar, ellos solos podrían contar nuestras lágrimas.

Al tropezar con las nueve de la noche, no podemos menos de observar que el día ha pasado como un soplo. Este es el segundo punto.

Dos horas de tocador, el almuerzo, algunas visitas de confianza, estrenar un coche, las amigas, el paseo, comer....; todo esto pasa como un rayo, y ojalá no fuera más que esto.

¡Las nueve! El tiempo huye como un pájaro que se escapa de entre las manos.

No hay día para nada.

Ahora ya podemos entrar.

La puerta gime al abrirse, y gira lentamente, como si estuvieran agotadas sus fuerzas.

Un pasillo estrecho conduce á una habitación oscura.

El cuadro está reducido á muy pocos muebles y á mucha familia.

Un enfermo, una anciana, una joven, un niño.... allí hay de todo, menos pan.

Hace veinte y cuatro horas que desapareció el último.

Veinte y cuatro horas, según el reloj; un instante, según nosotros; un siglo para aquella familia, que ha contado los minutos con la ansiedad de la miseria.

El tiempo no es igual; el reloj es una superchería que no puede engañarnos.

Preguntadle á una madre que espera á su hijo ausente, si hace mucho tiempo que no lo ha visto.

Podrá hacer un día, un mes ó un año; pero ella siempre os contestará: un siglo.

Si habéis tenido la fortuna alguna vez de ser queridos por una mujer tierna y delicada, habréis observado qué rápido es el tiempo que pasa en las dulces confidencias del cariño.

Después de muchas horas de esta tierna é inexplicable intimidad, coged el sombrero ó preguntad al reloj si es hora ya de separarse.

Todos habréis oído siempre la misma exclamación:

¡Tan pronto!....

Hay una ocasión en que el tiempo, por un misterio incomprensible de nuestro corazón, es á la vez un soplo y un siglo.

Ya lo sé. Lo he aprendido, y no lo olvidaré nunca.

Pero sea una madre la que os diga cómo se realiza esa verdad imposible.

Sobre sus rodillas incansables sostiene dos niños que se disputan el calor de su seno, sus besos y sus sonrisas.

Son sus hijos.

Si ellos lloran, se aflige; si ríen, se alegra; si juegan, juega con ellos; si duermen, vela.

Parece que al darles la vida se ha quedado sin ninguna; vive porque ellos viven.

Un día recuerda el cielo que los ángeles no son

para la tierra, y aquellos ojos tan puros se cierran para siempre, y aquellas bocas tan dulces y tan tiernas no vuelven á sonreir.

Dejad que pase mucho tiempo, y preguntadle á esa madre por sus hijos, y ella os dirá que era ayer cuando los tenía sobre sus rodillas, que todavía los oye, que aún siente en su seno el calor de sus mejillas.

No dejéis que pasen más que tres días , menos aún, unas cuantas horas; ella os dirá que hace un siglo que no los ha visto.

¿Cuánto tiempo me ha estado esperando la caprichosa pluma con que escribo? No lo sé.

El almanaque me dice que dos meses.

Mi corazón me dice que un siglo.

Mis recuerdos me dicen todos los días que fué ayer.





LA VIDA PRIVADA Y LA VIDA PÚBLICA

No hay un cuarto.

Esa frase, de cuya exactitud pueden responder por lo menos dos terceras partes de los habitantes de Madrid, encierra dos significaciones diversas, y que son á la vez igualmente ciertas.

En virtud de esta doble escasez, se verifican dos movimientos ascendentes, que son inmediatamente seguidos de otro.

He aquí el orden de estos tres movimientos, que nos elevan orgullosamente á la altura digna de los tiempos en que vivimos.

Todos los caseros suben sus casas.

Todos los usureros han puesto su dinero en las nubes.

El resto de los hombres pone el grito en el cielo.

El hecho es el siguiente:

Madrid no cabe en Madrid.

Esta es una cuestión de capacidad que los caseros únicamente podían resolver, porque los caseros son capaces de todo.

La casa es un género de propiedad que tiene circunstancias muy particulares.

Á primera vista no parece más que una finca urbana.

Observándola más despacio, nos encontramos con que es un capital más ó menos respetable empleado en piedra, en madera, en yeso y en ladrillos, que rinde todos los años otro capital.

Ó de una manera más clara: una casa es una especie de gaveta donde el casero esconde una cantidad de dinero que mensualmente va extrayendo del bolsillo de los inquilinos.

Á esta extracción continua se la llama alquiler.

Alquiler no es una palabra, por más que se halle comprendida en el Diccionario de la lengua.

Alquiler es una cantidad cuya definición no es posible encontrar en ningún tratado de aritmética.

Es una cantidad absurda, pero real y positiva, que el casero recibe todos los meses en oro, en plata ó en papel.

Al llegar aquí no puedo menos de reirme de los matemáticos.

Ellos dicen, con el aplomo de la vanidad satisfecha, que cantidad es todo aquello que es susceptible de aumento y diminución.

Lo que no pueda aumentarse y disminuirse no es cantidad.

Hasta ahora han tenido razón.

El alquiler, tal como se presenta á la consideración de los inquilinos de Madrid, no había aparecido aún.

Rectifiquemos á esa ciencia vanidosa que todo lo quiere saber con precisa exactitud.

Desde hoy debemos decir: cantidad es todo aquello que puede aumentarse ó disminuirse, exceptuando el alquiler, que va en prodigioso aumento, sin que haya esperanza de que pueda disminuirse alguna vez.

El que tiene una casa en Madrid, tiene una renta que puede hacerla crecer según su capricho ó según su avaricia.

La codicia, ese saco roto que no ha podido llenarse nunca, es el único límite que hoy encuentra el aumento constante de los alquileres de las casas.

La Providencia nos ha dado esta vida que llevamos siempre con nosotros, para la que sólo necesitamos respirar y comer.

Pero al imponernos la penosa obligación de esa vida, encargó muy formalmente á la naturaleza que nos rodeara de aire y que cubriera de frutos á los árboles y de semillas á la tierra.

La sociedad ha querido también echarla de Providencia, y nos ha impuesto esa otra vida estrecha y oscura que se llama vida privada, y para la que sólo necesitamos las cuatro paredes que forman el hogar doméstico.

Pero al imponernos esa obligación no encontró á la mano una naturaleza rica y espléndida,

y confió á los caseros el cuidado de levantar á nuestro alrededor las cuatro paredes de nuestras casas.

Procediendo así, la Providencia y la sociedad han colocado al hombre en la contingencia de dos alternativas, que vienen á ser una misma, por más que se juzguen de distinta manera.

Véase una.

Aquí un casero que tiene, por ejemplo, la costumbre de retirarse tarde.

Madrid, aunque brilla mucho, no es un pueblo bien iluminado; y á ciertas horas de la noche, la mitad de las luces se apagan con la excusa de que se les quita el gas.

Es cosa averiguada que toda luz que se apaga produce en el acto oscuridad.

El casero se adelanta hacia una esquina que sale sobre la acera con el mayor silencio, como si quisiera espiar lo que pasa en la calle.

En Madrid hay una numerosa policía ; pero en mi opinión es mucho mayor el número de los que no quisieran verla.

Detrás de la esquina hay un hombre embozado dos veces; una en su capa, que sabe Dios de quién sería antes, y otra en la sombra, que no es fácil robársela á la noche.

El casero llega al punto en que la esquina se dobla como un adulador, y se encuentra repentinamente con una mano que le oprime la garganta y con dos bocas; la de una pistola que le muerde el pecho sin pronunciar una palabra, y la de un

hombre que le propone por lo bajo la pronta solución del siguiente problema:

«La bolsa ó la vida.»

Si esto no ocurriera en medio de una profunda oscuridad, me atrevería á decir que todo ello pasa como un relámpago.

Tres minutos después entra el casero en su casa, oprimido por el enorme peso del dinero que ha tenido que dejarse en la esquina.

Al otro día este suceso es público, la opinión se alarma, y los tribunales averiguan.

Entre tanto el casero se entrega á sus honradas y ordinarias ocupaciones.

Aquí empieza la otra.

Según unos estados que tiene á la vista, hay en Madrid una gran desproporción entre el contenido y el continente; es decir, que Madrid no cabe en Madrid.

Ó de otra manera más precisa: que sobra gente y faltan casas.

Ó de otro modo más práctico: que se puede dar otra vuelta más al tornillo con que se hace salir el dinero de los inquilinos.

Averiguado esto, no hay más que coger el sombrero, abrocharse la levita para que el corazón no pueda salir por ninguna parte, ponerse la cara de casero, y tomar la escalera.

Poco después se tira de un cordón, suena una campanilla, se abre una puerta, y el casero, seme-

jante á una bomba, cae en medio de una familia, que se ve asaltada repentinamente con esta imperiosa alternativa:

«Más alquiler, ó á la calle:» ó, lo que es igual, «la bolsa, ó la vida.»

Aquí la pistola no tiene cañon, ni llave, ni caja, ni pólvora, ni bala; pero es tan mortal como si tuviera todo eso.

Si el casero asaltado en la esquina la noche anterior hubiera tenido otra vida donde alojarse, de seguro no hubiera entregado su bolsa; pero la sacrificó al temor de encontrarse repentinamente arrojado á la calle de la eternidad.

La familia discurre del mismo modo, y prefiere sudar mensualmente un doble alquiler, á encontrarse de repente en medio de la calle.

Como el casero quiso conservar la vida que le dió la Providencia, el inquilino quiere conservar su vida privada.

Establezcamos, sin embargo, la diferencia que existe entre el ratero que nos acomete al volver la esquina y el casero que nos asalta al abrir la puerta.

El primero lo hace en la calle y en medio de la noche; el segundo en nuestra propia casa y en medio del día.

El uno se arroja sobre nosotros con un puñal ó con una pistola en la mano; el otro nos estrecha poniéndonos una ley al pecho.

El hecho viene á ser el mismo; la única diferencia está en el arma.

De esta manera el alquiler va subiendo como

una inundación, como deberían subir las aguas del diluvio.

Ó se hace un arca como la de Noé, ó nos ahogamos.

Para vivir en Madrid bajo un techo y entre cuatro paredes, es preciso resignarse á no tener más dinero que aquel que nuestro casero quiera dejarnos.

Ha dicho un escritor francés, que *negocio* era el dinero de los demás.

Yo creo que en Madrid tener una casa es tener en la mano el dinero de los que viven en ella.

La vida pública se va poco á poco comiendo á la vida privada, y los caseros suben las casas á la vez que el ayuntamiento las estrecha.

Para convencerse de la exactitud de esta observación, no hay más que fijar la vista sobre el plano de Madrid.

En él se ve el movimiento verificado por las calles que se ensanchan y las casas que se estrechan.

Hay en esto algo de monstruoso.

Saturno, en medio de los extravíos insaciables de su brutal apetito, no pasó de comerse á sus hijos.

Las calles, que se pueden considerar como hijas naturales de las casas, porque es evidente que sin casas no habría calles, llevan más allá las necesidades de su estómago: se comen á sus madres.

Pero esta monstruosidad está dentro de la naturaleza.

¿De qué se habían de alimentar las calles más

propia y naturalmente que de aquellas casas que se han unido para darles el ser?

Por un sentimiento de maternidad que nadie se atreverá á ofender, las casas se van dejando devorar por las calles.

Si en esto no se quiere reconocer la acción de una ley natural, será preciso convenir en que es la acción de una ley de policía urbana.

El ayuntamiento, cediendo á las sugestiones de una profunda filosofía, se ha convencido de que el ciudadano no es más que un transeunte.

Ha oído decir que el hombre no hace más que pasar rápidamente por la tierra, y ha formulado su pensamiento en esta palabra : *paso*.

Palabra que, aplicada á Madrid, quiere decir calles.

Tan embebido se encuentra en la profundidad de este pensamiento, que, en mi opinión, su bello ideal debe ser una población en la que las casas dejen en completa libertad á las calles.

Una población, por ejemplo, en la que las casas estuvieran fuera de la ciudad, para que no pudieran poner impedimento ninguno al desarrollo, ensanche y perfección de las calles.

La solución del problema depende de una sola averiguación.

Consiste en saber cómo pueden hacer las calles prescindiendo completamente de las casas.

En virtud de este pensamiento, Madrid se está engrandeciendo de una manera muy singular.

Las calles se ensanchan y las casas se estrechan.

El ciudadano indudablemente va ganando terreno en la calle, y es muy justo que lo pierda en la casa.

Si como transeunte goza el privilegio de tener á su disposición calles espaciosas, justo será que como vecino se resigne á vivir pegado á la pared.

Para el ayuntamiento la cuestión es muy sencilla, y está reducida á una pregunta y á una respuesta.

En Madrid hay un público que se compone de trescientos mil habitantes.

¿Cómo se da espacio á esa masa para que pueda circular libremente por Madrid?

Esta es la pregunta : la respuesta nos sale ella misma al paso en esta forma:

Ensanchando las calles.

Luego queda una serie de cuestiones particulares, que, saliendo del dominio público, entran en el sagrado recinto de la vida privada.

Cada familia resolverá la suya como pueda, metiéndose donde quepa.

La obligación del ayuntamiento es dar calles; las casas deben buscárselas los que las necesiten para su uso particular.

Mientras el público circula libremente por las calles, los vecinos se ahogan en las casas.

De aquí resulta una propensión irresistible, que todos sentimos, á formar parte de esa masa que á todas horas se derrama por las calles, por las plazas y por los paseos, y que se llama gente.

Para vivir en Londres es preciso ser lord; para vivir en Madrid es preciso ser público.

La vida privada se va reduciendo en la misma proporción que la vida pública se va ensanchando.

Así se ve que los hombres públicos son los que viven con más desahogo.

El hogar doméstico se va estrechando cada vez más, al mismo tiempo que la plaza pública va ganando espacio.

Por eso no debe extrañarse que quepan muy cómodamente en todos los sitios públicos hombres y mujeres que no caben dentro de sus familias.

Por eso las virtudes domésticas van cediendo su puesto á las virtudes públicas.

De aquí resulta la explicación de un fenómeno, de que no es fácil darse cuenta á primera vista, y que se presenta á mis ojos bajo una forma aritmética.

Yo digo : ¿Cuántos hombres reunen bastantes virtudes y bastante talento para hacer la felicidad de una mujer y de una familia?

—Pocos.

Esta respuesta no la doy yo. La dan todos los padres, todas las madres que tengan una hija honrada, y que experimenten en el fondo del alma el vivo sentimiento de su verdadera felicidad.

Yo vuelvo á decir : ¿ Cuántos hombres reunen bastantes virtudes y bastante inteligencia para hacer la felicidad de la patria?

—Todos.

Tampoco es mía esta respuesta. La dan esa multitud creciente de hombres que se disputan sin cesar la dirección del Estado.

¿Será más fácil ser padre de la patria, que padre de familia?

¿No habrá algún elector escondido en las oscuridades del cuerpo electoral, que, alguna vez á lo menos, no haya dado su voto á quien de seguro le hubiera negado la mano de su hija y tal vez la administración de sus bienes?

La vida pública es más cómoda, tiene menos exigencias que la vida privada.

Para alcanzar esos homenajes que todos los días se tributan en los periódicos, en los discursos, en los teatros, en los paseos y en las calles, se necesita mucho menos que para conseguir el tierno cariño y el honroso respeto de una familia.

Los aplausos de la multitud se arrancan con una frase estudiada, con una lisonja hábil á las pasiones ó á los vicios del auditorio.

La admiración de las gentes la alcanza fácilmente cualquiera mujer que no sea fea y que arrastre por las espaciosas calles de Madrid la anchurosa falda de un soberbio vestido.

Un poco de audacia y un poco de talento.

He aquí todo lo que necesita un hombre público.

Una poca belleza y mucho lujo.

He ahí todo lo que necesita una mujer pública.

La vida privada exige mucho más.

Tiene la impertinencia de pedir un poco por lo menos de todas las virtudes.

Exige unas costumbres puras y una conciencia tranquila.

Esto es pedir demasiado.

Y en cambio, ¿qué da?

Nada.

El respeto de los hijos, el cariño de la esposa y el aprecio de unos cuantos amigos.

La vida pública es mucho más liberal; da gloria, aunque sea una gloria semejante á la luz del relámpago; da títulos y honores; da grandeza y fortuna.

En vista de esto, ¿qué español no experimenta á cada momento en el fondo de su ambición el secreto impulso de echarse á la calle?

¿Qué mujer, convencida por el espejo del atractivo de su belleza, y deslumbrada por el brillo de sus propios adornos, no siente á cada instante el deseo de entregarse á la admiración pública?

Convengamos en que cuando la policía urbana ha empezado á estrechar en Madrid los ya estrechos límites del hogar doméstico para dar ensanche á las calles, la vida privada había empezado ya á reducirse, estrechada por la vida pública.

El plano de Madrid, en el cual se ve á las casas ir cediendo el paso á las calles, puede inspirar muy serias reflexiones.

¡Las calles! ¿Será este el terreno que se prepara para que den su última razón todas las opiniones?

¡Las casas! Mirándolas bien es como se comprende que la arquitectura tiene también sus paradojas.

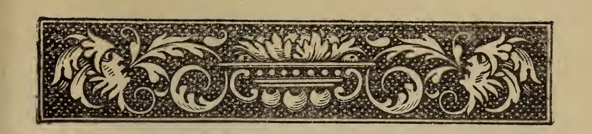
Las dos terceras partes de las casas de Madrid no son más que sofismas, por medio de los que se engaña á los que pasan por la calle.

Las calles espaciosas son una verdadera necesidad.

Hagamos justicia á la previsión de este ilustre ayuntamiento.

En un pueblo donde pasan cosas tan grandes, donde todo pasa, se necesitan calles muy anchas para que todo pueda pasar.





UN ECLIPSE DE SOL

—

E aquí un suceso que nos ha hecho levantar los ojos al cielo por algunos minutos.

Eso es todo lo que he podido observar durante el espectáculo.

Mis conocimientos astronómicos no me han ayudado á hacer más curiosas observaciones ; pero levantar los ojos al cielo cuando tan fijos los tenemos en la tierra, me parece á mí una observación digna de estudio.

Echad la sonda en este pensamiento, y veréis como es profundo.

Y sin embargo, ¿qué cosa más natural que levantar los ojos al cielo cuando la tierra se oscurece?

¿Á qué parte pueden dirigirse los ojos del hombre pidiendo luz en las grandes oscuridades de la tierra?

Otra observación, enteramente opuesta, se me ha ocurrido también al mismo tiempo.

La sabiduría humana que anda por todas partes buscando la luz, ha venido esta vez de todos los puntos del globo buscando la oscuridad.

Estos son los dos fenómenos que he podido comprender.

De manera que el eclipse ha producido por lo menos dos maravillas, que, si no asombran, es porque á la altura del siglo XIX no debe haber nada que nos asombre.

Levantar los ojos al cielo, es un acto que, bien considerado, pertenece á aquellos tiempos oscuros en que la luz de la moderna filosofía no había iluminado la tierra ; á aquellos tiempos en que la luz no venía de la discusión, sino del cielo.

Tiempos en que Noé encontraba en el cielo, como en las páginas de un libro infinitamente sabio, el anuncio del diluvio y la salvación de su familia.

Aquellos tiempos en que Moisés pedía al cielo y recibía de él las leyes de su pueblo.

Tiempos oscuros en que tres sabios de Oriente buscan en el cielo el guía que había de conducirlos á las puertas de Belén.

El eclipse, haciéndonos levantar los ojos, nos ha hecho imitar por algunos momentos al pueblo de Israel, cuando, al salir del desierto, vió tenderse delante de él los fértiles campos de la tierra prometida : todos miraban al cielo.

De seguro los astrónomos no habían pensado en estos efectos del eclipse.

El cielo ha sido para nosotros un teatro; el sol

y la luna los actores; el drama un eclipse, y el público una gran parte de la tierra.

Los anuncios de la función habían aparecido primero en los almanaques y después en los periódicos.

Hemos acudido á una diversión, que ha podido excitar la curiosidad, pero no el asombro.

¡El cielo es una cosa tan vista!

Casualmente está colocado de un modo que no hay punto de la tierra desde el cual no pueda verse.

Los primeros hombres pudieron asombrarse: entonces sería un espectáculo nuevo; ¿pero después de seis mil años ha de llamar nuestra atención lo que estamos viendo todos los días?

Y el sol, ¿qué género de novedad podía ofrecernos? ¿No es el mismo todos los días?

En el espacio de tantos siglos no ha hecho más que levantarse al amanecer, tender sus rayos por todas partes y desaparecer á la tarde en el mar, detrás de una montaña, en medio de una llanura, donde le pilla.

La luna no es tampoco una invención que pudiera excitar vivamente nuestro interés.

Siempre la misma palidez, la misma melancolía, la misma soledad.

La mujer más vulgar sabe mejor que ella colocarse á media luz, fingir unos ojos que no tiene y una cara que no ha tenido nunca.

La luna del espejo más insignificante posee muchos más recursos para entretener nuestra curiosidad.

La única novedad era el eclipse.

¿Y qué es un eclipse?

Una cosa tan natural, tan lógica, que se hallaba prevista muchos años antes de que sucediera.

Un hecho averiguado antes de realizarse.

Un secreto sabido, un misterio descubierto.

La sencillísima operación de colocarse la luna entre el sol y la tierra como una pantalla entre la luz y los ojos.

¿Y había de asombrarnos en el cielo lo que estamos viendo en la tierra todos los días?

¿Qué es la locura más que un eclipse de la razon?

¿No se eclipsan, sin que la ciencia lo anticipe, las estrellas de los hombres?

¿Qué fama no se ha visto eclipsada?

Así es que el eclipse ha pasado como una sombra, sin dejar en la tierra ni el más ligero rastro, ni la impresión más fugitiva.

Hemos hecho lo que hacemos siempre que se eclipsa nuestra felicidad, siempre que la sombra de la desgracia cae sobre nuestro corazón.

Levantar los ojos al cielo.

Porque el cielo es siempre el mismo para los hombres.

Siempre tiene un rayo de luz que nos ilumine, un reflejo que nos guíe, una estrella que nos consuele.

No hay más remedio que mirar al cielo cuando no hay en la tierra un punto donde fijar los ojos.

Nos rodea por todas partes como los brazos de una madre de la cual pretendemos huir.

La naturaleza entera se abre como una flor por mirarlo.

Los montes se empinan unos sobre otros para acercarse más á él.

Los árboles tienden sus brazos cargados de fruto, como si quisieran atraérselo por la riqueza de sus dádivas.

Los perfumes huyen de la tierra y se levantan como si sólo hubieran nacido para él.

El agua es transparente sólo por retratarlo, y sale de las entrañas de la tierra sólo por verlo.

El cielo es esa mirada inmensa que nos sigue por todas partes, que penetra en nuestro corazón y nos consuela, que alumbra nuestra alma y nos anima, que se refleja en nuestra conciencia y nos juzga. Por eso el afligido levanta los ojos y el criminal los baja.

Es una especie de voz que nos está diciendo siempre: «Mira.»

La ciencia misma, esa averiguación fría que va penetrando como un cuchillo; ese escalpelo que busca el secreto de la vida en el cadáver de la naturaleza, se ve detenida y se siente fatigada, esperando un rayo de luz que sólo puede venir del cielo.

Pero ¿de qué cielo estamos hablando?

¿Qué significa ese cielo vulgar, antiguo, imposible de toda mejora y negado á todo adelanto?

Cielo que condena á los astros á marchar por caminos precisos.

Cielo cuyas leyes no se discuten, cuyos principios no se conocen, cuyo sistema no se comprende.

Cielo que las revoluciones de los astros no le conmueven, ni las nubes más negras lo manchan, ni millones de estrellas lo ocultan.

Este cielo no corresponde á la altura de nuestros tiempos.

Quédese ahí como un monumento arqueológico; como una tradición antigua que sirve á lo menos para señalar el astro de aquellos tiempos oscuros en que el cielo fué hecho.

Cielos, los de la tierra.

El cielo de la riqueza, el cielo de la hermosura, el cielo del poder, el cielo de la fama, el cielo de las pasiones, el cielo de la razón.

Cielos que nos deslumbran, que nos hacen bajar los ojos y que arrastramos por la tierra.

La sabiduría humana, después de andar tantos siglos buscando la luz, ha venido ahora detrás de la oscuridad.

Esta es mi segunda observación.

La ciencia ha corrido apresuradamente á ver el efecto que producía en el salón de la tierra una pantalla puesta delante de un quinqué.

El cielo se reiría muchas veces de los hombres, si no les tuviera lástima.

Aunque la oscuridad es una cosa negra, yo no puedo menos de sacar de esa circunstancia, que he podido observar, una verdad que aquí parece absurda.

La sabiduría humana es un libro, cuya última página está siempre en blanco: debía decirse en negro.



NO HAY NIÑOS


E llegado á sospechar que el orden de los números aplicado á los niños ha experimentado una gran perturbación.

Es decir, que, por lo que yo observo, se llega en estos tiempos á tener veinte años mucho antes que á tener diez y seis.

Ó de otra manera: apenas hay niños.

Parece que la inocencia no quiere detenerse mucho tiempo sobre la tierra, y nos vuelve la espalda antes de que hayamos podido sustituirla con la razón.

Es curioso ver cómo empezamos á ser hombres antes de haber dejado de ser niños.

Hay flores tan fugitivas, que mueren casi al mismo tiempo que nacen, como si la pena de haber nacido les causara la muerte.

Madrid es una especie de paraíso donde la inocencia se pierde muy pronto.

No hay nada más triste que esos hombres de diez años y esas mujeres de ocho que tan frecuentemente se encuentran en Madrid.

La civilización no ha querido sujetar sus pasos precipitados al acompasado movimiento de la naturaleza.

La civilización no podía permitir que la inocencia ejerciera el monopolio de la infancia, y fecundando la tierra con el prodigioso *guano* que ella misma elabora en sus entrañas, ha producido esa mezcla monstruosa de niño y de hombre que forma el conjunto de la generación que nos empuja.

Madrid es el pueblo más alegre del mundo; sólo hay aquí una cosa triste: los niños.

Se les ve con esa pena con que miramos los frutos que se pudren antes de haberse sazonado.

Verdes aún, y podridos ya.

¡Cuánta malicia en esos ojos de ocho años, en los que brilla todavía un relámpago de inocencia!

¡Qué palabras en esos labios sonrosados aún por la aurora de la vida!

¡Qué ideas en esas pequeñas cabezas, tan ligeras y tan graciosas, que parecen hechas sólo para llevar coronas de flores!

¡Cómo hablan estos hombres de diez años!

¡Cómo miran estas mujeres que apenas han cumplido ocho!

Me parecen pequeñas y graciosas vasijas de barro bruñido, en las que la civilización va depositando gota á gota el veneno que destila.

He aquí cómo se empalman las dos generaciones que tenemos á la vista.

Los viejos pervierten á las niñas.

Las viejas á los niños.

La generación que se va se detiene para recibir en sus brazos á la generación que se adelanta.

Así se incuba lo viejo en lo nuevo.

Así el niño recibe el germen de la decrepitud.

Morir sin dejarles nada á nuestros herederos, sería una repugnante avaricia.

Justo es que al morir les dejemos toda nuestra fortuna, toda esta inmensa sabiduría en que nos revolvemos.

Es preciso que puedan decir que son nuestros herederos.

Les dejamos en nuestro testamento un Madrid modelo de civilización.

Los niños son una especie de espejos que reflejan todo lo que ven.

Y como los ojos de los niños son unos instrumentos nuevos, que no están gastados por el uso, todo lo ven.

En Madrid se vive como si no hubiera niños.

Nada se esconde á la mirada curiosa de estos seres, de estos puñados de tierra tan llenos de vida y tan dispuestos á fecundar el germen que en ellos se deposite.

Ni los libros que corrompen el corazón y las ideas.

Ni las estampas que, semejantes á un corrosivo,

borran el pudor que Dios ha puesto en el alma como el principio de todas las virtudes.

Ni el ejemplo, esa pendiente que cada vez más rápida nos lleva de la mano al fondo del abismo.

Madrid, lleno de atractivos para despertar el incentivo de los vicios y las pasiones de los viejos, no le oculta nada á los niños.

Esta civilización, que es la muerte de la poesía, de las artes, de los sentimientos, es también la viruela de la inocencia.

Niños os encontraréis en las casas de juego.

Niñas en las casas de prostitución.

Pequeños hombres y pequeñas mujeres que los vicios recogen porque la sociedad los tiene abandonados.

Hay una estadística que no se ha hecho.

Sería una vergüenza, un dolor y un asombro presentar en la desnudez de unos cuantos guarismos el número de niños que todos los años, que todos los días entran en las cárceles, en los lupanares y en los garitos.

Escuelas públicas donde se enseña la práctica del vicio, cuya teoría se enseña en otras cátedras públicas también.

Decidle á una madre, en cuyo seno duerme dulcemente el hijo de sus entrañas, que se han presentado algunos casos de viruelas, de crup ó de cualquiera de esas otras enfermedades que son el verdugo de los niños.

Al momento la veréis rodear al hijo de su alma

de todas las precauciones, de todos los cuidados que puedan impedir el contagio.

No lo apartará ni un momento de sus brazos, como si quisiera formar con ellos alrededor del niño un cordón sanitario.

No le dejará respirar más que su propio aliento, que ella pondrá con sus labios en la boca de su hijo después de haberlo purificado en su corazón con el perfume de su cariño.

Esta madre no descansa, no duerme, no vive.

El crup, las viruelas.... ¡qué terribles enfermedades!

Veamos la otra cara de la medalla.

El niño tiene diez años.

La naturaleza lo ha hecho hermoso, y los cuidados de su madre lo han hecho sano y robusto.

Decidle á su padre que en la misma calle donde él vive se han presentado dos casos de dos terribles enfermedades.

Una casa de juego y una casa de prostitución.

De diez padres á quienes se participe esta noticia, siete se encogen de hombros, dos disertan algunos minutos sobre la corrupción de las costumbres, y uno se acuerda que tiene un hijo de diez años.

Yo pregunto:

¿Será más terrible la muerte del cuerpo que la muerte del alma?

¿Por qué examinamos con tanto empeño la salud de la nodriza que ha de amamantar nuestros hijos, y apenas averiguamos quién es, qué pien-

sa, qué sabe el hombre que ha de amamantar su entendimiento?

¡Pobres padres! Tenéis para vuestros hijos escuelas, colegios, institutos, universidades. Los gobiernos están encargados de señalar los maestros á quienes habéis de entregar el alma inocente de vuestros hijos.

Esos maestros, cuando no los nombra el favor, la amistad ó la intriga, los nombra la suficiencia: el que parece que sabe más historia, más química, más leyes ó más medicina, ese puede ser también elegido.

El maestro de vuestros hijos puede ser ó amigo del ministro, ó hermano de algún elector influyente, ó un orador temible, ó un periodista incansable, ó un sabio.

De esto estáis seguros.

Pero ¿dónde encontraréis los títulos que os aseguren la rectitud de sus sentimientos, la pureza de sus costumbres, la piedad de su razón ; en una palabra, su religión, su moral, su virtud?

La perversión que desciende de los labios de los maestros, las sombras y los errores que se enseñan en vez de la verdad y de la luz, es mil veces peor que la sangre viciada que el niño recibe del pecho de su nodriza.

Un niño enfermo inspira compasión, pero un niño corrompido inspira horror.

Mas yo pregunto otra vez:

¿Por qué tanto cuidado para que el niño no lleve á sus labios un alimento demasiado fuerte para la delicadeza de su estómago, y tanto abandono para

dejarle llenar su entendimiento con los brebajes de tanto libro envenenado?

Lo reservamos de la humedad, del sol, del aire, del calor, del frío.

Cualquiera de estas cosas puede alterar su salud, debilitar su constitución, quebrar el frágil vidrio de su vida.

Pero un libro malo, un maestro corruptor, un amigo pervertido, son cosas que apenas nos llaman la atención.

Estoy seguro que ninguna madre llevará á su hija á la casa de un enfermo cuya tos pueda despertar la sospecha de que está tísico.

Pero no dudéis que esa misma madre llevará á esa misma niña á todos los teatros, á todos los bailes y á todos los salones.

Esa misma madre, que le prohibirá aspirar un perfume demasiado fuerte para sus nervios, la habrá dejado ya que aspire, página á página, la atmósfera deletérea que se escapa de toda esa brillante literatura de nuestros tiempos.

Antes que una niña sepa qué palabras son las que mejor sientan en su boca de ángel, sabe perfectamente qué color, qué adorno, qué cinta realza más la hermosura de su cara de mujer.

Da una verdadera tristeza ver en Madrid estos hombres de diez años que fuman, que juegan, que blasfeman.

Esas niñas que apenas han cumplido nueve años, y ya han adquirido todos los secretos de la coquetería y de la vanidad.

La naturaleza se venga de esta violación de sus leyes.

Por eso vemos usureros de veinticinco años.

Decrépitos que no han cumplido todavía treinta.

Libertinos que no han pasado de quince.

Almas heladas en medio de la primavera de la vida.

La juventud que viene detrás de nosotros presenta una terrible precocidad.

Adquiere todos los vicios de la vejez, y no conserva ninguna de las virtudes de la juventud.

¡Qué razonables son todas sus locuras!

¡Con qué formalidad se corrompe!

¡Qué dignamente se envilece!

¡Qué bien se pierde!

No podemos negar que es hija de su madre.

Es posible que sea una generación *ilustrada*; pero es imposible que sea una generación buena.





EL TANTO POR CIENTO

El mundo financiero debe estar en estos días descontento de sí mismo, con ese pesar que el jugador de la lotería experimenta cuando una simple unidad se interpone entre el número que ha salido premiado y el número de su billete.

Por más que á los hombres entregados asiduamente al activo trabajo de tejer esas redes misteriosas y sutiles, en que el dinero cae con tanta facilidad, se les considere superiores á todo sentimiento humano, sería una verdadera injusticia privarles del derecho de tener corazón.

Esa víscera, sin la cual no es posible vivir, es preciso que sea algo más que una bomba encargada de regar las interioridades de la materia humana, para que el hombre pueda asegurar que la siente latir en el fondo de su pecho.

Algún sentimiento es forzoso que haya en el co-

razón del hombre moderno, de ese ser sacado del polvo de la tierra por la virtud creadora de un nuevo Dios, para que pueda confundirse con el resto de los hombres.

Así es que el *interés* al hacer al hombre, al vaciarlo en su cuño como podía haberlo hecho con un pedazo de metal al fundir una moneda, le ha dejado el germen de un sentimiento verdaderamente tierno.

En el corazón de ese hombre, no se puede negar, hay amor.

Y para que nadie pueda despojarle de este único sentimiento; para que nadie alegue á él derecho ninguno, ese amor es el amor propio.

Esta cuerda vibrará hoy dolorosamente herida en el corazón de los hombres de negocios.

Deberán golpearse el bolsillo como los demás hombres se golpean la frente cuando se ven sorprendidos por la luz de un descubrimiento que ellos mismos andaban buscando.

Sentirán lo que hubiera sentido Colón, si otro antes que él hubiera descubierto el nuevo mundo; lo que hubiera sentido Descartes, si otro se le hubiera anticipado á unir el álgebra á la geometría, como se une el alma con el cuerpo.

Y verdaderamente es un sarcasmo de la fortuna.

Las acciones de los caminos de hierro, las acciones de minas, las acciones de todos los Bancos, las acciones más vergonzosas, hasta las acciones de guerra, habían caído sucesivamente bajo el imperio del *negocio*.

Parecía que era imposible encontrar una acción nueva que no estuviera prescrita por este agente activo y calculador.

El arte frío y positivo de hacer dinero no había pasado aún de las realidades de la vida.

Ignoraba que en las regiones del espíritu, en ese mundo interior que el hombre lleva en la cabeza, pudieran encontrarse acciones de un interés inmenso.

Había, sin embargo, escondida, en los misteriosos espacios de una inteligencia vigorosa, una acción inesperada.

La suma total de todas las acciones que componen la fortuna irresistible de un banquero, no dan un interés más vivo ni más permanente que el que lleva en sí esta acción poderosa.

En la Bolsa no se ha presentado jamás una acción de un interés tan creciente; entre los *efectos públicos* no se encuentra otro semejante.

Y para que la irrisión sea más completa, esa acción es una mentira, y para mayor vergüenza del *negocio*, esa acción es una verdad.

Es una acción dramática: se trata de una comedia.

Yo comprendo perfectamente que la usura se sienta mordida en el corazón por la serpiente de la envidia.

Que un poeta dramático, por grande que sea, se apodere de eso que se llama *tanto por ciento*, y saque de él más sustancia de la que hasta hoy han podido sacar todos los banqueros juntos, es un su-

ceso irritante, es una usura que el talento le ha robado á la avaricia.

Aquí hay, sin duda, una injusticia de la suerte.

Hasta ahora el *tanto por ciento* no había producido más que dinero.

¡Parece mentira! Ese mismo tanto por ciento acaba de producir un caudal de honra, una mina de entusiasmo, un tesoro de gloria.

¿Cómo se ha verificado este admirable acontecimiento?

Ayala es un hombre que tenía papel, y se le ocurrió la idea de hacer una jugada.

El secreto estaba en elevar al último grado de interés unos cuantos cuadernillos de papel blanco, que eran por de pronto la suma de su capital efectivo.

Volvió los ojos hacia dentro, y sondeó las profundidades de su inteligencia, del mismo modo que un banquero registra los rincones de su caja en el día solemne de una especulación infalible.

Como en un espejo maravilloso, vió dibujarse dentro de sí mismo los contornos fantásticos de un gran negocio.

Su pensamiento era grave y agudo, y cavando, cavando, se hizo profundo.

Esta operación debió abrir en su idea un surco semejante á un canal.

He aquí una profundidad de la que salió un rayo de luz.

Este canal venía á ser la boca de la mina.

Era preciso anudar la creación de la fantasía con

la realidad; el canal de Castilla se presentó como un punto de partida, y el papel, dócil como un niño, prestó su limpia superficie á extenderle hasta el otro lado de Zamora.

Este es el primer paso.

Paso hondo como un abismo, en el que intenta ahogar más adelante la honra de una mujer, la fortuna de un hombre, la dicha de dos amantes, la rectitud de un amigo y la fidelidad de dos criados.

Como se ve, la jugada es completa.

Á la voz de este negocio, acude, como el avaro al ruído del oro, una de esas almas frías como la Bolsa, encerrada tranquilamente en un bolsillo humano que suena con el nombre de Roberto.

Esta es el alma del negocio.

Detrás de este personaje aparece Petra, que arrastra á su marido hasta el borde del abismo, abierto á sus ojos en el canal de Zamora.

Petra es una mujer cuyo corazón pasaría muy bien en el mercado por moneda corriente, y Gaspar es un marido á quien su mujer hace pasar por todo.

Andrés es un hombre que ha perdido su fortuna y su conciencia. Luísa es una criada que tiene dos grandes defectos; á saber: ocho mil reales ahorrados y un novio que se llama Sabino.

Sabino es á Luísa lo que Petra á Gaspar; esto es, la pendiente que nos hace rodar hasta el fondo.

Todos estos personajes forman la red del negocio.

Dos amantes ricos, generosos y nobles son tam-

bién necesarios, como son necesarias las víctimas en todo sacrificio.

Una quinta comprada por un rasgo de delicada ternura; una ruína inesperada; una dehesa en Zamora; una venta por carta de gracia. Todo esto se reune, se ordena y se mueve con admirable precisión, formando poco á poco un nudo prodigioso que ahoga y suspende, que aterra al espíritu y levanta las ideas.

Todo esto forma un conjunto que se llama *El tanto por ciento.*

Comedia ó drama para la literatura; verdad, terrible verdad, para la conciencia.

Obra maestra, tersa como un espejo que nos finge la verdad con inflexible exactitud.

El tanto por ciento era una cortina detrás de la que pasaban desconocidas, inconcebibles escenas, y Ayala ha descorrido esa cortina con su mano vigorosa.

El negocio se ha escandalizado de sí propio, y corre por Madrid negándose á sí mismo.

Hay gritos dolorosos que son la señal más segura de que se ha puesto el dedo en la llaga.

La mayor parte de esas gentes que viven del *tanto por ciento,* ignoraban quizá que el tanto por ciento pudiera ser otra cosa que una ganancia lícita.

Ya saben lo que es.

¡El dinero puesto en escena! ¡El tanto por ciento procesado! ¡El negocio azotado en público! Esto es horrible.

Si las gavetas tuvieran entrañas, serían en estos momentos dignas de compasión.

Pero seamos justos.

Los hombres de negocios tienen más pudor que los hombres de talento.

Ayala ha expuesto á la vergüenza sin ningún miramiento lo que el banquero más descarado tendría oculto en el último rincón de su cartera.

Es posible que las letras de cambio estén afligidas; pero las bellas letras deben estar orgullosas.

Y sin embargo, nunca el *negocio* ha gozado de tanta celebridad.

Ningún tanto por ciento ha conseguido tan universal aceptación.

Los banqueros deben consolarse de este negoçio en que aparecen tan desnudos, con la seguridad de la siguiente noticia:

El tanto por ciento pasará á la posteridad.





EL VERDUGO

AY un ser extraño, incomprensible, que, oculto á las miradas de todos, surge de vez en cuando del fondo de la sociedad, aparece un momento en la superficie de la multitud, atrae sobre sí los ojos de la muchedumbre, y vuelve á hundirse, desapareciendo como un relámpago tragado por la oscuridad.

Más bien que hombre parece una sombra.

En él se verifica un fenómeno incomprensible: vive en medio de los hombres, á una inmensa distancia de cada uno de ellos.

Á su alrededor hay siempre trazado un círculo que nadie traspasa.

Entre él y los demás hombres hay una distancia imposible de vencer.

Parece que la atmósfera que le rodea es mortal para todos, menos para él.

Una bala de cañón lanzada por el ímpetu de la

pólvora encendida, no se abre paso al través de la multitud tan pronto como este ser inexplicable.

Como si fuera una grandeza de esas que todo lo subyugan, no hay más remedio que retroceder cuando él se adelanta, y apartarse cuando él pasa.

El vaso en que bebe, se rompe para que no vuelva á servir.

Si cae, nadie le tenderá la mano para que se levante.

El dinero no se le da, se le arroja.

La sociedad es para él un desierto : vive sólo en medio de los hombres.

Es hombre, y no es ciudadano.

La naturaleza todo se lo permite; la sociedad todo se lo niega.

Viene á ser como la última pieza de una máquina, como el último tornillo de un terrible aparato.

Es, como si dejéramos, el filo de la cuchilla, la punta de la espada, el nudo del dogal.

Sus apariciones se anuncian siempre por medio de siniestras señales.

Este hombre no falta nunca en su puesto.

Cubierto con la ignominia que todos arrojamos sobre su rostro, huye de nuestra vista, se esconde á nuestras miradas, y espera.

Espera en su escondite, como el bisturí espera en su estuche el momento en que el mismo enfermo le grita para que acuda á separar de su cuerpo la pierna gangrenada.

Perecen los pueblos, se cambian las costum-

bres, se transforman las ideas: este hombre ni perece, ni cambia, ni se transforma.

Siempre es el mismo.

La serie de los hombres extraordinarios se ve frecuentemente cortada por largas interrupciones.

De Homero hay que ir á Dante, de Alejandro á Julio César, de Julio César á Napoleón.

Moisés no ha tenido todavía sucesor.

Hoy nos hace falta un gran mecánico, mañana un gran político, ó un gran filósofo, ó un gran diplomático.

Estos grandes hombres no nacen cuando hacen falta: nacen cuando nacen.

Sucede con ellos lo que con los premios de la lotería, y es que siempre llegan á tiempo.

Los pueblos pasan á menudo por circunstancias angustiosas, y llaman á un hombre, y ese hombre no parece.

Las razas se agotan, las dinastías desaparecen, las familias se acaban.

Este hombre parece inalterable y eterno.

Todavía no se le ha llamado una vez que no haya dicho: «Aquí estoy.»

Muere uno, y nace otro.

Es una continuación no interrumpida.

Nunca falta uno.

Su semilla fructifica siempre.

Si se considera la ignominia á que se sujeta, el horrible destierro á que se condena, la pobreza á que se obliga, y la repugnancia invencible de que

se hace voluntariamente objeto, este ser parece una víctima.

Si se le mira en el terrible ejercicio de sus funciones, en medio de la plaza pública sobre un tablado, destacarse sobre el cuadro oscuro de la multitud apiñada; si se le ve asir al reo que la justicia le entrega, sentarlo sobre el fatal banquillo, hincar la rodilla, pedir perdón al que ha ofendido á Dios, á los hombres y á la naturaleza, alzarse de nuevo y ahogarlo de repente por un terrible movimiento de su brazo, no se puede dudar: ese hombre es el Verdugo.

¿Qué raza es esta que no se extingue?

¿Qué terrible misterio preside á la continua incubación de este ser que nunca se acaba?

No es loco: su razón puede ser tan perfecta como la razón de los demás.

No es un criminal que ha puesto entre la sociedad y él el abismo de sus negros delitos.

Si fuera posible sorprenderle en el abandono de su casa, en el seno de su familia, acaso encontraríamos alguna virtud doméstica que admirar; quizá muchas.

¿De dónde sale este hombre?

¿Qué pasión ó qué sentimiento, qué vicio ó qué virtud le empujan á ser el filo de la cuchilla, la punta de la espada, el nudo del dogal?

El criminal se explica; el Verdugo se ve.

El uno se comprende; el otro es un misterio.

Nos encontramos delante de un terrible enigma encerrado dentro de las líneas de una figura humana.

¿Qué clase de hombre es este que se envilece voluntaria y públicamente por un miserable salario?

La mujer pública se ve arrastrada por la seducción de todos los vicios.

El ladrón se ve empujado por la codicia.

El asesino por la venganza.

Pero al Verdugo, ¿qué le seduce?

¿Qué Venganza, qué codicia, qué seducción pesa sobre este hombre?

Lo último de la sociedad no es la mujer perdida, ni el ladrón, ni el asesino, porque detrás de todo esto aparece siempre el Verdugo.

¿Qué especie de dinastía es esta?

¿En qué molde misterioso y terrible se funde este hombre que no tiene fin.

Él vive de la muerte.

Todo criminal condenado á la última pena pasa por estos términos : pasa del poder de la Justicia á los brazos de la Religión, de los brazos de la Religión á las manos del Verdugo.

La Justicia juzga, la Religión consuela, el Verdugo mata.

Al otro lado del cadalso hay un hombre siempre: el Verdugo empieza donde el criminal acaba.

Tú, sabiduría humana, que todo lo averiguas y todo lo explicas, dinos: ¿no tienes ni siquiera un átomo de luz que dejar caer sobre la profunda oscuridad de este misterio?

Llenamos de honores al soldado que defiende á su patria, y hay, sin embargo, que obligarle por la fuerza ó comprarle con el dinero.

Hay quien da toda su fortuna por no serlo; hay quien huye y se esconde; hay quien se hace criminal porque no le hagan soldado; hay, en fin, quien se mutila para no poder servir á su patria.

El número que forma estas clases, constituye una gran mayoría.

Haced voluntario el servicio de las armas, y habréis suprimido el ejército.

Declarad gratuítos los puestos más honrosos del Estado, y apenas tendréis quien los sirva.

Quitad á los generales el sueldo y las prerogativas; quitad á los ministros el presupuesto; á los senadores su alta importancia; á los diputados su continua influencia, y apenas encontraréis generales, ni ministros, ni senadores, ni diputados.

¿Qué le dais á ese terrible funcionario que se llama Verdugo? Un salario miserable que le arrojáis á la cara, el horror público, el desprecio de todos, la más grande de las deshonras, la mayor de las ignominias.

Y, sin embargo, ni lo mezquino del salario, ni el horror, ni el desprecio, ni la deshonra, ni la ignominia bastan; el Verdugo persiste: sobre su miseria, sobre el horror que inspira, sobre el desprecio que infunde, sobre la deshonra que le rodea y la ignominia que le sigue, continúa con tremenda tenacidad.

Parece que es una raza á la que se ha confiado una misión terrible é inevitable.

El árbol genealógico de esta familia está sin duda alguna condenado á no secarse jamás.

Decid si hay algún empleo, alguna profesión, alguna industria, algún oficio, que hubiera sobrevivido al mezquino salario y á la ignominia del Verdugo.

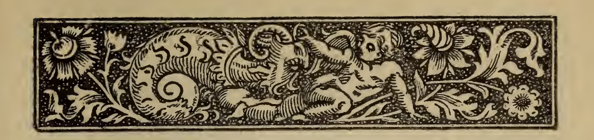
Si el Verdugo no fuera un hecho constante, patente y universal, la razón humana se vería obligada á negarlo.

Es una sombra terrible que sigue á la humanidad por todas partes, sin que toda la luz de la civilización pueda disiparla.

Faltará el cadalso más bien que el Verdugo.

Destruir al Verdugo sería acabar con la pena de muerte; por eso parece horriblemente comprometido en no extinguirse.





NUESTRA INCREDULIDAD

Estamos siendo víctimas de una verdadera injusticia.

Se ha esparcido por el mundo una injuria que nos llenaría de indignación, si no fuéramos nosotros mismos los que nos la dirigimos.

Se acusa de incrédulos á los tiempos en que vivimos, y, hablando francamente, esto es una calumnia, en la cual todos hemos convenido.

Medítese bien, y se observará àl instante que nuestros padres fueron mucho más incrédulos que nosotros.

Hablo de aquellos de nuestros padres que tuvieron el acierto de nacer antes que Voltaire y que Rousseau.

Si ellos levantaran la cabeza, se admirarían de nuestra credulidad mucho más que nosotros nos admiramos de la suya.

Yo no puedo negar que ellos creyeron en brujas.

Tampoco tengo ningún interés en ocultar que no hay pueblo en España que no conserve todavía la misteriosa tradición de la existencia de algún duende.

Tomo estos datos como el *summum* de la credulidad de nuestros padres.

La bruja, creación diabólica que se desliza á media noche como una sombra por las paredes de los cementerios, abre las sepulturas y extrae con sus uñas las entrañas aún calientes del cadáver de un niño, con la misma destreza con que pudiera hacerlo la ejercitada mano de un anatómico.

Ella es la que vaga alrededor de la horca que acaba de ejercer sus terribles funciones.

Al resplandor de la luna se la ha visto caer sobre el cuerpo del ahorcado, pendiente del suplicio, envolviéndole en repentina oscuridad, como si hubiera pasado una nube por entre el cielo y el patíbulo, ó como si la luna hubiera apartado su claridad, horrorizada de la profanación de que se la obligaba á ser testigo.

En este acto infernal se ocultaba una operación, que más adelante había de ser una conquista del arte y de la ciencia.

La bruja iba allí á arrancar uno á uno los dientes de la desgarrada boca del ajusticiado, con la misma habilidad con que hoy lo hacen los dentistas más famosos.

Sacar las muelas sin dolor, es un descubrimiento que sería el colmo de la injusticia negárselo á las brujas.

Ella es la que, descarnada como un espectro, penetra casi invisible en el cuarto de la doncella que acaba de espirar, y corta con sus dedos, y con un solo esfuerzo, las largas trenzas que caen inmóviles alrededor de la cabeza del cadáver.

Con estos elementos robados á la muerte, forma los poderosos filtros que la hacen dueña de las pasiones y de la voluntad de los hombres.

Ella tiene el fuego que enciende el amor irresistible.

¿Hay alguna mujer ofendida por las ingratitudes de su amante? Ella la vengará.

¿Hay algún amante desesperado por la honestidad de la mujer que desea? Ella ablandará el diamante y encenderá la nieve.

¿Es preciso que desaparezca un niño acusador?

Ella lo hará desaparecer como una luz á quien se sopla.

Todo lo oye, porque sus oídos no se cierran nunca; y todo lo ve, porque no mira jamás.

Excepto los sábados por la noche, que los dedica á tomar el aire volando por encima de los tejados, siempre está dispuesta á envanecer el corazón de una mujer hermosa ó á enloquecer el alma de un hombre impetuoso: esta es la bruja.

La he bosquejado con los rasgos más fantásticos y más vulgares, porque quiero ponerme en el extremo increíble de aquella credulidad.

En este espíritu diabólico creyeron nuestros padres.

Confesemos ingenuamente que debió influir en esa creencia el amor propio.

El amor propio es esa pasión ciega que cada uno se tiene á sí mismo y que hoy es la reina de las pasiones.

Á nuestros padres les fué más fácil creer en el poder de las brujas que en las miserias de la naturaleza humana.

Dieron á sus vicios un editor responsable, como nosotros se lo hemos dado á nuestros periódicos.

El duende era á su vez una especie de espíritu familiar, un diablillo infantil que se entretenía en apagar la lumbre del hogar, en golpear las ventanas las noches de aire, en esconder en los sitios más ocultos las llaves de las despensas, en apartar de la vista todo aquello que se buscaba con interés.

La candidez de esta credulidad nos da derecho á reirnos de nuestros padres.

Hoy que el sol de la sabiduría humana lo ilumina todo, ¿quién se atrevería á creer en los maleficios de una bruja ó en las pueriles travesuras de los duendes?

Entonces se convirtió la ignorancia en credulidad.

Nuestros padres creyeron que era más fácil la existencia de un espíritu revoltoso, que no que un hombre se desesperara buscando por todas partes las gafas que llevaba puestas.

Creían nuestros padres muy fácil que el duende descubriera á lo mejor, debajo de un mueble, ó detrás de una puerta, un bastón sospechoso ó un bille-

te incomprensible, porque les parecía increíble que fuera tan frágil la honestidad de sus hijas ó la virtud de sus esposas.

Creían ellos entonces de las brujas y de los duendes todo lo que nosotros creemos ahora de los hombres y de las mujeres.

Pero si á las brujas y á los duendes llevaron ellos los términos de su credulidad, nosotros, en punto á creer, hemos ido, como era natural, mucho más lejos : el progreso es una ley inviolable.

Sería imposible hacernos creer que una vieja puede tener la facultad de abrir la ventana de su cuarto á las doce de la noche y echarse á volar con la misma facilidad que lo hacen los murciélagos.

Si se intentara hacernos creer esto, volveríamos la cabeza indignados de semejante pretensión.

Pero cambiemos las condiciones de la maravilla.

No se trata de una vieja descarnada y repugnante.

Por el contrario: se trata de una joven bella y nerviosa.

Tampoco se trata de que vuele sin alas, sino de que vea sin ojos.

Esto ya empieza á ser otra cosa.

Aquí no hay necesidad de ungüento diabólico, que á fuerza de fricciones despierte en ella la facultad de volar.

Basta que la voluntad poderosa de un hombre se reconcentre en sí misma con una intención irresistible ; basta que las manos de ese hombre pasen lentamente sobre la cabeza de la joven y lancen so-

bre ella los torrentes de una luz invisible que se escapa por la punta de las uñas.

Primer momento de asombro: la joven se ha dormido.

Este paso es preciso, porque lo primero es que ella ignore todo lo que sabe.

Una vez dormida, no hay secreto que no pueda estar en sus labios.

Sus ojos, que parecen muertos, no necesitan más que una señal magnética para penetrar en lo más recóndito de lo pasado, de lo presente y de lo futuro.

La bruja era hija del diablo; el magnetismo es hijo de la ciencia.

El diablo ha muerto, y la ciencia nace.

Creían nuestros padres que el demonio podía fraguar toda clase de maldades; nosotros creemos más: creemos que la ciencia puede hacer milagros.

Verdaderamente es risible la inocente creación del duende.

Difícil es creer que una llave se esconda, que una puerta se cierre y que una luz se apague por el impulso misterioso de una mano invisible.

Pero si esta intervención de un espíritu desocupado es increíble, ¿qué vamos á hacer de nuestra credulidad?

Que los muebles anden, se muevan y se oculten, es cosa que repugna á nuestra razón. Es mucho más fácil que hablen.

Una mesa puede contestar á varias preguntas.

En cuanto á moverse, sólo le permitimos que dé vueltas alrededor de sí misma.

Pero en punto á nuestra credulidad, tengo donde ir á buscar irrecusables testimonios.

¿Qué calvo es el que no cree en el último descubrimiento infalible para hacer nacer el pelo?

¿Quién niega su fe á todos y á cada uno de los artículos que se hallan contenidos en una botica?

¿Cuál es el hombre que no cree en su razón?

¿Hay alguna mujer, por viciosa que sea, que se niegue á creer en la virtud de un cosmético?

¿No es el sufragio universal un artículo de fe para una gran parte de los hombres?

¿Hay alguna perversidad que no se crea?

¿No creemos todos en el dinero?

¿Hay algún ministerio que no se crea fuerte?

¿Dónde está el partido que no se cree justo?

Apenas hay una mujer que se crea fea, un niño que no se crea hombre, un hombre que no se crea Dios.

Casi hemos agotado los límites de la credulidad.

Jamás se han creído tantos imposibles como ahora.

¿Qué inquieta credulidad no nos inspira el billete de la lotería que llevamos en el bolsillo?

Si no hubiera tanta credulidad, sería imposible abusar de ella de la manera que se abusa.

Nuestros padres eran mucho más incrédulos que nosotros.

Ellos creían en Dios; nosotros creemos en el hombre.

Si hubieran sido tan crédulos como nosotros, esta época hubiera aparecido antes.

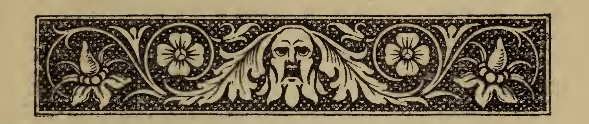
¡Se nos acusa de incrédulos! ¿Hay algún error en que no creamos?

En fin, estamos creyendo que al cabo de seis mil años el hombre va á cambiar de naturaleza.

Nuestros padres creían en la Providencia; nosotros creemos en la fortuna.

Creían al hombre mejor de lo que era: nosotros lo creemos peor de lo que es.





LA AMBICIÓN

A mitología se vale de una fantástica paradoja para darnos una idea palpable de lo que es un suplicio eterno.

La paradoja se nos presenta bajo la forma de un tonel sin fondo, que es preciso llenar.

El agua desaparece como si un abismo se la tragara.

Un tonel sin fondo, por pequeño que sea, es siempre inmensamente grande.

Cualquiera puede pasar toda su vida echándole agua, seguro de no llenarlo jamás.

El mismo Océano, que siempre que se le ve parece que va á tragarse la tierra, se empeñaría inútilmente en cubrir sus misteriosas profundidades.

Después de haber agotado su última gota de agua, todavía el tonel permanecería vacío.

Un tonel sin fondo es una cosa que no tiene

medida; pretender llenarle es una locura; sólo pensarlo da dolor de cabeza.

Si vemos á un hombre empeñado en llenarlo de agua, no tendremos ningún inconveniente en declararle loco.

Pues bien: tenemos delante una vasija toda de barro, primorosamente labrada.

Esta vasija no tiene fondo, y está empeñada en llenarse.

Ha comprometido en ello su amor propio.

Esta vasija se llama hombre.

Este hombre se afana sin descanso por llenarse, y siempre está vacío.

Sabiduría, poder, honores, riquezas: he aquí el líquido fugitivo con que el hombre quiere llenar el tonel insaciable de su deseo.

¡Deseo! Esa es la hidropesía del alma.

Si á un cántaro agujereado se le ocurriera alguna vez la idea de llenarse de agua, sería la señal evidente de que había perdido el juicio.

La ambición es el único cántaro agujereado que se obstina en llenarse.

El hombre, sin embargo, continúa siendo un ser dotado de razón.

Todos sabemos una cosa completamente inútil: sabemos que de todo deseo satisfecho nace necesariamente otro deseo; la satisfacción de un deseo es fatalmente la incubación de otro.

Sabemos, pues, que estamos continuamente echando agua en un tonel sin fondo, y sin embargo seguimos echándola.

La ambición es un estómago cuyas fuerzas digestivas son espantosas.

Es el vacío eternamente hecho en el corazón; pero ese vacío sin límites que millones y millones de estrellas no han podido llenar.

Tomad al hombre tal como es: hacedlo Dios hoy, y mañana querrá ser más.

Hay una escalera cuyos peldaños no se acaban nunca, y es la de nuestra ambición.

Tratándose de subir, todavía no ha encontrado nadie el último escalón.

Es verdaderamente incomprensible que en una cosa tan frágil y tan pequeña como el hombre, quepa una cosa tan fuerte y tan grande como la ambición.

Pensemos un momento sobre este raro fenómeno: tenemos un guía que nos conduzca por el confuso laberinto de este misterio.

Llamemos á un matemático, al dueño de esa ciencia que hiela las ideas para medirlas.

Preguntémosle si es posible encerrar en un vaso de vidrio toda el agua del diluvio.

El matemático calculará con perfecta exactitud la elasticidad de sus labios, para dejarnos ver una sonrisa matemáticamente ajustada á la extensión de su boca.

Pero asegurémosle que una cosa cuyos límites no se han encontrado todavía, la llevamos encerrada en un espacio tan pequeño, que apenas cabe en él un puñado de tierra.

El matemático sumará al punto la flexibilidad

de sus cejas para levantarlas lo precisamente necesario, á fin de que pueda pasar á su semblante toda la expresión de su repentina incredulidad.

Digámosle que esa cosa tan grande es la ambición humana, y que esa cosa tan mezquina es el hombre.

Aquí el matemático se restará á sí mismo por medio de esa operación aritmética, que se llama encogerse de hombros, como si quisiera demostrarnos la pequeñez de su sabiduría ante la inmensidad del problema.

Su ciencia se disminuye como una gota de agua en presencia del mar, como la luz de un fósforo delante del sol.

Se encoge de hombros para que veamos que no alcanza, ó tal vez intenta meterse dentro de sí mismo, á ver si puede sondear las oscuridades del problema que dentro de sí mismo se encuentra planteado.

Ello es que el matemático no hará más que encogerse de hombros.

Esta es la primera y la última página de todas las ciencias humanas.

La sabiduría del hombre es un libro cuya primera hoja está en blanco, y cuya última hoja no se escribirá jamás.

Llámese al más ingenioso de los artífices, al más industrioso de los mecánicos.

Désele toda la materia de que se compone el universo, y dígasele: haz una estatua tan grande como la ambición humana; y nos devolverá todo el

universo, como si el hubiéramos dado un puñado de polvo para que fabricara una montaña.

¿Adónde vamos, pobres viajeros, con ese saco roto siempre á la espalda, siempre abierto y siempre vacío?

Ambición de honores, de riquezas, de poder, de placeres: ¡he ahí la revuelta confusión de vasijas agujereadas que tenemos delante!

¿De dónde ha salido este enjambre de hidrópicos que no se cansan de beber?

Los animales más feroces no muerden si no los irrita el hambre. Pues bien: tened presente que el ambicioso es un animal siempre hambriento.

¿De qué se trata? De un título más ó menos brillante, de un puñado de oro, ó de un poco de mando.

Buscad en la historia uno por uno á todos los grandes ambiciosos; despojadlos de su fortuna y de su gloria, y no tendréis más remedio que enviarlos á los tribunales.

Newton era un sabio y Napoleón un ambicioso.

Newton debió estimarse muy poco: dió de balde su inteligencia al mundo; no tuvo ambición ni de honores, ni de riquezas, ni de poder, ni de placeres, y se dió gratis.

No podía darse más barato.

Napoleón valía mucho más.

Súmese la cantidad de oro y de sangre que costó al mundo, y nos estremeceremos ante la idea de que volviera á nacer.

No habria dinero con que pagarlo.

Newton encontró una verdad; Napoleón un trono.

Newton trabajó para el mundo; Napoleón para él.

Newton dejó un rayo de luz; Napoleón un rastro de sangre.

Si Catilina hubiera contado con la fortuna, hubiera sido César.

Así son los grandes ambiciosos.

Pero hemos llegado á una especie de socialismo en que la mina de la ambición es patrimonio de todos.

Por una de esas injusticias de que el mundo no ha podido librarse aún del todo, la ambición venía á ser una propiedad vinculada en la familia de los grandes hombres.

Sólo tenían derecho á ser ambiciosos aquellos que podían presentar á la admiración pública los títulos de una legítima superioridad.

Esto era indudablemente un monopolio, que al fin y al cabo había de estrellarse en el nuevo derecho.

Cuando se hace una revolución es preciso hacerla bien; es preciso revolverlo todo de manera que cambie diametralmente el lugar de las cosas.

Los grandes talentos, los grandes caracteres, las grandes cualidades, son dones que la Providencia reparte con mano avara; pero arrastrarse por el suelo, envilecerse, degradarse, son cosas que todos los hombres pueden hacer.

El nombre, la importancia, la fortuna, la cele-

bridad y la gloria, eran cosas que estaban demasiado altas para que todos pudieran cogerlas ; era preciso crecer mucho para alcanzarlas.

Es infinitamente más fácil doblarse hasta llegar al suelo, que elevarse sobre los demás.

En virtud de esta verdad evidente, todo lo que había que hacer era poner sobre el polvo de la tierra lo que antes estaba sobre la cabeza de los hombres.

Así se ve á la ambición que, semejante á una culebra, se arrastra por conseguir las fugaces satisfacciones de sus hidrópicos deseos.

Hay cosas incomprensibles; la ambición, que es toda soberbia, está hoy condenada á no subir más que en proporción de lo que se baja : cuanto más alto está lo que codicia, más tiene que humillarse.

He aquí el sentido doble y misterioso de toda escalera.

En ella se ven á un mismo tiempo en toda su extensión, desde el principio hasta el fin, dos movimientos contrarios, radicalmente opuestos entre sí, como lo negro y lo blanco, como la luz y la oscuridad.

Dos movimientos que recíprocamente se destruyen, y recíprocamente se dan la vida.

Obsérvese atentamente la rareza de este extraño fenómeno, y se verá que toda la parte de escalera que sube, es la misma parte de escalera que baja.

Y para que la irrisión sea más completa, es im-

posible imaginar una escalera que sólo baje ó que sólo suba.

He ahí cómo se me presenta la ambición de estos tiempos, condenada á bajar tanto como sube.

¿Y será esto nada más que un capricho de la naturaleza y de los hombres?

¿No podrá ser un jeroglífico ininteligible, solamente porque no queremos descifrarlo?

¿Por ventura vivir es otra cosa que deshacer la vida? ¿No es avanzar á la vez que retrocedemos? ¿No es subir y bajar al mismo tiempo?

¿No es justo, providencial y sabio que los hombres bajen por la misma escalera que suben?

¿Se puede dar á la ambición humana más terrible castigo?

Ahora bien: casi todos los que veis trepar por los peldaños de la escalera pública, vienen á estar debajo del resto de los hombres.





LOS SUEÑOS



Si no fuera tan apremiante la necesidad de vivir, yo creo que algunas veces tendríamos tiempo para pensar en algo.

Pensar es detenerse, reflexionar es pararse; ¿y quién se atrevería á detenerse con peligro de quedarse atrás?

La vida es una especie de progreso que no nos deja tiempo para pensar.

Desde el momento en que se nace hasta el momento en que se muere, se está viviendo sin un instante siquiera de interrupción.

Para dar variedad á este trabajo asiduo y constante del hombre, se han buscado diversas maneras de vivir.

Se han inventado figuras distintas, que representan una misma cantidad.

Así como para decir las mismas cosas se han inventado muchos idiomas.

Pero en realidad, no hay más que una vida, que no tiene sustitución.

El que una vez se queda sin ella, ya no vuelve á vivir.

Por eso todos tenemos tanto afán en conservarla.

Es incalculable lo que el hombre haría si por un privilegio de la naturaleza no tuviera nada que hacer.

¡Infeliz! Desde que nace hasta que muere, se siente oprimido por el trabajo continuo y forzado de vivir.

¿Adónde llegaríamos si pudiéramos hacer que la vida se esperara?

Ó para decirlo de una manera más absurda, más comprensible y más exacta:

¡Adónde iríamos á parar si nos fuera posible detenernos!

En esta carrera precipitada, en la cual parece que vamos huyendo de todo lo que sucesivamente vamos buscando, apenas tenemos tiempo de ver lo que pasa por delante de nuestros ojos.

Con tanta rapidez cruzan las cosas á nuestra vista, que no podemos verlas más que por la superficie, y desfiguradas por la velocidad del movimiento.

Hay una en la que tropezamos todos los días, sin que hayamos podido averiguar aún ni el más fácil de sus secretos.

Es la cosa más rara y la cosa más frecuente.

La cosa más natural y la cosa más incomprensible.

Es una cosa ante la que todos cerramos los ojos y doblamos la cabeza.

Se llama sueño.

La sombra, enemiga de dejarse ver con claridad, tiene la precaución de no aparecer hasta que se apaga la luz.

Por eso no se la ve más que de noche.

El sueño, más ingenioso, ha encontrado un medio más seguro para no ser visto á pesar de la luz.

Su primer cuidado es cerrarnos los ojos.

Apenas los abrimos, desaparece.

Es imposible cogerlo desprevenido.

El sueño es un mundo en el cual entramos como en este, esto es, completamente á oscuras.

Si yo fuera ciencia, viviría en continua desesperación.

Eso de no poder averiguar lo que pasa dentro de uno mismo, es una vergüenza.

No dejarnos penetrar en lo que tan inmediatamente nos pertenece, es una crueldad.

Obligarnos á que cerremos los ojos ante el poder de una cosa que no comprendemos, es una tiranía.

¿Por qué hemos de doblar la cabeza ante las exigencias del sueño?

Bien mirado, dormir no es más que tenderse para que pase por encima de nosotros un tirano invencible.

Y, sin embargo, soñar es la palabra más libre y más bella que se encuentra en el diccionario.

Sueño equivale á felicidad.

Sueño se llama á todo lo que nos parece imposible, y los imposibles tienen la crueldad de parecernos hermosos.

¡Cosa extraña! Tenemos que echar el velo profundo de nuestros párpados sobre la realidad de las cosas para vernos felices.

Los sueños son una especie de citas misteriosas que nos damos con todo lo que vive en nuestro deseo.

Todo lo que no podemos realizar, lo soñamos.

Es un modo incomprensible de ver lo que no tiene forma, de gozar lo que no existe.

Para los médicos, un sueño no es más que una congestión ; y es claro : ¿qué ha de ver un médico si no ve una enfermedad?

Los sueños suelen tener muy malas intenciones.

Esa mala intención que llevan siempre consigo todas las mujeres que son muy hermosas.

Toda mujer puede ser amada constantemente por un hombre.

Esta es una regla general, que no tendría excepción, si no hubiera otra regla contraria, y también general.

Todo hombre preferirá siempre á la mujer más bella.

Las mujeres saben esto perfectamente, y he aquí lo que hacen:

Ciegan á los hombres para que no puedan ver á las demás.

El sueño es así : es el que quita el encanto á la realidad.

Desgraciado del que, enamorado de una cosa real, tenga la desventura de soñar otra.

Es seguro que si el hombre no soñara, viviría muy contento.

¿Por qué será que los niños se despiertan siempre llorando?

Los sueños son una cosa mucho más transcendental de lo que parece á primera vista.

Como todos soñamos, no vemos en ello más que una vulgaridad.

Los sueños de los poetas tienen el privilegio de realizarse.

Ahí está la *Divina Comedia*, que no me dejará mentir.

Sus personajes nos son conocidos ; los vemos vivir mejor que á la mayor parte de los hombres que vemos por la calle.

El Quijote es otro sueño realizado.

Es tan verdadero este personaje, que, no solamente sabemos lo que hizo, sino que estamos seguros de lo que hubiera hecho.

Existe de una manera mucho más completa que la mayor parte de los hombres públicos que vemos todos los días, pues sabemos de ellos algo de lo que han hecho, é ignoramos completamente lo que harán.

Y esto es tanto más admirable, cuanto que esos son hombres de razón, y Don Quijote era un loco.

Hacer de un sueño una realidad, es privilegio exclusivo del poeta ; es un secreto del arte que na-

die ha podido robarle todavía. Tal es la obstinación con que lo guarda.

Los filósofos modernos se han empeñado también en hacer de sus sueños una realidad.

Ellos habían de querer también que sus sueños tomaran cuerpo, y siguiendo los procedimientos mecánicos del arte, tomaron papel y empezaron á dar forma de libros á todas sus quimeras.

Aquí empieza la segunda perdición del mundo.

Un alemán que no tiene nada que hacer, coge un jarro de cerveza y enciende su pipa.

Los vapores del brebaje y el humo del tabaco forman en su imaginación una atmósfera semejante al caos, una cosa parecida á los primeros momentos del sueño.

Cuando los hombres no tienen nada que hacer, es precisamente cuando hacen las grandes cosas.

¿Qué había de hacer el espíritu alemán al ver desvanecerse ante sus ojos la realidad de la vida, borrada por los vapores de la cerveza y el humo del tabaco?

Si el mundo huía de su vista, ¿había de quedarse indolentemente dormido en el aire?

Esto hubiera sido sublevarse contra las leyes de la gravedad, y lo primero que necesita un filósofo alemán es ser grave.

Al encontrarse fuera del mundo que todos pisamos, se veía en la necesidad de crear otro mundo.

El humo del tabaco y los vapores de la cerveza no habían de ser menos que la *nada*.

Esto hubiera sido absurdo.

El humo es dócil y se prestó á la nueva creación.

La cerveza no pudo negar que llevaba dentro de sí un espíritu activo.

Y la imaginación se abrió como el vacío para dar paso al flamante universo.

He aquí el *Génesis* de este nuevo mundo que se llama filosofía alemana.

De esto resulta que se han vuelto *científicamente* locos una porción de seres racionales.

Y como al crearse el mundo de la *filosofía alemana* no ha podido destruirse el mundo primitivo, resulta que los que están soñando no pueden entender á los que están despiertos.

Esta sabia filosofía, ya que ella no puede, trabaja para que los ignorantes realicen sus sueños.

Así se ve á la multitud buscar lo que no existe.

Se agita como un sonámbulo que, soñando grandes riquezas, quisiera encontrar la realidad de sus quimeras en las tristes soledades de sus tristes bolsillos vacíos.

Ha dicho Larra que un tonto y un hombre de talento se distinguen en que el primero dice las tonterías y el segundo las hace.

Entre un sabio y un ignorante la diferencia es en sentido inverso: el sabio escribe las locuras y los ignorantes las ejecutan.

Todas las locuras de una mujer enamorada no son más que el afán de realizar sus sueños.

Pocas veces un asesinato deja de ser la realización de un sueño de venganza.

¡Cuántos habrá en la cárcel por haber querido realizar sus sueños de oro!

Los sueños son un mundo invisible que todos llevamos oculto en el fondo de nuestro corazón ó de nuestra cabeza, y que sólo se nos descubre cuando cerramos los ojos.

¡Qué aspecto tan extraño tiene la realidad cuando tropezamos con ella al despertar de un sueño!

Parece como que sentimos la ligadura mortal que sujeta el alma á la tierra.

Parece como que pesa sobre los hombros de nuestro espíritu el peso de la vida.

Experimentamos la extrañeza, el asombro que experimentaría un águila si de repente perdieran sus alas poderosas la facultad de volar.

El sueño es la ventana de la cárcel en que vivimos.

Soñar es tender la mirada por el ancho paisaje que se dibuja fuera de nuestra prisión.

Despertar es volver los ojos al centro del calabozo, cuyas paredes duras y frías nos cierran el paso por todas partes.

La mitad de la vida la pasamos soñando.





DOS ESPECTÁCULOS

El último domingo ha sido lo que se llama un hermoso día.

Todo amaneció brillante y magnífico.

El sol ardiente, el cielo sereno, el aire templado, la gente alegre.

En ninguna ocasión ha podido Madrid restregarse las manos más satisfecho de la tierra, del cielo y de los hombres.

Para que nada faltara á su satisfacción, era ese domingo el primer día con que tropezaba al escaparse de las tristes y solemnes ceremonias de la Semana Santa.

Todas las esquinas le salían al encuentro pregonando las funciones que le esperaban.

Sobre todas resaltaba un cartel encarnado, como si se hubiera tenido la exquisita previsión de teñirlo en sangre.

En él campeaban grandes letras, como si quisieran dar por su magnitud una idea de la grandeza de la fiesta.

Además de grandes, eran negras.

Sin duda habían comprendido que debían presentarse de luto.

Colocadas una después de otra, lanzaban á los ojos de la multitud este negro renglón.

PLAZA DE TOROS.

El resto del cartel contenía el orden en que había de desenvolverse este sublime espectáculo.

Veinte mil ciudadanos se lanzaron por la calle de Alcalá, como un torrente, empujados por la fuerza impulsiva del cartel.

No tenemos derecho á poner en duda que todas estas gentes eran honradas.

Era una masa de hombres, de niños y de mujeres que acudían á llenar con sus personas el espacioso círculo de la Plaza de Toros, y á llenar con su dinero el bolsillo de la empresa.

Esta función tenía oculto un incidente que nunca anuncian los carteles y que siempre se espera.

Lo sublime de esta función consiste en la probabilidad de ese incidente.

Quíteseles á las corridas de toros el peligro en que está constantemente la vida del torero, y se acabó el encanto.

Veinte mil seres racionales no sacrificarían ni su

dinero, ni su tiempo, ni su comodidad por semejante espectáculo.

Por eso el mejor de los toros será aquel que arroje á la culta admiración de nuestro entusiasmo mayor número de cadáveres.

Por eso el gran toro del domingo fué el que, destruyendo de un solo empuje todas las habilidades del arte, hundió su asta encendida en el corazón de un infeliz torero.

Por eso la cabeza arrogante y estúpida de ese animal glorioso fué comprada en el acto á peso de oro, y dentro de pocos días aparecerá disecada, esto es, inmortalizada, en el gabinete del que la ha adquirido, para perpetuar la memoria de ese toro modelo.

Afortunadamente los toros no han pensado todavía en que pueden inmortalizarse como los hombres.

Veinte mil espectadores presenciaron un espectáculo, sin duda alguna terriblemente conmovidos, pero dispuestos al mismo tiempo á insultar al torero que se hubiera negado á seguir lidiando con aquella fiera que tenía entusiasmado al concurso.

¡Qué gran negocio para la empresa!

¡Qué gran crédito para la ganadería!

¡Qué soberbias corridas nos esperan!

El empresario debe doblar el precio de las localidades.

El ganadero debe triplicar el valor de sus toros.

El gobierno debe disponer que se ensanche la plaza.

Nosotros acudiremos á gozar una por una todas las nobles emociones de tan bello espectáculo.

En toda corrida de toros aparecen tres fieras, que son estas:

El toro, el torero y el público.

Los grados de barbaridad de cada uno de estos brutos, pueden calcularse por los siguientes datos:

Al toro se le obliga.

Al torero se le compra.

El público va por un acto espontáneo de su soberana voluntad y da dinero encima.

Obsérvese bien esta otra gradación:

El toro, provocado, se defiende.

El torero, comprometido, lidia.

El público se divierte.

En el toro hay fuerza é instinto.

En el torero valor y habilidad.

En el público no hay más que fiereza.

No hay en la naturaleza un monstruo que se parezca á ese que se forma en los tendidos de una Plaza de Toros.

¿Cómo una reunión de seres racionales puede componer ese bárbaro conjunto?

No hablemos de los caballos.

Si ellos pudieran conocernos, ¡cuánto nos despreciarían!

Calígula hizo senador á su caballo.

Nosotros los arrojamos indefensos y con los ojos vendados al ciego ímpetu de un toro.

Somos más bárbaros que Calígula

Una corrida de toros es, á los ojos de toda persona sensata, una frase mal entendida.

No son los toros los que se corren ; es la civilización la que queda corrida.

Hay una embriaguez que no avergüenza, y es esa que resulta del roce íntimo de unos hombres con otros, cuando forman ese mar, lleno siempre de tempestades, que se llama multitud.

Hay, sin embargo, corazones sensibles que llorarían amargamente si vieran desaparecer de la puerta de Alcalá ese padrón de ignominia que se llama Plaza de Toros.

¡Qué contrastes tiene la vida!

El domingo fué un día hermoso, alegre, verdaderamente divertido.

Sólo escondida en el rincón de su casa una pobre familia llora una pérdida irreparable.

Realmente no es más que una infeliz mujer que llora la muerte de su marido, y unos cuantos hijos que lloran la muerte de su padre.

En rigor, esta pena es bastante frecuente ; el mundo está lleno de viudas y de huérfanos.

¿Qué es el cadáver de un torero y el cuadro de una familia afligida por la más honda de las penas ante el espectáculo de veinte mil personas que se divierten?

Pongámonos á la altura de nuestra época.

Reprobemos indignados la pena de muerte que nuestras leyes imponen al criminal por mano del verdugo, y respetemos la pena de muerte que nuestras costumbres imponen al torero por medio del toro.

Que la ley mate al criminal, es una vergüenza; que un toro mate á un hombre, es una diversión.

Todavía hay otro espectáculo más repugnante y más barato.

En Madrid los días se pasan de cualquier modo; pero las noches es preciso pasarlas bien.

Además, los días son demasiado cortos, y es preciso que tomemos de la noche toda la parte necesaria á la vida que se hace en Madrid.

Es un principio económico, generalmente admitido y comúnmente practicado, que lo que hace falta debe tomarse de cualquier parte.

La noche es un exceso de tiempo, una superabundancia de la naturaleza, un número de horas perdidas en la oscuridad, y hemos desamortizado la noche.

Real y verdaderamente estaba mal administrada.

El tiempo es oro, y hemos abierto ese nuevo raudal que entra impetuoso en el mar de la prosperidad pública.

Desde el momento en que empieza á oscurecer empezamos á vivir.

La luz del sol es demasiado clara para ciertos espectáculos: los vicios tienen también su pudor, y han hecho de la noche el velo con que fingen cubrirse.

La deshonestidad de una mujer no consiste siempre en descubrirse; es mucho más temible la deshonestidad de las mujeres que hacen como que se cubren.

Hace mucho tiempo que Madrid posee el luminoso descubrimiento del alumbrado de gas.

Esta es una luz que aquí sólo sirve para anunciar á la población fatigada del día, que ha llegado la noche.

Una luz que quiere decir: «No se ve.»

Una luz tan ingeniosamente calculada, que sólo sirve para que se vea la sombra.

Realmente no es luz, sino brillo.

El alumbrado de Madrid es á la luz, lo que el *doublé* es al oro.

Es un pretexto para que podamos decir que Madrid está alumbrado.

Cada farol dice claramente: «Aquí debiera haber una luz.»

Parece que aquí sólo ha llegado un reflejo del gas que ilumina á otras poblaciones.

Bajo este punto de vista, se puede decir que aquí no hemos salido aún de la aurora del gas; para nosotros no ha hecho más que empezar á amanecer ese sol del mundo moderno.

Á la sombra de esta luz, Madrid se pone en movimiento, como si entonces empezara á despertar.

Cada calle es un cauce por el que corre un río de gente : parece que ha caído sobre Madrid una red humana, por entre cuyas mallas se levantan los edificios, como diques puestos al oleaje de la multitud.

Bajo este velo, Madrid no teme desnudarse, y se le ve tal como es.

Muestra toda la desenvoltura de que es capaz

una mujer deshonesta que ha tenido la pudorosa precaución de taparse la cara.

Como si una mano misteriosa hubiera removido el fondo de este profundo estanque, todo lo que está debajo sube á la superficie.

El primer teatro que se abre á la espectación pública, lo forman las calles principales.

Es un espectáculo gratis.

Los vicios con su pudor tienen también su generosidad, y no se ofrecen al entretenimiento público movidos por el resorte del interés.

No se trata de una empresa ni se trata de un negocio.

Es una diversión, que, atendiendo al bolsillo, no cuesta nada.

La familia más pobre no tiene que hacer ningún sacrificio para disfrutar de este continuado espectáculo.

Si esta congregación ó la otra, si esta ó aquella hermandad, si la orden de estos ó aquellos caballeros, celebra alguna solemnidad religiosa en cualquiera de los templos de Madrid, tendréis que llamar á la puerta de la casa de Dios con un billete en la mano para que os sea permitida la entrada.

Ni esto necesitáis hacer para entrar en la Puerta del Sol y tomar puesto en la Carrera de San Jerónimo, centro de la diversión, foco del espectáculo.

El ayuntamiento paga la luz, y los guardias municipales vigilan, para que el escándalo no sea interrumpido por ningún desorden.

Sean las que quieran vuestras economías, podéis asistir á esta función sin que se resientan vuestros ahorros.

¿Pero tenéis una hija ó una mujer?

¿Tenéis además necesidad de pasar por esta calle después de anochecer? ¿Tenéis simplemente vergüenza? Pues echad por otra calle, porque el espectáculo os podrá costar muy caro.

El vicio se planta todas las noches en medio de la calle, y pone en escena todos los recursos que tiene á su arbitrio el arte de seducir.

Es una exposición pública que Madrid hace todas las noches, de todas las mujeres perdidas que medio oculta durante el día.

Cuando una vasija se derrama, es señal de que ya no cabe en las casas.

Hay un censor que cuida de que en los teatros no se ofenda la decencia ni se falte á la moral.

¿No habrá ninguna censura para esa representación viva de todos los vicios?

Aquí tenéis un agente de policía urbana que os aplicará todo el rigor de la ley si por casualidad cae de vuestro balcón una gota de agua á la calle.

Esa gota de agua puede manchar al público.

Mas ¿dónde está el agente de policía moral que impida que se derrame en las calles el lodo con que el vicio salpica á la multitud?

Allí viene un infeliz cargado con el peso de un fardo enorme.

Á ese desgraciado le está prohibida la acera.

Tenéis derecho á que se aparte para que os deje

libre el paso: el que trabaja no debe estorbar al que se pasea: un hombre cargado no es un hombre, es una bestia que debe ir por en medio del arroyo.

Pero no es un aguador ni un mozo de cordel lo que os encontráis al paso.

Es una mujer cargada de vicios, que si os mira os mancha, que si os habla os avergüenza, que si os toca os señala.

Á este ser, para quien no debía haber calle, tenéis que dejarle la acera: tiene en ella la misma parte que pueden tener vuestra mujer y vuestra hija.

Tiene el ayuntamiento repartidos por la población un número de hombres encargados de barrer la inmundicia de las calles.

Así lo exige la decencia pública.

De otra manera no sería posible andar por Madrid.

Pero ¿no hay nadie encargado de barrer esa otra inmundicia que el vicio arroja todas las noches á las calles?

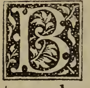
Lo que importa, sin duda, es que no os manchéis el charol de las botas ó la seda del vestido. Si las escenas vergonzosas y las palabras repugnantes manchan vuestros ojos y vuestros oídos, tened paciencia.

Un pobre que pide una limosna, es una ignominia que en el acto es recogida.

¿No hay quien recoja á esas mujeres que todo lo piden?



LA BOLSA

AJO esa palabra está contenido el primer término de una terrible disyuntiva; la mitad de un pensamiento que podemos encontrar clara y explícitamente formulado en medio de la oscuridad de cualquiera noche al cruzar una calle ó al volver una esquina.

Las palabras se anudan entre sí algunas veces por medio de vínculos tan estrechos, que es imposible separarlos; y las vemos discurrir unidas por el laberinto de la lengua, formando esas combinaciones que parecen indestructibles, y que llamamos frases hechas.

La Bolsa es una palabra que por sí sola apenas tiene sentido; es la mera designación de un objeto de mayor ó menor capacidad, un simple nombre, un distintivo, una contraseña, como Juan es la contraseña de un hombre, que lo mismo pudiera llamarse Pedro.

Para que la palabra Bolsa descubra toda la profundidad de su sentido, hay que completar la frase de que es principio: hay que decir:

«La bolsa ó la vida.»

Alternativa absurda en que esos términos irreconciliables, perpetuamente separados por la inmunidad de una *o*, aparecen unidos, presentando de continuo á los ojos del hombre un problema permanente.

Singular capricho de las palabras, extraña virtud la de esa *o* misteriosa que se complace en unir los mismos términos que separa.

El primero que, colocándose en la encrucijada de un camino, sometió el punto á la decisión de los transeuntes, ignoraba sin duda que andando el tiempo había de descubrirse que la bolsa y la vida son una misma cosa, y que plantearle á un hombre el dilema irresistible de «la bolsa ó la vida,» era en sustancia proponerle la elección precisa de uno de estos dos términos:

«Ó te mueres ó te mato.»

En aquellos tiempos oscuros en que la ciencia económica, esto es, la menos ciencia posible, no había llegado á adquirir la posesión de las grandes verdades, el hombre se veía con frecuencia en la necesidad de comprar su vida á peso de oro en la revuelta de cualquier camino.

Esta transacción mercantil se reducía por lo común á tomar la vida y á dejar el dinero.

Los mismos especuladores que salían á los caminos á proponer sus negocios se jugaban la vida,

que era la base del capital de todas sus operaciones; se la jugaban, y solían perderla, aunque fundaban el secreto de su comercio en ese principio de derecho mercantil que da á todo hombre la facultad de vender cara su vida.

Como se ve, en la sombra de aquellos tiempos oscuros se dibujaba ya la estrecha unión que existe entre la bolsa y la vida, formando el primer nudo de esta inmensa y maravillosa red de relaciones comerciales en que el mundo ha caído.

Vemos por una parte á unos dando la bolsa en cambio de la vida, mientras que por otra parte vemos á los otros jugarse la vida para alcanzar la Bolsa.

En estas operaciones elementales del comercio primitivo, los segundos ganaban todo lo que perdían los primeros, y poco á poco la perspicacia del hombre fué descubriendo que la base segura de la especulación consistía en el sistema de los segundos.

Esto es, jugarse la vida para ganar la bolsa.

Ó lo que es igual ; quitarse la vida para adquirir dinero.

Ó lo que es lo mismo ; matarse para poder vivir.

Desde el instante en que esto se vió claro, comenzó el gran movimiento del comercio universal, el negocio saltó por todas partes como las chispas de un incendio, y el dinero empezó á correr de una parte á otra con ese desasosiego, con esa loca inquietud con que va y viene, y huye y vuelve el perro perdido que no encuentra á su verdadero dueño.

Dinero es la palabra dentro de la que se encierra el valor de todas las cosas.

Es la fórmula de todos los valores.

Viene á ser lo que el guarismo á la cantidad.

Es la medida precisa que determina el valor *real* de cada cosa ; lo que no vale dinero no vale nada.

La palabra no es un don concedido exclusivamente al hombre, porque en el universo todo habla.

El sol que se levanta todos los días sobre nuestras cabezas, penetra en nuestras casas, entra en nuestros ojos, y claramente nos dice : « Mirad. »

El aire pasa fugitivo por nuestros oídos, diciéndonos : « Yo vuelo. »

El agua huye presurosa delante de nosotros, y nos dice : « Yo corro. »

¿Quién le ha dicho al hombre que la tierra rueda incansable por el espacio más que la tierra misma?

¿En el fondo de todo abismo no hay una voz profunda que llama incesantemente á todo el que se asoma?

No conozco nada más silencioso ni más impenetrable que el ángulo mudo y sordo de una esquina ; pues ese ángulo sale al paso del transeunte, lo detiene, y le dice : « Vuelve. »

Unas pobres conchas escondidas en las cimas escabrosas de las montañas más altas han declarado á la faz del mundo, bajo el testimonio irrecusable de sus palabras, que hubo un tiempo en que hasta allí subieron las aguas tempestuosas del Océano.

El tierno vástago, rompiendo con ímpetu lozano el hinchado botón que lo aprisiona, tiende en el aire sus primeras hojas, diciendo : «Yo acabo de nacer.»

Hay un momento en que la flor más reservada, más silenciosa, más tímida, se inclina y dice : «Yo voy á morir.»

Todo habla; la palabra está en todas partes; la creación es un libro en que todo está escrito; cada objeto es una frase, cada cosa un pensamiento.

El universo entero, al verse arrojado á la vida por la mano poderosa que lo produjo, prorumpió en una exclamación inmensa que todo lo llena; cuantas cosas fueron creadas se unieron y se ordenaron como las letras de una palabra para escribir en todos los idiomas y en todos los tiempos esta idea eterna: «Dios.»

Todo habla; la oscuridad misma se presenta á nuestros ojos llena de extraños jeroglíficos ; el silencio mismo hace llegar á nuestros oídos voces misteriosas; el vacío mismo, condenado á oscuridad profunda, á silencio perpetuo, á soledad eterna, tiene también su palabra.

Como si fuera el eco de una voz perdida en el espacio, se acerca á nosotros, no sabemos por dónde, y nos habla no sabemos cómo.

Él nos trae ó nos envía esta palabra sin límites : «Nada.»

Nada, es decir, la negación de todo.

Habla, pues, hasta lo que no tiene voz, ni forma, ni ser.

El dinero es, por consiguiente, la lengua de la riqueza; todo aquello que no pueda traducirse en dinero, no es riqueza.

Más claro: el que no tiene dinero, no tiene nada.

Sometido el caso á la observación desde un punto de vista aritmético, resulta que el dinero es la unidad, y todo lo demás es cero.

La realidad no tiene ya más expresión propia, más interpretación auténtica que la que le determine un número mayor ó menor de reales.

Ahora bien: todas las cosas habían de sentir la necesidad de ser algo, y en virtud de este impulso, acudieron á tomar sitio en el orden alfabético del diccionario de esa lengua universal.

Cada cosa de por sí buscó con empeño la medida de unos cuantos reales para tener el nombre de una cantidad, que atestigüe la realidad de su existencia en el mundo positivo del comercio humano.

Digámoslo de una vez; todo se puso en venta.

Ó lo que es lo mismo; todo se vende.

O lo que es más claro; todo está vendido.

Aquí aparece la creación de la *Bolsa* como la expresión definitiva de la vida, como el barómetro es la expresión de la temperatura.

Mirémosla desde su gran punto de vista.

Veamos.

El oro es el dios de la fe moderna.

La economía es la ciencia teológica de ese dios.

El comercio es la moral de esa teología.

La ganancia es la virtud de esa moral.

El negocio es el culto.

La Bolsa es el oráculo.

Cuando la Bolsa baja, todo se detiene.

Cuando la Bolsa sube, todo marcha.

Ella en sí no es más que un juego de envite y de azar, como cualquiera de esos otros juegos que han enriquecido la lengua dando nombre á los garitos; pero aquellos son juegos prohibidos y este es un juego autorizado.

La base de sus grandes operaciones es la deuda.

La deuda es á la riqueza lo que el vacío á la naturaleza.

De forma que jugar á la Bolsa es tanto como jugar sobre un abismo.

A ese abismo se le llama fondos públicos.

Sin embargo, la Bolsa es la vida.

FIN DE MÁS HOJAS SUELTAS.





ÍNDICE

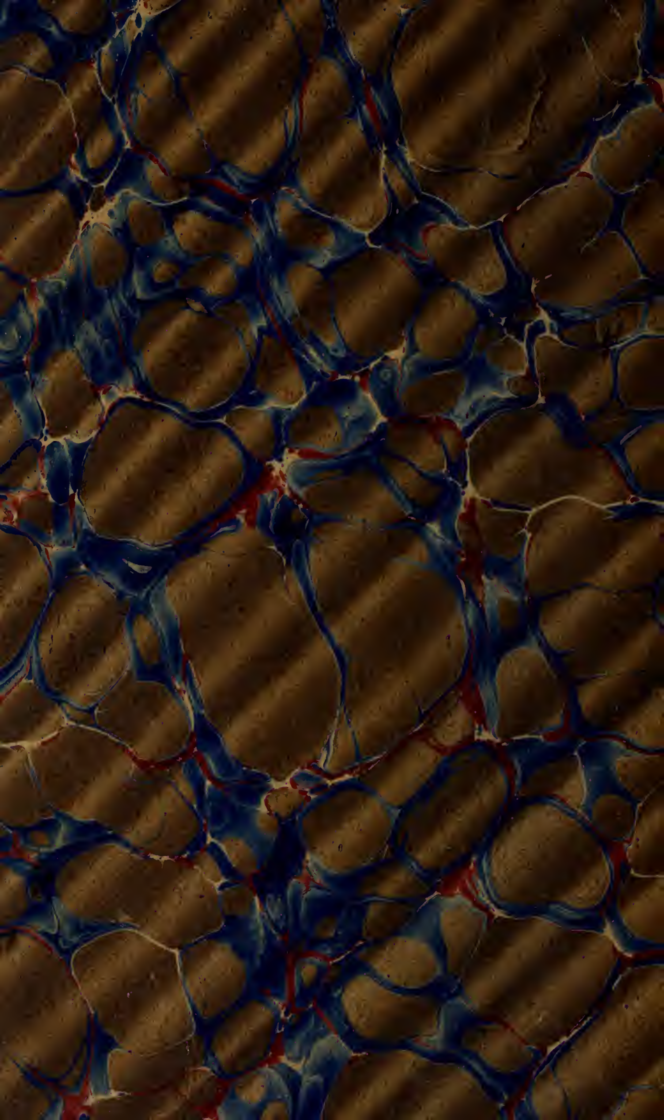
HOJAS SUELTAS.

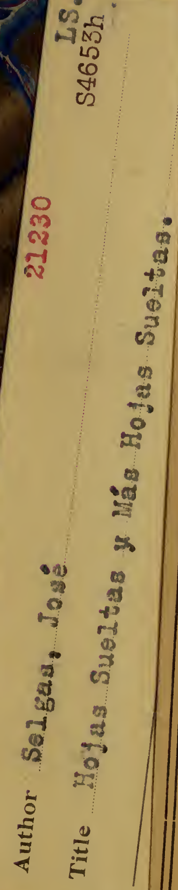
MÁS HOJAS SUELTAS.



ESTE LIBRO
SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN MADRID
EN CASA DE ANTONIO PÉREZ DUBRULL
EL DÍA XXXI DE DICIEMBRE
DEL AÑO DE MDCCCLXXXIII.

V
chap
8





University of Toronto Library

DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

